

---

H I S T O R I A

---

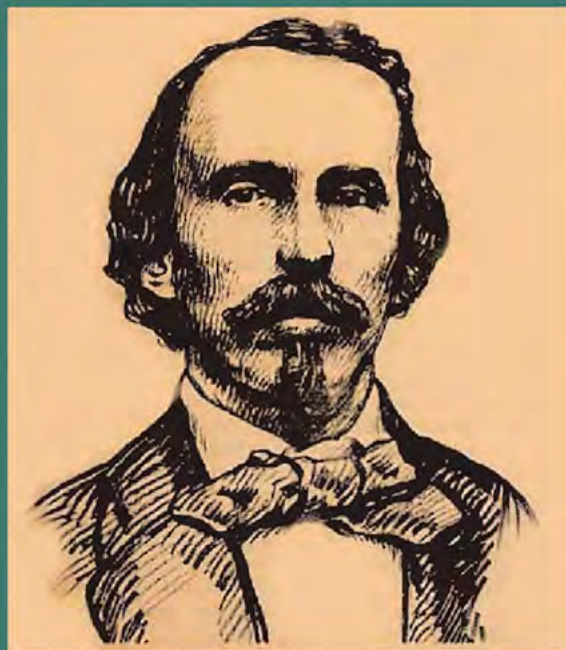
*Bajo la piel  
de la manigua*

*“Rasgos de la guerra de Cuba”  
de Fernando Fornaris*

---

Rolando Rodríguez

---



---

CIENCIAS  SOCIALES

---

Primera edición, 1996  
Segunda edición, 2015

Edición: Ricardo Barnet Freixas  
Diseño de cubierta: Carlos Javier Solís Méndez  
Diseño de interior y composición digital: Madeline Martí del Sol  
Conversión a ebook: Grupo Creativo Ruth Casa Editorial

© Rolando Rodríguez García, 1996  
© Sobre la presente edición:  
Editorial de Ciencias Sociales, 2024

ISBN 978-959-06-2569-5

Estimado lector, le estaremos muy agradecidos si nos hace llegar su opinión, por escrito, acerca de este libro y de nuestras ediciones.

INSTITUTO CUBANO DEL LIBRO  
Editorial de Ciencias Sociales  
Calle 14 no. 4104, entre 41 y 43, Playa, La Habana, Cuba  
[editorialmil@cubarte.cult.cu](mailto:editorialmil@cubarte.cult.cu)  
[www.nuevomilenio.cult.cu](http://www.nuevomilenio.cult.cu)

# Índice

## **Introducción / 6**

### **Capítulo I. El estallido / 12**

El llamado de la libertad / 31

La guerra es la guerra / 43

La seducción del barracón / 47

La hora de los gorriones / 52

La pugna de las concepciones / 58

### **Capítulo II. Tiempos difíciles / 73**

El estómago del águila / 101

Gorriones con dientes de acero / 111

El arte militar de las bijiritas / 118

¿Marte o Licurgo? / 126

### **Capítulo III. El amargo camino hacia Bijagual / 133**

El nada discreto encanto de los hacendados / 146

El punto final mambí a la institución maldita / 153

La conexión reformista / 162

Un año terrible y promisorio / 169

Ocho tumbas / 176

Un enemigo más poderoso que el ejército español:  
la división / 179

El despunte hacia la victoria / 191

Bijagual: una decisión catastrófica / 195

**Algunas consideraciones sobre la guerra  
de la independencia de Cuba escritas en el campo de  
la contienda**

**Rasgos de la guerra de Cuba / 210**

**Anexos / 281**

Dos cartas de Fernando Fornaris y Céspedes a Donato  
del Mármol / 282

**Datos del autor / 286**

*A Minerva, por su aliento; a José Antonio González,  
que amó nuestra historia.*

## Introducción

La noche del 27 de octubre de 1873, un patriota bayamés, de aquellos que habían conspirado contra España desde tiempo antes del *Grito de La Demajagua* para darle a Cuba la independencia, tomó la pluma y a la luz miserable de una vela rudimentaria comenzó a bosquejar la historia de los hechos cruciales acontecidos ese día en Bijagual, el campamento mambí donde se hallaba. Mediaba la guerra emprendida y quizás Fernando Fornaris y Céspedes, exsecretario de Relaciones Exteriores del gobierno revolucionario establecido en Bayamo y diputado a la Cámara de Representantes creada el 10 de abril de 1869, en Guáimaro, necesitaba dejar para la posteridad la huella de esas horas tensas, porque en su espíritu, a pesar de que trazaría con rasgos irrevocables las razones que habían llevado al cuerpo legislador al que pertenecía a destituir al presidente de la República en Armas, Carlos Manuel de Céspedes, se abría la incógnita del curso que tomaría ahora la causa por la que había aceptado los sacrificios inmensos que la lucha le había impuesto y que ya más de una vez le habían destrozado el corazón.

Después de la pérdida de Bayamo, su amada Elvira y sus hijos, al igual que la familia de esta y la suya, habían buscado refugio en la manigua y con cientos de otras se habían convertido en errabundo gentío que se ocultaba en el monte o seguía a las tropas insurrectas. Pero eran tantos los avatares a que Fornaris veía sometidos a sus seres más entrañables, tan intenso el dolor que le supuso la muerte de una hijita y

la certidumbre de que los demás niños perecerían irremediabilmente si no salían del teatro de la guerra, que había tenido que impulsar a su esposa a que pasara por la experiencia amarga y humillante de presentarse en las filas españolas con la esperanza de salvarlos. Esperaba también que, en todo caso, se limitarían a expatriarlos. Esto no libró de la muerte a otros dos de sus hijos, que también sucumbieron a un destino aciago cuando ya se disponían a salir al exterior. No eran las únicas brechas que la muerte había abierto entre sus deudos. De una u otra forma en el torrente de mártires se inscribían los nombres de su padre y hermanos, y ahora la mayoría de sus seres allegados sobrevivientes estaban dispersos por el mundo y, como Elvira, luchaban con la miseria, una enemiga tan perversa como las balas o las enfermedades que los habían acechado en los bosques.

En cuanto a sus amigos más cercanos, estos también habían perecido gallardamente en la lucha, víctimas de la campaña, y sus huesos reposaban en un palmo de tierra en algún oscuro paraje. Tampoco lo acompañaba en su insondable soledad su tío, al parecer por partida doble, y a la vez suegro, Ramón de Céspedes y Fornaris, uno de los concejales del Bayamo revolucionario, quien había salido en misión al extranjero.

Lejos, muy lejos de Fernando Fornaris, envueltas primero por las llamas de Bayamo y ahora convertidas en cenizas estaban las comodidades de la residencia de rico y los carruajes del propietario de esclavos de otrora, y los demás bienes, si no habían sido destruidos en el fragor de la contienda, estaban incautados por decisión del mismo Consejo de Guerra que lo había juzgado por rebeldía, junto a Carlos Manuel de Céspedes, Francisco Vicente Aguilera, Ignacio Agramonte, Salvador Cisneros Betancourt y 50 insurrectos más, y los había condenado a todos a garrote vil.<sup>1</sup> Esa inclusión en tal

---

1 De Caballero de Rodas al ministro de Ultramar, 26 de noviembre de 1870. Archivo Histórico Nacional de Madrid. Sección de Ultramar, leg. 4941, expte. 9. En lo adelante este Archivo y su Sección de Ultramar se citarán con las siglas AHN/U. Por otra parte, todas las citas que aparecerán han sido transcritas con la ortografía y puntuación de la época con las cuales aparecen en los originales (*N. del A.*).

nómina evidenciaba que se le tenía por uno de los cabecillas de la insurrección.

Nada le quedaba prácticamente por sacrificar a Fornaris, excepto la vida, y esa estaba dispuesto desde hacía mucho a entregarla. Incluso, si la fe de que un día sobrevendría la victoria de la causa por la que luchaba era incommovible y no lo abandonaba nunca, no tenía mucha ilusión de que sería uno de quienes contemplarían libre a Cuba. Pero algo más que su dolor podía entregar todavía: unos apuntes fluidos en los que al correr de la pluma dejaría recogidos algunos de los pasajes de la lucha emprendida, la gestación de la conspiración fraguada en las cercanías del río Cauto, el heroísmo con que los cubanos habían resuelto luchar por la independencia, ciertos tipos característicos de la contienda, las vicisitudes enfrentadas con una abnegación sin tasa por familias enteras que se habían echado al monte para seguir una causa que llamaban santa, el coraje de los niños héroes de nombre ignorado que se batían como leones frente a las columnas enemigas y el desgarrante drama del vapor *Virginus*.

Las páginas que escribiría, dedicadas a su esposa Elvira, y que en el tiempo solo parecen llegar a fines de ese año de 1873, fueron en efecto cortadas por la muerte de Fornaris. Según se dice, cayó finalmente prisionero y fue pasado por las armas; mas, a pesar de todos los esfuerzos hechos para conocer este detalle, no hemos podido comprobarlo. Al respecto solo hemos encontrado una carta que, desde Costa Rica, su suegro, Ramón de Céspedes, le escribió en mayo de 1875 a Hilario Cisneros. En la misiva le decía: “El pésame que V. se digna darme por la muerte de mi yerno y sobrino Fernando Fornaris, lo agradezco á medida del sentimiento que me ha causado la perdida, así por sus prendas domésticas y sociales, como por los servicios que hizo y pudo hacer á la causa cubana, á la que sacrificó hasta los afectos de padre y esposo”.<sup>2</sup>

---

2 Libería, 30 de mayo de 1875. Biblioteca Nacional de Cuba. Fondo C. M. Ponce, no. 524.



Todavía el último día de la vida de Céspedes, el 27 de febrero de 1874, Fornaris estaba vivo. Ese, también el último en que el hombre del *Grito de La Demajagua* hizo anotaciones en su diario, escribió algunas líneas peyorativas sobre el diputado, junto a cuyo segundo apellido por cierto escribió entre paréntesis “Antúnez, mejor dicho”. De todas formas, si los hechos que Céspedes le censura en este y otro pasajes fueran ciertos, no cabe la menor duda de que los pecados del redactor de “Rasgos de la guerra de Cuba” fueron suficientemente lavados cuando en las páginas que legó a la posteridad puso de manifiesto su voluntad de permanecer hasta el fin junto a la revolución y más todavía cuando murió abrazado a esta. Después de todo, aquellos eran hombres y no dioses. Tenían defectos, pero también virtudes extraordinarias.

Por razones desconocidas, sus apuntes fueron a dar a manos del entonces teniente coronel del ejército español Manuel Serrano y Ruiz, un joven oficial, primo segundo de Francisco Serrano y Domínguez, duque de la Torre, quien había sido capitán general de la Isla y hasta 1871 regente de España a causa del derrocamiento de Isabel II. Serrano y Ruiz, a pesar de que era la norma, no los entregó para que fueran a reposar en los archivos militares españoles y los conservó con él.

El oficial español participó en hechos esenciales de la campaña militar de la Guerra de los Diez Años, desde diciembre de 1868. Con su batallón del Castillo del Morro, había estado primero en Camagüey y luego combatió en el río Salado, y el 15 de enero de 1869 entró en Bayamo con las fuerzas de Valmaseda. Estuvo en la contienda hasta fines de mayo de 1874, en que salió a prestar servicios en España. Luego estaría en diversos destinos en la Península y en la campaña de Filipinas. En 1904, ya con el grado de general de división, fue designado gobernador militar de Melilla, cargo que ocupaba al fallecer ese mismo año. A lo largo de su vida guardó como reliquia de guerra el manuscrito, formado por 200 páginas de 15,5 cm de largo y 10,5 cm de ancho y en el que Fornaris solo colocó en la cubierta sus iniciales. Durante alrededor de 90 años, la

familia del general Serrano ha conservado celosamente este documento hasta que en fecha reciente, por mediación del señor Juan Carlos Llorente, esposo de la bisnieta de Serrano Ruiz, Paloma, nos fue cedida una fotocopia del original, cuya transcripción aparece en esta obra.

No pudiera haber sospechado Fernando Fornaris, cuando se dirigió a sus hipotéticos lectores, que solo algo más de 120 años después de haber redactado sus “Rasgos de la guerra de Cuba”, como tituló sus páginas, estas serían conocidas por sus compatriotas.

En su texto, escrito durante un período de la vida trashumante de la Cámara de Representantes, se ofrece un testimonio invaluable de las razones que impulsaron a ese cuerpo a tomar la decisión funesta de deponer a Céspedes. Nadie mejor que él, uno de los ocho hombres que votaron la medida, para darnos sus fundamentos y apreciaciones al respecto. Hasta ahora, de entre quienes estuvieron presentes en Bijagual, aunque no era diputado, solo conocemos los criterios del coronel Fernando Figueredo, expuestos en *La revolución de Yara*, pero sus puntos de vista están dados desde una óptica cespedita. Otros mambises que pudieron conocer de cerca los motivos, como Enrique Collazo, en *Desde Yara hasta el Zanjón*, también han expuesto criterios sobre las razones que llevaron a una medida que destruyó los cimientos unitarios de las fuerzas revolucionarias y la autoridad del gobierno de la que, en realidad sin comprenderlo, la Cámara resultaba solidaria, pero no participaron en las deliberaciones. Creemos que esta es la primera vez que puede leerse un testimonio directo de uno de los ocho protagonistas de la decisión: Tomás Estrada Palma, Jesús Rodríguez, Juan Bautista Spottorno, Luis Victoriano Betancourt, Ramón Pérez Trujillo, Marcos García, Eduardo Machado y, por supuesto, Fernando Fornaris y Céspedes. Salvador Cisneros Betancourt, aunque era el presidente de la Cámara, se excusó de asistir a la sesión porque, en caso de que se votara la destitución, sería el llamado a reemplazar al Presidente.

¿Por qué se produjo tamaño error en medio de la campaña militar mambisa? ¿Este pudo ser evitado? ¿Cuáles fueron sus consecuencias? Quizás ya todo el conflicto estaba presente en los orígenes mismos de la lucha.

## CAPÍTULO I

# El estallido

Muchos y diversos eran los agravios que se acumulaban en la Isla contra el régimen colonial. Como describió Enrique Piñeyro, “vivíase constantemente como en país ocupado por ejército enemigo: los soldados imperaban y los ciudadanos debían pagar sin murmurar las crecidas contribuciones”.<sup>1</sup> En efecto, a la cerril intolerancia política forjada desde tiempos de Miguel Tacón y los abusos de orden policíaco de las autoridades, se añadían las restricciones al libre comercio, las violentas exacciones del fisco, la mezquina porción que le tocaba a Cuba de su propio presupuesto, los envíos de los “sobrantes” –previstos de antemano– a España y la exigencia de sobornos hasta del último chupatintas ante cualquier gestión oficial. Para colmo, a todo esto se agregaba la discriminación del cubano en los cargos públicos. Según cifras de la época, el 62 % estaba ocupado por peninsulares, pero faltaría apuntar que los destinados a los cubanos eran los de menor jerarquía y, por tanto, peor remunerados.<sup>2</sup> Por aquella peculiar concepción colonial de cómo atender los intereses de los colonizados, en aquella sociedad había casa de gobierno y cuartel donde no había escuela.

---

1 Citado por Manuel Márquez Sterling en *La diplomacia en nuestra historia*, La Habana, 1967, p. 40.

2 Hortensia Pichardo: *Documentos para la historia de Cuba*, La Habana, 1977, t. 1, p. 369.

Mientras los cubanos tenían conciencia de que eran dueños de su tierra, los peninsulares sentían que se trataba de la posesión conquistada por sus ancestros a la cual tenían derecho de extraerle todo el fruto y el jugo posibles, sin que los naturales tuviesen el menor derecho a protestar. El resultado de esta situación era un odio sordo, un aborrecimiento palpable e irremediable, que se entrecruzaba entre cubanos y peninsulares. Se olvidaban los españoles que muchos de esos cubanos a quienes veían ya como diferentes a sí mismos, por el hecho de la sucesión, eran en todo caso los verdaderos descendientes de los colonizadores, y no ellos, apenas unos recién llegados. Incluso, todavía más: por una de esas paradojas que crea la nacionalidad, hijos de padre y madre peninsulares se sentían cubanos y no españoles. Parafraseando lo que diría un político de la época, parecía que lo único que no daba España en Cuba eran españoles. En aquellos momentos era ya Cuba un país de blancos, negros y mestizos que habían creado intereses propios, una cultura diferente y sentimientos que se enraizaban en su isla, y todo se unía para gestar su visión de un aliento distinto que lo distinguía del peninsular.

A las irritaciones que sentía el cubano se añadía que cualquier ser de mínima sensibilidad y escrúpulos tenía que albergar un sentimiento de culpa y horror ante la visión degradada del esclavo; sin embargo, las autoridades, los traficantes de esclavos y sus voceros no se cansaban de proclamar que la mejor manera de mantener atada a Cuba era mediante el mantenimiento de la institución servil.

Parecía que la codicia de los peninsulares que vivían de la situación ultrajante de la Isla y sus cómplices entre los propietarios criollos y la burguesía metropolitana que sacaba buenos dividendos de Cuba, estaba condenando a los hijos de los pueblos cubano y español a pagar una alta cuota de víctimas para sostener unos intereses muy poco morales.

De todas maneras, aunque tuviese motivos para la connivencia con el régimen colonial, la clase de los hacendados y

terratenientes cubanos<sup>3</sup> tenía motivos más que sobrados que echar en la balanza para sentir fobia contra un sistema que se la pasaba urgándole la bolsa. Ellos, casi sin interrupción, desde los tiempos de la subida de Juan Álvarez Mendizábal al poder en Madrid, en 1835, y acentuadamente a partir de la superintendencia del conde de Villanueva, Claudio Martínez de Pinillos, se habían visto atenazados por cuantas medidas económicas

---

3 Resulta un tanto difícil calificar de burguesa a esta clase, cuando su capital y las relaciones de producción han sido formados sobre la base del trabajo esclavo y no del asalariado. Partimos para esto de la definición de Lenin sobre las clases sociales: “Las clases son grandes grupos de hombres que se diferencian entre sí por el lugar que ocupan en un sistema de producción social históricamente determinado, por las relaciones en que se encuentran respecto a los medios de producción (relaciones que en su mayor parte las leyes refrendan y formalizan) por el papel que desempeñan en la organización social del trabajo y, consiguientemente, por el modo de percibir y la proporción en que perciben la parte de riqueza social de que disfrutan. Las clases son grupos humanos, uno de los cuales puede apropiarse del trabajo de otro por ocupar puestos diferentes en un régimen determinado de economía social”. (Vladimir Ilich Lenin: Obras completas, Moscú, 1986, t. 39, p. 16.)

Creemos que el arsenal de la investigación social no debe constreñir los conceptos a camisas de fuerza, pero tampoco estirar innecesariamente sus contenidos. En Cuba y donde quiera que el régimen de producción se estableció sobre bases esclavistas y a la escala en que se promovió, aún en medio del contexto de relaciones semif feudales en que en parte se movía y de las relaciones de producción capitalistas dominantes en el ámbito internacional, sus peculiaridades hacen preferible tratarlo dado su carácter determinado —como precisa Lenin— en correspondencia con las que fijaban la forma en que esencialmente producían y captaban sus resultados. No es posible utilizar un concepto diferente a partir de con qué lo producían ni qué producían ni para quién producían y, por supuesto, ni por lo que pensaban de sí mismos. El esclavo era capital, capital fijo, y no vendía su fuerza de trabajo, como el asalariado, ni producía plusvalía. Esto es lo esencial. Tampoco ninguna tecnología o producción, puede variar esta situación. Otra interpretación del fenómeno puede llevar a un error inicial en el disparo que al llegar al objetivo quizá se halla separado de su blanco por kilómetros. Como resultado, para mantenernos en el rigor de Marx y Lenin, preferimos hablar en este período y mientras subsista la esclavitud, como médula del régimen de producción en Cuba, de la clase de los hacendados y terratenientes criollos o cubanos. (N. del A.)

le había sido dable a España imponer para extraerles hasta el último céntimo posible. Los ahogaban los aranceles aduanales de exportación, los de importación respondidos por las naciones extranjeras, sobre todo los Estados Unidos, con la guerra de tarifas, los impuestos en cascada y cuanto arbitrio era posible. Solo entre 1864 y 1867 los tributos habían crecido de 30 millones de pesos a unos 40 millones.<sup>4</sup> Además, la cúpula de la clase comercial peninsular les había venido arrebatando en la Isla su propio campo de acción. Para eso servían ahora las hipotecas, que gravaban prácticamente todas las propiedades azucareras, y la cancelación de la ley que hacía inembargables los ingenios se convertían ahora en un cuchillo en la garganta del hacendado. Ya le podían ejecutar no solo la producción sino la propiedad misma. A los comerciantes prestamistas les convenía la medida y a un número de los grandes hacendados también, porque se liberaban así de una traba feudal que limitaba la libre circulación de capitales, permitía aplastar la pequeña competencia y les abría el camino de la concentración y centralización de capitales; pero para los medianos y pequeños propietarios de ingenios, la inmensa mayoría, resultaba una causa más de malestar. Al unísono, todas estas eran razones acumulativas para un estallido que hasta entonces el peso de la esclavitud y los temores a la insuficiencia de la Isla para mantenerse independiente ante la codicia de las potencias de la época, había hecho frenar.

A pesar de todo, lastimosamente, parecía que todavía la cuerda de los hacendados y terratenientes duraba para continuar resistiendo y no desear ninguna aventura que pudiera significar pelea. Pudiera advenir la destrucción de su riqueza y la desaparición violenta de la esclavitud. Dado el significado de las dotaciones como capital invertido, estaban dispuestos a mantener el fardo de la institución, aunque le deparara la decadencia a causa del lastre que representaba para la modernización de la producción. Ahora, para más, la subordinación

---

4 Herminio Portell Vilá: *Historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos y España*, La Habana, 1939, t. II, pp. 195 y 196.

que desde mediados de la década del 50 se venía produciendo de manera creciente en relación con el mercado de los Estados Unidos, les creaba nuevos condicionamientos. Pero esta postura resignada de un sector de los propietarios, ya no era el único punto de vista que podía abrirse en la sociedad. El retardo que causaba la institución esclavista les permitía a unos pocos prever otros desarrollos más progresivos en el proceso de las relaciones de producción. Además, otra visión del mismo problema daba por resultado que la economía basada sobre la servidumbre, al no crear un mercado, ya que el esclavo no consumía y tampoco lo hacía el campesino sitiero, que tenía una economía de autoconsumo, mientras el asalariado sí podría convertirse en cliente de muchos cultivos comerciales o la ganadería, posibilitaba que algunos percibirían más o menos conscientemente la necesidad del paso a una economía mercantil más desarrollada; es decir, capitalista. Esto alumbraba a las claras la necesidad de la emancipación y creaba el marco conveniente para el surgimiento de una conciencia ética diferente.

Los hacendados y terratenientes, que en medio de un cuadro de razones políticas y finalmente económicas, con una visión más avanzada y un asco en el alma por lo inmoral de la institución esclavista, llegaron a plantearse la salida independentista al problema cubano, aunque, como todos sus congéneres, podían tener en algún sentido simultáneamente rasgos burgueses y semif feudales, si bien no eran burgueses ni tenían la menor aspiración a salir de la órbita de la metrópoli para convertirse en grandes feudatarios en el sentido del régimen de producción. Vivían inmersos en una sociedad en que el escenario era predominantemente esclavista en medio de una producción manufacturera, y con vistas al desarrollo de la producción estas relaciones no podían sustituirse, en la situación internacional competitiva de la época, por otras que no fuesen las capitalistas, basadas sobre el trabajo asalariado. Tanto era así que en su conjunto la clase, con el fin de poder darles curso a sus intereses e incluso defender desde la trinchera de la propiedad sus dotaciones, habían necesitado echar mano



de las ideas burguesas para imponer la ruptura de las trabas del cascarón semifeudal implantado por la colonia. Por eso, en la clase de los hacendados y terratenientes habían brotado las ideas liberales (que topaban paradójicamente siempre con la puerta del barracón). Mas esa misma situación podía dar por resultado que en algunos de sus integrantes estas avanzaran y no adoptaran formas retrogradantes, como las semifeudales. Incluso, en el caso de grupos muy determinados podía darse condiciones para la aparición de ideas democrático-liberales. Recuérdense que Céspedes afirmó, una vez comenzada la guerra:

A mí, que en política pertenezco a la escuela avanzada del progreso, que estoy por todas las reformas que la filosofía y la experiencia recomiendan, que detesto los sistemas rutinarios y envejecidos que a despecho del siglo practican algunas repúblicas, que adoro el ideal posible de un gobierno demócrata radical, que en las instituciones liberales veo el principio salvador, a mí no me pueden espantar ideas de Bruto ni de Dantón aplicadas a nuestra naciente República...<sup>5</sup>

Orillar las condiciones peculiares que estaban dándose en Cuba, transmutar mecánicamente en uno u otro sentido clases y objetivos, establecer patrones que no corresponden a esa realidad, olvidar que se está hablando de una sociedad en que el peso de las relaciones de producción esclavista lo dominaba todo e imponía su sello, pero también que esta institución había entrado en estado de disolución, ignorar que las relaciones capitalistas eran externas a la forma en que se producía, pero que a la vez devenía la única posibilidad hacia la cual avanzar, impedirá siempre una explicación pulcra de lo sucedido y llevará a alardes injustificados y extremos: bien a una interpretación economicista o a una visión abstracta de los hechos. En medio de aquella sociedad podían surgir, por

---

5 Fernando Portuondo y Hortensia Pichardo: *Carlos Manuel de Céspedes. Escritos*, La Habana, 1982, t. 1. p. 207.

tanto, ideas que condujeran a plantearse la liquidación de la esclavitud. Solo que estas tenían que ir anexas al problema esencial que dominaba los pensamientos progresistas cubanos: terminar ante todo con la camisa de fuerza del régimen colonial, la subordinación a una metrópoli opresora en lo político y esquilmodora en lo económico que no permitía expresar los reclamos de cualquier índole que fuesen y aún menos era capaz de escucharlos. En realidad, Cuba estaba sofocada por la relación metrópoli-colonia y esta vinculación había rebasado su época. Se había vuelto arcaica. En esas condiciones, la esclavitud representaba, en no poca medida, un rasgo más de las imposiciones a liquidar, porque España la había usado como uno de sus pivotes para mantener la dependencia.

Curiosamente, en la época se presentarían dos casos de regímenes de producción esclavista en gran escala, inmersos en un mundo de relaciones capitalistas, que terminarían en guerra y mediante esta resolverían el conflicto. Uno ya lo había hecho, el de los Estados Unidos. Faltaba Cuba. Lo único que si entre ambos es válido ese paralelo, también había un desencuentro. Allá, los barones algodonereros esclavistas tuvieron que ser derrotados en una guerra por los capitalistas del Norte, para acabar con el régimen de servidumbre, homogeneizar la forma de producción, ampliar un mercado y consolidar definitivamente la nación. En esta contienda los esclavistas habían marchado de forma compacta en la defensa de sus intereses. En Cuba, también la guerra que se desatara tendría que ir necesariamente contra la esclavitud, pero de manera curiosa la promovería un exiguo número de hacendados y terratenientes, colocados en determinadas circunstancias, que tendrían que actuar contra la propiedad de sus congéneres para acabar con la institución esclavista y abrir paso a una forma más progresista de producción, a la vez que al eliminar sometimientos y mediaciones daban paso a una nación cuyos rasgos esenciales ya estaban presentes. Más, esta diferencia estaría signada, sobre todo, por un hecho genético: al estallar la guerra civil los Estados Unidos ya habían ganado su independencia mientras que Cuba tenía primero que conquistarla.

Despedazar el régimen esclavista sería parte de la lucha por la independencia, porque sus cadenas eran circunstancias de los mecanismos de sujeción que la colonia utilizaba para mantener atada la Isla. Por tanto, la independencia era el eslabón fundamental del problema.

La disparidad de las condiciones socioeconómicas y políticas entre las zonas del país, la Occidental y la Oriental, acentuada cada vez más desde mediados del siglo XIX, e incluso en su interior nada homogéneas, tenía amplio reflejo en las ideas de una parte pequeña y radicalizada de la clase de los hacendados y terratenientes del oriente de la Isla. Estas eran parte de sus circunstancias características. Anclados como patriarcas en cantones de la zona, ayunos de poder político, bajo irritantes condiciones de exacción del sistema, que pagaban por la refacción de la zafra intereses más altos que sus iguales de Occidente, allí donde la esclavitud era menos densa y que para todos se mostraba como un arma colonial, un freno al progreso y se hacía odiosa desde un punto de vista moral, en que la autoridad peninsular tenía menos alcance por la ruindad de caminos que enlazaban regiones agrestes y extensas y la ausencia de peninsulares, raza encerrada esencialmente en las poblaciones de Occidente, con ideas liberales y democráticas, esos hombres estaban determinados a lanzarse a la lucha. Circundados por intelectuales jóvenes que les eran próximos y, por igual, por medianos y pequeños propietarios rurales, y una nata de sitieros, aparceros, precaristas y arrieros, que vivían a su sombra, la cólera contra el sistema colonial español encontraba campo propicio para el resentimiento. Enlazados unos y otros por vínculos familiares o de subordinación patriarcal, descreídos de que España pudiera hacer algo sensato en la Isla, concluyeron que después del fracaso de la Junta de Información ya no quedaba más que echar de Cuba su régimen. Y por qué no podrían lograrlo si los dominicanos lo habían hecho poco antes. “A España no se le convence, se le vence”, proclamaron altivamente.

Los negros y mulatos libres, una fuerza vigorosa hecha en el trabajo rudo que el blanco despreciaba, también sabían que ninguna equidad podían encontrar bajo el pendón de Castilla, y los esclavos, para nada una masa inerte, aguardaban exasperados la oportunidad para marcharse a un gran apalencamiento, el más formidable de todos, que les diera la oportunidad de disfrutar de la libertad. Hasta los culíes chinos, sometidos a la más violenta sobreexplotación, conscientes del abuso que sobre ellos se ejercía, temidos por sus amos, estaban preparados –aunque no lo supieran– para lanzarse contra el poder que sostenía sus cadenas. Tanta era la bestialidad que se ejercía sobre estos, que según un escritor de la época que visitó Cuba, el 75 % de ellos moría antes de haber cancelado su contrato de ocho años.<sup>6</sup>

Todas estas fuerzas heterogéneas formaban la comunidad dispuesta con su enorme potencial a plantarle cara a la metrópoli. Si los hacendados que decidieron lanzarse a la lucha podían guiar ese conjunto, era porque a partir de intereses e ideas que podían ser, en ciertos aspectos dispares y hasta contradictorios, hacían una propuesta factible de congregar a todos: independencia, abolición y libertad.

Indiscutiblemente, la diferencia en la población esclava, desde el Camagüey hasta el extremo oriental de la Isla, permitía que el peso de las dotaciones no obnubilase en tan gran medida la conciencia de la clase de los hacendados y terratenientes de la zona oriental del país, como a los de sus iguales de Occidente, sobre todo de jurisdicciones específicas, para disponerlos a continuar cargando con el peso del régimen colonial. Por eso, podían mirar con mayor limpieza la situación.

Veamos, en una imagen particularizada, cómo se comportaba la situación. Hacia la fecha, mientras los esclavos del territorio al Este del río Jobabo eran aproximadamente 52 mil y los del Camagüey algo menos de 15 mil, los de Occidente sumaban más de 300 mil.<sup>7</sup> También resultaba cierto que sus ingenios

---

6 James O'Kelly: *La tierra del mambí*, La Habana, 1990, p. 100.

7 Comité Estatal de Estadísticas: *Los censos de población y vivienda en Cuba*, La Habana, 1988, t. 1, vol. 2, p. 112.

eran más pequeños, al punto de que mientras en Occidente se producía más de 450 mil toneladas de azúcar (la región central de la Isla aportaba unas 143 mil) en los del Este solo se acumulaban alrededor de 46 mil,<sup>8</sup> muchos de estos estaban cargados de deudas, se habían atrasado tecnológicamente y sus propietarios no podían modernizarlos y ampliarlos. Un dato lo ilustra. Mientras en Occidente 829 ingenios utilizaban como fuente energética la máquina de vapor, en la zona oriental solo contaban con esta 120 y en cuanto a los trenes de fabricación de azúcar, en tanto Occidente contaba con 50 modernos (únicamente seis de estos en la región central), en la zona oriental uno disponía de tal utillaje.<sup>9</sup>

Para mayor especificidad, algunos de los rasgos demográficos resultantes de las producciones de los territorios, se acentuaban todavía más en unas jurisdicciones que en otras. En Bayamo, Manzanillo y Las Tunas, la escasa población esclava y la inmensa mayoría de blancos se destacaban respecto a Santiago de Cuba y Guantánamo. En esto tenía que ver que en aquellos la cría ganadera –alrededor de 350 mil cabezas de ganado, a principios de la década–, tenían un mayor predicamento que la producción azucarera, para la cual solo disponían de unas 42 instalaciones, en su inmensa mayoría trapiches.<sup>10</sup> En la jurisdicción de Holguín, con sus 16 molinos, de los cuales 11 eran trapiches,<sup>11</sup> y acumulaba un buen número de esclavos, la mayoría blanca era notable. En cuanto a Santiago de Cuba y Guantánamo, con sus 114 manufacturas azucareras, juntas tenían más esclavos (casi 42 mil) que todas las demás jurisdicciones enclavadas entre Las Tunas y Baracoa (al pie de 11 mil), y en ambos casos su número resultaba superior a la cifra de población blanca con que contaban (algo más de 32 mil habitantes). Esto las diferen-

---

8 Ramón de la Sagra: *Cuba 1860*, La Habana, 1963, pp. 137 y 138.

9 *Ibíd.*

10 *Ibíd.*, p. 85; Ramiro Guerra: *Guerra de los Diez Años*, La Habana, 1986, t. 1, p. 33 y ss.

11 Ramón de la Sagra, *ob. cit.*, p. 138.

ciaba respecto a sus vecinas. En relación con el Camagüey, aunque con un número casi el doble de ingenios y trapiches que las jurisdicciones de Bayamo, Manzanillo y Las Tunas, algo parecido a estas le sucedía en lo referente a la situación demográfica y social: tenía una baja proporción de esclavos (más de tres blancos por esclavo). Marcada ante todo por la cría ganadera, dado el tamaño de su territorio, las fincas azucareras estaban más dispersas y en la gran llanada de su peniplano apenas interrumpida por promontorios al Norte y el Sur, que le permitían una homogeneidad que no tenían entre sí las jurisdicciones colocadas a su Este, se asentaban numerosos potreros y haciendas donde un peonaje blanco pastoreaba los rebaños. Un ejemplo de las ideas que marcaban a muchos de los jóvenes idealistas de esta región lo daría Bernabé Varona, *Bembeta*, quien en septiembre de 1867 sería llevado ante el capitán general Francisco Lersundi, acusado de estar proyectando “un levantamiento de negros”, a lo cual Fernando Fornaris se refiere en sus “Rasgos...”.

Además, desde 1867, sobre la Isla había comenzado a desplegarse una nueva situación irritante: la crisis económica que había comenzado a experimentar ese año sus peores resultados, y que provocaba una situación de angustia y rencores adicionales. Un bayamés de tránsito por La Habana, en octubre de ese año escribiría a un familiar que vivía en su localidad: “El estado de esta ciudad es muy lamentable y cada día que pasa se va poniendo peor: los grandes negocios, el alto comercio está moribundo y ha empezado el pánico, es decir la muerte: el banco Español está quebrado de hecho aunque se hacen esfuerzos para ocultarlo...”<sup>12</sup>

Con independencia de que la menguada cantidad de esclavos o la pequeñez de sus propiedades, las deudas o la imposibilidad de transformar el trapiche, no caracterizaban a algunos de los patricios que irrumpirían contra España, sino que, por el contrario, disponían de fortunas opulentas y saneadas, lo

---

12 De A. a Isabel, La Habana, 31 de octubre de 1867. AHN/U, leg. 5837, expte. 52.

apuntado resulta insuficiente para explicar la actitud política de la parte radicalizada de los grupos del Este, de la clase de los hacendados y terratenientes. José Martí, precisamente ganado por la paradoja creada por este grupo, afirmaría al referirse a él: “¡y esto fue lo singular y sublime de la guerra en Cuba: que los ricos, que en todas partes se le oponen, en Cuba la hicieron!”.<sup>13</sup> Si bien era cierto que se trataba de un puñado de aquellos, y que finalmente la mayoría no acudiría al llamado independentista, quienes organizaron la lucha no eran tan torpes y romos, como para no comprender que si se le anotaban contra España sus propiedades sufrirían todo el rigor de la campaña militar. Más no solo peligrarían sus caudales, sino incluso su vida y las de sus seres entrañables. En su manifiesto auroral, al tomar las armas contra el régimen colonial, Céspedes diría: “Viéndonos expuestos a perder nuestras haciendas, nuestras vidas y hasta nuestra honra, todo nos obliga a exponer esas adoradas prendas para reconquistar nuestros derechos de hombre ya que no podemos con la fuerza de la palabra en la discusión, con la fuerza de nuestros brazos en los campos de batalla”.<sup>14</sup>

Un hombre puede pertenecer a una clase, pero resultaría aberrante creer que cada uno debe ser un estereotipo de esta. Cada individuo anida formas de pensar propias que le dan su peculiaridad, y puede suceder, y sucede, que un hombre que pertenezca a una clase llegue a diferenciarse de esta e, incluso, negarla. La abnegación con que estos hombres actuaron desde los primeros instantes no permite la mezquindad cientificista de restarles un átomo a su grandeza moral e histórica, haciendo salir toda su actuación de algún mecanismo que conectara directamente la faltriquera y el cerebro. Veinte esclavos o 200 mil cajas de azúcar o 10 mil, no hacían solo la diferencia. En la Isla había multitud de otros factores como para que una conciencia, una personalidad, pudiera asumir un desempeño distinto al que teóricamente le correspondería.

---

13 José Martí: *Obras completas*, La Habana, 1975, t. IV, p. 384.

14 Fernando Portuondo y Hortensia Pichardo, ob. cit., p. 107.

La discusión puede ser infinita, los hechos no, y ahí están. En medio de la conspiración, uno de los gestos del riquísimo hacendado Francisco Vicente de Aguilera probó la decisión que los conmovía cuando trató de vender parte de sus bienes y entregar el resultado de las zafras de sus ingenios para poner el caudal a disposición de la compra de armas, y, después, ya en la manigua, Céspedes le remitiría miles de pesos y hasta sus prendas de uso personal a Francisco Javier Cisneros para la compra de armas y municiones.

Estas actitudes evidencian que si en la decisión de insurgir contra España actuó de manera innegable todo un conjunto de factores de carácter económico que dieron como resultado una toma de conciencia de la contradicción esencial entre la evolución económica de la Isla y el régimen colonial, y una percepción de la situación desintegradora a que estaba sometido su patrimonio, también tuvieron un desempeño razones de orden social, político, cultural, psicológico, y hasta de sentimientos y emociones. En este surco caería la semilla de las ideas.

Como resultado de su ajuste se pondría en marcha el impulso de estos próceres, solo dispuestos a rendirse a la dulce tiranía de la Patria. Cumplirían lo que Martí con palabra precisa y preciosa describió: “A muchas generaciones de esclavos tiene que suceder una generación de mártires. Tenemos que pagar con nuestros dolores la criminal riqueza de nuestros abuelos. Verteremos la sangre que hicimos verter: ¡Esta es la ley severa!”.<sup>15</sup>

En el verano de 1867, los ánimos de los patriotas de Bayamo estaban tan exaltados, que no podía contenerse dentro de límites razonables el espíritu que los dominaba.<sup>16</sup> Francisco Vicente Aguilera fue el primero en dar un paso para organizar la lucha. Poco después, en la casa del abogado y hacendado Pedro Figueredo se constituyó una logia masónica, *Estrella Tropical*, y Aguilera fue elegido Venerable Maestro. La de-

---

15 José Martí, ob. cit., p. 189.

16 Fernando Fornaris y Céspedes: “Rasgos de la guerra de Cuba”, en esta obra.



signación de vocales recayó en Pedro Figueredo y Francisco Maceo Osorio. También otro bayamés, Donato del Mármol, se distinguió enseguida por su desempeño en la preparación de las conciencias en favor del inicio de la lucha.

Eran obvios los propósitos de la congregación fraternal: tener la cobija de su secreto con la cual amparar sus conciliábulos revolucionarios. Además, de esa forma evitaban toda injerencia del clero español de la Isla, al cual el Concordato de 1851 había convertido en realidad en servidores del gobierno metropolitano.<sup>17</sup> En medio del tórrido agosto, la cúpula de los agremiados en la logia estableció el Comité Revolucionario de Bayamo. Ya estaba plenamente en marcha la conspiración para un alzamiento contra España. Su decisión inmediata fue extender la conjura a las regiones aledañas y llevarla también al Camagüey, Las Villas y Occidente. Podían contar con que en Puerto Príncipe se había fundado otra sociedad fraternal, la logia *Tinima*, que dirigía Salvador Cisneros Betancourt, marqués de Santa Lucía, perennemente hostil al dominio de España, uno de los hombres de la hora de Joaquín de Agüero y alma de la conspiración en la región.

Para sus fines, los orientales organizaron poco tiempo después otra logia, la *Buena Fe*, en Manzanillo, de la cual Carlos Manuel de Céspedes, abogado bayamés, de notable hoja como enemigo del régimen colonial, fue elegido Venerable Maestro. Desde los primeros momentos fueron puestos en su conocimiento los propósitos de los hombres de la ciudad del río Cauto.

Pedro Figueredo viajó a La Habana a buscar el concurso de los poderosos hacendados de Occidente, sin los cuales a sus compañeros de conjura les parecía la empresa prácticamente imposible. Acudió al grupo cubano más estructurado, el de los anexionistas que habían jugado con el reformismo que tenía como líderes a José Morales Lemus y al Creso cubano, Miguel Aldama. Más, el enviado no encontró eco en Morales Lemus. La respuesta, promisoría en el momento inicial,

---

<sup>17</sup> Leslie Bethel: *Historia de América Latina*, Barcelona, 1992, t. IX, p. 212.

se torció enseguida hacia un rechazo tajante a emprender la lucha. Era la contestación del viejo miedo a las conmociones que pudieran dar al traste con sus caudales y sus dotaciones de esclavos. Antes de abocarse a esta, los anexorreformistas preferían dejarse ganar por la esperanza ilusoria, infundada, de que al fin ocurriera un milagro y España accediera a introducir cambios en la gobernación de la Isla. Culebreantes, hasta estarían dispuestos a aceptar la anexión a los Estados Unidos si el general Ulysses Grant arribaba al poder, aunque para esto tuvieran que negociar la incorporación de Cuba, con vistas a que la emancipación de la esclavitud no se produjera violentamente. De ahí sus cálculos dilatorios, que aún no les permitían adherir la única salida que su fina ilustración debió haberles hecho comprender les quedaba por delante. Esto, a pesar de que estaban al tanto de que su causa estaba ya al lanzar su exterior final con el cierre a poco del periódico *El Siglo* por falta, más que de lectores, de ideas con que alentarlos. Seguían prefiriendo el yugo a la estrella.

En cuanto a Las Villas, el Comité Revolucionario envió a la región a Luis Fernández de Castro. En Santa Clara había enemigos de España que se nucleaban en conciliábulos hostiles en la farmacia de Juan Nicolás del Cristo.<sup>18</sup> Estos eran abogados, ingenieros y médicos, como Miguel Jerónimo Gutiérrez, Eduardo Machado y Antonio Lorda; pero, al parecer, todavía sus trabajos estaban tan sumergidos que Fernández de Castro no pudo encontrar su pista y su gestión fue infructuosa.

A finales de año, ya las autoridades españolas recibieron la confidencia de que el abogado Céspedes estaba conspirando en Manzanillo, y la Nochebuena de ese año en que la bella esposa del también hacendado, su prima María del Carmen, agonizaba, intentaron arrestarlo. Solo desistieron ante la penosa situación que hallaron en su casa. Aunque a cada minuto crecían las sospechas de las autoridades coloniales de que estaban produciéndose en esta jurisdicción y la de Bayamo

---

18 Néstor Carbonell y Emeterio Santovenia: *Guáimaro*, La Habana, 1919, p. 88.

actividades revolucionarias, el temor a levantar inquietudes que al final resultaran infundadas detuvo la represión masiva.

En los primeros meses de 1868, los conspiradores estuvieron envueltos en sus trabajos para organizar la lucha; mas, también en grandes debates. A finales del verano, en la hacienda de San Miguel del Rompe, en las cercanías de Las Tunas, se produjo uno de los concilios de los conspiradores. Era, en lenguaje masónico, la Convención de Tirsán, la Convención de los Padres. Acudieron representantes de Bayamo, Manzanillo, Holguín, Las Tunas y el Camagüey. Las tesis diferían en diversos planos, y todavía, como era lógico la incertidumbre, el desconcierto, la indefinición de rumbos, invadían a los conspiradores. Según uno de los participantes, Belisario Álvarez, la divisa bajo la que debían levantarse estaba para algunos en duda: había quienes creían que debían hacerlo por la independencia franca; otros consideraban que el reclamo debía contener los derechos políticos nunca concedidos por España, y otros más por la anexión a los Estados Unidos. Todavía, frente a quienes estaban decididos a la abolición inmediata, algunos vacilaron.<sup>19</sup> Evidentemente, se reunían allí hombres en favor o inclinados a la insurgencia, pero sus propósitos diferían en cuanto a radicalidad. Se probaba, como parece cumplirse en todos los casos, que todo grupo humano es divisible entre dos.

En la duda de quienes vacilaban en la abolición inmediata no poco peso tenía la idea de que debían atraerse el concurso de los hacendados occidentales, a quienes la emancipación de los esclavos los podía alejar del levantamiento y, eso, si no se echaban en brazos de España. Debe tomarse en cuenta que la tarea que pensaban enfrentar estos hombres resultaba, en su momento, colosal. Tendrían que derrotar a una potencia europea débil, pero poseedora de medios descomunales, si se comparaban con los recursos de que ellos dispondrían. Solo en cuanto a población, España era más de 11 veces mayor que Cuba. Esta misma razón actuaba sobre algunos para pensar

---

19 Raúl Cepero Bonilla: *Escritos históricos*, La Habana, 1989, p. 90.

en la posibilidad de la anexión, que les atraería el concurso de los Estados Unidos. Aunque no se llegara a tanto, era lógico pensar que Grant, ya presidente electo de los Estados Unidos y dado su seguro resentimiento en relación con España a causa de la ayuda que esta le había prestado al Sur durante la guerra civil norteamericana, favorecería la insurrección cubana.

También hay que contar con que la imagen de los Estados Unidos era todavía promisoría. Su democracia y libertades, su contexto republicano frente a las desgastadas monarquías europeas, eran la admiración del universo, y hasta se creía que la América toda estaba llamada a ser una sola nación. Quienes estaban por esta tesis, en razón de la desaparición de la esclavitud en los Estados Unidos, demostraban ser a la vez partidarios de la abolición inmediata, porque esa constituiría obviamente una condición para que la potencia del Norte admitiera a Cuba en su seno. De todas formas, allí los únicos que estuvieron en una posición coherente fueron los partidarios de la independencia absoluta; mas, solo la lucha se encargaría de decantar en todos dudas y opciones.

Una rivalidad más y casi la decisiva se expresó en el cónclave: unos creían que la hora de lanzarse a la lucha era prematura y estaban por esperar hasta un año y más para el pronunciamiento, con el fin de poder atraer a los propietarios de Occidente y disponer de los pertrechos necesarios; otros no prolongaban tanto el plazo, pero pensaban necesario aguardar a disponer de armamentos. Frente a estos se colocaron quienes se pronunciaron por lanzarse de inmediato. Esa constituyó la postura ardorosa, apasionada, enérgica de Céspedes. La fuerza de su convicción se reflejó en las palabras magníficas que le dirigió a aquella sesión: “Señores: La hora es solemne y decisiva. El poder de España está caduco u carcomido. Si aún nos parece fuerte y grande, es porque hace más de tres siglos lo contemplamos de rodillas. ¡Levantémosnos!”<sup>20</sup> La tesis de Céspedes no triunfó. Se debía esperar. Los opositores a un alzamiento que consideraban prematuro, días después, luego

---

<sup>20</sup> Fernando Portuondo y Hortensia Pichardo, ob. cit., p. 101.

de una reunión en la finca *Muñoz*, convinieron no insurgir hasta que no terminara la zafra azucarera. La razón de Aguilera para plantear este compás de espera fue la misma que adujo en la Convención de Tirsán: poder disponer de los fondos de la cosecha para la adquisición de pertrechos.<sup>21</sup> También saldrían de nuevo delegados para La Habana y Las Villas, con el fin de intentar sumar a otros posibles complotados y a los reticentes de Occidente.

Cuando urdían sus planes, los revolucionarios cubanos sabían que estaban en las vísperas de graves acontecimientos en España, que incluso podrían dar al traste con el trono. Desde mediados de 1866, dos insurgencias malogradas y una agitación estudiantil exitosa lo anunciaban. En efecto, las desastrosas condiciones económicas que se experimentaban en la economía de la Península, la honda depresión que la embargaba, hacían soplar sobre estos aires de tormenta. Tan grave había llegado a ser que España había estado buscando préstamos estadounidenses o europeos, a cuenta de las rentas de la Isla. Por fin, en septiembre el general Juan Prim y otros militares junto con fuerzas políticas se alzaron contra Isabel II, y *La Gloriosa Revolución*, como llamarían a la nueva rebelión de la fecha, nucleada por los progresistas a quienes se les había negado el poder desde tiempos de Espartero, hizo huir de España a la reina. Tiempo atrás, Prim le había solicitado a José Antonio Saco el concurso de los hacendados cubanos para la causa que encabezaba. A cambio, al triunfo, concedería reformas en Cuba. Aunque, según unos la petición había resultado estéril,<sup>22</sup> otros aseguran que Prim recibió para su causa fuertes sumas desde la Isla, tanto de cubanos como de peninsulares.<sup>23</sup> El 8 de octubre, un nuevo gabinete, encabezado por el general Francisco Serrano, se constituiría en Madrid y

---

21 *Ibíd.*, p. 50.

22 Ramiro Guerra y otros: *Historia de la nación cubana*, La Habana, 1952, t. VI, p. 16.

23 Emeterio Santovenia: *Prim: el general estadista*, Madrid y Barcelona, 1933, p. 161.

bajo la presión de los demócratas de la Junta de Madrid, que pugnaban por el establecimiento de una república, establecía el sufragio universal masculino, la libertad religiosa, la institución del jurado y las libertades de prensa y asociación.<sup>24</sup>

El barrunto de los hechos que iban a producirse en septiembre, en España, pareció alentar la desesperación de Céspedes y llevarlo a plantearse adelantar todo lo posible el alzamiento. Los factores subjetivos reverberaban, aunque los pertrechos faltaran. Céspedes estimaba que una sola delación podía poner en peligro todos los planes. De manera que el acuerdo de la finca *Muñoz* no les cerró la partida a los ardores de su grupo. Además, un nuevo suceso vino a poner en vilo a los participantes de la conjura. En Puerto Rico, el 22 de septiembre, se produjo el *Grito de Independencia de Lares*. Los rumores se esparcieron por toda la región oriental e infundieron nuevos alientos a los más fogosos partidarios del levantamiento inmediato.

Ante el empuje de Céspedes y sus compañeros, Aguilera y el Comité Oriental pretendieron detenerlos mediante una concesión, porque comprendieron que de todos modos llevarían a cabo cuanto antes la intentona. El Comité fijó una nueva fecha para fines de año. Esto no sujetó tampoco a los conspiradores. Debe ser considerado que a esas alturas ya en Bayamo, Las Tunas, Holguín y Manzanillo, cientos de patriotas estaban virtualmente en armas. Según Luis Figueredo, en agosto, de acuerdo con las instrucciones de la Junta Patriótica de Bayamo (posiblemente solo de una parte de sus miembros), ya había instalado un campamento en El Mijial, Holguín,<sup>25</sup> donde había reunido un número de patriotas dispuestos a ir a la lucha. Figueredo, por los días del debate, estaba en rebeldía por haber ahorcado a un recaudador del Banco Español que andaba por la región cobrando el infausto impuesto del 10 % sobre la renta con que el gabinete español había burlado a los hombres de la Junta de Información.

---

24 Raymond Carr: *España 1808-1975*, Madrid, 1992, p. 302.

25 Certificado de Luis Figueredo sobre la trayectoria de Antonio Valdés. Palo Seco de Camaniguán, 3 de abril de 1870, AHN/U, leg. 5837, expte. 58.

Pronto supo Céspedes que los conspiradores de Las Tunas, encabezados por Vicente García, un rico propietario de la región, y otros de Bayamo, como Donato del Mármol, habían decidido lanzarse el 14 de octubre por el camino por donde arden las armas. De esa manera, Céspedes acordó con su grupo que en la misma fecha se lanzarían a los campos de la guerra.

A Céspedes, 15 propietarios rurales que compartían su postura –entre ellos Bartolomé Masó y los hermanos de Céspedes– lo eligieron su jefe. En el acta que levantaron, el 6 de octubre, propugnaban: “Queremos abolir la esclavitud indemnizando a los que resulten perjudicados”.<sup>26</sup> A poco le comunicaron a Aguilera la decisión del alzamiento inmediato, y este, echando a un lado celos y egoísmos de primogenitura, en un gesto noble y magnífico, aunque lo habían dejado descolocado, marchó a su finca de Cabaniguán a reunir fuerzas. A partir de la determinación de Céspedes, Vicente García y Aguilera, las jurisdicciones del centro-oeste de la región más oriental del país estaban prácticamente en pie de guerra.

## El llamado de la libertad

Por fin, inevitablemente, el rumor de la insurrección en marcha llegó a Francisco Lersundi, el capitán general de la Isla, un hombre de talante violento y sentimientos fieros, que quería seguir ignorando los hechos acontecidos en la Península; y una orden de apresamiento de Carlos Manuel de Céspedes y otros de los conspiradores más significados voló a Bayamo. El telegrafista que recibió el mensaje era sobrino de Céspedes. Ya no podía esperarse ni un instante más para declarar la rebeldía. Céspedes llamó a los complotados a reunirse en su ingenio *Demajagua*, en las cercanías de Manzanillo, y al amanecer de 10 de octubre de 1868, la campana del batey doblaba. Llamaba a la dotación, más no para emprender la faena diaria: estaba repicando para anunciar que comenzaba la lucha para ponerle

---

26 Fernando Portuondo y Hortensia Pichardo, ob. cit., p. 103.

fin al régimen colonial de la Isla y la esclavitud. Proclamaba que se iba a iniciar la liberación plural de Cuba.

Según el testimonio de Bartolomé Masó, a media mañana de aquel día Céspedes reunió a la veintena de esclavos restantes de la dotación de 53 que había en los momentos en que adquirió el ingenio, los declaró libres y los invitó, si lo deseaban, a conquistar la libertad cubana; lo mismo hicieron con los suyos quienes lo rodeaban.<sup>27</sup> De pronto, 36 blancos, propietarios de ingenios, terratenientes, abogados, ganaderos, se mezclaron con sus antiguos esclavos para emprender el camino de la independencia.

El patricio Céspedes no condicionó la libertad de sus esclavos a la adhesión a su causa. Limpio en su postura, les aseguró: “Ciudadanos, hasta este momento habéis sido esclavos míos. Desde ahora sois tan libres como yo. Cuba necesita de todos sus hijos para conquistar su independencia. Los que me quieran seguir que me sigan; los que se quieran quedar que se queden, todos seguirán tan libres como los demás”.<sup>28</sup> El hacendado esclavista se despojaba de golpe de esa condición, se hacía libertador y, alzando a sus siervos, los colocaba a su lado como pariguales. Conceder la libertad a sus esclavos lo podía hacer filántropo, hacerlos sus iguales lo hacía revolucionario. Nada les impuso. Tenían el derecho de acudir o no, junto a él, a la contienda. Era la prueba suprema de sus ideas liberales y democráticas. Cualquier zigzag posterior sería meramente resultado de la táctica política. Lo primero era ganar la guerra. Sin la victoria no habría abolición. Lo demás sería querer olvidar la necesidad de conjuntar todas las fuerzas posibles para la proeza desmesurada que se imponía. En definitiva, aquella mañana no solo estaba poniendo al pie del altar de la Patria su patrimonio, sino el destino de su vida y los de todos sus allegados.

Allí presentó su bandera, hilvanada la noche anterior por la fiel *Cambula* Acosta. Era curiosamente parecida a la de Chile.

---

27 *Ibíd.*, p. 58.

28 *Ibíd.*, p. 105.



No sería por olvido de la enarbolada por Narciso López, sino como un homenaje a los esfuerzos de los chilenos por la independencia de Cuba y, en particular, de Benjamín Vicuña Mackenna, el agente secreto de Chile en los Estados Unidos, con quien Céspedes había mantenido relaciones en pro de la causa por la que hoy se levantaba.

En el *Manifiesto de la Junta Revolucionaria de la Isla de Cuba*,<sup>29</sup> del 10 de octubre, Céspedes perfiló parte de las causas económicas que los llevaban a la lucha: la colonia no dejaba seguridad en la propiedad y fijaba tributos y contribuciones a su antojo; el sistema aduanero implantado provocaba represalias para los cultivos de la Isla; la plaga infinita de los empleados hambrientos de soborno del régimen colonial devoraba el producto del trabajo de los cubanos y tampoco dejaba paso a estos en los empleos; el ejército y la marina agotaban con sus enormes gastos las fuentes de la riqueza pública y privada, y, sobre todo, su acción estaba dirigida a hacer doblar el cuello al yugo férreo que los degradaba; la inmigración blanca se alejaba de las playas cubanas por la ojeriza con que las autoridades la miraban. Mas, también había otras razones para la insurgencia: la colonia privaba a Cuba de toda libertad política, civil y religiosa; expulsaba de la Isla a sus hijos o los ejecutaba por medio de las comisiones militares; la privaba del derecho de reunión; el sistema restrictivo de enseñanza impedía conocer a los ciudadanos sus derechos; el reiterado ofrecimiento de implantar los derechos no había sido más que una burla; y burla lo era también la convocatoria a la Junta de Información, utilizada para encubrir el establecimiento de un nuevo impuesto.

Delineaba el ideario de la revolución: todos los hombres eran hermanos; se amaban la tolerancia, el orden y la justicia, y se respetaría todas las vidas y propiedades de los pacíficos, inclusive las pertenecientes a los españoles; se admiraba el sufragio universal, que aseguraba la soberanía del pueblo; se deseaba la emancipación gradual y bajo indemnización de

---

29 *Ibíd*, p. 105 y ss.

la esclavitud, el libre cambio con los países que utilizaran la reciprocidad, la representación nacional para decretar leyes e impuestos, y se haría observancia religiosa de los derechos imprescriptibles del hombre, para finalmente constituirse en nación independiente.

En el documento se anunciaba que se había acordado designar un general en jefe, que sería auxiliado por una comisión de cinco miembros en los ramos político y civil. Se abolía el pago de todos los impuestos y se pagaría el 5 % sobre la renta, como *ofrenda patriótica*, para los gastos de la guerra.

Céspedes y sus seguidores atacaron el poblado de Yara al atardecer del 11 de octubre. Los bisoños guerreros sufrieron un revés, porque el pueblo había sido ocupado poco antes por fuerzas españolas procedentes de Bayamo. Esa noche, rumbo a la Sierra de Naguas, Céspedes, con solo un grupo de hombres, demostró su temple y que el 10 de octubre y su capacidad de liderazgo no eran mera obra de las circunstancias. Al plantear insurgir cuanto antes había visto más lejos que nadie, y ahora probó que tenía la voluntad y tenacidad para sujetar con su mano las riendas de la Historia. Alguien le comentó la impotencia de la desastrada tropa. Su respuesta fue inmediata: *¡Aún quedamos doce hombres, bastan para hacer la independencia de Cuba!*<sup>30</sup> Él era más que la luz de Yara. Era la llamarada misma.

En horas siguientes hubo sucesos que lograrían consolidar el alzamiento en una amplia región del Oriente central: el Club Revolucionario de Bayamo había sido sorprendido por los acontecimientos que solo conocieron el día 11. Enseguida convocaron en Buenavista, a dos leguas de Bayamo, una Junta para la dirección de la conspiración. Pedro Figueredo y Francisco Maceo Osorio mostraron disgusto por el levantamiento de Céspedes, pero expusieron que, como patriotas, seguirían la suerte de sus hermanos si la decisión final era tomar las armas.<sup>31</sup> Según narra Fernando Fornaris, Donato del Mármol y

---

30 *Ibíd.*, p. 109.

31 Fernando Fornaris y Céspedes, en esta obra.

Luis Figueredo, este último primo de Pedro Figueredo, quienes habían promovido la celebración de la Junta, insistieron en la necesidad de apoyar de inmediato a los manzanilleros y “cada uno de los que podían ser cabecillas procedieran a formar su partida para abrir la campaña”. La mayoría apoyó esta tesis y se decidió secundar a Céspedes. De allí mismo salieron Del Mármol y Luis Figueredo, respectivamente, rumbo a Jiguaní y la finca *Mijial*, en Holguín, donde residían hombres dispuestos a secundar la gesta y otros que habían sido preparados de antemano. Los demás se lanzaron por toda la jurisdicción de Bayamo a reunir fuerzas. Poco después, varios pueblos y caseríos cayeron en manos insurrectas y también armamento. De todas formas, las comunicaciones cursadas a Céspedes por otros jefes los días 12 y 13,<sup>32</sup> en las cuales le informaban de tropas agrupadas en Guá, Jibacoa y Portillo, el envío de contingentes solicitados por él y hombres, posesionados en los alrededores de Manzanillo, demuestran que el pronunciamiento en el ingenio *Demajagua* no era más que la chispa de un incendio que ya abarcaba toda la zona desde días atrás. No puede pensarse en tales concentraciones y envíos, prácticamente en unas horas si no era porque había una vigilia en espera de acontecimientos. La patriótica osadía de Céspedes pagaba dividendos. El alzamiento no había fracasado. Medianos y pequeños propietarios rurales, sitieros, blancos, negros y mestizos, esclavos liberados y culíes chinos, toda la gama de ofendidos y humillados por el régimen colonial, estaba respondiendo al llamado de la revolución. Ya el día 18 *Perucho* Figueredo, desde el campamento de Caureje, notificaba que todo el territorio entre Cabo Cruz y Contramaeste estaba en manos insurgentes y que las filas de los combatientes sumaban siete mil hombres.<sup>33</sup> El optimismo del momento era tal, que al enviar un cañón a Las Tunas, el entonces comandante Luis Figueredo escribió que su llegada quizá pondría “término a la refriega”.<sup>34</sup>

---

32 AHN/U, leg. 5838, expte. 22.

33 AHN/U, leg. 5837, expte. 57.

34 Luis Figueredo, desde el campamento de Caureje, al subprefecto de Cauto Embarcadero, sin fecha. AHN/U, leg. 5837, expte. 58.

Entre los campesinos que tomaron las armas en El Dátil estaba un dominicano, llegado a Cuba con los restos del ejército español en su retirada de Santo Domingo, al cesar la anexión, y que había servido en este con el grado de comandante. Alistado en las filas cubanas del poeta José Joaquín Palma, en reconocimiento a su dominio del arte militar, se le “otorgó el grado de sargento primero. Era Máximo Gómez Báez. Según confesaría después, entró en la insurrección por sus relaciones con los cubanos y para *ayudar a hacer patria* al pueblo que lo había acogido,<sup>35</sup> pero quizá también tenía otra motivación muy íntima: la conquista de la liberación de los esclavos. La compasión por su suerte lo animaba de manera poderosa.

Entretanto, Céspedes, en camino a Bayamo, había vivaqueado por tres días en Barrancas, caserío que había ocupado. Firmó su proclama de despedida, como capitán general del Ejército Libertador de Cuba y no, como hasta ahí, general en jefe.<sup>36</sup> Poco después de que las tropas españolas que habían marchado contra su ingenio lo incendiaran, Céspedes atacó, con las fuerzas que había reunido, la ciudad del Cauto al frente ya de unos dos mil hombres.<sup>37</sup> En esto obtuvo un apoyo decisivo de la población. Luego de cuatro jornadas de lucha y asedio, las fuerzas colonialistas se rindieron y un número de sus integrantes se pasó a las filas de los insurgentes.<sup>38</sup> A causa de su rendición, el jefe de la plaza, Julián Udaeta, recibiría una pena de 10 años de prisión.<sup>39</sup> Gracias a la victoria, los rebeldes tenían ya capital y jefe, pues Aguilera, una vez más con noble desinterés y convencido de la importancia de la unidad revolucionaria, respaldó a Céspedes como jefe máximo de la gesta. Con Bayamo en manos de la rebelión, la música

---

35 Fernando Figueredo: *La revolución de Yara*, La Habana, 1968, p. 78.

36 Fernando Portuondo y Hortensia Pichardo, ob. cit. p. 109.

37 Comunicación de Luis Figueredo al subprefecto de Cauto Embarcadero, 17 de octubre de 1868. AHN/U, leg. 5837, expte. 58.

38 Comunicaciones de Pedro Figueredo al general en jefe del Ejército Libertador.

39 AHN/U, leg. 5837, exptes. 40 y 57.

del himno guerrero que *Perucho* Figueredo había compuesto tiempo atrás pronto tuvo letra.

Poco después, Céspedes explicó que se hacía necesario adoptar el título de capitán general asumido, pero confió a los revolucionarios que no pretendía imponer a los demás pueblos de la Isla su gobierno y que, cuando sus representantes pudieran reunirse libremente, se adoptaría la forma de regirse que consideraran conveniente.

Si en los primeros instantes Lersundi y las demás autoridades de la colonia y los militares españoles parecieron creer que resultaría fácil sofocar la revuelta, el estupor y el desconcierto ante los triunfos y la extensión de la rebelión se fueron haciendo cada vez mayores. En Cuba solo había según fuentes españolas unos nueve mil soldados de línea y según historiadores cubanos entre 10 mil y 12 mil,<sup>40</sup> y si los rebeldes hubiesen contado con pertrechos suficientes un huracán de fuego los hubiese barrido de la superficie de la Isla. Mientras Lersundi daba a conocer un bando en el cual amenazaba con la pena de fusilamiento a cuantos se sublevaran contra España y a toda prisa armaba batallones de voluntarios, a cuenta de los más de 109 mil peninsulares que residían en la Isla,<sup>41</sup> blancos cubanos españolizados y pardos y morenos adictos, por lo que en diciembre llegaría a tener armados 50 mil voluntarios y de ellos 15 mil en operaciones,<sup>42</sup> las tropas de Bayamo se apoderaban en corto plazo de manera eventual de varias poblaciones del interior de la región, como El Cobre, Baire y Jiguaní; atacaron, aunque sin éxito, Las Tunas y Holguín y amenazaron Manzanillo, Gibara, y hasta la propia Santiago de Cuba. Después del fracaso de algunos jefes hispanos en recuperar Bayamo, las fuerzas coloniales quedaron a la

---

40 Revista decenal del capitán general de la Isla al ministro de Ultramar, 20 de enero de 1892. AHN/U, leg. 4873, sin número de expte., Fernando Portuondo y Hortensia Pichardo, ob. cit, p. 247.

41 Fernando Portuondo: *Historia de Cuba*, La Habana, 1965, p. 381.

42 De Prim, ministro de la Guerra, a Dulce, 31 de enero de 1868. AHN/U, leg. 4933, t. II.

defensiva, hasta que Lersundi logró reunir algunos batallones, y bajo el mando del general Blas de Villate, conde de Valmaseda, las puso en marcha para la región oriental; sin embargo, el general vizcaíno no pudo cumplir de inmediato su misión, porque otros sucesos se habían producido al oeste del río Jobabo y lo obligaron, luego de recibir instrucciones, a marchar a toda prisa a Puerto Príncipe ante el temor de un Bayamo camagüeyano, que quizás hubiese sido el punto final de la dominación española en Cuba.

Aunque desde el 11 de octubre algunos osados patriotas del Camagüey, como Bernabé Varona, *Bembeta*, estaban en son de guerra contra España, todavía durante unas pocas semanas sus conspiradores esenciales, en desacuerdo con la inmediatez del levantamiento de Céspedes, se debatieron sobre la posibilidad de secundarlo o esperar a que agentes de la conspiración de ese territorio trajeran informaciones fidedignas en relación con una expedición con armamentos que vendría desde Nassau. No deja de ser cierto que en la vacilación también ejerció influencia que en su seno se movían elementos condicionados más por ideas reformistas que independentistas, que en todo caso aspiraban a sacarle a España por vía de un chantaje armado los cambios a que aspiraban; pero, por otra parte, paradójicamente, los empujaba a ir adelante la posición de Morales Lemus, quien en extraña pirueta parecía a esas alturas haberse colocado en posiciones separatistas. En los momentos del *Grito de Demajagua*, Salvador Cisneros Betancourt estaba en La Habana tratando de captar la cooperación de los hombres de Occidente, y ante la circunstancia, Morales Lemus le planteó que no dejaran solo a Céspedes.

La explicación de la nueva actitud del abogado habanero y su grupo tenía un sentido parecido al de los reformistas del Camagüey; jugar con fuego para obtener beneficios; la revolución podría ponerles en bandeja de plata la palanca para presionar a una España atormentada por sus problemas internos y la insurrección cubana, a introducir las reformas ansiadas. Alentaban la revolución en los confines de la zona oriental, pero desde luego no en la suya. Aquellos hombres

no eran verdaderamente revolucionarios: seguían siendo anexionistas por convicción y reformistas de oportunidad. Parecían los pasajeros mal agarrados a un tren que se había puesto en marcha.

Por fin, cuando aún los camagüeyanos continuaban en sus conciliábulos, habían conocido por un telegrama que en los próximos días llegaría a la zona un cargamento de armas españolas. Salvador Cisneros Betancourt dio la orden a los comprometidos en la conspiración de marchar a apoderarse de estas. De esa forma, decididos, el 4 de noviembre en las orillas del río Clavellinas, a pocos kilómetros de Puerto Príncipe, los hombres de la región empuñaron las armas contra la metrópoli; sin embargo, no pudieron proveerse de los 500 fusiles *Peabody* enviados por los españoles, según habían previsto, porque estos fueron desviados a Oriente. En eso, Salvador Cisneros Betancourt, quien había quedado en Puerto Príncipe para terminar algunos trabajos revolucionarios pendientes, supo de una orden de detención en su contra y a duras penas logró escapar e incorporarse a los insurgentes.

A poco, los nuevos combatientes, después de rechazar a causa de una altiva arenga de Ignacio Agramonte, en el paradero de Las Minas, las propuestas contrarrevolucionarias que en nombre del general Valmaseda les presentó Napoleón Arango, designaron el Comité Revolucionario del Camagüey, en el que estaban integrados Ignacio Agramonte y Salvador Cisneros Betancourt, y a Augusto Arango como jefe superior encargado de las operaciones militares.

La suerte de la revolución en este territorio quedó asegurada en diciembre, cuando una potente expedición al mando de Manuel de Quesada, cubano, antiguo general del ejército mexicano, quien había combatido la invasión francesa, desembarcó en La Guanaja. Con él llegó un numeroso grupo de jóvenes habaneros, entre ellos, Manuel y Julio Sanguily y Antonio Zambrana.

Mientras en el territorio oriental los patriotas continuaban sosteniendo combates y tomando algunas poblaciones, en lo que se distinguieron Máximo Gómez y un mulato santiagueño de 23 años, llamado Antonio de la Caridad Maceo, quien

curiosamente en ocasiones se firmó como José Antonio o José, este último también nombre de un hermano suyo, Céspedes se dirigió al Camagüey a entrevistarse con los insurrectos de esta región. Había diferencias profundas entre los revolucionarios de ambos lados del río Jobabo. Era el precio de que la insurrección no hubiese sido el resultado de un proyecto elaborado por un centro director que atara todos los intereses diversos que a ella se sumaban, y de una unificación de criterios y una estrategia común de lucha. Ni siquiera toda la Isla estaba comprometida en la labor. Más, eso no dependía de la voluntad de los revolucionarios, y prácticamente no era posible haberlo logrado cuando comenzaron su tarea.

Para entender en profundidad el escenario, hay que partir de que Cuba no constituía una entidad totalmente unificada, homogeneizada; no la unían o la unían pobremente la producción, los intereses recíprocos, las comunicaciones, un mercado, y su cultura estaba todavía en vías de fusión. Muy al contrario, dada la diferencia de circunstancias materiales y, por ende, espirituales entre sus zonas y regiones, había tendencias desintegradoras. Además de las apuntadas, una gran parte de quienes vivían en la Isla no tenían siquiera libertad de locomoción y, otra, los campesinos sitieros no tenían nada o muy poco que hacer fuera de sus predios. Los esclavos estaban jurídicamente impedidos de trasladarse y los campesinos libres no tenían, en lo esencial, que buscar un mercado para realizar sus productos, pues vivían, en no poca medida, de los frutos que cosechaban. Como esa masa fundamental del país no era consumidora o como los esclavos consumían esencialmente bienes que se importaban, tasajo, arroz, la ropa de las esquivaciones, no había un mercado interno real. Nada o muy poco impulsaba a un intercambio fluido entre regiones y su consiguiente interdependencia. ¿Para qué, entonces, buenos caminos por los cuales transportar la producción? El ferrocarril, en todo caso, era impulsado por la necesidad de conectar el ingenio con la costa y su fin fundamental consistía en llevar a esta azúcares y mieles. Si era verdad que el mapa de Occidente, hasta Sagua y Cienfuegos, estaba repleto de una



industria manufacturera que le daba cierta integración y también cruzada por bastantes caminos, desde allí hasta Baracoa la situación resultaba diametralmente opuesta.

En esas condiciones, la nacionalidad solo estaba constituida por fragmentos débilmente hilvanados, imperfectos, aunque listos a cristalizar en virtud de un toque que mezclara hombres de diversas procedencias y esferas, que con su paso destruyera las bases materiales de la desigualdad social y jurídica de la comunidad asentada en la Isla. Esto, sin descontar que, a pesar de que terminara la esclavitud, su innoble desinencia —la discriminación racial—, todavía conspiraría mucho tiempo contra la forja acabada de la nación y la nacionalidad. Si el blanco se creía superior a mulatos y negros, los mulatos se consideraban por encima del negro. Era necesario un vector arrasante que liberara las ataduras de una buena parte de la sociedad, que trasvasara los elementos culturales de unas clases y territorios a otros, de unos grupos sociales a otros, que los juntara en una tarea común.

Una zancada de siete leguas para este resultado se lograría, precisamente, gracias al estallido revolucionario. El hecho bélico se convertiría en no poca medida en catalizador de ese proceso y como atributos, frente a la historia chata y cotidiana de la colonia, le proporcionaría a la comunidad asentada en el suelo de la Isla una épica común, una saga que la identificara con las victorias y las derrotas, con los aciertos y los errores, con sentimientos de pertenencia y la comprometiera con un mismo destino. Mas faltarían ingredientes. Incluso, la cultura colectiva, la conciencia histórica como patrimonio de todos, una psicología con rasgos predominantes extendidos, una constante de costumbres identificadoras, serían parte esencial del proceso del cuaje de la nación y la nacionalidad, pero no lo constituirían todo. Otro afincamiento, un cimiento material común totalizador, demandaría de un mayor entrelazamiento productivo y de mercado, una interdependencia firme, para una asimilación recíproca más profunda. Un desarrollo de su producción, una modernización de sus estructuras sociales y productivas en el más amplio sentido de la palabra también

le abrirían paso. De esto devendría una articulación de sus comunicaciones, que a la vez reactivaría sobre la integración, sobre la interrelación de sus habitantes que trasvasarían de unos lugares a otros, junto con sus intereses recíprocos, toda su vida espiritual. Esta guerra y otra que seguiría se encargarían de imponer la liberación, primero de hecho y gracias a sus resultados jurídicamente después, de una parte enorme de la población. Al limpiar del fardo esclavista a la sociedad y con el aporte espiritual que dejaría, se abrirían nuevas puertas a la consolidación de la nación y la nacionalidad al completamiento de sus señas de identidad.

De todas maneras, la factura cabal de estas entidades necesitaría todavía muchos años más. No hay dudas de que ya será de esa forma que guerra y producción y sus resultantes se iban a convertir en multiplicadores del endurecimiento del fraguado de la nación y la nacionalidad. Desde luego, esto si no hubiera frustraciones y retrocesos que obligaran a un rescate; pero si tal adversidad se produjese, en el transcurso de la historia se habría creado núcleos de resistencia tales, que estos acudirían más tarde o más temprano a salvar las conquistas. Estos constituirían los antídotos contra la perversión y la reversión de sus logros.

Ahora bien, en el plano político de los hechos acontecidos debe considerarse que si bien al menos en las regiones de la zona oriental se había conspirado desde temprano y sus representantes habían tomado parte en cónclaves comunes, Occidente y, de hecho, Las Villas no habían participado en la conspiración y la insurrección. En Occidente comenzaba a trabajar la Junta Revolucionaria, encabezada desde La Habana por Morales Lemus, pero el retraso con que su grupo se había incorporado a la causa (y sus auténticos motivos) le imprimían un sello extraño y paralizante a su labor aglutinadora y a la acción de los verdaderamente decididos a marchar al terreno de la lucha; aunque estos encumbrados prohombres encubrían, por supuesto, sus designios con ardorosas promesas de auxilio a la revolución, que se encargaban de hacer llegar a Céspedes. Por esta labor extraña, una masa de profesionales

y estudiantes, favorables al alzamiento, se agitaba en pos de acudir a la manigua occidental sin que a partir de sus fuerzas acabara de cuajar una organización que se lanzara a congregarse detrás del ideal separatista a campesinos, negros y esclavos. También en las ciudades se contaba con la incipiente y todavía descolocada masa de artesanos y obreros cubanos, dispuestos a colaborar con la revolución, pero solo estaba en sus comienzos la Asociación de Laborantes.

La falta de una profunda tarea preparatoria había constituido, desde los inicios, un serio inconveniente para asegurar el triunfo de la causa. ¿Pero cuál es la revolución que en sus momentos primigenios, con vistas a lanzarse a la lucha, ha podido tener resueltos todos los aspectos esenciales de su estructuración? Incluso, ¿se ha logrado siempre disponer de estos en fase más madura? Aspirar a tanto sería mera utopía. Posiblemente, la conspiración que intentara lograrlo no estallaría jamás, sería abortada por las fuerzas represivas. La del territorio oriental no fue liquidada porque Céspedes lo comprendió; por eso, aunque muchos no se lo llegarían a reconocer el solo hecho de que hubiese logrado hasta ahí hacer viable el esfuerzo ya lo había absuelto de las imputaciones de haberse adelantado en su grito de independencia.

## **La guerra es la guerra**

Precisamente, una de las razones del resentimiento del Comité Revolucionario del Camagüey contra Céspedes se basaba sobre que este no había acatado los acuerdos de esperar para lanzarse a la lucha. Mas no era lo único. El plan político para el alzamiento no había sido elaborado y, como consecuencia, habría diferencias en las concepciones de cómo conducir la contienda. De ahí el establecimiento de dos gobiernos, uno en el Camagüey y otro en Oriente. Céspedes era partidario del mando único, con el fin de aunar voluntades. En la conducción de los elementos heterogéneos que debía dirigir, jefes militares inexpertos, caudillismos cantonales, masas campesinas indisciplinadas, siervos recién arribados a libertad, se le hacía

evidente la necesidad de una mano recia, firme, que guiara. La formación de una república resultaba prematura. En relación con la forma de dirigir la guerra Martí escribió: “Él [Céspedes] creía que la autoridad no debía estar dividida; que la unidad del mando era la salvación de la revolución; que la diversidad de jefes, en vez de acelerar, entorpecía los movimientos.— Él tenía un fin rápido, único: la independencia de la Patria”.<sup>43</sup> En cuanto al uso del título de capitán general, que también se le criticó, pudiera aducirse que esta fórmula era ofensiva para los cubanos, quienes estaban hartos precisamente del despotismo que símbolos como ese representaban; sin embargo, a Céspedes, después de iniciada la refriega, para tratar de dar un orden al aquelarre que la revolución traía necesariamente considerable pareció sensato aprovechar las mismas estructuras coloniales conocidas cambiándoles solamente de signo. Por eso había considerado que “para dar mayor estabilidad y prestigio al nuevo orden de cosas era conveniente influir en la imaginación popular, usando de los mismos resortes a que estaba acostumbrado el pueblo a obedecer...”.<sup>44</sup> Por su parte, Martí analizó:

Que se llamé Capitán General. —Temperamento revolucionario; fijó su vista en las masas de campesinos y de esclavos. A ese nombre están acostumbrados a respetar; pues yo me llamaré con ese nombre. Un cambio necesitaría explicación. Se pierde tiempo— ¡Se pierde tiempo! Esta es la explicación de todos sus actos, el pensamiento movedor de todos sus movimientos coléricos y la causa excusadora de todas sus faltas. Concretaba su vida en una frase ¡Libres de España!<sup>45</sup>

---

43 José Martí, ob. cit., t. XXII, p. 235.

44 Citado por Raimundo Pérez Cabrera: “El pensamiento político de los hombres del 68 (Céspedes, Agramonte y Guáimaro)”, en *Cuadernos de la Universidad del Aire*, p. 263.

45 José Martí, ob. cit., p. 235.

Bien miradas las cosas, por el momento y entonces, ¿qué otra experiencia podía haber seguido Céspedes? Los revolucionarios cubanos de otros tiempos huirían precisamente de las copias de títulos y rangos militares de su época, que tan amarga imagen habían logrado engendrar. No obstante, ya tenían antecedentes y en Cuba había una cultura política; por tanto, sería tramposa la comparación.

Más compactos en sus definiciones y liderazgo que los orientales, con la herencia de una cúpula muy asentada y respetada en la región, una aristocracia de la tierra entrelazada endogámicamente por vínculos familiares, lejanos a la esclavitud, los camagüeyanos aspiraban a destruir todo lo que oliera a régimen colonial, la división territorial o la judicatura, las leyes coloniales o la unión entre Estado e Iglesia, y propugnaban asentar la república democrática por la cual tan solo comenzaban a luchar. Idealizaban, en realidad, lo que solo podía ser por entonces una república rural, de tribuna rústica y papel, que sus fogosos discursos perfilaban como si la creyesen entera. Ignacio Agramonte, un príncipe entre ellos, rebotante de los ideales que habían traído los aires de la Revolución Francesa de 1789 y todavía más la de 1848, como si se transportara al podio de la Convención francesa, desgranaba como un Mesías ideas de progreso político que para la ramplona sociedad colonial significaban una iluminación cenital. Ante esas concepciones, por supuesto, sonaban a herejía las fórmulas de autoridad –en realidad no autoritarias– del abogado bayamés. Rechazaban el cargo de capitán general que Carlos Manuel de Céspedes había asumido y requerían con urgencia la instauración de la república democrática.

Evidentemente, los camagüeyanos confundían las cosas: la guerra no es la paz. Las instituciones de la paz no le abrochan bien a la guerra. Esta termina, necesariamente, reventándoles las costuras. Aún menos en un país todavía en la forja de su nacionalidad, moteado de cantones en que cada caudillo señoreaba, con masas de campesinos y hombres brutalizados por la esclavitud, desordenadas e indisciplinadas y poco ilus-

tradas y lejanas a la más sabia y elemental cultura política. En el verbo, el idealismo doctrinario suena majestuoso, lógico, cautivante, pero aplicado durante la guerra a conducir la guerra, es lo menos práctico del mundo. Aquellos próceres desoían el consejo de las contiendas americanas en las cuales primero la espada ganó el derecho de establecer el cabildo y la palabra. Por el contrario creían ver que el mal ejemplo de lo que sucedía en América, el desorden, las continuas turbulencias, los golpes de Estado, las guerritas civiles y los espadones en el poder, eran la consecuencia de que durante la contienda no se les había puesto freno al desorden de la sablería. No comprendían que en América nada o muy poco tenía que ver todo eso con la guerra, sino con la herencia semifeudal que la colonia había legado. Aún menos que, incluso si así fuera, por el camino que esbozaban la guerra podía perderse por falta de coherencia y unidad del mando y entonces no quedaría la posibilidad de intentar en la paz la ruta de la democracia. Agramonte, cuando la guerra todavía era joven y ya él había ganado experiencia bélica, sería uno de los primeros en percatarse del error.

Entre otras de las cuestiones que los camagüeyanos le criticaban a Céspedes estaban las concesiones que este le había hecho a la religión católica, basadas en su concepto de no cambiar en el orden interior los hábitos establecidos a lo largo de siglos, y propugnaban que la república debía ser laica. Sin dudas, el poco calado que había alcanzado la dogmática religiosa en los cubanos, cuyas manifestaciones eran en todo caso bastante epidérmicas, y el predominio en estos de un pensamiento libre en la materia, constituían un factor importante en los conceptos que se manifestaban. Un dato demuestra el poco ascendente de la Iglesia. En 1774, con una población de unos 172 mil habitantes, había en Cuba mil religiosos; sin embargo, en 1862, con una población que se acercaba al millón y medio solo había 540. La cuestión estribaba en que Céspedes se mostraba coherente con su criterio: todo lo subordinaba a la victoria. Lo demás vendría con posterioridad. El concierto fue

infructuoso. No pudo establecerse de momento el frente único propugnado por el hombre del ingenio *Demajagua*.

Cuando alboreaba el nuevo año, mientras Lersundi requería de la metrópoli que se le enviara urgentemente 11 mil soldados más,<sup>46</sup> las tropas del conde de Valmaseda avanzaban para tratar de arrancar de una vez a Bayamo de las manos de los insurgentes. Ante la caída inevitable de la capital mambisa en manos españolas, a pesar de los grandes esfuerzos llevados a cabo para organizar las tropas insurrectas, como lo demuestran las órdenes generales e instrucciones al respecto y los informes de jefes de campamento, polvorines y sanidad militar, por aquellos momentos,<sup>47</sup> sus hijos decidieron incendiarla. El 12 de enero la gigantesca hoguera hizo enrojecer los cielos de la Patria. Los bayameses daban un ejemplo de su decisión de luchar a cualquier costo, que marcaría para siempre la historia cubana. Los militares españoles también comprendieron la lección: los cubanos lucharían hasta la muerte. Su conclusión fue que entonces lo que correspondía era exterminar a la población hostil a España y, si era necesario, la riqueza cubana. Había que salvar la “integridad nacional”.

## La seducción del barracón

En La Habana, Morales Lemus al frente de la Junta Revolucionaria de la capital, en la cual se habían integrado algunos revolucionarios independentistas sinceros, había sufrido ya su primera gran desilusión de que por vía de la presión creada por las armas en el Oriente del país pudiera obtenerse de España las reformas anheladas, que para ellos se llamaba autonomía. El desencanto se había producido luego de una entrevista que 14 días después de comenzada la insurrección habían tenido él y otros anexorreformistas, y peninsulares que buscaban alguna avenencia con los cubanos, con la primera autoridad

---

46 De Lersundi al Ministro de Ultramar, 30 de diciembre de 1868. AHN/U, leg. 4933,1.1.

47 AHN/U, leg. 5838, expte. 46.

de la Isla.<sup>48</sup> Durante la cita, Lersundi, al insinuar el abogado, filósofo y gran propietario José Manuel Mestre, la necesidad de introducir cambios en la gobernación de Cuba y la concesión de los derechos implantados en la Península por *La Gloriosa*, se llenó de ira santa y prometió castigar a quien se atreviera a herir la integridad nacional. Esta gestión constituyó un revés, pero no una lápida sobre las ilusiones del grupo de Morales Lemus. Con toda lógica, él y sus asociados habían esperado que España aprovechara este momento para conceder reformas. Mas, el representante de la metrópoli, incluso a pesar de los deseos de Madrid, parecía mantenerse tercamente en sus antiguas posiciones intransigentes. Esto lo confirmaría un hecho. Cuando Prim, quien lideraba un gabinete agobiado por la situación política creada en la Península a causa de la ruptura del orden monárquico, la falta de fondos en sus arcas y sus endeudamientos y que temía la guerra arruinara a la jugosa Cuba, intentó tratar de detener la contienda con promesas de que las aspiraciones cubanas serían atendidas, como se hacía con las demandas de los demás españoles, y con ese fin le escribió a Lersundi para proponerle lo anunciara, la primera autoridad de la Isla se negó a hacerlo.

Mientras intentaban negociar con España, los jefes de la Junta estaban lanzados a tratar de ganar la hegemonía del movimiento revolucionario, para encauzarlo a su conveniencia. Por eso, a su amparo, pero sin que lograran controlarlo del todo, se había producido una intentona de alzamiento en las afueras de la ciudad de La Habana. También la Junta había patrocinado un levantamiento en Vuelta Abajo, pero este había fracasado. El desgano con que el grupo anexorreformista que capitaneaba esa unión apoyaba en realidad estas acciones y la renuencia de la clase de los hacendados occidentales a lanzarse a la revolución, obraban en contra de cualquier gesta en la zona. De todos modos, las artes de que se valía la Junta —sobre todo la promesa de armamentos—, le había significado obtener que nada en Occidente se moviera sin su palabra. Para

---

48 Ramiro Guerra, ob. cit., nota 9, p. 142.



crear esperanzas en Céspedes le comunicaba sus labores, y le hacía ver que el levantamiento que preparaba en Occidente sería potente.

En su manejo de los hilos de la conspiración en la zona occidental, la Junta había logrado que de esta dependieran los revolucionarios de Matanzas y le consultaran los de Las Villas, y, de esa forma, acorde con sus intereses, frenaban los intentos en esas regiones, pero la postura vacilante, las dilaciones de los prohombres del anexorreformismo, llevaron a los matanceros a sentir traicionados sus ímpetus. Varias intenciones de insurgencia habían naufragado y, por causa de la Junta, en tres ocasiones debieron aplazar su alzamiento, y sufrieron numerosos arrestos y desertiones. La última vez que les paralizaron la acción, esta había tenido por eje el conocimiento de la llegada del general Domingo Dulce, quien de nuevo sería enviado a Cuba a principios de enero de 1869, como gobernador militar de Cuba, en sustitución de Lersundi.

Una vez más la Junta se había hecho ilusiones de alcanzar las reformas bajo el nuevo mando. Percibían que quien viajase entonces a la Isla llegaría para estrenar una política de concordia y no como Lersundi, que en telegrama a Serrano cuando ya pedía su relevo, le había expresado francamente cómo su salida era conveniente porque sus antecedentes “eran refractarios a todos lo que se llamasen cubanos”.<sup>49</sup> Es posible también que el grupo hubiese conocido que en una respuesta al capitán general el ministro de Ultramar, Adelardo López de Ayala, le había dicho, se llevaría adelante una “reforma bienhechora” que hiciera intervenir a los cubanos en el gobierno de la Isla, con una apertura para ellos a cargos en el poder legislativo y, más tarde, se otorgaría el ensanchamiento de las facultades de los municipios y la reorganización de la administración.<sup>50</sup> Estas promesas constituían casi el *desideratum* del grupo.

---

49 Telegrama de Lersundi a Serrano, 1 de noviembre de 1868. AHN/U, leg. 4833,1.1.

50 De Adelardo López de Ayala a Lersundi. AHN/U, leg. 4933,1.1.

Desde luego, también esa posibilidad de cambios en la conducción de Cuba con toda seguridad la conocieron las fuerzas más rabiosamente integristas de los peninsulares en la Isla y para nada la querían, como se pondría de manifiesto cuando, alarmados por los rumores, en octubre de 1869, Julián de Zulueta y el conde Cañongo le telegrafiaron al ministro de Ultramar para pedirle que no se aplicara en Cuba reforma política alguna y, por supuesto, tampoco social (lo que se refería a la esclavitud) hasta que no se restableciera completamente la tranquilidad.<sup>51</sup>

Al recibir la orden reiterada de esperar, parte de los maticeros se desligó de la Junta, insurgieron y tomaron Jagüey Grande. Mas la instrucción de dilatar la fecha de la irrupción había llegado al resto de los conjurados y los rebeldes quedaron aislados. Combatidos con todas las fuerzas disponibles, su fortuna les fue adversa y frente al piquete de fusilamiento caerían 170.

El juego ambivalente de los jefes de la Junta se puso de manifiesto cuando el general Dulce, ya en el mando, le hizo llegar delegados a Céspedes con propuestas de paz a cambio de reformas. Los prohombres de la Junta le enviaron entonces comunicaciones al patricio bayamés, en las cuales le subrayaron que la consigna debía ser la independencia a todo trance. Necesitaban que los sublevados de la zona oriental no cesaran con su pretensión extrema para presionar con esa carta la salida intermedia que representaban las reformas. Céspedes, quien no necesitaba tal recordatorio y basado sobre el asesinato alevoso de Augusto Arango en Puerto Príncipe, rechazó cortés y firmemente las propuestas de Dulce.

Inmediatamente después de su llegada, el nuevo capitán general echó mano a remiendos para atraerse a los cubanos. De modo que dictó la supresión de las comisiones militares permanentes, restablecidas por Lersundi, y concedió la libertad de prensa, excepto en lo referente a tratar de la esclavitud, la

---

51 De Julián de Zulueta y el Conde Cañongo al Ministro de Ultramar, 22 de octubre de 1869. AHN/U, leg. 4933, t. IV.

religión y la integridad nacional. También permitió la libertad de reunión y estableció una ley electoral amañada en la que establecía que los poderes decisorios quedaban en manos de las autoridades militares.<sup>52</sup> Para las elecciones que en esta ley se establecían, con vistas a cumplir con los postulados del ministro de Ultramar de que los cubanos al fin tendrían representación en las Cortes, propuso a Madrid que en vez de los 11 puestos proyectados las cumies para Cuba se elevaran a 18.<sup>53</sup> Mas a poco, con el aliento de los jefes de voluntarios en la nuca, se vio obligado a podar estas limitadas concesiones y aclarar que la libertad de prensa debía constreñirse a la ilustración de los puntos en debate sobre la nueva Constitución que se debatiría en esas Cortes Constituyentes, y la de reunión al logro del mayor acierto en las elecciones de delegados, convocadas para septiembre, por la Junta Revolucionaria de Madrid. Para concluir otorgó una amnistía general que incluía a todos los insurrectos que se presentasen. También hizo una referencia tenue a una posible abolición de la esclavitud, lo que le atraería la ira de los traficantes de esclavos.

De todas maneras, Madrid se mostraría una vez más incoherente en el tema de las elecciones. Los comicios a celebrarse para elegir representantes a las Cortes finalmente serían aplazados con el pretexto de que debía hacerse primero un censo de población.

En aquellos días, cuando Dulce quiso mostrar un rostro más presentable del régimen colonial, un jovenzuelo de La Habana, en el periódico satírico *El Diablo Cojuelo*, publicado por un amigo y condiscípulo, dio a la luz su primer trabajo político. El nombre del joven: José Martí.

---

52 Manuel Márquez Sterling, ob. cit., p. 41.

53 De Dulce al Ministro de Ultramar, 10 de enero de 1869, AHN/U, leg. 4933, t. II.

## La hora de los gorriones

Por entonces, en las filas de los peninsulares se podía distinguir dos sectores: de un lado, antiguos comerciantes convertidos en hacendados con fortunas redondas y asentadas ya en gran medida en la propiedad territorial, no pocos de ellos con familia criolla, y que pensaban que de ser vencida la metrópoli perderían la base de su fortuna, querían buscar cierto entendimiento con los cubanos para que cesaran la lucha a cambio de algunas reformas. Estos, como Morales Lemus, habían tratado de convencer a Lersundi de la posibilidad de paz a cambio de transformaciones. Mas, solo recibieron un portazo en la cara. Del otro se colocaban, los significados por el tráfico de esclavos, los grandes comerciantes e industriales, los contratistas de obras del Estado, los suministradores del ejército, los curiales de las oficinas públicas y los detallistas que pululaban por todos los barrios de la capital al frente de alguna abacería. Estos formaban una amalgama que no transaba con nada que no fuera la continuación de la guerra hasta el exterminio de la insurgencia. En definitiva, para algunos de ellos, la contienda resultaba el mejor negocio del mundo. De todas formas, el partido peninsular le daba refugio a una contradicción interna: frente a los afortunados miembros de la camarilla que desde hacía tiempo dominaba las decisiones en el palacio de la Plaza de Armas se acumulaban aquellos que los miraban con rencor y envidia.

Había muchas razones para una oposición; por una parte estaban, a veces reunidos en una sola firma y vinculados familiarmente, los grandes propietarios de almacenes e industrias, navieros, hacendados y banqueros; por la otra, los detallistas acogotados por las deudas con los primeros, por los precios de monopolio que les imponían, las rentas que les cobraban, los intereses que les arrancaban. A estos se unían quienes en ascenso ansiaban ganar un espacio en los negocios de la administración, copados por la camarilla. No hay que olvidar tampoco que en estas filas podían formar parte los trabajadores españoles, de quienes los grandes propietarios extraían hasta

la última gota de sudor. No, a estos tampoco podían serles, por instinto, nada simpáticos aquellos grandes señores, aunque fueran tan españoles como ellos. No obstante, a pesar de todo, entre ambos bandos siempre habría una posibilidad de entendimiento: los ataba recíprocamente y pudiera servirles de enlace el interés común de ambos sectores en sostener la soberanía española en Cuba.

Todavía la presencia de Domingo Dulce había alentado a algunos de los cubanos reformistas, durante enero de 1869, a tratar de entenderse con el sector de la clase de los propietarios españoles dispuestos a lograr detener el debate bélico a cambio de algunas reformas, y de conjunto proponerlas al gobierno; pero finalmente el enconamiento de la lucha, graves sucesos que acontecieron en La Habana y el predominio absoluto que ganó a poco el sector ultramontano del partido peninsular harían desmayar el ensayo.

La situación de calma aparente en la capital pero de gran excitación laborante, que a veces rebasaba los márgenes de la prudencia, se rompió. A comienzos de la lucha, Francisco Lersundi, sin tropas de línea suficientes para combatir la insurrección y a la vez guardar el orden interior en ciudades y poblados, había puesto la custodia de estos en manos de los voluntarios peninsulares. Los miembros del somatén eran extraídos de los detallistas, trabajadores del comercio y las pocas industrias del país –sobre todo, la tabacalera–, y empleados del gobierno llegados a la Isla con el encantamiento de hacer dinero rápido y fácil con las coimas y los sobornos. A estos los azuzaban sus coroneles y capitanes, en general poderosos negociantes que ostentaban el grado, no por saber de guerra, sino porque con su dinero eran capaces de armar y uniformar un batallón. ¿Y quiénes eran muchos de ellos sino los mismos que habían amasado sus fortunas con el más cruel y bochornoso de todos los comercios: el tráfico de esclavos? Estos voluntarios estaban encargados hasta de la guarnición de las fortalezas militares y la casa de gobierno de la capital.

Tales individuos, en su mayoría con poca o ninguna instrucción, muchas veces aldeanos a quienes se les aseguraba que,

de triunfar el mambí, tendrían que recoger su pobre hatillo y volverse a España en uno de los barcos del cada vez más poderoso Antonio López, un indiano afortunado que pronto sería marqués de Comillas, o dejar el puestecito rentable que le estaba reportando algunos buenos duros, inflamados por la retórica siempre repetida de que se estaba atentando contra la integridad nacional, cuando en realidad sus jefes, a lo que atendían, era a su caja de caudales, formaban una tropa desordenada, potencialmente fanatizable, condicionada, por tanto, a cometer grandes desmanes, sin que las autoridades pudieran frenarlas. La tormenta estalló el 22 de enero de 1869. En el teatro Villanueva presentaban la obra *El perro huevero*. Durante uno de sus pasajes se escucharon gritos desde el paraíso de ¡Viva Cuba!, ¡Viva la libertad! Entonces pareció como si una chispa hubiese inflamado el reservorio de la ira. Los voluntarios, quienes daban la impresión de que hubiesen estado en espera de que esto sucediera porque estaban en número anormal en el teatro, dispararon a mansalva sobre los asistentes y asesinaron a los que trataban de huir. A las mujeres que llevaban cintas azules en la vestimenta las arrastraron por el pelo.<sup>54</sup> A partir de ese momento, la ciudad de La Habana vio convertirse en plural la noche de San Bartolomé. Dos días más tarde tuvieron lugar el asalto al café *El Louvre*, donde se reunían los sospechosos de simpatizar con la revolución, y al palacio de Miguel Aldama, al cual asolaron y donde robaron joyas y dinero. Aldama concentraba el odio peninsular porque se le achacaba que por no rozarse con el comercio español de la Isla tenía agentes en el exterior para proveerse de todo lo que necesitaran sus dominios. La ecuación resultante era fácil; en cuanto los jefes de voluntarios, muchos de ellos grandes comerciantes, vieron la oportunidad “le pasaron la cuenta” al millonario cubano.

Mientras, Rafael María de Mendive, el maestro de Martí, era recluido en el castillo de El Príncipe porque su suegra era

---

54 Gerardo Castellanos: *Panorama histórico*, La Habana, 1935, pp. 654 y 655.

propietaria del teatro Villanueva y en un registro en su casa apareció una escarapela con los colores rebeldes. Después se vio los fusilamientos sumarios de colaboradores de la revolución. La ciudad devino reino del terror y la inseguridad, y las turbas armadas asesinaban en las calles a cuanto desdichado reputaran de enemigo, fuéseto o no. La muerte se enseñoreó de la capital.

Creyéndose sin elección, Dulce se entregó a los voluntarios. Ya lo pagaría. Tuvo que revocar definitivamente todas sus medidas liberalizadoras y dictó órdenes terribles de represión. Las deportaciones llovieron. Los consejos de guerra verbales se establecieron en toda la Isla, en una sesión prolongada y continua. El cadalso comenzó a cobrar víctimas. No solo eran fusilados los que fueran sorprendidos con las armas en la mano. El mulato José Cándido Romero, quien marchaba deportado a África, fue bajado del navío que lo conduciría porque había dado un grito contra España y un tribunal de voluntarios, presidido nada menos que por Julián de Zulueta, lo condenó a muerte. Cualquier sospechoso de laborar por la causa insurrecta estaba destinado a pasarla muy mal.

En octubre, el adolescente José Martí fue acusado de infidencia por una carta escrita a un condiscípulo, Carlos de Castro, a quien le imputaba apostasía a causa de su ingreso en las filas militares españolas. Después de todo bajo este título todo podía caber: traición o lesa nación, rebelión, insurrección, sedición, receptación de rebeldes, inteligencia con los enemigos, coalición de jornaleros, expresiones subversivas o sediciosas, propagación de noticias alarmantes, y todo lo que tendiera a perturbar el orden público o de algún modo atacara la integridad nacional.<sup>55</sup> Como se ve, era un cajón de sastre en el que todo cabía.

La historia de su prisión comenzó cuando una escuadra de gastadores del Batallón de Ligeros estaba formada en la calle

---

<sup>55</sup> *Datos y noticias oficiales referentes a los bienes mandados a embargar en la isla de Cuba por disposición del gobierno político.* AHN/U, leg. 4941, sin número de expte.

Industria, en las proximidades de la casa de los amigos de Martí, los jóvenes Valdés Domínguez, y sus integrantes estimaron que desde allí se habían burlado de ellos. Poco después, un sargento y varios voluntarios allanaron la vivienda y, luego de maltratar a uno de los hermanos Valdés Domínguez, durante un registro encontraron la carta firmada por Martí. Todos los jóvenes que habían estado en la morada y hasta el profesor de francés Atanasio Fortier fueron arrestados. Martí no visitaba el lugar en el momento de los hechos, pero más tarde también sería detenido. En marzo de 1870, fue sentenciado arbitraria y bárbaramente a seis años de trabajos forzados nada menos que por “insulto a la Escuadra de Gastadores (...) y sospechas de infidencia”.<sup>56</sup> Con sus tobillos ceñidos por grilletes, en los cuales una huella perpetua sería para él un estigma de honor, iría a parar para redimir su condena a las canteras de San Lázaro. Igualmente sujetos a la más absoluta arbitrariedad, Fermín Valdés Domínguez fue condenado a seis meses de arresto mayor y su hermano Eusebio, también procesado, a extrañamiento del país.<sup>57</sup>

En condiciones límites suelen imponerse los criterios de los más extremistas; por tanto, en aquellos instantes, el sector moderado peninsular se convirtió en prudente; es decir, ovilló en lo profundo de su ser sus mejores consideraciones conciliatorias mientras gritaba ¡Viva España!, y muchos de sus prohombres se hicieron coroneles de voluntarios. Ningún español quería ganarse el título de antipatriota y, peor, el de traidor. Hasta el criollo ex anexionista, ex reformista y potente propietario de ingenios y dotaciones, el protector de José Antonio Saco, José Luis Alfonso, se hizo conservador y vistió los entorchados del cuerpo. Por intentar promover el menor cambio, cualquiera podía ser tachado de infidente, igual que el más rabioso laborante. Para el ala patriotera peninsular, hasta el *Diario de la*

---

56 Comunicación del general segundo cabo al gobernador superior político, La Habana, 21 de marzo de 1870. AHN/U, leg. 4403, expte. 49.

57 Sobre estos hechos puede verse los documentos de 7 de octubre de 1869 a junio de 1873, en AHN/U, leg. 4403, expte. 49.



*Marina*, de rancio españolismo pronegrero, prácticamente el órgano de Julián de Zulueta, era demasiado tibio y solo *La Voz de Cuba*, de Gonzalo Castañón, con su retórica nauseabunda calmaba la sed ultramontana e intransigente. El patriotismo era únicamente patrimonio de quienes proclamaban que solo el patíbulo constituía la medida justa para los traidores a la patria.

Incluso, se llegaba a preconizar que debían ser exterminadas las familias de todos los que estaban en la manigua. Desde entonces quedó definitivamente roto cualquier diálogo entre la cúpula reformista de la clase de los hacendados y los grandes comerciantes y propietarios peninsulares, los únicos que podían encontrar un lenguaje común.

Desde días antes, la Junta de La Habana había designado a Morales Lemus —y así se lo comunicaron a Céspedes—, como agente en España con vistas a tratar de lograr un acuerdo político que según dijeron iría en favor de la independencia. De paso, se le confería la representación de la Junta en los Estados Unidos, a donde iría primero, para conseguir apoyo en sus gestiones. Todo era un gran ardid. Su intención consistía en insistir en el logro de un acuerdo con España y los Estados Unidos, que podía llevar a las reformas o la anexión. Mas la conmoción provocada por los sucesos de La Habana, al menos por el momento, echó por tierra las últimas ilusiones. El velatorio por las reformas ya se hacía inútil y peligroso, y Morales Lemus y, luego, el opulento Miguel Aldama y otros de los antiguos pináculos del anexorreformismo, huyeron a toda prisa rumbo a los Estados Unidos. Aldama, quien era al igual que Morales Lemus consejero de administración de la isla de Cuba, quiso todavía encubrir el motivo de su salida y escribió antes al ministro de Ultramar para presentar su renuncia a ese cargo por razones de salud.<sup>58</sup> En cuanto a Morales Lemus, en noviembre, la Audiencia de La Habana lo condenaría a inhabilitación perpetua.<sup>59</sup> Si querían salvar sus vidas, hicieron bien en escapar. Estas corrían peligro ante la intransigencia

---

58 AHN/U, leg. 5013, expte. 119.

59 AHN/U, leg. 4871, expte. 152.

descontrolada de los voluntarios, como lo estaban las de todos quienes no fuesen resueltos y recalcitrantes integristas o se mostrasen como tales. Cómo no, si hasta la existencia de Dulce comenzaba a estar amenazada por haberse mostrado demasiado blando con los infidentes y querer parlamentar con Céspedes.

## La pugna de las concepciones

Finalizaba enero cuando Carlos Manuel de Céspedes tuvo que enfrentarse al primer brote en la manigua de una sedición militar. Donato del Mármol, en Tacajó, mal aconsejado por Eduardo del Mármol y Félix Figueredo, había aceptado establecer la dictadura. Sus partidarios trataron de convencer a Máximo Gómez y Calixto García de desconocer la autoridad de Céspedes, según reputaban, a causa de su incapacidad militar para dirigir la lucha. En verdad, el desconcierto por la pérdida de Bayamo había hecho decaer el prestigio de Céspedes. Precisamente, el día 14, *Perucho* Figueredo, desde el campamento de La Larga, le había escrito y le pedía que para levantar la moral se pusiera directamente al frente de las tropas y dirigiera él mismo las operaciones militares.<sup>60</sup> Después del argumento de la falta de capacidad militar del bayamés, el otro utilizado era poco sólido: le censuraban haber adoptado el cargo de capitán general.<sup>61</sup> Para conjurar los males se planteaba la división de los mandos civil y militar y llegar a un acuerdo inmediato con la Asamblea de Representantes del Centro, el órgano de dirección que había sustituido al Comité Revolucionario del Camagüey, con el fin de establecer un gobierno nacional. La presencia respetada de Aguilera, al que repugnaba la sedición y creía que la división resultaría funesta para la revolución, el apoyo de militares como Gómez y la postura serena y dialogante de Céspedes, pusieron en desventaja a los complotados. Por último, luego

---

60 AHN/U, leg. 5837, expte. 40.

61 Enrique Collazo: *Desde Yara hasta El Zanjón*, La Habana, 1990, p. 10.

de una larga conversación con Del Mármol, el hombre del ingenio *Demajagua* logró deshacer el plan.

No obstante, había quedado una lección a la vista. Este conato de rebelión era signo de que algo más profundo se estaba produciendo en las filas de la revolución: la exigencia de radicalización de la lucha. En buena medida, los jefes y la masa congregada en Tacajó provenían de las filas campesinas, de los negros y mulatos libres y los ex esclavos, que la revolución había lanzado a la contienda, y no de la estirpe de los grandes patricios terratenientes. Aunque los criterios esbozados en este conflicto no lo dejarían plenamente en claro, se hacía transparente que determinadas zonas de la actuación de la cúpula primigenia ya no satisfacía la impaciencia de los nuevos jefes que la insurgencia había lanzado al descuello. Frente al criterio del respeto a la propiedad con que se había iniciado la guerra (compartido por los próceres camagüeyanos) y que en Céspedes era un cálculo para tratar de atraer a los hacendados de Occidente, quienes rodeaban a Del Mármol, como Gómez o Calixto García, no habían vacilado en actuar contra esta para cegar las fuentes que contribuían a sufragar los gastos de guerra de España.

Precisamente, los hacendados de Santiago de Cuba y Guanátamo, que lejos de actuar como parte de sus congéneres de Bayamo y Manzanillo, desde los primeros días de la guerra estaban entregando caudales y pagando impuestos especiales para sofocar la rebelión,<sup>62</sup> se habían hecho acreedores de todos los castigos y los debían cancelar con sus propiedades. Para estos jefes militares, esos bienes se habían convertido en objetivos bélicos, y levantar las dotaciones no solo era una medida justa sino estratégica. La abolición para ellos debía ser universal e inmediata y reclamaban “un verdadero programa de gobierno republicano, declarando libres a todos los habitantes de la Isla de Cuba”<sup>63</sup> y, si no llegaba con la ley de la revolución, ellos lo harían arribar con el filo de sus machetes.

---

62 Raúl Cepero Bonilla, ob. cit., p. 114.

63 *Ibíd.*, p. 106.

Ya para entonces no solo la revolución seguía sin ceder, sino que se extendía. El territorio villareño era un hervidero apasionado de fuerzas en pugna. Si bien su población esclava resultaba menor que la de Occidente, sin embargo era mayor que la de cada una de las dos regiones más allá del río Zaza. Tampoco esto era uniforme en todo el territorio; Sagua al Norte y Cienfuegos al Sur, eran casi una prolongación de las comarcas azucareras de Matanzas, y el valle de Trinidad y las montuosidades aledañas conservaban los restos de un antiguo esplendor hecho de azúcar y café. Esto quería decir, grandes concentraciones de esclavos. Sancti-Spíritus, contiguo a este último, por el contrario parecía una continuación del Camagüey. No obstante, de conjunto, la población blanca en el territorio, con ajustes por jurisdicciones, era mayor que la negra. Esto contribuyó a que los revolucionarios del epicentro cubano pudieran transponer los temores al *Guárico*.

Después de largos conciliábulos con la Junta habanera, que los había estado conteniendo para que la insurrección no llegara al territorio aledaño a sus intereses en Occidente, el 6 de febrero de 1869 los villareños, hastiados de esperar, presionados por órdenes de arresto expedidas contra sus dirigentes, acudieron al campo del honor y se sublevaron. Envueltas en la lucha quedaron a poco las comarcas de Santa Clara, Remedios, Cienfuegos, Trinidad y Sancti-Spíritus.

Entre los villaclareños parecía que las definiciones de la lucha todavía no se hacían del todo diáfanas. A pesar de que finalmente se pronunciaron contra la invitación a claudicar bajo la promesa de autonomía del gobernador de la provincia, algunos aún se inclinaban a conformarse con la conquista de reformas. También estaban influidos por Morales Lemus en otro punto: este les había asegurado armamentos luego del alzamiento y recomendado que nunca avanzaran hacia Occidente, para evitar la sublevación de las grandes dotaciones de la zona.<sup>64</sup> Pero las armas no habían llegado. Después de largo debate, frente a las tesis de Eduardo Machado y Carlos Roloff

---

64 *Ibíd.*, p. 103.

de ir precisamente rumbo a Occidente a levantar en armas las dotaciones, triunfaron las de evitarlo, del horrorizado Miguel Jerónimo Gutiérrez. Los antiguos conceptos conservadores de la preservación de la propiedad y la posible insurrección de la plebe, de la horda, que había movido siempre a los esclavistas, a los reformistas y a los anexionistas, todavía pesaban demasiado en la cabeza del sector más conservador de la revolución. La escalofriante visión de los esclavos, torvos, amenazantes, lanzados con el tizón en la mano contra las catedrales del dinero de Occidente y la posibilidad de que todo degenerara en un confrontación con la población blanca, que dibujó Gutiérrez, hizo que los insurrectos retrocedieran ante tal responsabilidad. Llevarían fuerzas desarmadas en dirección a la zona oriental, pero solo con el objetivo de conseguir de Céspedes pertrechos y luego regresar.<sup>65</sup>

En tanto en diferentes jurisdicciones de Las Villas quedaron partidas en son de guerra, que librarían rudos encuentros a pesar de su inferioridad de armamentos y que a veces los hizo batirse a pedradas o lanzando colmenas al adversario, la Junta Revolucionaria antes de partir limitó la emancipación a los esclavos que se incorporaran a la lucha.

En cuanto a la sublevación de Occidente, esta se intentó de manera definitiva con poca fortuna en Pinar del Río, La Habana y Matanzas. En las dos últimas regiones, sus condiciones servían de muro de contención de la revolución. Un mar de esclavos y una población mayoritaria de negros la ahogaban en el temor de los blancos, mientras las autoridades vigilaban estrechamente y no estaban lejanas, como en el Este. Además, las comunicaciones eran muchas, el ferrocarril enlazaba las jurisdicciones y la población peninsular era muchísimo mayor. Por añadidura, había buen número de cubanos blancos al servicio de España, la hez de las poblaciones, y hasta *chapelgorris* y guerrilleros, negros y mulatos, comprados con oro y privilegios. Para que la guerra llegara a la zona tendría que importarse de las regiones allende Colón y Cárdenas, que parecían ser la

---

65 Néstor Carbonell y Emeterio Santovenia, ob. cit., p. 94.

frontera social para el enraizamiento de la lucha política. Los jóvenes de estas regiones que se hicieron separatistas, tuvieron por último que tomar el camino de la emigración para regresar por esta vía a los escenarios de la guerra en el Este o con mucho riesgo se aventuraron por trillos y serventías hasta encontrar la más inmediata partida insurgente. En las ciudades solo quedó el peligroso y triturante trabajo de los laborantes, que tenían continuamente en sus talones a la policía y los voluntarios, y si eran arrestados se les llevaría ante el consejo de guerra y el pelotón de fusilamiento, y, en el mejor de los casos, serían enviados a una muerte lenta en los presidios de Ceuta o Chafarinas.

El levantamiento villareño convenció a Dulce, si no lo estaba ya, de que los flojos cubanos no acabarían pronto con su algarada para regresar a sus casas, cuidar del gallo fino y la potranca y tocar el laúd a la puerta del bohío de la guajirita amada. De lo que se trataba en Cuba era de una verdadera guerra, no de un conato.

Los supérstites de la Junta Revolucionaria de La Habana, en relación con un problema de su correo secreto con los insurgentes orientales, les habían escrito a los camagüeyanos y daban por establecido que dependían de la autoridad del gobierno de esa región. En respuesta, estos le respondieron: “No dependemos del ciudadano Céspedes y tanto mayor es ese sentimiento cuanto que estamos resueltos los camagüeyanos a no depender jamás de dictadura alguna ni marchar por el sendero que ha trazado la primera autoridad del Departamento Oriental”.<sup>66</sup> Resultaba evidente el enfrentamiento en la conducción de la contienda. Céspedes precisaba cerrar ese capítulo, porque la revolución se ponía en juego. Para esto, necesitaba desesperadamente el apoyo de los camagüeyanos. En Tacajó, el conato de sedición lo había estremecido y, en presencia de los generales más significados, se había resuelto “el establecimiento de un gobierno”.<sup>67</sup> Además, en desacuerdo con lo

---

66 Francisco Ibarra: *Cronología de la Guerra de los Diez Años*, Santiago de Cuba, 1976, p. 47.

67 Máximo Gómez: *Diario de campaña*, Ceiba del Agua, 1940, p. 9.

que llamaban “la dictadura de Céspedes”, los representantes de Holguín habían marchado al Centro para pedirle a los camagüeyanos la adscripción de su jurisdicción al Comité Revolucionario de ese territorio. Para no irritar al bayamés, la dirección insurgente del Centro rechazó la petición, pero Céspedes conoció de la gestión. Desde luego, también en él pesaba de manera extraordinaria otro argumento para buscar la unidad. Para frenar el avance que estaba logrando el ejército español se requería pertrechos en forma abundante, y esto solo lo permitiría el reconocimiento norteamericano de la beligerancia insurgente. Desde el exterior se insistía continuamente que tal reconocimiento solo vendría luego de la constitución de un gobierno nacional.

Comenzaron entonces nuevas entrevistas entre delegados de la Asamblea de Representantes del Centro y Céspedes. Al comunicar a la Asamblea los resultados de su contacto con Ignacio Agramonte y otro de sus enviados, Ignacio Mora, Céspedes afirmó:

Tuve el gusto de conferenciar con el ciudadano Ignacio Agramonte, que ustedes autorizaron para ese efecto, pero tengo la pena de manifestarles que a pesar de estar yo dispuesto a todo fue imposible un arreglo de momento por la firmeza de Agramonte en sus principios que si bien es verdad que son los más aceptables en la teoría, al llevarlos al terreno de la práctica presentan inconvenientes que por de pronto los hacen inaplicables en cierto modo.<sup>68</sup>

No obstante, como ya en el patricio la pasión de otros tiempos se había vuelto, como por ensalmo, mesura y tacto propuso, en gesto conciliador para lograr unificar el mando de la revolución, que se convocara un “congreso” que fijara la forma de gobierno. Después aceptó que el mando civil y militar se dividiera. Los camagüeyanos, para asegurarse dominar la convención, solicitaron que no fuera el número de habitantes de cada región el que determinase cuántos

---

68 Fernando Portuondo y Hortensia Pichardo, ob. cit., t. II, p. 25.

delegados representarían a cada una. Tenían a su lado a los impetuosos jóvenes intelectuales de La Habana, y sabían que podrían controlar a los diputados de Las Villas. Con esto tendrían en sus manos la asamblea. Esto no se correspondía con la absoluta pureza de los criterios democráticos que postulaban; pero a la hora de lograr los fines, muchas veces, los conceptos salen lastimados, se retuercen a conveniencia. A pesar de todo, Céspedes se allanó a la petición. Era capaz de cualquier sacrificio por la Patria.

Este litigio, por cierto, no era el único punto de querrela entre los revolucionarios. La solución del problema de la esclavitud latía entre los hombres de ambos lados del río Jobabo.

El 28 de octubre de 1868, el Ayuntamiento de Bayamo, en poder de los revolucionarios, había acordado después de un amplio debate la moción de los regidores Ramón de Céspedes y José Joaquín Palma, que demandaba la abolición inmediata de la esclavitud. Palma había sentenciado: “Si en Cuba esclava no podía haber hombres libres, en Cuba Libre no puede haber hombres esclavos”,<sup>69</sup> pero al día siguiente, Céspedes había dictado una orden por la cual se prohibía la admisión de los esclavos en el ejército, a menos que no fuese con consentimiento de sus dueños o de él mismo,<sup>70</sup> y el 12 de noviembre decretó el procesamiento de los militares “que se introdujeran en las fincas, ya sea para sublevar o ya para extraer sus dotaciones de esclavos”.<sup>71</sup> El 27 de diciembre, Céspedes, por fin, había dictado el decreto sobre la abolición de la esclavitud, pero no era la emancipación universal. Declaraba libres a los esclavos que sus dueños presentaran a los jefes militares y que en su día tendrían derecho a recibir indemnización; esos libertos se utilizarían de la manera que se resolviera. En cuanto a los esclavos de los cubanos leales a la insurgencia y los españoles neutrales se les respetaría la propiedad. Solo se declaraban libres a los siervos de los enemigos de la causa libertadora y

---

69 Francisco Ibarra, ob. cit., p. 34.

70 Fernando Portuondo y Hortensia Pichardo, ob. cit., t. 1, p. 117.

71 *Ibíd.*, p. 124.



estos no tendrían derecho a indemnización. Los propietarios que facilitasen a sus esclavos para el servicio de la revolución conservarían su propiedad mientras no se resolviera “sobre la esclavitud en general” y los esclavos que se presentaran a las autoridades militares no se aceptarían sin el consentimiento de sus dueños o resolución del gobierno.<sup>72</sup> Incluso, se permitía que hacendados asentados en zonas insurrectas, como los de Río Cauto, Hongolosongo y Río Frío, contrataran fuerzas privadas para que mantuvieran el orden entre sus dotaciones, como lo demuestra una carta de José de Jesús Pérez en la cual le comunicaba a Céspedes que él mandaba un grupo de hombres con esos fines y solo estaba subordinado a esos hacendados.<sup>73</sup> La matizada liberación dictada había sido objeto de discusión entre Céspedes y los delegados de la Asamblea del Centro, Ignacio Agramonte e Ignacio Mora, junto con el problema del mando único.

El 26 de febrero de 1869, el mismo día que fue constituida la Asamblea de Representantes del Centro, los camagüeyanos habían dictado su propio decreto de abolición de la esclavitud. Era su respuesta a las disposiciones de Céspedes sobre el asunto, para ellos muy moderadas. En el camagüeyano, la abolición se establecía de plano y con carácter inmediato y universal; una indemnización se haría en un momento oportuno; los esclavos aptos debían forzosamente prestar servicio militar y los que no, con el fin de contribuir al sustento de quienes luchaban, debían continuar en sus labores mientras la guerra continuase.<sup>74</sup> Se cuidaban de advertir que estas obligaciones eran iguales a la de los hombres libres, porque todos debían contribuir a la libertad de la Patria. En la región oriental el asunto no aparecía tan transparente a pesar de la postura de Céspedes desde los primeros momentos.

En cuanto a la abolición, es indiscutible que para estos liberales demócratas del Camagüey las condiciones tenues

---

72 Hortensia Pichardo, ob. cit., pp. 370 y ss.

73 AHN/U, leg. 5838, expte. 46.

74 Hortensia Pichardo, ob. cit., t. 1, pp. 374 y ss.

de la esclavitud en su región les permitían colocarse en una postura más radical que en la región oriental, pero la posición de Céspedes no se originaba porque este no fuera, en el orden personal, tan radicalmente abolicionista como ellos. De por medio había cuestiones de táctica a seguir. Bien sabía que la independencia era la emancipación. En el manifiesto del 10 de octubre, había dicho: “Sólo queremos ser libres e iguales como el Creador hizo a todos los hombres”. Y esto, más que con palabras, lo había marcado con sus hechos y su patrimonio. Para subrayarlo, como capitán general del ejército, había dado grados a ex esclavos, y en Bayamo había designado dos regidores “de color”. Solo era que el bayamés estaba ante disyuntivas dramáticas que lo hacían medir los pasos al respecto y buscar en lo posible una conciliación de diversos factores mediatos e inmediatos. Consideraba que si como revolucionario tenía que dictar la emancipación, como estadista revolucionario debía calcular lo que a corto plazo resultaba de mayor provecho a los intereses de la causa. Por eso, en carta al presidente de Chile, de 9 de diciembre de 1868, le confiaba: “solamente hemos respetado, aunque con dolor de nuestro corazón porque somos acérrimos abolicionistas, la emancipación de los esclavos, porque es una cuestión social de gran trascendencia, que no podemos resolver ligeramente ni inmiscuir en nuestra cuestión política porque podría oponer graves obstáculos a nuestra Revolución...”.<sup>75</sup> Y más tarde, en comunicación de 3 de enero de 1869, dirigida a los “Ciudadanos”, lo que demuestra que su propósito era hacerla pública, en la que reproducía las encomiendas que le encargaba a José Valiente, el Agente del Gobierno de la República en Armas en los Estados Unidos, manifestaba que no era posible que los cubanos tratasen de conquistar su libertad sin que al mismo tiempo pensaran en concederla a los esclavos, y después de reiterar sus convicciones de abolicionista radical se dolía de que pese a esto, dada “la necesidad de no poner obstáculos a los primeros pasos de la revolución”, se había visto en el caso

---

75 Fernando Portuondo y Hortensia Pichardo, ob. cit., t II, p. 19.

“de detener la emancipación violenta”, y recordaba que si bien en su manifiesto inicial la había proclamado “gradual y con retribución”, añadía, que en las condiciones del momento y en virtud de que el espíritu público ya estaba preparado “para aceptar cualquier medida abolicionista por radical que fuese”, había publicado el decreto sobre la abolición y explicaba que si esta no constituía ya un hecho consumado se originaba porque había querido “prepararla para que el entrar los nuevos ciudadanos en el pleno goce de sus derechos, lo hicieran siquiera ligeramente aleccionados en lo que debe entenderse por verdadera libertad”.<sup>76</sup> En realidad y en un plazo históricamente corto, estaba tratando de solucionar un problema de siglos, a la vez que trataba de evitar los profundos problemas políticos que en el plano de la conjunción de diferentes intereses le podía traer la medida a la revolución.

En otra comunicación de Céspedes, de febrero de 1869, esta vez a la Junta Revolucionaria de La Habana, confirmaba la forma celosa con que seguía la reacción de Occidente ante este tema. En uno de sus párrafos expresaba: “El decreto de abolición me congratula que haya sido bien aceptado en esa importantísima capital; y a propósito de él me había olvidado decirles que lo recomendasen también a los jefes de la insurrección que ustedes han nombrado en ese Departamento que levantasen las negradas en armonía con lo que arroja el indicado decreto”.<sup>77</sup>

Pudiera aseverarse que Céspedes, el abolicionista acérrimo, queda deslucido con las afirmaciones hechas en ambas cartas, pero hay que tomar en cuenta que la primera misiva estaba redactada con toda intención para hacerse pública. En específico, en un último párrafo, pedía se diera a conocer la carta en Matanzas y se indagara la opinión general de “ese Departamento” sobre la emancipación de la esclavitud, en el sentido que la había decretado. Y ahí queda encerrada la clave de sus palabras. Estaba explorando la opinión pública

---

76 *Ibíd.*, t. 1, pp. 142 y ss.

77 *Ibíd.*, p. 158.

del Departamento Occidental sobre el tema y, a la vez, la preparaba para la abolición total. Era obvio que para obrar de esa forma, Céspedes había tomado en cuenta, por una parte, la posibilidad de que los hacendados de Occidente se unieran a la causa independentista y, por otra, no dejaba de lado el terror que pervivía en un sector de los blancos, no solo entre los propietarios y mucho más en Occidente, en que la angustia en relación con una guerra de razas, a causa del peso de la población negra, lo acentuaba.

La posibilidad de la participación de los hacendados de Occidente la había tenido Céspedes presente desde los primeros instantes, cuando en su manifiesto del 10 de octubre mencionó el respeto a la propiedad. Hay que recordar que, según la noción de la época, los esclavos se incluían en este concepto. Es más, aunque fuese moralmente repudiada, esa propiedad venía a ser tan legítima como cualquier otra. Céspedes, abogado, lo sabía pero no le era tan difícil saltarse el obstáculo legal, como la urgencia a que estaba enfrentado de tratar de atraer a los barones del azúcar de Occidente a la causa independentista.

Hoy, la táctica puede parecer discutible, conservadora y hasta ilusoria, pero no hay que olvidar que Céspedes estaba recibiendo señales de algunos hacendados de la zona y de sus voceros, como Aldama y Morales Lemus, de haber pasado a las filas separatistas y estar preparando un levantamiento en Occidente. Esto no era totalmente incierto, y se había llevado adelante por fin en febrero de 1869, aunque ese intento terminaría como siempre en un fracaso por las limitaciones que le imponían sus propugnadores, quienes no tenían mayor interés de que este fuese nada más que una finta adicional para presionar a Domingo Dulce. La impreparación y falta de acogida del levantamiento se encargaron de demostrar que solo había sido el sacrificio de peones para atemorizar a España. La confirmación de los límites en que se iba a producir, enmarcada dentro de sus intereses, se concretaba en las tres primeras instrucciones dadas a quien designaron

Jefe del Ejército Libertador de Occidente, coronel José María Aurrecoechea:

1.- Respetar en cuanto sea posible las propiedades de las personas adictas a la causa de Independencia. 2.- Se hará el menor daño posible a los que no sean adictos a la causa y sólo en caso necesario se hará uso de las propiedades de los que reconocidamente sean enemigos de la causa de la Independencia. 3.- Se llevará a efecto en todas sus partes el decreto expedido por el Gobierno Provisional sobre la Abolición de la esclavitud procurando no faltar ni alterar ninguna de sus prescripciones.<sup>78</sup>

En verdad, por último, la actuación insurreccional de los hacendados anexo-reformistas de Occidente devino una fuga en masa hacia los Estados Unidos y Europa, y nada o muy poco hicieron por una incorporación activa junto con sus dotaciones a la liberación. Mas, sin dudas, resultó la consecución de su apoyo la razón esencial que movió a Céspedes a limitar la emancipación y no hacerla universal e inmediata, y no que hubiese vacilado a causa de convicciones personales.

Innegablemente, con la política de emancipación moderada, Céspedes corría el riesgo de que España le tomase la delantera, dictara la abolición total y lanzara contra ellos a las dotaciones. Tanta había sido la presión en favor de la emancipación, a raíz de *La Gloriosa*, que en las mismas Cortes Constituyentes españolas se levantaron voces en ese sentido. Diputados republicanos federalistas, como Fernando Garrido, exigían que se extinguiese para siempre en Cuba y Puerto Rico la inmoral institución, que para él era hija de las monarquías, absolutistas o constitucionales, y los partidos monárquicos de cualquier índole, y todo por una coima que llegaba ya a 12 onzas por “bulto”.<sup>79</sup> Mientras, en La Habana, se murmuraba que en

---

78 Dionisio Poey Baró: *La entrada de los aldamistas*, La Habana, 1989, p. 43.

79 Fernando Garrido: *Historia de las clases trabajadoras*, Madrid, 1973, t. 1, p. 182.

cualquier momento la medida podía ponerse en práctica y estos rumores llegaban a la manigua.

Habían sido tan intensas las noticias sobre la posibilidad de que se dictara la abolición, que Josá Antonio Saco, en noviembre de 1868, ya envuelto en las tinieblas postreras de su vida, escribió un folleto para oponerse a la emancipación repentina e inmediata. Sus viejas banderas estaban esclerosadas. Tanto que, lamentablemente también, se lanzó contra la revolución por avizorar el peligro de caer en manos de los Estados Unidos y estimar a los cubanos faltos de fuerza para la lucha, de espíritu conservador y temerle a la devastación posible de la Isla. Si de cierta forma años atrás había aceptado la posibilidad de la independencia,<sup>80</sup> esta debía ser resultado de la evolución pacífica. Ahora continuaba en sus añejas posturas. Al oponerse a la corriente que ya marcaba los tiempos, se ganó muchas nuevas malas voluntades y acentuó esa peculiar controversialidad de su figura.

Por su parte, Morales Lemus, quien debió tener conocimiento de las voces que se levantaban en España contra la esclavitud y en favor de la emancipación inmediata, se lanzó a buscar una alternativa que de alguna manera mantuviese la institución esclavista. Ese temor y su postura contraria a la abolición ya habían quedado de manifiesto en la proclama de la Asociación de Laborantes, fundada por la Junta de La Habana, cuando todavía no había escapado de Cuba. En esta se señalaba:

Respetando sobre todo y por encima de todo la dignidad del hombre, la Asociación declara que no aceptará la esclavitud como una herencia del pasado, pero en vez de abolirla como un arma para sumir a la Isla en la barbarie según amenaza hacerlo el gobierno español, miran la abolición como un medio de mejorar la condición moral

---

80 Se puede ver la carta de Saco a José Antonio Echeverría, de 4 de enero de 1863, en la obra de Manuel Moreno Fraginals: *José Antonio Saco: estudio y bibliografía*, Santa Clara, 1960, p. 92.

y material del trabajador y de asentar en base más justa y por lo mismo más segura la propiedad y la riqueza.<sup>81</sup>

Por eso le escribiría a Céspedes para proponerle que se anticipase a la medida del gobierno madrileño mediante la conversión de los esclavos en colonos forzosos y, al mismo tiempo, el gobierno cubano ofreciera respetar los contratos hasta por ocho años. De esa forma, se atendería las necesidades agrícolas y se salvaría el principio de la emancipación.<sup>82</sup> Esto no era, por supuesto, la abolición verdadera ni mucho menos. Como, evidentemente, Céspedes pareció no creer que España liberaría a los esclavos, nunca hizo nada parecido a lo apuntado. Habían sido demasiado cercanas a su corazón las manifestaciones de júbilo de los esclavos manumitidos por su decreto, a quienes había visto desfilar armados ante sus ojos, para que se decidiera a marchar en otra dirección.

Desde luego, la posición conscientemente moderada de Céspedes en cuanto a la abolición ya estaba siendo sobrepasada en la práctica con toda rapidez. El hecho revolucionario se imponía, y ciertos jefes como Donato del Mármol, radical y apasionado, asesorado por otros como Máximo Gómez, se estaban encargando sin miramiento alguno de destruir la esclavitud por donde quiera que sus tropas pasaban. El temperamento de Del Mármol no pedía menos, porque había sido el hombre que, poco después del incendio de Bayamo, le había escrito a su madre: “He sido yo quien ha tenido el honor de pegar fuego á tu espléndida casa en Bayamo”.<sup>83</sup> Otros jefes también parecían hacerle poco caso a la orden de 28 de octubre. El 3 de diciembre, el comandante Andrés Brizuela le escribía al general Julio Grave de Peralta para poner a su disposición al esclavo Pedro de la Torre, quien había manifestado su deseo “de sostener la Santa Causa”,<sup>84</sup> y el 16 de diciembre el teniente

---

81 Dionisio Poey Baró, ob. cit., p. 19.

82 Raúl Cepero Bonilla, ob. cit., p. 97.

83 Citado por Manuel Márquez Sterling, ob. cit., p. 180.

84 AHN/U, leg. 5837, expte. 20

del cuartón de Damián le informaba al coronel segundo jefe de la división bayamesa, Luis Figueredo, que contra lo dispuesto en la orden de Céspedes el comisionado José María de Céspedes, por orden del general Ramón Ortuño había extraído los esclavos de varias fincas del lugar.<sup>85</sup> Lo que no vale poner en dudas es que Céspedes también aprendería rápidamente las lecciones, y que en un plazo muy breve dejaría atrás las ilusiones que pudo haber albergado en relación con el apoyo de los hacendados en los inicios de la lucha. Añadiría entonces, a la evidencia de su lúcida percepción, su facultad de evolucionar y comprender adonde conducía el rumbo de los acontecimientos y de qué lado estaba siempre la revolución. Ciertamente él no representaba todos los intereses de quienes sostenían la bandera de la revolución pero sí el fundamental, el de la nacionalidad en proceso de alumbrar una nación. Cedía en todo lo que creía necesario para ese propósito, trataba de unir todos los esfuerzos, de cerrar todas las grietas, y era eso lo que le correspondía hacer. En esto ponía todo el empeño de su grandeza humana. Qué más se le podía pedir, si ya con la hombradía que había llevado adelante el 10 de octubre de 1868 bastaba para que nadie se atreviera a darle absoluciones que no se necesitaba y nadie había pedido.

---

85 AHN/U, leg. 5838, expte. 46.



## CAPÍTULO II

# Tiempos difíciles

La necesidad de zanjar la disputa sobre la forma de poder que adoptaría el proceso revolucionario llevó a que, por fin, el 10 de abril, en el pueblo libre de Guáimaro, se reuniera la Asamblea Constituyente que habría de darle solución. “Estaba Guáimaro más que nunca hermosa. Era el pueblo señorial como familia en fiesta. Venían el Oriente, y el Centro, y Las Villas al abrazo de los fundadores”, escribió Martí acerca de aquellos momentos.<sup>1</sup>

En la Convención, los camagüeyanos, con el apoyo de los villareños, quienes contribuyeron sin dudas a reforzar la idea de la unificación de la dirección revolucionaria y la simpatía de parte de los próceres orientales presentes pero sin más representación que Carlos Manuel de Céspedes en el cónclave, impusieron por completo sus puntos de vista. Curiosamente, salvo el hombre del ingenio *Demajagua*, ninguno de los demás caudillos que le habían dado inicio a la gesta en la región oriental se sentó entre los 14 constituyentes, aunque algunos como Aguilera estaban en el lugar. Evidentemente, Céspedes, para darles satisfacción a los hombres de la ribera derecha del río Jobabo, lo había solicitado así a sus compañeros. Por el contrario, la representación camagüeyana reunía a sus más notables insurgentes. Además, en su delegación se incluyó un occidental, Antonio Zambrana. Por su parte, también

---

1 José Martí, ob. cit., t. IV, p. 383.

fue la cúpula de la junta villareña la que ocupó los escaños destinados a esa región.

En definitiva, en la asamblea nadie convenció a nadie. De una parte, los resultados fueron, en lo esencial, los que impuso la inmensa mayoría que formaban los camagüeyanos secundados por los villareños, y de otra las cesiones de Céspedes en aras de la revolución. Sobre la convención, Martí afirmaría: “El 10 de abril, hubo en Guáimaro Junta para unir las dos divisiones del Centro y del Oriente. Aquélla había tomado la forma republicana; ésta la militar. —Céspedes se plegó a la forma del Centro. No la creía conveniente; pero creía inconveniente las disensiones. Sacrificaba su amor propio— lo que nadie sacrifica”.<sup>2</sup> Esos resultados quedaron estructurados en una Constitución de 29 artículos cuyo borrador, inspirado en la doctrina de la división de poderes de Montesquieu, fue propuesto por Ignacio Agramonte y Antonio Zambrana, y vio la luz el mismo día 10.<sup>3</sup> Llama la atención que en su texto no haya un preámbulo o artículo que comience declarando la independencia de España, aunque desde luego, esta hay que darla por implícita desde el instante en que se hablaba en nombre de la República de Cuba. Luego, el grueso de su articulado se encaminaba a fijar los poderes a establecer y sus atribuciones, como si esta cuestión deviniese el centro de las grandes preocupaciones de los constituyentes y se antepusiesen a todas las demás. Según lo dispuesto, el poder civil estaría formado por un presidente, elegido por una Cámara de Representantes. Dadas las facultades que se le concedían a ese cuerpo, este no serviría de moderador de los poderes del Ejecutivo, sino al menos en el papel, sería el verdadero rector de la revolución y el Ejecutivo quedaba limitado a cumplir lo que aquel dispusiese. La Cámara también elegiría al general en jefe, que sería una persona distinta a quien ocupara el cargo de presidente. En cuanto al problema social, declaraba

---

2 Ibid., t. XXII, p. 235.

3 Su texto puede verse en la obra de Hortensia Pichardo antes citada, pp. 376 y ss.

enteramente libres a todos los habitantes de la República. Resultaba, sin dudas, luego de haber dejado establecida la república y, por tanto, la independencia, la más revolucionaria de sus disposiciones y la otra que hará sin dudas inmortal al cónclave. Removían uno de los obstáculos más poderosos en el camino de la forja de la nación y la nacionalidad: la esclavitud. El país se dividiría en cuatro estados: Oriente, Camagüey, Las Villas y Occidente. Se establecía la libertad de cultos, lo cual definía un punto de debate con Céspedes. Las libertades del pueblo, referidas además del culto, a imprenta, reunión pacífica, enseñanza y petición, eran inatacables e inalienables. Para modificar el texto constitucional, la Cámara debía adoptar acuerdo unánime.

En la cuestión militar, asunto medular para los intereses de la revolución, la asamblea de Guáimaro estableció una contradicción: el general en jefe estaba subordinado al Ejecutivo, a quien debía rendir cuentas, pero le reservaba a la Cámara el derecho de designarlo y removerlo libremente. Desdichadamente, una enmienda de Miguel Jerónimo Gutiérrez, que consolidaba ambos cargos, fue desechada a cambio de que el general en jefe quedara subordinado al Ejecutivo. Tan lejos se llegó en la comisión de errores crasos en cuestiones militares, que descaracterizó en los planos más elementales la verdadera situación en que se vivía: en aras al respeto a los derechos civiles e instituciones democráticas, en vez crear soldados dio por establecido que los hombres envueltos en la guerra eran ciudadanos militarizados. Una de las primeras cuestiones a definir debió haber sido cómo forjar el ejército, pero ante todo se impuso el criterio de crear los órganos que lo entorpecerían. Según quedó planteado, una ley sobre la organización militar se establecería posteriormente.<sup>4</sup> Y un error más, del cual al parecer nunca acabarían de percatarse los partidarios de la organización democrática: en situación de guerra, el verdadero poder material estaba en los fusiles, y el poder civil era, ante todo, de naturaleza moral. En consecuencia, para conservarlo, tenían que ser solidarios el Legislativo y el Ejecutivo. En la

---

4 Néstor Carbonell y Emeterio Santovenia, ob. cit., p. 114.

misma medida en que se hostilizaran y debilitaran, perderían fuerza espiritual y estarían corroyendo su propio basamento.

En una última sesión, el día 11, en la cual se ratificaría los acuerdos del anterior, a pesar de que Céspedes defendió que como insignia de la lucha se enarbolara la bandera que había levantado en el ingenio *Demajagua*, se acordó mediante una resolución que el lábaro de la patria sería el de Narciso López y Joaquín de Agüero. La elección de la bandera constituía otro triunfo de los camagüeyanos, que seguían apegados al recuerdo de Agüero. Martí interpretó sabiamente la postura de Céspedes al respecto: “Céspedes la cedió [su bandera] para que su apego natural al pabellón que alzó él no pareciese prueba de su deseo de imperar sobre la república naciente...”<sup>5</sup>

A continuación, después de esa sesión, se constituyó la Cámara de Representantes. Los integrantes de la misma asamblea fundacional del día anterior, con la excepción de Céspedes, pasaron a convertirse en legisladores. En unas bases acordadas anteriormente se había convenido que el cuerpo estaría compuesto por 25 diputados, diez por Oriente y cinco por cada uno de los demás estados, por lo que pronto tendrían que completar ese número. Como enseguida los pocos jefes militares presentes tendrían que dejar su curul para volver junto a sus tropas y resultaría imposible designar para el cuerpo a los más capaces militares serían, por tanto, civiles o elementos que habían recibido grados militares, pero que en realidad tenían poca o ninguna experiencia bélica, quienes tendrían a su cargo trazar la política de guerra. Se elige para presidir el cuerpo a Salvador Cisneros Betancourt. También se designó a Céspedes presidente de la República y, a propuesta de los camagüeyanos, a Manuel de Quesada como general en jefe del ejército. Céspedes reunía, a pesar de todas las disputas, demasiado prestigio para que nadie más pudiera ocupar el lugar preeminente que se le otorgó. Estas designaciones estaban predeterminadas como lo demostró la ausencia de Céspedes a la reunión. Muchos días antes, el 25 de

---

5 José Martí, ob. cit., t. 1, p. 472.

marzo, Jorge Milanos, ayudante del caudillo, le había escrito a su hermano Antonio que los camagüeyanos habían hecho esa selección y la de Quesada.<sup>6</sup> De todos modos, aunque en las querellas las pasiones suelen ser más fuertes que la justicia y la razón, sus adversarios demostraron que no habían quedado cegados. Por su parte, Céspedes propuso y la Cámara lo aprobó que Ignacio Agramonte fuese nombrado jefe militar del Camagüey. Para unos y otros, la Patria y la revolución habían hablado y fueron escuchadas.

Con palabras hermosas recibió Céspedes la encomienda: “Cubanos: con vuestro heroísmo cuento para consumir la independencia. Con vuestra virtud para consolidar la República. Contad vosotros con mi abnegación”.<sup>7</sup> Pudo haber dicho también, y lo demostraría, que podían contar con su vida y con las de muchos de sus seres queridos.

Como desagravio al Presidente por la adopción de la bandera de Narciso López, se acordó que la tremolada en Yara se conservaría en la Cámara de Representantes, como tesoro de la República.

Durante la sesión de la Cámara del día 11 se recibió una petición firmada por gran número de ciudadanos en la cual se le suplicaba al cuerpo que manifestase a los Estados Unidos los grandes deseos que animaban al pueblo cubano de ver incorporada la Isla a la Unión. Días después, aquella tomó acuerdo al respecto. La presidía Cisneros Betancourt; Agramonte y Zambrana eran sus secretarios. Los camagüeyanos dominaban ampliamente el concilio. En la disposición relacionada con el asunto, los representantes expresaron: “Hacer presente al Gobierno y al pueblo de los Estados Unidos, que este es realmente, en su entender, el voto unánime de los cubanos y que si la guerra actual permitiese que se acudiera al sufragio universal, único medio de que la anexión legítimamente se verificara, ésta se realizaría sin demora”.<sup>8</sup> Después

---

6 AHN/U, leg. 5844, expte. 43.

7 Néstor Carbonell y Emeterio Santovenia, ob. cit., p. 119.

8 Raúl Cepero Bonilla, ob. cit., p. 152.

que la Cámara adoptó el acuerdo por unanimidad, Céspedes lo sancionó. El acuerdo fue enviado a Morales Lemus, por entonces designado como ministro de la República en Armas, en los Estados Unidos.

Para esos momentos, el presidente de ese país, general Ulysses Grant, quien hacía poco había tomado posesión en la Casa Blanca, alentado por el general John A. Rawlings, su amigo y secretario de Guerra, parecía cercano a reconocer la beligerancia cubana. Incluso, a finales de marzo, Grant había recibido extraoficialmente a Morales Lemus, y había sentenciado ante el cubano, de forma comprometedora y aventurera: “Sostenéos un poco de tiempo más y obtendréis aún más de lo que esperáis”.<sup>9</sup> Pero la ayuda planteada estaba marcada, porque para Rawlings, expansionista a ultranza por motivos geopolíticos, que estaba francamente por la anexión de la Isla, el reconocimiento constituía un paso con vistas a la incorporación de Cuba a los Estados Unidos. En Grant encontraba un terreno abonado para la gestión, porque como este lo probaría era tan expansionista como su secretario de Guerra, y deseaba la anexión de Cuba. Era seguidor de la doctrina del *Destino Manifiesto* o *Evidente*. Entonces, una paradoja cubana más se interpuso: Morales Lemus, anexionista, si antes del triunfo del Norte en la Guerra de Secesión hubiera dado el cuello por lograr la incorporación a la Unión, ahora que recibió el acuerdo de la Cámara no creyó conveniente entregarlo, porque la anexión significaría la emancipación inmediata. En ese instante, para él, el mal menor, cerrada la puerta de las reformas y desatada la porfía independentista, la salida eventual era el irredentismo, desde luego, si lograba convencer a Céspedes de la instauración del patronato para los esclavos. Esta resultaba la clave de su enrutamiento. De hecho, no había abandonado sus definiciones políticas anteriores. Habían sido estas las que lo habían abandonado a él. La petición quedó sin curso.

---

9 Enrique Piñeyro: *Biografías americanas*, París, s/f, p. 142.

¿De dónde venía y por qué había erupcionado la idea anexionista en la asamblea de Guáimaro? Sin dudas, sobre los hombres del Camagüey, desde los tiempos de Joaquín de Agüero, las dos ideas, independencia y anexión, se movían a la par sin que el trance encontrara solución acabada. Unos días antes de la Asamblea de Guáimaro, el 6 de abril, Salvador Cisneros Betancourt, Francisco Sánchez, Miguel Betancourt, Ignacio Agramonte y Antonio Zambrana se habían dirigido al presidente Grant y al general y congresista norteamericano Banks, en términos anexionistas. Al general Grant le decían:

Parece que la Providencia ha hecho coincidir estos acontecimientos con la exaltación al Poder del partido radical que representáis, porque sin el apoyo que de ese partido aguardamos, puestos en lucha los cubanos con un enemigo sanguinario, feroz, desesperado y fuerte, si se consideran nuestros recursos para la guerra vencerán (los cubanos) si, que siempre vence el que prefiere la muerte a la servidumbre, pero Cuba quedará desolada asesinados nuestros hijos y nuestras mujeres por el infame gobierno que combatimos, y cuando según el deseo bien manifiesto de nuestro pueblo, la estrella solitaria que hoy nos sirve de bandera, fuera a colocarse entre las que resplandecen en la de los Estados Unidos sería una estrella pálida y sin valor.<sup>10</sup>

Al general Banks, luego de agradecer la Resolución que había presentado en el Congreso en la que se autorizaba al presidente Grant a reconocer la independencia de Cuba, le expresaban:

Cuba desea después de conseguir su libertad, figurar entre los Estados de la gran República; así nos atrevemos a asegurarlo interpretando el sentimiento general. Puede Ud. estar seguro que si los E.U. no se apresuran a proporcionarnos sus valiosos auxilios, una larga guerra

---

10 Ramiro Guerra: *Guerra de los Diez Años*, ed. cit., t. 1, p. 110.

mantenida con un enemigo que conociendo su impotencia tala y destruye los campos que ya no volverá a poseer, ha de cubrir de ruinas nuestro hermoso país. A la gran República, como defensora de la libertad, como Nación a cuyos brazos nos lanzaremos terminada la guerra, y como protectora de los destinos de América, le corresponde en rigor, dar con su influjo un término inmediato a esta terrible contienda.<sup>11</sup>

El anexionismo que revelan estas cartas está evidentemente condicionado por diversos móviles, y resultaría tendencioso referirse a este fuera de su contexto. En primer lugar, por supuesto, no es el esclavista de los hombres del Club de La Habana durante la década anterior, sino todo lo contrario. Tenía un carácter liberal democrático. Los firmantes eran abolicionistas de plano, y dos de los firmantes, las figuras centrales de la Asamblea de Representantes del Centro, lo habían demostrado días antes con el decreto de emancipación. En el documento de denuncia de los manejos contrarrevolucionarios de Napoleón Arango, suscrito por Agramonte, en marzo, al referirse a la oposición que aquel había hecho al decretar la abolición inmediata, decía: “Si todos queremos la libertad para los negros; si es cuestión resuelta en el ánimo de todos, ¿por qué habría de ser funesto tocarla? ¿por qué no llevar al terreno práctico la resolución?”<sup>12</sup> Es más, si algo distinguía a los camagüeyanos era su oposición, anclada en criterios liberales y democráticos, a la existencia de la esclavitud. Además, para ellos resultaba axiomático que, de producirse la incorporación de Cuba a los Estados Unidos, la esclavitud quedaría extirpada drásticamente. Por tanto, se hace obvio que la abolición dictada por Abraham Lincoln significaba un aliento para sus ideas y tal vez en su decreto emancipador se vino a deslizar en realidad ideas, un mensaje que mostrara su

---

11 Juan Jiménez Pastrana: *Ignacio Agramonte su pensamiento político y social*, La Habana, 1987, p. 40.

12 *Ibíd.*, p. 76.



actitud al gobierno norteamericano. Paradójicamente, mientras los hacendados anexionistas de Nueva York con el objetivo de salvar sus dotaciones ahora le temían a la incorporación, al menos inmediata, a los Estados Unidos, los camagüeyanos podían darles paso a unas posiciones anexionistas que significarían la emancipación radical.

Por otra parte, a pesar de que los Estados Unidos ya habían dado muestra de ambiciones expansionistas, estos hombres no sospechaban, en lo más mínimo, que la esencia de la política de ese país estuviese marcada por tales miras. Por el contrario, la protección de los destinos de América que se le adjudicaba en la carta a Banks, demuestra que los Estados Unidos habían logrado mitificar la doctrina Monroe, como un intento desinteresado de evitar que la rapacidad colonialista de los Estados europeos se abatiera sobre el continente. Tampoco hay que olvidar que el país del Norte era admirado por sus instituciones libres y democráticas y su progreso, en realidad, sin paralelo en la época. Por demás, una gran influencia la generaba que muchos de los hijos del Camagüey se habían educado en sus aulas. Por otra parte, la arraigada influencia de la prédica anexionista de *El Lugareño*, con su gran prestigio, y la circulación de su periódico *La Verdad* en la región, habían dejado sus huellas.

Ignacio Mora, uno de los hombres más representativos de las ideas de la Asamblea del Centro, escribiría en *El Mambí*, el periódico que a poco publicaría:

Cuba ha prosperado á despecho de España porque ella no ha podido impedir la concurrencia del comercio extranjero, de la civilización y el movimiento que fecundan á Cuba, porque no puede esterilizar su suelo feraz, ni evitar los efectos del interés individual y los esfuerzos de los habitantes de Cuba, a pesar de la opresión y de las trabas del gobierno. Si Cuba ha prosperado relativamente más que otros Estados de la América española es porque Cuba está más americanizada, porque participa más de

las ideas de la educación, del movimiento, de la actividad del Pueblo americano.<sup>13</sup>

Estas simpatías hacia Estados Unidos no solo eran patrimonio de los camagüeyanos, porque no puede olvidarse que en la Cámara había hombres como el villaclareño Miguel Jerónimo Gutiérrez y posteriormente el oriental Tomás Estrada Palma, que albergaban convicciones anexionistas.<sup>14</sup> Por último, había algo mucho más definitivo detrás de las afirmaciones que se hacen en la misiva de los camagüeyanos a Grant: en Oriente, nunca como entonces la revolución había estado en mayor peligro. En aquellos instantes, la irrupción de Valmaseda en la región, donde recordaba a un Atila moderno, a la vez que la falta de armamentos y la carencia de jefes y soldados fogueados, ponían en duda la victoria rápida con la que en un principio algunos habían soñado y que permitiría salvar las riquezas de sus territorios. Incluso, la guerra se había vuelto tan brutal y terrorífica que el general colonialista había dictado, horas antes de que se hiciera la propuesta en la Cámara, su famoso Bando que establecía que todo hombre desde la edad de 15 años en adelante, hallado fuera de su finca y que no acreditase una justificación para su ausencia, sería pasado por las armas. Una muestra más de la situación puede establecerse a partir de lo que el jefe de la Capitanía del Cauto, Francisco Pérez, le escribía por aquellos días a *Perucho* Figueredo: “Pongo en su conocimiento que el enemigo marchó para Bayamo el día once, llevándose todas las familias que pudo recoger, dejando el Caserío todo incendiado, así como desde este punto hasta las Cayamas...”<sup>15</sup> Por tanto, se necesitaba urgentemente que los Estados Unidos reconocieran la beligerancia cubana para facilitar los recursos con que combatir, y aquellos sabían que Grant no estaba bien dispuesto con España por la ayuda que

---

13 Nydia Sarabia: *Ana Betancourt*, La Habana, 1970, p. 63.

14 Eusebio Hernández: *Dos conferencias históricas*, La Habana, 1990, p. 136.

15 AHN/U, leg. 5838, expte. 45.

le había prestado a los secesionistas de la Confederación. ¿Por qué entonces no esperar que sus gestos contribuyesen a lograr la ayuda? Además, la presencia de Rawlings en el gabinete a causa de su conocida posición en favor de la lucha de los cubanos contra España, podía haberles insuflado grandes alientos al respecto.<sup>16</sup> Significativo en este sentido es que el general Julio Grave de Peralta, jefe de Holguín, le escribiera por aquellos días al general Luis Marcano: “hoy tenemos el apoyo directo de los Estados Unidos y con esto tendremos toda clase de recursos”.<sup>17</sup>

Por si fuera poco, la corriente de simpatía popular que levantaba la causa cubana en los Estados Unidos era ruidosa y conocida, y esto también pudo influir. Se creaba clubes en su favor, se enviaba memoriales al Congreso de Washington, se celebraba mítines y se publicaba trabajos periodísticos favorables a su causa. También, en días recientes allí se había presentado varios proyectos de ley, mociones y resoluciones que reconocían la independencia de Cuba (y otra propuesta planteaba la anexión). La Resolución presentada por el senador Sherman autorizaba a Grant a reconocer la independencia, tan pronto considerase que los insurrectos tenían un gobierno *de facto*.<sup>18</sup> Por supuesto, en la adopción de esta actitud, no poca importancia tenía que multitud de especuladores con pertrechos bélicos la impulsaran, y que hubiese congresistas que buscaran el soborno de bonos de la República para otorgar su voto al reconocimiento de la beligerancia o para aquello que los cubanos quisieran.

Más tarde se llegaría a considerar que una sola palabra del gobierno norteamericano, por entonces, hubiese bastado

---

16 Enrique Collazo: *Los americanos en Cuba*, La Habana, 1972, p. 7. Collazo estima que la presencia de Rawlings en el gabinete de Grant y su postura aparentemente favorable a la insurrección fue la causa de la manifestación anexionista en la Cámara. No fue con mucho la única razón, pero sin dudas tuvo algún desempeño.

17 AHN/U, leg. 5838, expte. 6.

18 Manuel Márquez Sterling, ob. cit., p. 47.

para que una oleada de armas, hombres y dinero corriera hacia Cuba, en favor de la causa insurgente.<sup>19</sup> Esa constituía la garantía, que avalaría que las ofertas de armas tendrían su rédito en el momento oportuno.

Mostrar la buena voluntad hacia los Estados Unidos no les parecía a los autores de las misivas a Grant y Banks y a quienes estuvieron de acuerdo con la resolución (en principio arduamente debatida) en absoluto pecaminosa ni mucho menos, sobre todo si se trataba de conseguir recursos de guerra. Desde luego, también es innegable que había allí un intenso deseo de salvar las propiedades, que volvía conservadores a muchos de los diputados y el temor a esa pérdida del emporio productor cubano lastraría sus decisiones por mucho tiempo. Zambrana, el defensor más connotado de la Resolución, frente al embate opositor de Eduardo Machado, argumentó como la mejor razón para aprobarla, la necesidad desesperada de ayuda que solo podrían conseguir de los Estados Unidos y la necesidad de evitar la desaparición de las riquezas de la Isla en las llamas de la lucha.<sup>20</sup>

No obstante, frente a las misivas y la Resolución, resulta llamativo y contradictorio un hecho que da indicios de que lo expresado en aquellos documentos tenía visos de coyuntural. En enero, en comunicación que el Comité Revolucionario del Camagüey había cursado al presidente Andrew Johnson, ese órgano se había limitado a señalar:

Las aspiraciones de nuestra revolución, y el fin á que se dirige, son tan ostensibles y en nombre del pueblo del Departamento Central de la isla, que representamos, queremos manifestar a la unión americana, seguros de encontrar en ella las simpatías que le merecen las nobles y liberales aspiraciones de los pueblos que quieren colocarse en las condiciones necesarias para el desenvolvi-

---

19 Emilio Roig de Leuchsenring: *Historia de la Enmienda Platt*, La Habana, 1979, p. 199.

20 Ramiro Guerra, ob. cit., nota 10, p. 274.

miento del espíritu humano, y para el ejercicio de todos sus derechos.<sup>21</sup>

Como se evidencia no hay una sola mención a la anexión, únicamente la búsqueda de la simpatía y el apoyo de los Estados Unidos. También es de hacer notar que, cuando igualmente en enero redactaron la designación del representante del Comité Revolucionario del Camagüey ante el gobierno de Estados Unidos, los poderes que se le confirieron se limitaban a señalar que debía buscar el reconocimiento de la beligerancia de los insurgentes.<sup>22</sup> Nada más allá. Por tanto, parecía ser el curso de la lucha el que había movido los criterios.

En cuanto al estado del ejército, nada más cuerdo para probar la angustia que a todos invadía, que la carta escrita por Céspedes el 18 de febrero al Agente General en el exterior en la cual pedía de ser posible la recluta de 5 mil a 10 mil hombres con experiencia bélica que viniesen a servir en Cuba, hasta tanto los cubanos lograsen la disciplina conveniente en el oficio de las armas.<sup>23</sup> Resulta indiscutible que a la idea de lograr la independencia solo con los medios propios cubanos, planteada por Varela, todavía le faltaba terreno por ganar. De todas formas, hay que anotar como Céspedes no pedía ninguna intervención oficial foránea, sino la participación de individuos a título particular. Y algo más: si la anexión estaba inscrita en la resolución y las misivas, también es cierto que colocaba mediaciones en el tránsito porque la incorporación se remitía a una consulta mediante el sufragio universal, cuando Cuba estuviese liberada. Es decir, en ambos casos, el paso no era incondicional, dependía del porvenir. ¿Por qué entonces no pensar que la sugerencia de la anexión estaba sobre todo encaminada a crearles a los Estados Unidos la tentación de prestar por conveniencia todo su apoyo a la lucha cubana?

---

21 Juan Jiménez Pastrana, ob. cit., p. 122.

22 *Ibíd.*

23 Fernando Portuondo y Hortensia Pichardo, ob. cit., t. II, p. 30.

Lo que si no puede rebatirse es que el ofrecimiento que se hacía no era nada gratuito ni espontáneo. No hay razón alguna para pensar que, al menos en muchos, fuese una declaración inocente: armas, apoyo, reconocimiento de la beligerancia, se hacían transparentes en la petición y explícitos en la defensa que hizo Zambrana. Si todavía bamboleante en cuanto al fraguado definitivo de los cimientos de una nacionalidad que solo llegaría finalmente en los campos de batalla, nadie puede, sin embargo, negar que su intención estaba dirigida a salvar una revolución en severos aprietos, que sería portadora por sí misma de la definición con contornos definitivos de esa misma nacionalidad. Olvidar que el problema fundamental de la época radicaba en la contradicción entre la colonia y la metrópoli, sin cuya solución ningún otro de los que acompañaban el fenómeno de la dominación colonial sería resuelto, la falta de libertades civiles y políticas, la esclavitud, los límites de la prosperidad económica y el fomento de las riquezas, la aspiración a otros horizontes para la educación y la cultura, y, en fin, la eliminación de todo vestigio del entrenamiento que obstaculizaba el desarrollo de la Isla, llevaría a desconocer el contexto en que se movían aquellos hombres.

Situarse en las posiciones de hoy para juzgar el ayer, no solo haría incomprensible el proceso sino que constituiría una anomalía del criterio. En la manigua había un denominador común predominante: luchar contra la dominación de España y separarse del todo de ella y, también, diversas tendencias en cuanto a los resultados posteriores de la lucha. De esos instantes primarios, tal es lo cierto. Dadas las condiciones en que se desarrollaba la contienda y el punto de partida de los propugnadores de la Resolución, no puede afirmarse sin quedar situado en posiciones teleológicas, deterministas, que en aquella sesión hubo un retroceso ideológico. Para quienes enarbolaron las posiciones inscritas en la proposición hecha a la Cámara, esta venía a ser el cuaje del punto de vista en que la Junta Cubana había dejado el problema en 1855, y que ahora, a partir de ahí, gracias a la lucha armada —capaz de condensar en horas lo que la política no es meritoria de alcanzar en años—, avanzaría hacia su negación definitiva.

No puede desconocerse que en la Cámara de Guáimaro, como un conjunto revolucionario, había pensamientos más radicales y más conservadores, pugnacidades y desencuentros en diversos aspectos. Respondían a realidades y formaciones diferentes, y en el cónclave determinaron el paso, por estar en mayoría, quienes estaban condicionados paradójicamente por los ideales democráticos burgueses tomados de los Estados Unidos. Este era todavía un proceso en evolución y en busca de consolidación, que solo la lucha se encargaría de limpiar de los extravíos y las desviaciones de algunos segmentos hasta hacer definitivamente predominante la idea de la independencia absoluta, por ser la justa, por corresponder a los más legítimos intereses de la nación y la conciencia nacional, y esto porque constituía la única salida que podía resolver a fondo el problema cubano sin caer en nuevos y más graves conflictos.

En cuanto a Céspedes, nadie escapa al menos en parte a las influencias que lo circundan y a sus circunstancias. Sancionó el acuerdo de la Cámara en Guáimaro, localidad camagüeyana, rodeado por combatientes y cientos de personas que seguían ardientemente las ideas de los caudillos de la región, y los camagüeyanos tenían absoluta “hegemonía en el cónclave”. Al respecto, pocos años después, en una entrevista que le hizo un corresponsal extranjero, publicada por *La Independencia*, confiaría, en relación con este pasaje:

Al estallar la guerra había indudablemente una gran mayoría del pueblo en favor de la anexión de la isla a los Estados Unidos. Nunca fui muy partidario de esta medida aunque nunca me opuse a ella; pero yo soy uno entre muchos centenares de miles. El pueblo y el ejército en un tiempo hicieron en el Camagüey una demostración con el objeto de ventilar la doctrina de la anexión. Se adoptaron resoluciones, se apoyaron y se enviaron a la Cámara de Diputados que se hallaba allí en sesión. La Cámara adoptó unánimemente la resolución en favor de la anexión. El documento que inmediatamente se llenó

de más de mil firmas del pueblo se envió a Nueva York para que se remitiera a Washington...<sup>24</sup>

No obstante, un punto de vista diferente o que matiza lo que afirmó Céspedes en cuanto a la extensión de la adhesión popular a la idea de la anexión lo expresaría Calixto García a James O'Kelly, corresponsal del *Herald*: "En el departamento central ha habido siempre muchos anexionistas, pero en el oriental el objetivo principal ha sido siempre la independencia".<sup>25</sup> Las palabras de Céspedes, en cuanto a la votación de la Resolución, evidencian que en este caso se había plegado a la mayoría camagüeyana seguida por una parte de los villareños. De no haberla sancionado por causa de su reticencia, hubiese tenido que acudir al veto. Pero habría sido una arrancada desafortunada para las relaciones entre un presidente con poderes muy debilitados y el cuerpo legislativo, que la Constitución que se acababa de zurcir hacía rectora indisputable de la lucha.

Pero resultaría incierto decir que esta iba a ser su única razón. Empequeñecería su figura. Si bien en el manifiesto del 10 de octubre que redactó, una sola es la posición política que se sostiene, la independencia, y no hay la menor traza de otra, indiscutiblemente desde los primeros instantes la suerte de la revolución lo laceraba. Con la carencia de recursos bélicos que enfrentaba, pensar que el concurso de los Estados Unidos podía proporcionárselos era tentador. Después de todo, los Estados Unidos le habían permitido a Juárez adquirir armamento para derrotar la invasión francesa y había enormes ilusiones cifradas en una ayuda que se pensaba desinteresada y que este país podía proporcionar. Debe reiterarse que los Estados Unidos, después de la guerra civil, a causa de la pujanza demostrada y la abolición decretada, disfrutaban de un enorme prestigio. Todavía poco se revelaba lo que sería solo menos de tres décadas después. Por eso, el 24 de octubre de 1868, Céspedes le había escrito junto con Pedro Figueredo,

---

24 Raúl Cepero Bonilla, ob. cit., p. 153.

25 James O'Kelly, ob. cit., p. 211.



Bartolomé Masó y Francisco Maceo Osorio y otros, a William Seward, secretario de Estado de los Estados Unidos, bajo la presidencia de Andrew Johnson:

Al acordarnos de que hay en América una nación grande y generosa, a la cual nos ligan importantísimas relaciones de comercio y grandes simpatías por sus sabias instituciones republicanas que nos han de servir de norma para formar las nuestras, no hemos dudado un solo momento en dirigirnos a ella, por conducto de su Ministro de Estado, a fin de que nos preste sus auxilios y nos ayude con su influencia para conquistar nuestra libertad, que no será dudoso ni extraño que después de habernos constituido en nación independiente formemos más tarde o más temprano una parte integrante de tan poderosos Estados, porque los pueblos de América están llamados a formar una sola nación y a ser la admiración y el asombro del mundo entero.<sup>26</sup>

Desde luego, no se expresa un concepto anexionista, sino integrador. En la mente de estos hombres estaba forjado el concepto de que América toda se uniría frente al concierto europeo colonialista. No se trataba de la incorporación simple. Realzadamente, aparecía la necesidad de apoyo para su causa, y esto no era nada ilegítimo, dada la tarea en que estaban empeñados y la pobreza de recursos con que la habían abordado. Por demás, la integración estaba condicionada a la independencia. Después podría venir lo demás... después.

Más tarde, otros elementos obligarían a Céspedes a buscar informaciones sobre la posición norteamericana y la idea de la incorporación a la Unión. Los fantasmas en la cabeza de los blancos en torno a la participación de los negros en la lucha, lo llevaron a la pesquisa. Algunos blancos pensaban que si España decretaba una emancipación universal, podría lograr echar a una parte de las dotaciones contra los insurgentes. No solo esto. También tenían el temor a la posibilidad de una

---

26 Fernando Portuondo y Hortensia Pichardo, ob. cit., p. 12.

guerra racial, en medio o después de la contienda. Incluso, las conmociones civiles de las antiguas colonias de España traían también prevenciones.

La presión de quienes sentían el viejo pánico a un *Guárico cubano* o luchas civiles, lo obligó a buscarle respuesta a la fórmula que estos propugnaban para evitarlo. Por eso, el 2 de enero de 1869, le había escrito al agente de su gobierno en los Estados Unidos, y le pidió conocer la posición de esta potencia en relación con su decreto de emancipación, en caso de que se planteara la anexión:

V. comprenderá –le explicaba– que en la mente de la mayoría de los cubanos, de los que se precian de conocer nuestra situación social, está siempre fija la idea de esa anexión como último recurso para no caer en el abismo de males en que según ellos nos lanzaría una encarnizada guerra de razas; y como a eso agregan, que conocen la índole y el carácter de los dependientes de España, nacidos en América y tan dados a formar partidos y a sostener ambiciones, argumento que tiene aquí muchos partidarios que lo apoyan, es conveniente indagar el espíritu de ese Gobierno sobre el particular, para poder dirigir en todo caso la marcha de los acontecimientos.<sup>27</sup>

De nuevo queda evidenciado que no hay una declaración anexionista en Céspedes. Es una indagatoria condicional ante un contexto que se la exige, y para la cual quiere tener respuesta. Al finalizar la misiva, le instruye al agente: “Transmita V. este despacho a las demás Agentes que V. ha nombrado ante otros gobiernos excluyendo de él todo lo que respecta a la anexión de que le hablo...”. Obviamente, la anexión no constituía ninguna postura oficial ni personal sino solo una opción coyuntural, y deseaba conocer sus posibilidades.

No obstante, 13 fatídicos días después, altamente excitado, como si una cuenta regresiva moviera su pluma, le escribió al mismo agente. Revelaba una situación desesperada: Valmaseda,

---

27 *Ibíd.*, t. 1, p. 144.

marchaba contra Bayamo después de avanzar desde Nuevitas, atravesar Las Tunas y pasar el río Salado, sin que las tropas cubanas con sus escasos medios y ante un enemigo que los tenía en abundancia, lo hubiesen contenido. Antes de rendir la ciudad, los hijos de la capital insurgente la habían reducido a cenizas porque “los revolucionarios de Cuba están dispuestos a sacrificarlo todo antes que deponer las armas y volverse a sujetar al yugo del Gobierno de España”.<sup>28</sup> Mas, como estaba convencido de que podían vencer y consideraba legítimo buscar la fórmula de burlar la derrota, agregaba:

No hay pues poder alguno que contenga la marcha de los acontecimientos: la abolición de la esclavitud es ya un hecho consumado, pues ha sido proclamada en todo este Departamento, y el Central sin restricción alguna: los negros en gran número se están batiendo en nuestras filas de todos los que tenemos las armas en la mano y el pueblo en general, estamos convencidos de que se hace necesario pedir la anexión de esta Isla a esos importantes Estados. Proceda usted pues sin demora a comunicarlo así al Gobierno de esa República, para que si es aceptada nuestra petición, se nos presten los auxilios indispensables, a fin de evitar la guerra exterminadora que los españoles nos están haciendo y que nos obliga a tomar determinaciones violentas que han de llevar al país indispensablemente a un estado fatal de ruinas y destrucción.

Pudiera aducirse que, como en ninguna parte, Céspedes expresó aquí un propósito anexionista. No hay tal. Se desconocería que detrás no hay ninguna convicción ni declaración anexionista. Es una variante de la petición de armamentos hecha antes, aunque esta vez en medio de una situación agravada. Ante un estado que se cree extremo, de vida o muerte de la revolución, del cual solo saldrían a duras penas —y que serviría de lección de que la capacidad de resistencia revolucionaria era extraordinaria—, con un ejército improvisado y

---

28 *Ibíd.*, p. 147.

mal armado, acudía al mal menor, al único expediente que en esos instantes de emergencia se consideraba podía permitir la sobrevivencia de la causa separatista: pedir la anexión como medio para conseguir pertrechos. Ante todo sus palabras lo que permiten es rememorar a Saco, campeón del antianexionismo, con aquella frase suya de “Nunca anexión, sino en último caso”. Aún se escuchaba en las palabras de Céspedes cierta compasión por los resultados destructivos que la lucha traería para la riqueza. Pero cómo olvidar aquel gesto en que horas antes estos mismos insurrectos le habían dado fuego a sus viviendas.

Todavía a mediados de 1869, Céspedes manifestaría en una circular a los mandos, con motivo de la designación del general sureño norteamericano Thomas Jordan, como jefe de operaciones del Camagüey, y solicitar para él la cooperación de todos:

[Cuento con] que usted con su conocimiento y su voluntad coadyuvará por cuantos medios le sugiera su amor a la patria, a que llevemos a feliz término la consolidación de nuestro gobierno, haciendo conservar el necesario equilibrio de los diferentes poderes que lo constituyen, para que mañana podamos ser dignos de entrar a formar parte de la Gran República Americana, que hemos tomado por modelo, y a la cual hemos propuesto ya nuestra anexión...<sup>29</sup>

Esta vez Céspedes, todavía con la ilusión de la ayuda norteamericana, insistía en la idea de la incorporación, pero en realidad no hacía más que reafirmar lo que la Cámara había acordado en Guáimaro.

Las causas circunstanciales y transitorias de la demanda de anexión se ponen de manifiesto en el hecho de que el 3 de diciembre de 1868, cuando todavía la *Creciente de Valmaseda* no era crucial, Céspedes le había instruido a José Valiente, al designarlo como Agente General de la República, con sede en los Estados Unidos, que hiciera todos los esfuerzos posibles “a

---

29 *Ibíd.*, p. 192.

fin de conseguir la protección del Gobierno Americano y el reconocimiento de nuestro Gobierno provisional”.<sup>30</sup> No había ninguna instrucción de que trabajara por la anexión. De haber sido esa la intención, esta hubiera sido sin dudas la primera y más importante de las orientaciones cursadas. Otra interpretación resultaría inconsistente, y pedir protección es solicitar ayuda, no la incorporación. Esta postura se confirmaría más adelante, cuando Valiente, a finales de enero de 1869, se entrevistó con el presidente Andrew Johnson y en la plática solo se habló del reconocimiento de la independencia o de la beligerancia cubana. Johnson mostró sus simpatías hacia la causa insurgente, pero no concretó nada al respecto.

También el 1 de marzo de 1869, en un mensaje enviado al presidente norteamericano, el hombre del ingenio *Demajagua*, al someterle las razones por las cuales creía debía concedérsele a Cuba “los derechos de beligerante y el reconocimiento de su independencia”, le decía que “por la sola y exclusiva falta de armas y municiones este paciente pueblo está sujeto al tiránico yugo de España”.<sup>31</sup> En esta nota tampoco aparece la más mínima alusión al tema de la anexión, y sí al recurrente de los pertrechos.

El 31 de mayo, solo alrededor de mes y medio después que la Cámara adoptara la Resolución sobre la anexión, ya como presidente, Céspedes, al renovar el nombramiento de Morales Lemus como ministro ante el gobierno de los Estados Unidos, le encargó gestionar “cerca del referido Gobierno de los Estados Unidos de América con el fin de obtener el reconocimiento de la Independencia de la Isla de Cuba y toda clase de auxilios morales y materiales para la prosecución de la guerra”.<sup>32</sup> De nuevo, en unas instrucciones diplomáticas para un representante en la nación vecina, no se hacía la menor referencia a la anexión. Evidentemente, la travesía hacia la meta independentista estaba fija, a pesar de los acontecimientos

---

30 *Ibíd.*, p. 131.

31 *Ibíd.*, t. II, p. 33.

32 *Ibíd.*, t. I, p. 189.

dramáticos que estaban aconteciendo en el escenario bélico. Armas y reconocimiento era lo único que demandaba.

Las convicciones de Céspedes al respecto las ratificó también en un manifiesto de 7 de febrero de 1870, en el cual afirmó: “Jamás pensó [Cuba] que el extranjero le enviase soldados ni buques de guerra para que conquistase su nacionalidad: Cuba sabe, porque lo que ha dicho el filósofo, que la libertad es el pan que los pueblos tienen que ganar con el sudor de su frente...”.<sup>33</sup> Desde luego, con anterioridad había pedido reclutar hombres en el exterior, entrenados en las artes militares, pero a título personal mientras se fogueaban los mambises. Aparte de que ya también ese pensamiento había sido desterrado de su mente, en este documento le estaba enviando una respuesta a Grant, en la cual rechazaba hubiese intenciones de que los Estados Unidos les viniesen “a sacar la carne de la brasa” a los cubanos. Muy al contrario, se empieza a ver que los mambises comprendían ya, en todo su alcance, que debían depender únicamente de sus propios esfuerzos.

Aunque las convicciones anexionistas de algunos separatistas se prolongarían a lo largo de los años, embozadas en la idea independentista, la lucha y los desengaños harían finalmente que aquellos que abrazaron la anexión por ilusión o la creencia de la necesidad de ayuda, la abandonaran y se hicieran antianexionistas, y el plazo no resultaría muy largo. Ignacio Agramonte, en carta a su madre, de mayo de 1870, le decía: “El entusiasmo se sostiene en nuestras tropas que pelean cada día mejor y todos aquí están seguros del éxito aunque no será muy pronto si los Estados Unidos nos dejan abandonados a nuestros propios recursos”.<sup>34</sup> Y en esa misma carta le expresaba: “Mi Ernesto, Mamá, es hijo de la Revolución: nunca respiró el aire emponzoñado de la opresión; vino a gozar de la libertad desde los primeros días de lucir ésta: no sabrá nunca ser esclavo y cuando sea grande y hable de la independencia de Cuba referirá con satisfacción nuestros esfuerzos y nuestra

---

33 *Ibíd.*, p. 209.

34 Juan Jiménez Pastrana, *ob. cit.*, p. 95.

perseverancia en la lucha”.<sup>35</sup> Pocos meses después, en una carta a José Manuel Mestre, ratificaba su credo: “No fuera tan valiosa la independencia de un pueblo si su conquista no ofreciera grandes dificultades que vencer: Cuba será independiente a toda costa”.<sup>36</sup> Y a mediados de 1872, le definiría a su adorada Amalia que para él solo quedaba como finalidad la independencia total: “También cada día se robustece más mi fe en el triunfo, a pesar de todas las dificultades. Ni un momento he dudado jamás que nuestra separación terminará, y volverá nuestra suprema felicidad con la completa libertad de Cuba”.<sup>37</sup> Ignacio Mora, uno de los camagüeyanos que propugnó en Guáimaro la anexión, menos de dos años después de aquella sesión de la Cámara, escribiría amargamente contra los Estados Unidos y su gobierno por el olvido y las calumnias recibidas, y se concretaría a reforzar la idea de la regeneración de la Isla y su independencia que, según decía, en la lucha, su pueblo iba conquistando con valor y abnegación.<sup>38</sup> ¿Puede olvidarse acaso que el hombre permuta de ideas y sentimientos, de manera continua, acorde a sus circunstancias e influencias?

Céspedes, en la entrevista mencionada que publicaría *La Independencia*, de Nueva York, reveló cómo se había efectuado la mutación en quienes habían levantado la bandera de la anexión: “Este desaire [no haber recibido nunca respuesta a la petición de anexión de la Cámara] unido al hecho de que el gobierno americano lejos de conceder a Cuba los derechos de beligerancia se colocó del lado de los españoles, ha enfriado en gran manera el deseo de la anexión en los cubanos, quienes ahora solo piensan en combatir a los españoles”.

Calixto García ratificaría este punto de vista cuando declaró a O’Kelly: “Hánse disgustado por ello [la conducta observada por los Estados Unidos] muchos de los más decididos anexionistas. Sin embargo, todos estamos de acuerdo en que, antes

---

35 *Ibíd.*, p. 94.

36 *Ibíd.*, p. 110.

37 *Ibíd.*, p. 113.

38 Nydia Sarabia, *ob. cit.*, p. 65.

de adoptar ningún proyecto para el porvenir, es necesario conseguir la independencia”.<sup>39</sup> Por cierto, en esta Calixto García confiaría también que en los inicios de la lucha Inglaterra había prestado algunas pequeñas ayudas a la insurrección y que hasta se había pensado se dispondría a abandonar Jamaica para que Cuba se integrase con esta en una federación, con tal de evitar fuese a producirse una anexión a los Estados Unidos.

Más: no serían quienes esgrimieron en la manigua la opción de una posible anexión los únicos que perderían la fe en los Estados Unidos. También lo harían los independentistas netos que pensaron románticamente, de buena fe, que el vecino del Norte por solidaridad con un país del continente, por su republicanismo, apoyaría una lucha contra un carcomido régimen monárquico. Cuando el apoyo de los Estados Unidos no llegó nunca, cuando desencantados comprendieron que de allí sería el último lugar de la Tierra que se les prestaría, cuando conocieron en carne propia la amarga lección que habían recibido los anexionistas de la Junta de Nueva York, a mediados de siglo, que les hizo decir que la revolución cubana nunca podría esperar ayuda alguna de ningún gobierno de Estados Unidos, tuviese el color político que tuviese, reflejarían toda la amargura que el desengaño les produjo. A mediados de 1870, en la manigua se rumoraba que los Estados Unidos trataban con España la cesión de Cuba. Con tintes de exasperación, Céspedes le escribió entonces a José Manuel Mestre, quien a la muerte de Morales había sustituido a este como representante diplomático en los Estados Unidos:

Por lo que respecta a los Estados Unidos tal vez estaré equivocado pero en mi concepto su gobierno a lo que aspira es a apoderarse de Cuba sin complicaciones peligrosas para su nación y entretanto no salga del dominio de España, siquiera sea para constituirse en poder independiente; este es el secreto de su política y mucho me temo que cuanto haga o proponga, sea para entretenernos

---

39 James O’Kelly, ob. cit, p. 211.



y que no acudamos en busca de otros amigos más eficaces y desinteresados.<sup>40</sup>

La lucha no solo le había permitido librarse de la menor ilusión, sino con suma perspicacia descubría la esencia de la política norteamericana en relación con Cuba, trazada por Jefferson, la de la procrastinación, la espera oportuna a que los Estados Unidos sin riesgo pudiesen apoderarse de Cuba.

La suma de agravios acumulados contra los Estados Unidos, la falta de ayuda, el apresamiento de expediciones de los revolucionarios, el repudio en sus puertos de las pocas naves corsarias cubanas, la ignorancia consciente de las comunicaciones del gobierno en armas, una proclama de Grant en 1871 contra el apoyo a los insurgentes, cristalizaron en la pérdida de hasta la última esperanza de Céspedes y los demás revolucionarios sobre una posible ayuda de los Estados Unidos. Por algo, el presidente cubano, poco después de la proclama, en carta circular a los cubanos indiferentes o adictos al gobierno colonial, expuso que España en su guerra no había obtenido la victoria pese a todos los recursos que había utilizado y a “la condescendencia del gobierno americano”.<sup>41</sup> Al retirar la representación diplomática de Cuba en ese país, a fines de noviembre de 1872, altivamente le escribiría a Ramón de Céspedes, entonces el agente cubano en Washington: “No era posible que por más tiempo soportásemos el desprecio con que nos trata el gobierno de los E[stados] U[nidos], desprecio que iba en aumento mientras más sufridos nos mostrábamos nosotros”.<sup>42</sup>

En definitiva, no se trata de perdonar las veleidades anexionistas que en los primeros momentos de la lucha pudo haber en algunos. Esta corriente era resultado de un devenir histórico en la lucha por terminar el régimen colonial instalado en Cuba e, incluso, no era la única en la manigua que difería del

---

40 Fernando Portuondo y Hortensia Pichardo, ob. cit, t. II, p. 78.

41 *Ibíd.*, t. 1, p. 248.

42 *Ibíd.*, t. II, p. 467.

independentismo neto. Para remachar que esta solo era una de las que se albergaron en el campo armado en los primeros tiempos, debe considerarse que en los días del alzamiento del ingenio *Demajagua* algunos de los conspiradores primigenios de Oriente se pronunciaron bajo lemas que avalaban la idea autonomista. Al parecer, esta había tenido sus raíces, según se ha afirmado, cuando Rafael Masó, Francisco Javier Céspedes y el holguinero Julio Grave de Peralta se reunieron en febrero de 1868 en representación de Carlos Manuel de Céspedes, en el hotel de Madama Adela, en Santiago de Cuba, con los enviados de Prim, Francisco Alarcón, Rogelio Osorio y Mario Salazar.<sup>43</sup>

Prim buscaba apoyo para su conspiración liberal contra la dinastía de Isabel II y acudió para esto a Céspedes con quien había contraído profunda amistad en los años juveniles, durante los cuales ambos habían residido en Barcelona. Para secundar su movimiento en la Península, los cubanos se alzarían contra la Corona y, a cambio, Prim prometía que al triunfo de su causa se le concedería a la Isla una autonomía como la canadiense o recibiría el estatuto de Estado federado. Según se narra, los cubanos no firmaron el acta de propuestas y ofrecieron someterla a Céspedes. Cuando este conoció las bases no las aceptó, porque su aspiración era la independencia de Cuba; sin embargo, por los días 13 al 17 de octubre, Lautsky y Luis Figueredo, ambos miembros de la Junta Patriótica de Bayamo, al firmar sus comunicaciones desde el campamento de Caureje, colocaron al pie el lema propuesto por los emisarios de Prim para el alzamiento, “Viva Prim Viva Cuba” o “¡Viva Prim! ¡Viva la libertad! ¡Viva Cuba!”; y Carlos Pérez, uno de los comisionados que le informarían a Céspedes que la Junta de Bayamo lo reconocía como jefe del movimiento y que fue luego jefe del Departamento de la Guerra cuando se formó el gobierno insurrecto en la capital mambisa, también desde Caureje, el 17 de octubre, le dirigió una comunicación a este, en Barrancas, que calzaba así: “Viva Prín Viva Cuba

---

43 Esto lo afirma Emeterio S. Santovenia en su obra citada, pp. 173 y ss.

Viva la Gloriosa Libertad”. En nuevas comunicaciones desde ese campamento, el mismo día 17, Luis Figueredo y suprimió esa consigna, al parecer, por la llegada en esa fecha al lugar de su primo Pedro Figueredo, quien posiblemente le haya esclarecido el sentido verdadero de la lucha. Pedro Figueredo el 18, desde Caureje, solo colocaría al final de un documento la frase “¡Viva la libertad!”; y el día 19 cerró otra comunicación con “Patria y libertad”, con lo cual se demuestra el objetivo independentista de la lucha. Céspedes, por su parte, en esos momentos nunca incluyó las consignas anotadas por Luis Figueredo, Laustky o Pérez, en sus misivas; sin embargo, curiosamente, todavía el 27 de octubre desde Auras, en las proximidades de Holguín, Julio Grave de Peralta, encabezó una comunicación “Ejército Liberal de Cuba”.<sup>44</sup>

La Historia se forma de condicionamientos, y no hay rupturas reales. Si la nación cubana logró la independencia absoluta y está en pie se debe tanto a quienes vieron claro el gran objetivo al lanzarse a la lucha como a quienes fueron encontrándolo en la andadura. Si Cuba es soberana, si somos libres e independientes, es gracias a ellos y no a pesar de ellos. Se debe a que unos primero y otros después, ya en la brecha, encontraron el camino, la ruta segura, y dejaron ese legado. Hoy somos su resultado. De ninguna otra parte nos vinieron las ideas de independencia y soberanía que sostienen hoy la nacionalidad y la nación. Si no fuese de esa manera, habría que averiguar de cuál otro lugar las recibimos y parece muy probable que el intento resultase tan escolástico como el de averiguar si los ángeles tienen sexo o no. Sencillamente lo que sucedió es que las raíces se fueron limpiando en un proceso continuo y en medio de la lucha. Los conceptos se burilan gracias a los hechos, las ideas evolucionan al compás de estos. Los forjadores de la nación, de la conciencia patria, fueron encontrando, unos más temprano y otros después, la

---

44 Todas las comunicaciones que se menciona fueron capturadas por las tropas españolas y pueden verse en: leg. 5837, exptes. 57 y 58; leg. 5838, exptes. 4 y 46, y leg. 5888, expte. 6, del AHN/U.

solución justa al problema de Cuba, y dejaron una lección imperecedera: la verdad emerge siempre a cuenta de lucha, sacrificios y sangre, y no del numen de hombres encastillados en ensoñaciones perfectas.

Quizá todo esto lo resumió en 1870 el diario independentista *La Revolución*, de Nueva York, cuando en un editorial aseguró:

El programa que tuvo la afirmación del régimen de la esclavitud por dogma social, y la anexión por único dogma político, duró hasta 1854; y entonces comenzó a germinar el programa verdaderamente revolucionario que produjo el levantamiento de 1868, con la abolición de la esclavitud como primer gran dogma social, y el derecho exclusivo del pueblo de decidir sobre su destino como primer dogma político.<sup>45</sup>

No puede ser obviado que durante una de las sesiones de la Cámara, en Guáimaro, una mujer, Ana Betancourt, la esposa de Ignacio Mora, redactó una moción en la cual pidió al cuerpo legislativo que la nueva república que surgía reconociera a la mujer cubana sus derechos.<sup>46</sup> Esta fue leída por Ignacio Agramonte. Sus palabras se adelantaron en mucho a su tiempo, y fueron valerosas en medio de aquella sociedad cargada de opresiones, feudales y beatas, en la que una mujer no podía siquiera salir a la calle sin ser en muchas ocasiones víctima de insultos.

En mayo, la Cámara experimentó en carne propia las desventuras que comenzarían a asolar al Camagüey. El día 9, las tropas españolas avanzaron irresistiblemente sobre Guáimaro. La Cámara tuvo que abandonar la población no sin antes convertirla en cenizas, como a su precedente, Bayamo. El órgano quedaba sin sede, y empezaba su largo e infinito peregrinar por la manigua. Se establecía la república rural y errabunda.

---

45 Vidal Morales y Morales: *Iniciadores y primeros mártires de la revolución cubana*, La Habana, t. II, p. 255.

46 Nydia Sarabia, ob. cit, p. 59.

## El estómago del águila

En cuanto a los Estados Unidos, la situación resultaba poco propicia para la revolución cubana con vistas a que pudiera esperar una ayuda que nunca tendría sanos propósitos. Andrew Johnson y su secretario de Estado, Seward, en los momentos en que estalló la insurrección durante las postrimerías de su mandato, habían estado, a pesar de ser expansionistas netos, demasiados debilitados ante un poderoso Congreso que desde tiempos de Abraham Lincoln contrariaba los planes de la Administración en relación con la reconstrucción del Sur, para haberse atrevido a aprovechar las circunstancias con vistas a apoderarse de la Isla. En lo que referente al reconocimiento de la beligerancia de los insurgentes cubanos, ellos no querían la independencia de la Isla sino apropiársela. Esa fue la causa de que si bien, en los primeros momentos el vicecónsul de los Estados Unidos en La Habana pidió la presencia de buques norteamericanos en Cuba, Seward se opusiera a la medida porque eso hubiese podido significar un apoyo moral a la causa insurgente.<sup>47</sup> Estimaba que en todo caso los Estados Unidos pudieran llegar a un arreglo amistoso con España para que les traspasase la Isla. Esas intenciones norteamericanas quedaron reflejadas, a fin de año, en el mensaje que Johnson le dirigió al Congreso. Por tanto, creer que le darían apoyo real a la insurrección, hubiese sido una broma; pero había algo más profundo y poderoso que la contención de Washington: el desarrollo norteamericano de aquellos momentos detestaba la expansión exterior en la periferia del territorio continental alcanzado.

Enfocado el asunto de por qué el gobierno de Washington habría encontrado resistencia a la aventura de apoderarse de una presa altamente codiciable, desde aspectos geoestratégicos y económicos, lleva a recordar que los Estados Unidos acababan prácticamente de terminar su guerra civil, tenían que reconstruir su mercado interior y todavía su producción

---

47 Herminio Portell Vilá, ob. cit., t. II, pp. 211 y 212.

hallaba ancho campo para colocar en este sus mercancías. Mientras los ingleses vivían en buena medida del comercio exterior, la comunidad productora y comercial norteamericana no sentía la necesidad de impulsar sus exportaciones. Esto se evidenciaba en que en tanto Inglaterra desarrollaba el buque de hierro y vapor para la navegación de altura, los estadounidenses se dedicaban al desarrollo de los medios para la navegación fluvial, es decir, interior. No había, por tanto, vertebrada una opinión en los sectores industrial y comercial, y reflejados por la prensa, que diera calor a ese designio. La frontera interior de los Estados Unidos aún no estaba sellada. Todavía quedaban los grandes espacios del Oeste, donde solo empezaban a avanzar lo que luego serían oleadas peregrinas hambrientas de tierra de las cuales despojarían a los indios. La ley de colonización de Lincoln, de 1862, y la *Homestead Act*, dictada en 1869, las empujaba en esa dirección y pronto esas muchedumbres comenzarían a demandar maquinaria agrícola, textiles, ropa, calzado, madera, tabaco, carne elaborada. La nación se abría a la inmigración y los talleres demandaban mano de obra. Si la nación se aventuraba a nuevas conquistas, esas fuerzas se desplazarían en cierta medida hacia los nuevos rumbos y el desarrollo del territorio continental se retardaría. Los capitales de la costa oriental vislumbraban el rico mercado de consumo e inversión que se abría en ese enorme nicho situado en el corazón mismo del territorio continental. Colosales sumas de dinero federal y 160 millones de acres habían sido destinados a la construcción del ferrocarril, que enlazaría el continente de costa a costa.<sup>48</sup> Las compañías fijaban las tarifas de transportación a su gusto. El Mississippi perdía, por tanto, importancia como vía fluvial fundamental de transportación de mercancías y comunicación; sin embargo, ese gran río había sido durante mucho tiempo la razón de gran apatencia por Cuba, colocada en su desembocadura y, como resultado,

---

48 William Z. Foster: *Esbozo de una historia política de las Américas*, La Habana, 1972, t. II, p. 116.

en el paso de sus naves cuando buscaban desde el golfo los puertos de la costa oriental.

De acuerdo con esto, la Isla constituía, en todo caso, solo una prioridad para una marina aún lejana de convertirse en medio de conquista y protección de esas mismas rapiñas. La prueba al canto de la actitud eventual contraria a la expansión de los Estados Unidos fuera del área continental se produciría en 1870, cuando el presidente Grant obtuvo gratuitamente la anexión de Santo Domingo y, en marzo, el Senado, terceramente, a pesar de todos los argumentos del general, como la posibilidad de ampliar las exportaciones y la magnífica posición militar que adquirirían en las Antillas con la bahía de Samaná, que quedaría disponible para la flota de guerra, se negó a ratificar el tratado.

En este rechazo había tenido mucho que ver el antiexpansionismo de Carl Schurz, un senador republicano por Missouri de origen alemán, que había participado en la revolución europea de 1848 y que en los Estados Unidos se convirtió en un tenaz antiesclavista. Gracias a su postura, Lincoln lo había hecho general. Schurz, junto con un grupo de colaboradores, se oponía resueltamente al expansionismo de los Estados Unidos y por esta causa combatía directamente a Grant, porque se conocía que el presidente tenía en mente la anexión de Canadá. Schurz sería uno de los fundadores de un movimiento, que duraría por algún tiempo en ese país contra las pretensiones de extender las fronteras en todas direcciones. En especial, este senador sentía aversión a mezclarse en los asuntos del Caribe porque pensaba que una conquista llevaría a otra, y después no sabía lo que pudiera hacerse con esa población medio mestiza adquirida.<sup>49</sup> Evidentemente, sus conceptos se estructuraban también en torno a prejuicios racistas.

No obstante, aún a riesgo de ver a los Estados Unidos enzarzados en un conflicto con España, en los primeros instantes del arribo al poder del gobierno de Grant, el secretario de

---

49 David Healy: *US Expansionism; the Imperialist Urge in the 1890s*, Wisconsin, 1976, pp. 50, 213, 214 y 216.

Guerra, Rawlings, pareció haber convencido al mandatario de que la situación resultaba propicia para dar el paso de ir por Cuba, porque además de esta se recibían alientos favorables. La Secretaría de Estado de la Administración la tenía en sus manos el financiero Hamilton Fish, quien, emponzoñadas las relaciones con Inglaterra a causa de una enorme reclamación pendiente con ese país por los daños que el crucero sudista *Alabama* le había infligido a su nación durante la guerra civil, le temía a crear nuevas y serias complicaciones a causa de Cuba.

El *Alabama*, construido en Gran Bretaña, había podido hacerse a la mar gracias a la ceguera propiciatoria de las autoridades inglesas. Ahora, en pago por los daños, grupos de interés a los que respondían senadores de los Estados Unidos anhelaban apoderarse, como por igual soñaba Grant, nada menos que de Canadá. Obraba, por tanto, contra el reconocimiento de la beligerancia insurgente cubana que moralmente esto hubiera significado duplicar lo que Inglaterra había hecho cuando la guerra civil respecto a los sudistas, y entonces a dónde iría a dar la reclamación. En el Senado de los Estados Unidos, en el cual tanto se esperaba del resultado del diferendo, el contrasentido se hubiera volcado contra el gobierno; además, Fish no creía conveniente enfrentar la posibilidad de una guerra con España, a causa del peligro de conjuntar fuerzas europeas contra su país, y de igual forma porque en cualquier caso significaría el crecimiento de la deuda exterior. En definitiva, el secretario de Estado no consideraba que los Estados Unidos tenían, en ese momento, condiciones para apoderarse de Cuba por la fuerza. La propuesta de hacerlo por el halcón Rawlings le parecía inconveniente.

Fish había encontrado un buen aliado para justificar su actuación: el ministro español en Washington. Las tareas de este contra la insurrección eran múltiples: desarrollaba una intensa acción de espionaje en relación con la emigración cubana, perseguía las expediciones para ponerlas en conocimiento de las autoridades de los Estados Unidos –con vistas a lo cual empleaba a la notoria Agencia Pinkerton–, y desplegaba una intensa campaña de desprestigio contra la insurgencia, entre



otros propósitos, para impedirle la colocación de los bonos que había emitido la república combatiente. Pero su más elaborada y efectiva ayuda a Fish consistió en enviar notas al Departamento de Estado en las cuales utilizaba los mismos argumentos que los Estados Unidos habían utilizado para impugnar a Inglaterra su neutralidad favorable a los sudistas durante la guerra civil, y a su vez Fish se servía de estas para demostrar que no podían hacer lo que habían denunciado.

No obstante, Fish sabía que no podía cerrar impunemente un camino cuando tenía enfrente el criterio del poderoso secretario de Guerra, quien además había conquistado el asentimiento de su jefe. Su voluntad no era omnímoda. En un trabajo de equipo, como es el de un gabinete, no basta manifestarse en contra de una tesis favorable a una actuación que puede dar dividendos y mantener tercamente una posición negativa. Además de las razones, hay que proponer opciones plausibles. Debía encontrar una alternativa para el tema de Cuba que le permitiera no quedar como simple aguafiestas, y gracias a banqueros de Nueva York que vieron el filón de un gran negocio la halló en una vieja fórmula a la cual añadió sus variantes: Cuba le pagaría a España la independencia, con garantías de los Estados Unidos. Con este fin, Washington mediaría con Madrid, que en virtud de su situación económica y sus dificultades políticas interiores, haría tentadora la salida. Los círculos financieros de Nueva York, involucrados en el asunto, correrían con la deuda, y esta llevaría a que la independencia cubana quedara atada, tutelada, dependiente, del país del Norte y, por último, en todo caso desaparecería al absorber la Isla.

La idea de pagarle a España la separación de la Isla no era nueva en ningún sentido. Morales Lemus y Aldama, siguiendo la misma línea de pensamiento de los hacendados cubanos para evitar que la guerra destruyese su riqueza, habían retomado el plan de adquisición formulado en la década del 50 por el Club de La Habana; pero esta vez con la presión de la lucha en la zona oriental, pensaban que España estaría compulsada a ceder. Bastarían 100 millones de pesos como

compensación.<sup>50</sup> Los reveses de la revolución ante el avance de Valmaseda y los sucesos de La Habana en 1869, habían hecho rodar por el suelo el proyecto, de manera que cuando Fish propuso a Morales Lemus el proyecto de adquisición, a este no le fue extraño. Por supuesto, le molestaba un punto del plan de Fish. En el proyecto se inscribía la abolición de la esclavitud, por eso, su desgano en aceptarlo, el cual disfrazó con el argumento de que como conocía a España sabía que la propuesta no tendría éxito. En realidad, su alma se debatía en las dudas: si el plan fracasaba, la guerra arruinaría la riqueza de Occidente y España ganaría impunidad respecto a los Estados Unidos; si triunfaba vendría la emancipación inmediata. Por eso, insistió en el reconocimiento de la independencia y la beligerancia cubanas, pero Fish, que sabía bien cuál debía ser el propósito de su cancillería, contraargumentó que si lo hicieran ya no pudieran mediar con España. Morales Lemus supo, entonces, que nada podía hacer para paralizar el plan, porque no podía oponerse a la decisión norteamericana; sin embargo, en medio del mal irremediable, vislumbró una posibilidad conveniente para él y su grupo: si la gestión daba frutos, la solución del conflicto cubano se habría obtenido mediante gestiones diplomáticas y no por la fuerza de las armas mambisas, y desde ese momento, ellos quedarían en posición de aparecer como los triunfadores, mientras que los insurgentes quedaban relegados. De esa manera, estarían en capacidad de sacar ventajas a su colocación y tratar de imponer sus condiciones. Para sacarle ventaja a la desgracia, el 25 de junio firmó en nombre del gobierno mambí la autorización para llevar adelante el proyecto.<sup>51</sup>

Desde luego, el plan de Hamilton Fish contaba con el asentimiento de Ulysses Grant, y como Rawlings podía suponer que de tener éxito Cuba finalmente pasaría a manos norteamericanas,

---

50 Al respecto puede verse la obra citada de Ramiro Guerra, nota 10, pp. 328 y ss., y la comunicación de Antonio Caballero de Rodas al Ministro de Ultramar, de 28 de julio de 1869, AHN/U, leg. 4941, expte. 4.

51 Herminio Portell Vilá, ob. cit., t. II, p. 259.

no se opuso. De inmediato, un enviado especial de los Estados Unidos y su ministro en Madrid comenzaron las gestiones para tejer la operación.

A lo largo de todo el verano, los enviados estadounidenses negociaron el proyectado plan de mediación y compra de la independencia de Cuba, con garantías de los Estados Unidos, con Juan Prim, jefe del gobierno español y sus ministros pues Serrano había sido designado Regente del Reino. Por su parte, Prim parecía personalmente convencido de la necesidad de encontrar una solución fuera del terreno militar al problema cubano por el atolladero en que se iba metiendo España y porque tal vez comenzaba a convencerse de que la postura cubana era irreversible y, más tarde o más temprano, el pendón ibérico tendría que ser arriado del Morro de La Habana, pero parecía que en esta forma de pensar estaba bastante aislado. Empero, se puso en juego la vieja zorrería de la diplomacia ibérica, y si en privado los prohombres del gabinete, a quienes el conde de Reus dejó la negociación, parecieron escuchar las propuestas y dieron algunas esperanzas, en cuanto llegaron los momentos álgidos se cambió de contrafigura y hubo que empezar de nuevo. Más tarde, el negociador de turno divagó y, cuando Prim tomó directamente de nuevo el asunto en sus manos, dio la impresión, cierta o fingida, de que no podía remontar las oposiciones que se abrían en su gabinete. La contrapropuesta, elaborada en el seno del gobierno español para llegar a una solución, planteaba condiciones inaceptables, la fundamental: todo tendría que pasar por la deposición de las armas mambisas. Resultaba una manera de darle largas al asunto, de ganar tiempo. Ya con la certidumbre de que se trataba de un juego, el gobierno de Washington entregó los términos finales sobre cuya base estaba dispuesto a mediar entre los contendientes. Entonces llegó para España el momento de terminar con la negociación. Con el asunto desgastado, al pedirse perentoriamente una respuesta, el ministro de Estado cerró diplomáticamente el torneo sin que se hubiera llegado al más mínimo acuerdo. Los hombres de Washington salieron chasqueados de su aventura madrileña, y la cancillería del

Potomac dio entonces por cancelado su intento de buenos oficios. Olvidaba que los experimentados europeos hacían un arte de los engaños diplomáticos, y que sus diplomáticos, después de todo, eran unos advenedizos en esas lides.

En cuanto a Fish, quien incluso había bravuconado con que si España jugaba con la mediación de los Estados Unidos él sabría qué hacer en su carácter de representante “de la nación más poderosa del mundo”,<sup>52</sup> aceptó la humillación sin una sola protesta. Su determinación era detener la ansiosa presión de Rawlings y del propio Grant, e intentar arreglar el problema por vías pacíficas. Si no, todo seguiría su rumbo como hasta ahí.

Tanta era la decisión del secretario de Estado por evitar un conflicto con España, que poco antes de que se cerrara la negociación fallida, Grant, a petición de Rawlings, quien ya comprendía que esta fracasaría, llegó a firmar una proclama que reconocía la beligerancia insurgente. Fish, como canciller, la recibió pero no le colocó los sellos que la legalizaban y la guardó en su caja fuerte. Nunca más se oyó hablar de esa proclama.

La demostración de la mala fe de Morales Lemus en el asunto de la negociación llevada a cabo por Fish, fue su aceptación de la gestión de compra de la soberanía española a espaldas del gobierno insurgente cubano. Cuando por fin este la conoció y en octubre la aprobó, ya había concluido, pero Céspedes no lo sabía. Ignacio Moreno, que al parecer estaba cercano al presidente cubano, le escribió el 7 de octubre a José Antonio Milanés y Céspedes: “Hoy han llegado noticias del Norte enteramente favorables hasta el extremo de asegurarnos el presidente que dentro de cuatro meses estaremos en completa tranquilidad. Esto parece que es por medio de un tratado”.<sup>53</sup> Que Céspedes y el gobierno no hubieran conocido hasta el momento de lo que estaba en marcha e incluso ya concluido, era la prueba de un fenómeno que se repetiría en parte durante la guerra

---

52 *Ibíd.*, p. 258.

53 AHN/U, leg. 5844, expte. 43.

de 1895. A lo largo de la contienda de 1868, en las filas de los separatistas se mantendrían cuatro centros de opinión y decisiones que no actuarían necesariamente de consuno y, a veces, por el contrario, se tornarían opuestos: el Ejecutivo, la Cámara, los jefes militares y la representación exterior. Interpretar que una de estas resultaba expresión necesaria del conjunto del pensamiento de la revolución, es olvidar que cada una tenía raíces diferentes, se movían en medios distintos y, en no pocas ocasiones, sus posturas en asuntos cardinales se volvieron distantes. De todos modos, el mayor peligro vendría siempre de las diferentes percepciones y actitudes entre la representación en el exterior, en realidad en los Estados Unidos, y la manigua. No hay que olvidar que estaban bajo el peso de medios tan discordantes, como el sol y la luna. Esto se tornaría aún más peligroso si la representación en el exterior la ostentaban hombres cuyas credenciales revolucionarias eran muy dudosas. Esa situación llevó a ocultamientos y engaños y a actuaciones inconsultas, rayanas a veces en la traición.

A mediados de septiembre, poco antes de cerrar los Estados Unidos sus gestiones con España de manera definitiva mediante la retirada de su propuesta de buenos oficios, el general Rawlings murió de tuberculosis, y Fish, a partir de entonces pudo obrar sin entremetimientos contra la causa insurgente. Grant quedó totalmente en sus manos, y las autoridades norteamericanas comenzaron a actuar con suma energía en la persecución de las expediciones cubanas y a entorpecer las gestiones de los emigrados.

En cuanto a los cubanos de la manigua, el mensaje de Grant al Congreso, a finales de año, fue un golpe que deshizo casi todas las ilusiones sobre la posibilidad del reconocimiento de la beligerancia cubana o la independencia. El Congreso seguía manifestándose en favor de los insurgentes, y Grant venía a perforar ese apoyo. Desde luego, quedaba la simpatía de una parte del pueblo norteamericano hacia la lucha, pero ya se sabe que en política exterior los gobiernos de los Estados Unidos, cada vez que lo han creído conveniente, han actuado al margen o en contra de la opinión pública de su país.

Además, desde finales de septiembre, en apoyo de la postura de los mandatarios estadounidenses contra la revolución cubana, había venido el giro de varios órganos de la prensa norteamericana hasta ahí favorables a la insurrección, que de pronto cambiaron de bando. La razón era una: España los había comprado. El 25 de septiembre, el general Antonio Caballero de Rodas, quien sustituiría a Dulce, le informaría al ministro de Ultramar que el cónsul español en Nueva York, A. M. de Zea, le había ofrecido comprar las plumas de esos periódicos por dos mil o tres mil dólares y el día 30 le refería que ya había procedido a sobornar a los editores del *Herald*, el *Tribune* y *The Spirit of Times*, que ya habían comenzado a cambiar su línea editorial, y que la compra de los periodistas del *Sun* les costaría siete mil pesos.<sup>54</sup>

Fish, al redactar el borrador del mensaje al Congreso, se había cuidado de anotar que los insurgentes no tenían una organización política, los Estados Unidos conservaban las mejores relaciones con España, y para demostrarlo, en acto de buena fe, había detenido un buen número de expediciones cubanas ilegales. No se limitaba a esto. Tiempo atrás, España había encargado a astilleros de los Estados Unidos la construcción de 30 cañoneras, para vigilar las costas cubanas, y Perú, como cooperación con la insurrección y de acuerdo con las propias indicaciones de Fish, que comenzaba a desarrollar su gestión mediadora, había pedido su embargo para lo cual había alegado que todavía se mantenía en estado de guerra con el país ibérico. Ante una bravata de España, que hizo una pantomima belicosa, el taimado Fish agregó en el mensaje de su jefe que no había razones para mantener el interdicto sobre las naves y que este se levantaría. El financiero no soportaba la menor amenaza de guerra que turbara la bolsa de Nueva York.

El mensaje fue en los hechos la declaración de que la política de la procrastinación debía continuar su curso. España quedaría con el dominio de Cuba hasta que los Estados Unidos

---

54 De Caballero de Rodas al Ministro de Ultramar, 25 y 30 de septiembre de 1869. AHN/U, leg. 4833, t. IV.

estuviesen en posibilidad de hacerla cambiar de manos. Con la política norteamericana de manifiesto, el desengaño cubano resultó enorme, de manera que la idea de la independencia absoluta por esfuerzos propios se fortaleció en sus partidarios, y en quienes habían sentido inclinaciones anexionistas se debilitó la fe que por momentos habían albergado. La lucha se encargaba de limpiar las intenciones hasta de la menor costra.

Por entonces, los cubanos solo encontraron el apoyo de las naciones hermanas del continente. El Congreso mexicano autorizaría a Juárez a reconocer la beligerancia cubana, y luego lo harían en forma efectiva Chile, Venezuela, Perú, Bolivia y Brasil. Algo después lo haría Colombia. Mas también en el seno de la nación española, y no podía ser menos, los cubanos encontraron voces que se levantaron en su favor. En marzo de 1869, durante las sesiones de las Cortes Constituyentes, el republicano federalista Fernando Garrido afirmó valerosamente que en Cuba se estaba fusilando a los revolucionarios porque combatían por su libertad después de haber sido “esclavos de la madre patria” que los había tratado “como madrastra”. En medio de la algarabía que siguió y luego de que el presidente de las Cortes, Nicolás María Rivero, le pidió retirara sus palabras, que el propio Prim calificó de blasfemias, el diputado las reafirmó.<sup>55</sup>

## **Gorriones con dientes de acero**

Si en España la presión de la burguesía, tanto financiera, comercial como industrial, proclamaba que bajo ningún concepto podría dársele a Cuba la independencia, en la Isla hombres todopoderosos, como los traficantes de esclavos Manuel Calvo o Julián de Zulueta, factores dominantes en la cúpula peninsular, temían por la terminación de sus negocios y exigían la guerra a muerte a los insurgentes y movían las cuerdas de una patriotería emocional y peligrosa. El gran

---

55 Miguel Izard: *Manufactureros, industriales y revolucionarios*, Barcelona, 1979, p. 165.

instrumento de estos hombres para imponer sus designios eran los voluntarios.

Por eso, Domingo Dulce, acusado de blando, después del levantamiento villareño y a pesar de la variación de su política hacia una represión casi brutal, se encontraba cada día en posición más difícil. Con solo unos 25 mil soldados disponibles en la Isla, sin poder llevar tropas regulares a la capital para no debilitar el frente de guerra, estaba en manos de una turba aparentemente militarizada que solo respondía a los intereses de sus jefes y a los más primitivos instintos. A tanto había tenido que llegar, que el gobernador de La Habana fue encargado de llevar la tapa del ataúd en unos funerales de coronel muerto en campaña de un gorrión encontrado muerto en un parque, y que los voluntarios peninsulares asimilaban a su propia imagen de inmigrantes. El gesto no pudo calmar la hostilidad que contra él se levantaba y durante el entierro se escucharon gritos de “¡Viva España!” “¡Mueran los traidores!” Por cierto, era tal la fanfarria y la demencia que poco después, en Guanabacoa, un gato fue condenado a ser pasado por las armas por haberse comido un gorrión.<sup>56</sup>

La subordinación de la alta autoridad colonial a la poderosa élite dominante peninsular de la Isla se expresaría igualmente en el plano económico. El famoso impuesto del 10 % sobre la renta había recaído, también, sobre los beneficios comerciales e industriales. Por tanto, los poderosos prohombres del partido peninsular habían resultado afectados. Bajo su presión se suspendió este cobro, y para tratar de compensar los ingresos se restableció los derechos de exportación y el de consumo de ganado. Atenazado por el estrechamiento del marco financiero, pues las cajas de la Isla estaban maltrechas y con dificultades en el cobro de los tributos restantes a causa de la guerra, Dulce autorizó la emisión de los billetes fiduciarios del Banco Español, que dado su pobre respaldo se verían siempre en perenne depreciación.

---

56 Gerardo Castellanos, ob. cit., p. 673.



Otra medida también fue resultado de la presión de los jefes del partido peninsular: atacar severamente la propiedad de los llamados “infidentes”. Irritados por el decreto de Céspedes sobre la emancipación, plantearon como respuesta que debían sufrir castigo los bienes de sus enemigos. De esa forma, el primer día de abril de 1869 Dulce había dictado un decreto por el cual se procedería contra las propiedades de estos y creó a mediados de mes el Consejo Administrativo de Bienes Embargados, que tendría a su cargo poner en caución las propiedades de los oponentes al régimen colonial.<sup>57</sup> En una resolución complementaria de 20 de abril Dulce precisaba que los bienes se pondrían en manos de un depositario que los conservaría y administraría y no podía enajenarlos sino cuando se lo ordenase el gobernador o su segundo y como consecuencia de una disposición del Consejo Administrativo.<sup>58</sup> Se estima que a fines del verano se habían producido ya cerca de 1 200 comisos, entre estos 196 fincas, con la inclusión de buen número de ingenios, alrededor de cinco mil esclavos y unos dos mil chinos contratados. Todas estas propiedades tenían un valor de unos de 17,5 millones de pesos fuertes.<sup>59</sup> Se añadía igualmente unas 122 viviendas.<sup>60</sup> También en el verano, el capitán general de la Isla dictó una resolución que autorizaba vender todos los bienes que no estuvieran sujetos a aclaración o reclamación de terceros.<sup>61</sup>

Aunque no constituiría la causa esencial de la bancarrota definitiva de la vieja estirpe de los hacendados cubanos, la medida debilitadora contribuiría a fortalecer la supremacía de los capitales españoles que habían estado avanzando sobre

---

57 *Datos y noticias oficiales referentes a los bienes embargados en la Isla de Cuba por disposición del Gobierno Político*. AHN/U, leg. 4941, sin número de expte.

58 *Ibíd.*

59 Herminio Portell Vilá, *ob. cit.*, t. II, p. 205.

60 *Datos y noticias oficiales referentes a los bienes embargados en la Isla de Cuba por disposición del Gobierno Político*, citado en la nota 57.

61 *Ibíd.*

la propiedad territorial y los ingenios. Los capitales peninsulares, formados a cuenta del tráfico de esclavos, las contratas del Estado, el agiotismo y los monopolios, pudieron apropiarse de manera fraudulenta y escandalosa de muchos de estos bienes por una bicoca porque, desde luego, las subastas estaban perfectamente amañadas. Puede tomarse como ejemplo el primer caso de embargos, efectuado sobre las propiedades de José María Mora quien poseía tres fábricas de azúcar: *Australia*, *América* y *San Joaquín*, que producían unas 18 mil cajas con un valor de 360 mil pesos, y los almacenes de mieles y azúcares de Ganuza, cuyo valor, más el producto almacenado, se elevaba a otros 195 000 pesos.<sup>62</sup> Llama la atención que miembros del Consejo y luego de la Junta de la Deuda del Tesoro, que lo sucedió, se convirtieran en hacendados o aumentaran el número de los ingenios de que ya eran propietarios.<sup>63</sup> La medida del embargo también trajo aparejados otros abusos. Más de un acreedor sería víctima de una denuncia de complicidad con los insurrectos, para de esa manera, cancelar alguna deuda que el denunciante tenía con el denunciado.

Años después, Gutiérrez de la Concha, durante un nuevo mandato en la Isla, reconocería que se había embargado bienes de personas las cuales demostraron, que ni directa ni indirectamente, habían tomado partido en favor de la insurrección.<sup>64</sup>

En mayo, a pesar de que Dulce había hecho todo lo posible por recrudescer la represión y frenar a los insurgentes, los ataques de los ultramontanos en su contra y de otros jefes militares españoles cobraron una virulencia brutal y encanallecida. El vilipendio era escandaloso y la agitación clamaba a España por la sustitución del general. No solo decían que Dulce era inepto como militar, sino paradójicamente le imputaban permitir aquello de lo que integrantes de ese bando eran los mayores

---

62 *Ibíd.*

63 María del Carmen Barcia: *Burguesía esclavista y abolición*, La Habana, 1987, p. 83.

64 De Concha al Ministro de Ultramar, 30 de julio de 1874. AHN/U, leg. 4941, expte. 59.

culpables: la absoluta corrupción de la administración de la Isla. Aún más. Por aquellos días circuló entre los peninsulares una hoja en la cual se acusaba a los revolucionarios de *La Gloriosa* (Dulce uno de ellos) de estar en connivencia con Morales Lemus y la Junta de Nueva York. El papel, sin dudas salido de los tinteros de la canalla negrera y los aprovechados de la guerra, aunque en la manigua se llegó a pensar que pudiera provenir de los laborantes,<sup>65</sup> echó combustible a la hoguera del odio. El acoso tenía colmillos de acero, porque Dulce, a la vez, estaba cercado por las bayonetas de sus opositores portadas por los voluntarios. Como siempre, los intereses bastardos se encubrieron con una bandera prudente e hipócrita: aquello era nada menos que la “rebelión de la lealtad”.

A fin de mes, la excitación de los ánimos en la comunidad peninsular de la capital dio por resultado una confabulación de las altas autoridades de la colonia contra Dulce. De manos a boca, el segundo cabo Felipe Ginovés Espinar y otros personajes se presentaron ante él e intimaron su salida, con el fin de prevenir los graves desórdenes que aseguraron se producirían si continuaba en el mando de la Isla. Con la espada contra la pared, Dulce se vio obligado a enviar su renuncia a Madrid, y de allí sus amigos respondieron aceptándola y designando nuevo capitán general a Antonio Caballero de Rodas. Pero antes de su salida, Dulce quiso el desquite y pretendió enviar deportados a España a varios de los más intrigantes de sus enemigos; entre ellos, el cura de la parroquia de la iglesia de Monserrate y Gonzalo Castañón, director de *La Voz de Cuba*. Con vistas a asegurar la medida, ya había pedido autorización a Madrid para sacar de los frentes de batalla a tropas de línea y tenerlas bajo su mando en La Habana. Pero antes de que pudiera llevar adelante sus propósitos, los voluntarios, instigados por los agitadores, que ya conocían que el capitán general estaba dimitido, aprovecharon la presencia en la capital de algunos de los jefes militares que no les satisfacían y organizaron actos

---

65 De Antonio Lorda a Pedro Figueredo, 9 de julio de 1869. AHN/U, leg. 5837, expte. 40.

de abierta hostilidad contra ellos, los que de inmediato dirigieron directamente contra Dulce. Volvía la misma tumultuosa algarada, lanzada en enero contra los cubanos, mas ahora enderezada nada menos que contra el gobernador de la Isla y general del ejército español. Los voluntarios trataron de allanar al palacio. La vida de Dulce nunca corrió mayor peligro. Por suerte para él, los voluntarios que guardaban la casa de gobierno se mantuvieron leales e impidieron penetrar en esta. Los generales y funcionarios civiles que habían participado en el complot no solo no intervinieron, sino que marcharon a conferenciar con los cabecillas del amotinamiento. Al subir al palacio le expresaron a Dulce que los voluntarios exigían su partida de inmediato. Al día siguiente, Dulce anunció su decisión de retirarse enseguida de la Isla. Tres días más tarde, luego de resignar el mando en el segundo cabo, partió en medio del humillante desacato que lo rodeaba.

A fines de junio, el general Caballero de Rodas, el nuevo representante de Serrano y Prim, desembarcaba en la sucia y pestilente bahía de La Habana, para hacerse cargo de la Capitanía General. Cometía el mismo error de Dulce: llegaba sin tropas de línea que lo acompañasen y estuviesen en capacidad de proteger sus decisiones cuando estas no fueran del agrado del sector de los peninsulares que habían devenido de hecho los defensores recalcitrantes de la soberanía española. Por el contrario, los ultramontanos habían ganado vertebración porque en el ínterin se había comenzado la creación de los casinos españoles, centros sociales donde confluía toda la ralea de los medio pelo y pobretones del partido peninsular, cuyos jefes y voceros eran precisamente los más ardorosos pregoneros del integrismo. Los casinos eran el club político del sector rabioso del partido, y los batallones de voluntarios con alrededor de 40 mil integrantes, su brazo armado.

A Caballero de Rodas no le quedó otra alternativa que la conciliación con los integristas recalcitrantes y los voluntarios, mientras trataba con guante de seda de recuperar la autoridad resquebrajada de la Capitanía General. Tironeado entre la lógica política de no admitir excesos, que solo arrastrarían hacia

el enemigo a los vacilantes, y los ensoberbecidos cabecillas, dictaba una medida contemporizadora por la mañana y una represiva por la tarde. De las primeras fue la revisión de las causas de quienes estaban en prisión. A tal punto había llegado la situación que, confesaba, había encontrado las cárceles llenas y que al estudiar los procesos pendientes había comprobado que muchos de los cautiverios se originaban por venganzas personales.<sup>66</sup> De todos modos, con temor a que se repitiera en su persona lo sucedido con Dulce, comunicaba a Madrid con tonos justificativos que los voluntarios habían depuesto al gobernador de Matanzas y por igual lo habían hecho con los alcaldes de Santiago de las Vegas, Cárdenas, Güines, Trinidad, Bejucal y Holguín.<sup>67</sup> Un caos, un verdadero caos, que demostraba eran los integristas furibundos quienes trazaban la política española en Cuba; mas, no solo en el terreno político sino también en todo lo referente a la administración. Dominado por aquel ambiente, Caballero de Rodas llegó a acusar a Dulce de que una de las causas de la revuelta de los voluntarios había sido la largueza con que él y otros jefes habían expedido salvoconductos a los revolucionarios, a los que estaban ligados por la masonería.<sup>68</sup>

No pocos sinsabores le costaría al estrenado capitán general intentar meter en cintura los fraudes y sobornos en la hacienda, precisamente fuente de lucro de los empleadillos y forma de evadir impuestos y cargas los poderosos comerciantes y propietarios de la colonia que, de todas maneras, se quejaban de las exacciones, como se vio obligado a reconocer.<sup>69</sup> Pero si no, ¿con qué sufragaría la guerra?

---

66 De Caballero de Rodas al Ministro de Ultramar, 28 de julio de 1869. AHN/U, leg. 4833, t. IV.

67 De Caballero de Rodas al Ministro de Ultramar, 4 de julio de 1869. AHN/U, leg. 4933, t. IV.

68 De Caballero de Rodas al Ministro de Ultramar, 15 de marzo de 1870. AHN/U, leg. 4933, t. V.

69 De Caballero de Rodas al Ministro de Ultramar, 30 de julio de 1869. AHN/U, leg. 4933, t. IV.

Por fin, la Constitución del 1 de junio de 1869 que habían adobado Serrano y Prim prometió reformas para Cuba y Puerto Rico... pero solo para el futuro, cuando los diputados de estas provincias eligieran representantes a Cortes. Como las elecciones habían sido aplazadas hasta que hubiese un nuevo censo, no había la menor duda de que las expectativas resultaban nulas. No obstante, el ministro español de Ultramar, más por visajes para engañar a la opinión pública internacional e incluso con el propósito de atraer a algunos insurrectos que por una intención efectiva, anunció la creación de dos comisiones para el estudio de unas pretensiosas reformas para las Antillas. Pero tanto poder llegó a tener la crápula integrista y su fuerza tumultuosa de voluntarios, que Madrid tuvo que apresurarse a informar a La Habana que nada se haría sin escucharla.

## **El arte militar de las bijiritas**

Al principio de la guerra los insurgentes habían parecido creer que avanzarían ocupando territorio tras territorio, en victoriosa y rápida ofensiva, hasta llegar a las márgenes del río Almendares en cuyas mansas aguas –como había anunciado Céspedes–, abreviarían los corceles que llegaran del Levante. Lo intentaron, pero no solo la falta de experiencia bélica lo impedía; la carencia de armamentos y municiones, calvario eterno de los ejércitos mambises en todas sus guerras, hacía prácticamente imposible por el momento soñar con progresar en el avance e, incluso, al llegar determinado momento defender territorios. Los ataques a posiciones fortificadas que se intentó resultaron infructuosos por la poca o ninguna artillería disponible. Entre otras razones, al principio por la pérdida de valiosas expediciones, luego, el arribo de refuerzos desde la Península para las tropas colonialistas y, más tarde, por el apogeo de la ofensiva española, se fue tejiendo la posposición de esa esperanza. Pero esto no significaba de ninguna manera la mengua de la decisión de cobrar el triunfo y, para eso, era necesario, vital, avanzar a Occidente. Desde los inicios de la lucha, el mando mambí había comprendido que el gran

objetivo de su campaña radicaría en atacar allí. De ninguna otra forma pudiera vencer si no lo conseguía. Solo que los insurrectos debían conocer sus verdaderas fuerzas y saber como utilizarlas con toda eficacia. En su favor, por el momento, solo estaban el conocimiento de la tierra de la que eran hijos orgullosos y su fervor.

Poco a poco, el mando español fue ideando la estrategia que debía utilizar para paralizar los designios mambises y derrotar sus fuerzas. Para esto, debía levantar un valladar ante los insurgentes de Oriente y Camagüey, un muro de alambradas, fuertes, garitones y zanjas, de Júcaro a Morón, que dejaría encerrada al Este a la hueste mambisa más robusta y le impediría marchar hacia Occidente. Después se dedicaría a pacificar la zona. El primer turno sería para Oriente. Con tal fin, luego de recuperar las poblaciones perdidas, y como las tropas mambisas estaban fraccionadas, las perseguirían y dispersarían y, más tarde, se adentrarían en guerrillas, detrás de su huella, en los bosques tupidos y las montañas cerradas, hasta exterminar todo vestigio de resistencia. Tan pronto echaran los restos del enemigo sobre el Camagüey, iría sobre este a terminar la labor de aplastarlos. De esa manera, desarticularían todo el dispositivo bélico insurrecto. No obstante, las tropas destacadas en Las Villas tratarían de destruir las partidas dispersas en esa región.

De acuerdo con el plan, Valmaseda logró recuperar sistemáticamente las poblaciones que los mambises habían capturado en el Departamento Oriental, mientras las tropas españolas de el Camagüey se limitaban a sostenerse en las poblaciones. Con la toma por las tuerzas coloniales de los asentamientos liberados en Oriente o sus cenizas, la guerra comenzó a cambiar de faz. La ofensiva ibérica se centró en las jurisdicciones central y meridional del territorio oriental, y en Las Villas también se desató contra partidas menos compactas y casi desarmadas.

Por entonces, los emergentes jefes militares de la manigua oriental empezaron a aleccionarse del valor de otra clase de guerra, hasta que estuviesen en posibilidad de entregarse a debates frontales con el enemigo. La dispersión en pequeñas

partidas les aseguraba la imposibilidad de localización fácil. La cooperación de varias de estas, para crear una igualdad eventual o una fuerza suficiente para asestarle un golpe al enemigo y después del ataque volver a dislocarse, constituía la fórmula a su alcance y posibilidades. La llegada afortunada de algunas pocas expediciones y la decisión de lucha, permitieron que los españoles nunca pudieran quedar completamente en calma ni que llevaran a cabo con plenitud sus determinaciones. La toma momentánea de poblados, ataques a campamentos, copos de destacamentos, captura de convoyes, destrucción de propiedades guarnecidas, obstrucción de caminos, emboscadas, fue el guante que los mambises aprendieron a lanzar a sus ofensores. Las bijiritas, un pájaro silvestre cubano, que los patriotas habían elegido contra el símbolo del gorrión peninsular, comenzaban poco a poco a aprender a hacer su guerra. Esta táctica bélica, roer poco a poco la resistencia del enemigo basada sobre el apoyo popular, tenía su complemento: debían provocar la ruina del oponente y no permitirle que la tierra ocupada les ofreciera frutos con que financiar la contienda.

Un testimonio muy ilustrativo sobre el desarrollo de las operaciones la daría, por aquellos momentos, el ya general Luis Figueredo en comunicación de 17 de noviembre de 1869 al general Francisco Tamayo León:

Hoy marcha parte de mis fuerzas al camino de las Tunas con el objeto de auxiliar las de [Vicente] García, pues de momento se espera la salida de un comboy para aquella jurisdicción. En las cercanías de Bayamo tengo tres compañías con el objeto de sacar un número de voluntarios y muchas familias adictas a nuestra causa, sintiendo mucho no tener quinientos hombres armados para aprovechar los momentos tan favorables que nos brinda esa jurisdicción, pues casi todos sus habitantes están dispuestos á secundar nuestras operaciones con el mayor gusto, encontrándose las tropas enemigas muy abatidas por las enfermedades y por su número (...) La existencia de pertrechos es tan poca que tal vez en el primer tiroteo



quede concluida, manifestándole esta circunstancia para que haga un esfuerzo en remitirme todo lo que pueda.<sup>70</sup>

Todavía en medio de una terrible fase defensiva en los territorios donde el mando de las tropas coloniales se mostraba más agresivo y penetraba hasta la última ceja de monte o la caserna más oculta en busca de los combatientes y sus familiares, y que no solo las balas sino el cólera, las viruelas y el hambre diezaban las tropas revolucionarias y para curar una herida solo se contaba con aguamiel, los jefes militares que echaron a un lado la ilusión del apoyo de los grandes propietarios, encaminaron sus pasos a conseguir el propósito de dejar a su oponente sin recursos, a pesar de todas las reticencias contra esta táctica que pudieran supervivir en el campo mambí. Desde luego, esto resultaba de mucha más fácil ejecución para los combatientes extraídos de las masas populares. El respeto de las grandes propiedades, nunca los hizo vacilar. En la clase de guerra a que se vieron obligados, eliminar la lucha frontal de masas beligerantes y fragmentar fuerzas para solo concentrarlas y presentar combate en las condiciones propicias, el mando centralizado sobre el conjunto de los combatientes se anulaba en gran medida o poco podía hacer, y eran la iniciativa, la audacia y el talento de cada jefe, lo que determinaba el rumbo, los objetivos y la combatividad de su acción. A reforzar esta forma de lucha dispersa y autónoma no solo venía la falta de unidad socioeconómica y geográfica del territorio oriental —Las Villas tenía factores concurrentes semejantes—, sino también la tendencia surgida desde los inicios de la contienda de que los caudillos de cantón se hubiesen convertido, en parte por las razones apuntadas y también por obra del patriarcado que ejercían, en los capitanes de las fuerzas que ellos mismos habían contribuido a alzar.

Si bien la organización flexible era correcta, la guerra localizada por territorios tenía dos limitaciones graves y evidentes: no estaba sujeta a un plan de operaciones con fines definidos y permitía aislarlas una por una y aplastarlas con el peso de la

---

70 AHN/U, leg. 5837, expte. 58.

concentración de tropas enemigas. Resultaba, en lo esencial, una táctica ceñida al propósito de sobrevivir y pronto, por lo menos en cuanto al cantonalismo, debía rediseñarse o la revolución sucumbiría; sin embargo, no iba a ser fácil. El apego de los combatientes a la zona que conocían, la ayuda leal que podían esperar de sus amigos de la comarca, la protección a sus familias, lo ignoto de los parajes más allá del horizonte, constituían factores que sobre todo en el combatiente campesino le significaban una cadena invisible difícil de deseslabonar y dificultaban sobremanera la vertebración de un ejército dispuesto a luchar según un plan de operaciones trazado.

Otra cuestión también comenzaba a dificultar la marcha de las operaciones: el establecimiento de dos sistemas de mando en el mismo territorio, de hecho establecidos por la ley de cargos públicos de 11 de agosto de 1869: el militar y el civil. El primero de esos sistemas corría de cabo a general y el otro de subprefecto a gobernador civil, y en nada contribuían a hacer fluir las decisiones en las cuales las operaciones bélicas necesitaban todo el concurso de las fuerzas disponibles. En la misma comunicación que le dirigió Luis Figueredo al general Tamayo León, le decía:

Estoy reclutando toda la gente que puedo según la orden del Mayor Gral. pero no estoy de acuerdo en esta operación con las autoridades locales, con las que he sostenido algunas polémicas en vista de los abusos que experimento con ellas, pues los hombres útiles para el servicio de las armas me los ocupan en otros que pudieran desempeñar los viejos y muchachos, tales como los de correos y vigías, sufriendo también mucho descuido por parte de dichas autoridades con las viandas y ganados para el consumo de mis fuerzas hasta el extremo de faltarnos con una y otra cosa por tres y cuatro días, y sin embargo de mis quejas al Gob<sup>or</sup>. Civil poco he adelantado...

Otra muestra de estas contradicciones también la dio en aquellos mismos días el teniente gobernador de Holguín,

Joaquín Fajardo, al dirigirse al mayor general Julio Grave de Peralta para recordarle ante un diferendo surgido que no era su subordinado y señalarle que los jefes militares no podían “erigirse en superiores de los funcionarios civiles, ni estos de aquellos, pues [según la legislación vigente] son enteramente independientes unas [autoridades] de otras, con la obligación como todos los empleados de la República de prestarse mutuo auxilio...”.<sup>71</sup>

En cuanto a Céspedes, como demostración de su rápida capacidad de evolución, al contacto con la dura realidad de la guerra, el día del primer aniversario del alzamiento publicó una circular en la que comunicaba haber autorizado al general en jefe a destruir todas las cosechas de caña y tabaco para cegar las fuentes de recursos que España utilizaba para combatir a los insurgentes.<sup>72</sup> Y en otra circular de esos días decía: “Las llamas que destruyan las fortunas y señalen las regiones azucareras con su surco de fuego y ruinas, serán los faros de nuestra libertad (...) Si la destrucción de los campos de caña no bastare, llevaremos la antorcha a los poblados, a las villas y ciudades...”.<sup>73</sup> También por entonces instruía destruir los pueblos y los fuertes para quitarle al enemigo bases de operaciones y resguardos,<sup>74</sup> y en esa misma disposición, en un giro total en relación con lo que meses atrás había dispuesto, ordenaba sublevar las dotaciones de esclavos. No solo había comprendido totalmente el tipo de guerra que debía hacerse y no vacilaba en respaldarla, sino también le restaba peso a las ilusiones de la posible cooperación de los hacendados occidentales. Ya se evidenciaba que hombres, como Juan Poey, se habían puesto de hecho en posiciones tan acérrimamente esclavistas y proespañolas como la taifa de los traficantes de esclavos y ahora también hacendados, al estilo de Julián de Zulueta, Baró

---

71 De Fajardo a Grave de Peralta, 27 de noviembre de 1869. AHN/U, leg. 5837, expte. 31.

72 Fernando Portuondo y Hortensia Pichardo, ob. cit, t. 1, p. 200.

73 Raúl Cepero Bonilla, ob. cit., p. 118.

74 Fernando Portuondo y Hortensia Pichardo, ob. cit., t. 1, p. 201.

o Calvo. Si bien estos no querían oír hablar en forma alguna de abolición, los hacendados cubanos, aferrados al mantenimiento de la esclavitud, balbucientes, aseguraban que eran necesarios por lo menos 10 o 20 años más de servidumbre para lograr la reconversión económica. En definitiva, para conservar sus dotaciones y su fortuna en mengua, seguían en trágica alianza con la metrópoli y los antiguos traficantes. Desde luego, transcurrido el plazo pedirían 10 o 20 años más. Por tanto, se hacía terminante su postura contra la revolución, cuyo triunfo hubiera significado la abolición inmediata. La medida dictada por Céspedes, constituía toda una ruptura. La orden de aplicar la tea incendiaria, purificadora, sería pronto una causa de conflicto con la Cámara.

A pesar de la política trazada por Céspedes, hay que advertir que esta no iba contra los españoles residentes en la Isla, por el simple hecho de serlo. Esta concepción sería perenne en las guerras cubanas. Por aquellos mismos días, el general Luis Figueredo firmaba una proclama en la cual llamaba a los españoles de Cuba a unírseles, y les decía:

Peninsulares: ha llegado á mí noticia que hay alguno de Vds. tienen deseo de pasarse á nuestro Gobno. y que dudan el hacerlo por el terror que les han infundido los cicarios de la tiranía, nosotros no odiamos raza, y si solamente al Gobno. español; os esperamos con los brazos abiertos como á hermanos, y como gefe de la jurisdicción de Bayamo, os invito a que bengais á conbertiros en hombres libres...<sup>75</sup>

Mientras en Oriente se sufría la dura ofensiva colonial y transcurría de esa forma la guerra durante su primer año y comienzos del segundo, en el Camagüey, los mambises eran los dueños y señores del territorio. Allí los caseríos, todavía por algún tiempo, serían patrimonio de sus armas, y las grandes sabanas y las sierras de Cubitas y Najasa su retaguardia definitiva. Todavía en esa región –que alimentada igualmente

---

75 AHN/U, leg. 5837, expte. 58.

por razones socioeconómicas y geográficas y su reflejo ideológico, en cuanto al caudillismo regionalista formaba de hecho un solo cantón— la situación defensiva militar española había admitido otras alternativas y, por eso, los golpes de mano, la toma de campamentos, en ocasiones los ataques a grandes ciudades y pueblos, como Puerto Príncipe y Las Tunas, y hasta contra columnas que se aventuraban fuera de las poblaciones, creaban una verdadera sensación de hegemonía y tranquilidad que hacía rechazar el compromiso de una verdadera organización militar. En este territorio, hasta los primeros meses de 1870, la guerra no llevaría su feroz lección. Por eso las familias de Puerto Príncipe, cuyos integrantes estaban sobre las armas, se habían trasladado a sus haciendas campestres y muchos de esos jefes insurrectos vivían a su calor mientras sus tropas, con una disciplina no menos laxa, no hacían vida de campamento. Residiendo en los feudos o sus alrededores, este y su defensa se convertían esencialmente en el centro de su acción bélica. De esa forma, se exponían a la catástrofe que pronto sobrevendría para la región.

En Las Villas, las armas españolas habían conseguido mantener a los insurgentes siempre a la defensiva. Después de duro batallar, a finales de 1869, a causa del hostigamiento continuo, la falta de armamentos y la consiguiente presentación de los desencantados, la insurrección del territorio se había debilitado de forma alarmante, y esto le estaba permitiendo a los españoles proclamar pacificada la región. Aunque solamente en Cienfuegos, Adolfo Cavada había incendiado 34 ingenios, 16 grandes potreros y 19 fincas importantes,<sup>76</sup> para esa fecha los ingenios restantes —excepto algunos de los de hacendados reputados de laborantes, incendiados a su vez por la fuerzas coloniales como castigo a su colaboración—, volvieron a moler, y los fondos económicos resultantes de la venta del dulce producto propiciaron armar tercios de la guardia civil que les servirían de custodia. Durante la lucha, en la región de Cienfuegos y luego extendida a Sancti-Spíritus y otras

---

76 Ramiro Guerra, ob. cit., nota 10, p. 263.

comarcas, se puso en práctica una medida que establecería un funesto precedente: con el pretexto de proteger a las familias, las autoridades las extrajeron de su zona de residencia y las reconcentraron en las poblaciones. Pronto, el hambre y las enfermedades las plagarían y diezmarían.

Si la decisión mambisa de combatir por su causa era irreversible, la de la Península no parecía menos terca a pesar de que sabía que el enemigo no era únicamente el que estaba en el campo porque, como reconoció Caballero de Rodas, en las poblaciones la mayoría era hostil al dominio colonial.<sup>77</sup> Para fines de año, ya España había logrado acumular en la Isla más de 34 mil soldados de línea y 1 500 marinos y en solo pocos meses más llegaría a cerca de 42 mil hombres.<sup>78</sup> A estos se sumaban las fuerzas de voluntarios, movilizados y guerrilleros, muchos de estos últimos hijos del país que, gracias a una paga de 20 centavos al día, en razón de su adaptación a la zonas donde accionaban y por haber sido en no pocos casos desertores de las tropas insurrectas, les prestaban grandes servicios a las fuerzas españolas. En total, en esos instantes, la causa colonial mantenía sobre las armas más de 90 mil hombres. A esto se sumaban buques de guerra, artillería y una inmensa cantidad de municiones y otros pertrechos. Mas la tenaz resistencia mambisa hacía que ya en altos círculos de la política madrileña se comentase que Cuba estaba perdida para España.

## ¿Marte o Licurgo?

Entretanto, en la manigua camagüeyana, la Cámara había seguido legislando y actuaba como si estuviese en las condiciones de la más auténtica paz. Esto solo podía constituir señal torva de que pronto aires de tormenta se echarían sobre la revolución. A poco, se hicieron evidentes los roces que eran

---

77 De Caballero de Rodas al Ministro de Ultramar, 7 de agosto de 1869. AHN/U, leg. 4933, t. IV.

78 *Ibíd.*, p. 356; Herminio Portell Vilá, *ob. cit.*, t. II, p. 322.

de esperar entre una Cámara que no tenía la menor idea de las necesidades de la lucha y el mando militar. Martí, con palabra incisiva caracterizó la situación: “La Cámara, ansiosa de gloria, pura, pero inoportuna, hacía leyes de educación y de agricultura, cuando el único arado era el machete; la batalla, la escuela; la tinta, la sangre”.<sup>79</sup>

Ciertamente, los casi cuatro siglos de gobierno autoritario y despótico colonial hacían que se hiperbolizara el saboreo de los nuevos derechos con que tanto se había soñado, pero con vistas a los fines bélicos esto era nefasto. De aquella raíz dimanaba la devoción casi religiosa que el cuerpo le prestaba a la observancia de las libertades civiles, los derechos del ciudadano y la preeminencia de la ley, y saltaran abrumados cuando creían que la autoridad militar violaba tan sacrosantos principios. Despojando de apasionamientos un juicio de Máximo Gómez, al terminar la guerra, sobre uno de los hombres más venerables de la independencia y quien ofreció cada día de su vida a la Patria, puede hacer comprender hasta que extremos se pretendía llegar en la salvaguarda de las doctrinas que se profesaban en la Cámara:

En mi concepto uno de los hombres que más daño hizo fue Salvador Cisneros obedeciendo a sus sentimientos puramente democráticos y sin darse cuenta del perjuicio que hacía; fue uno de los defensores más ardientes del sistema civil, nadie le podía convencer de su error y llegó a decir que prefería se perdiera la revolución que permitir se atacasen los derechos del pueblo, cuyo pueblo verdaderamente no existía.<sup>80</sup>

La lógica de la guerra exigía muchas veces tomar medidas inconvenientes para aquello que la Cámara pretendía defender. De esa forma, cada día sobrevenían sobre esta las quejas de a quienes molestaban las decisiones de requisa de sus bienes, sobre su capacidad de movimiento o en relación

---

<sup>79</sup> José Martí, ob. cit., t. XXII, p. 235.

<sup>80</sup> Máximo Gómez: *Convenio del Zanjón*, Kingston, 1878, p. 25.

con el servicio de las armas, impuestas por las circunstancias bélicas. El cuerpo legislador las escuchaba, y se iban acumulando malestares contra el poder militar. El general Quesada, en septiembre de 1869, había atacado Las Tunas e inexplicablemente había fallado cuando parecía que tenía en sus mandos el triunfo. Después del revés, Quesada fue llamado a informar a la Cámara. Pero más que el fracaso, eran otras las razones de la audiencia: una tensión sorda se manifestaba entre el poder civil y la dirección militar, y se le estaba llamando la atención al general sobre su subordinación. Todavía, en esa ocasión, el cuerpo supremo se dio por satisfecho.

Por cierto, el sorprendido mando español, a causa de la retirada mambisa ante ese poblado, le antepuso al nombre de la localidad el vanidoso epíteto de *Victoria*. Curiosamente, aunque las armas mambisas lo trocarían dos veces en derrota, hasta muchos años después de la independencia no se limpió el nombre y se le retiró el remoquete español.

Obviamente, Quesada se sintió cada día más perturbado por la Cámara en el ejercicio de su mando. De manera, que, pocos meses después, preparó un memorándum al cuerpo deliberante en el cual, por mucho que trató de evitarlo, evidenciaba la conveniencia de que este organismo se ajustara a la situación real en medio de la cual se movía. Después, veladamente, solicitaba poderes discrecionales para la conducción de la guerra. En uno de sus párrafos decía: “La solución de nuestra contienda corresponde de hecho, en el interior a la guerra. En todos los pueblos, en las circunstancias en que nos encontramos se confía la salvación de la patria a la espada”.<sup>81</sup> Aunque lo acompañaba toda la razón, el jefe militar no llegó a enviarlo. Uno de los más ardorosos defensores del doctrinarismo democrático, Antonio Zambrana, se negó a presentarlo. Desde luego, Zambrana, horrorizado por tanta herejía, corrió de inmediato a poner en conocimiento de los demás representantes la existencia de ese documento. La búsqueda de la centralización del mando se convirtió en el delito de

---

81 Enrique Collazo: *Los americanos en Cuba*, ed. cit., p. 20.



querer marchar a la dictadura. Severos ataques en la Cámara contra las presuntas intenciones dictatoriales de Quesada y su incumplimiento de lo estatuido por esta en cuanto al ejército, llevados a cabo por elementos de su seno o su entorno, hicieron entonces al general en jefe convocar una junta militar, en Horcón de Najasa, a la cual asistieron algunos diputados; en esta manifestó que no se podía conseguir la independencia del país si se conservaba la legislación vigente y presentó su aspiración a una mayor autonomía del mando militar, aunque hizo la salvaguarda de que esto no significaba desconocer el desempeño de la Cámara. De no tener la plena confianza del cuerpo legislador, se vería precisado a dimitir.<sup>82</sup>

Ignacio Agramonte, aunque luego tuvo diferencias con Quesada y por eso finalmente no lo apoyó en su petición, defendió al inicio su punto de vista. “Guerra era lo que hacía falta para triunfar”, sentenció en el primer consejo militar.<sup>83</sup> Como se hacía evidente, su experiencia en el mando castrense lo conducía a evolucionar hacia el criterio de la primacía de la victoria en el conflicto. Era la demostración de que las ideas no podían andar desasidas de las verdades tercas de los hechos. Al percatarse de que su petición era inútil, Quesada presentó su renuncia. Pero la Cámara quería mostrar su poder: no la aceptó, y votó su destitución. Agramonte acudió ante sus compañeros, y trató estérilmente de disuadirlos para que al menos se le diera curso a la dimisión. Soberbios en sus prerrogativas, inmaduros, recelosos, inexpertos, los representantes, sin comprender que al no acoger la propuesta del jefe militar del Camagüey le estaban infligiendo un daño gratuito adicional a la causa que defendían, rechazaron su recomendación. Creían que les había tratado de arrebatar su papel de máximos artífices de la conducción de la República, y habían castigado de manera ejemplar al culpable.

Quesada aceptó disciplinadamente su remoción a pesar de que algunos jefes a su mando le propusieron contrarrestarlo

---

82 Nydia Sarabia, ob. cit., p. 72.

83 Ramiro Guerra, ob. cit., nota 10, p. 290.

con medidas violentas. Ana Betancourt relataría que la noche de la destitución escuchó a Manuel Agramonte, jefe de la partida de Caonao, decirle a Quesada: “General, ¿quiere usted que le colguemos de faroles a esos chiquillos de representantes? Una palabra, y mañana aparecen de esas matas de naranja que se ven en el jardín”. A lo que el aludido, con plena conciencia de su responsabilidad, contestó sonriendo: “Despacito, guarde todo ese entusiasmo y esa fuerza para combatir a los azulitos. Nosotros debemos acatar las leyes que nos hemos dado”.<sup>84</sup>

En las filas militares hubo pareceres contrarios a la decisión, como el de Donato del Mármol, y el propio Céspedes no lo recibió a gusto. Esto se evidenciaría en una carta que el Presidente remitió a Del Mármol:

De las cartas que he recibido de varios Gefes y personas particulares respecto a la deposición del Gral. Quesada, no es solamente la de V. la que manifiesta la desaprobación á la conducta observada con aquel Ciudadano por la Cámara de R.R.: muchas han llegado á mis manos conteniendo las mismas ideas, y eso me induce a creer que se obró con él sino con injusticia al menos con alguna ligereza.<sup>85</sup>

Este fue el primero de los grandes síntomas del gran desacierto de la revolución del 68: uno de los mecanismos fundamentales de la revolución estaba en manos de hombres, capaces de dibujar portentos con su verbo, repletos de ilusiones y despegados de las realidades. Pero sería injusto atribuirles que era un designio malévolo el que los guiaba. Eran hombres, y hombres apasionados de la causa de su Patria que pensaban estar moldeando lo mejor para esta. Si bien hubo alguno que nunca debió estar en el cónclave, en general querían construir para el porvenir, y en el empeño se jugaban la vida. Catorce de ellos pagaron con su sangre la adhesión a la lucha y otros,

---

84 Nydia Sarabia, ob. cit., p. 73.

85 De Carlos Manuel de Céspedes a Donato del Mármol, 3 de mayo de 1870. AHN/U, leg. 5844, expte. 44.

que sobrevivieron, se mantuvieron tan fieles a la causa, que ya ancianos no vacilarían en responder de nuevo al llamado de la Patria. ¿Cómo puede echarse en el olvido que entre ellos, hombres como Miguel Jerónimo Gutiérrez, capturado enfermo y enseguida asesinado, había escrito estos versos: *Mas si yo no he de volver/ al asilo de mi hogar,/ si he de morir sin gozar/ mi soñado apetecer,/ ve a mi casa: allí has de ver/ ante un altar de María,/ al tender la noche su manto en la inmensidad,/ un grupo que en su piedad/ ruega por la suerte mía./ Es mi familia adorada:/ acércate, y de mi suerte/ da la nueva, y si es mi muerte/ en detalles ignorada,/ no harás por tu parte nada,/pero dirás la verdad/ si afirmas que en la crueldad/ de mi mortal agonía,/ sonriendo repetía:/"iAmor, Patria, Libertad!"*<sup>86</sup>

En realidad el gran error había consistido en crear fórmulas para la conducción del proceso que nada tenían que ver con el objetivo buscado; ante todo, vencer en la contienda. Creían haber seguido el ejemplo del Congreso Continental de la Independencia de las Trece Colonias de Norteamérica, sin haberlo conocido en sus aspectos negativos, sin tomar en cuenta realidades distantes en cuanto a condiciones de la lucha. En todo caso, la cubana estaba mucho más cercana a la experiencia de la independencia hispanoamericana que a la sajona. Pero no lo percibían.

La decisión tomada en Guáimaro, influida también por la representación diplomática cubana en el exterior, que impulsó la creación de la Cámara sobre todo para demostrar ante los Estados Unidos que había un gobierno de la revolución constituido y que esto contribuyera al reconocimiento de la independencia y la beligerancia cubanas, se había convertido en un obstáculo a la lucha. Los hechos demostrarían, además, que si de conseguir tal reconocimiento se trataba pudieran haber prescindido con ventaja de tal artificio institucional, porque en definitiva el vecino del Norte nada hizo al respecto. No hay duda alguna de que sin crear el cuerpo legislativo,

---

86 Serafín Sánchez: *Héroes humildes y los poetas de la guerra*, La Habana, 1981, p. 150.

los patriotas se habrían acercado mucho más a la victoria. El órgano legislativo, en todo caso, vino a entorpecerla. El precio que se había pagado por la unidad, comenzaba a demostrarse, era muy caro.

### CAPÍTULO III

## El amargo camino hacia Bijagual

El año 1870 iba a ser muy duro para la insurrección. Según fuentes españolas, hasta finales de 1869, los mambises habían tenido cerca de 17 mil muertos, unos nueve mil heridos, se les había hecho alrededor de dos mil prisioneros y 16 500 se habían presentado o rendido.<sup>1</sup> Por supuesto, eran cifras infladas porque no solo incluían a los mambises caídos en acción, sino también a sus familiares y los campesinos pacíficos capturados y pasados por las armas. Otras cifras registradas por el cónsul de Inglaterra hasta mayo de 1870 serían muy parecidas, pero especificaban las razones de esas bajas cuantiosas. Según sus cálculos, los mambises habían sufrido tres mil muertos por enfermedad, dos mil soldados y cuatro mil pacíficos caídos en combate, casi nueve mil asesinados a sangre fría, 1 500 ejecutados por sentencia y tres mil heridos fuera del campo de batalla.<sup>2</sup> De todos modos, aquellas o estas cifras constituían fiel reflejo de la dureza de la lucha y la represión feroz al punto de que pudiera afirmarse que el territorio del conflicto parecería estarse convirtiendo en un desolado cementerio. Incluso la represión no se detenía ante nada. Como resultado, en mayo, fue fusilado en Cienfuegos, acusado de “infidente”, el párroco cubano de Yaguaramas, de la estirpe de Varela, José Francisco

---

1 Herminio Portell Vilá, ob. cit., t. II. p. 296.

2 *Ibíd.*, p. 322.

Esquembre y Guzmán. Antes, la curia lo había despojado de su ministerio.<sup>3</sup>

En un intento infructuoso por paralizar las muertes inmisericordes de prisioneros, en febrero de 1869, Céspedes había librado su decreto de guerra a muerte. En este se establecía la pena capital para todo el que voluntariamente hubiese tomado las armas contra los mambises y acreditaba que los militares capturados quedarían a resultas de la conducta que hubiesen mantenido anteriormente. También en junio, en la manigua, como represalia por la ley de embargos dictada por los españoles, se dictó otra que hacía objeto de igual medida a las propiedades de todos aquellos puestos al servicio del enemigo.

En cuanto a las tropas colonialistas, la misma fuente británica daría la cifra de 15 500 soldados y marinos muertos por enfermedad, más de nueve mil en combate y ocho mil inutilizados para el servicio.<sup>4</sup>

En aquellos momentos, el embate que sufrían los mambises era terrible. Mientras en el Departamento Oriental proseguía la *Creciente de Valmaseda*, esta iba a entrar con toda su furia en el Camagüey y las vicisitudes serían enormes, y, en Las Villas, los insurrectos solo lograrían permanecer allí agarrándose a la tierra con las uñas.

La ofensiva española en el sector meridional de Oriente había ido empujando a los insurrectos hacia el Norte. Allí acudirían las tropas de Valmaseda en un acoso incesante en que la alta cifra de canarios de la jurisdicción holguinera significó que hasta detrás de las piedras del camino y en las oquedades del terreno se les opusieran los defensores de la integridad española. Una ola de fugitivos seguía la marcha de la hueste insurrecta y constituía un dolor de cabeza para los jefes. Pero no podían hacer otra cosa que protegerla. Muchos integrantes de la caravana eran la propia familia de los combatientes. Si en el Camagüey, en los primeros tiempos, muchas familias de los patriotas se habían trasladado de la ciudad a sus haciendas

---

3 Gerardo Castellanos, ob. cit, p. 701.

4 Ibíd

y quintas en territorio insurgente y vivieron al amparo de sus deudos hasta que empezó el acoso y tuvieron que marchar a zonas intrincadas, en Oriente, primer foco de las operaciones militares, luego del revés de Bayamo, ese refugio en los bosques devino una de las pocas posibilidades de salvación. Incluso, en ocasiones las decisiones militares se vieron determinadas por esa razón. En febrero de 1870, Luis Figueredo le escribió a su hermano Agustín que: “preparándome para salir con las fuerzas he tenido noticias que en Caibacoa había tropas Españolas, y creo conbeniente no dejar este punto solo por ser la llave de seguridad de nuestras familias...”.<sup>5</sup> Ya en fecha anterior, angustiado por la manutención de todas las que habían buscado su amparo, comunicaba que tenía más de 200 en su partido.<sup>6</sup> Mas hubo otras muchas familias, de las que habitaban en zonas rurales o semirurales, que habían seguido las huellas nómadas de las tropas mambisas para no ser víctimas de la ferocidad de los guerrilleros o que las tropas españolas las llevaran forzosamente hacia las poblaciones.

Aquella guerra, que poco después Martí caracterizaría como fratricida, era cruel como pocas. En el Camagüey, familias enteras fueron acuchilladas, sobre todo, por las fuerzas paramilitares colonialistas, cuyas bestialidades las caracterizaban. En esas tropas estaban encuadrados peninsulares, mas también cubanos blancos y negros, que servían bajo la bandera roja y gualda y que constituían el resumen de todos los odios de los insurgentes. Tampoco las tropas colonialistas, salvo excepciones, tenían clemencia con los capturados o heridos, que al finalizar la batalla eran de manera común pasados por las armas.

En una contienda en que el odio se extendía en razón de conductas viles, mientras la prensa del enemigo se encargaba de azuzar los peores instintos y enardecer las más bajas pasiones, y las brutalidades se cebaban en las mujeres, los hijos

---

5 De Luis Figueredo a Agustín Figueredo, 22 de febrero de 1870. AHN/U, leg. 5837, expte. 58.

6 Mayo 31 de 1869. AHN/U, leg. 5839, expte. 58.

y los padres de los mambises, resultaba imposible que masas campesinas y de ex esclavos sin educación, acostumbradas respectivamente a la violencia de las autoridades o sus amos, con la moral de la época, en que había menos valladares creados ante la represión furiosa o era menos hipócrita, dejaran sin respuesta los asesinatos, las violaciones y las reconcentraciones en que sus hijas terminaban prostitutas. Resultaba, por tanto, inevitable que algunos soldados de la manigua se abandonaran a la venganza severa sobre prisioneros y heridos. En general, para los guerrilleros conocidos por sus actos innobles rara vez hubo clemencia y la guásima prestó sus generosos brazos para darles destino. Para esto no hacía falta el decreto de guerra a muerte. En cuanto a los movilizados capturados, para salvar sus vidas, muchas veces se pasaban a las filas insurrectas.

En medio de este clima de exasperación y violencia, de exacerbación de los instintos, el hambre, las vicisitudes, la desnudez, eran malos consejeros, y hubo casos en que partidas insurgentes incontroladas practicaron el saqueo y el pillaje hasta en las viviendas de los pacíficos. Todavía más, algunos jefes lo permitieron. También se dio el caso de exigencias de dinero, y para ponerles coto ya en diciembre de 1868 el jefe del Estado Mayor General, *Perucho* Figueredo, se había visto obligado a dictar una orden general en la cual planteaba los castigos más severos a quienes recibieran dinero proveniente de la extorsión.<sup>7</sup> A esto se agregaba la presencia de bandidos que aprovechaban las circunstancias bélicas para cometer fechorías. En fecha tan temprana como el 23 de octubre de aquel mismo año, también *Perucho* Figueredo se había dirigido a Céspedes con el fin de solicitar autorización para perseguir una banda de malhechores, al frente de la cual estaba un ex convicto, que cometía sus tropelías en el territorio rebelde.<sup>8</sup> La muerte de prisioneros y los casos de vandalismo dieron por resultado que los colonialistas presentaran muchas veces

---

7 AHN/U, leg. 5837, expte. 57.

8 *Ibíd.*



a los mambises como meros bandidos, como feroces alimañas, en busca de botín. Todavía con mayor desprecio aseguraban que esto era obra de los negros, a quienes aseguraban estaban reducidas las gavillas insurrectas. En los hechos, estaban recogiendo lo que habían sembrado.

Mas, a pesar de todo, solo quienes ignoraran la determinación de los revolucionarios se hubieran atrevido a apostar que ese año la insurrección sucumbiría. Eso lo demostraron los contragolpes que asestaron a sus enemigos. Máximo Gómez y su segundo, Calixto García, se hicieron pronto sentir en toda la región de Jiguaní y Santa Rita; Vicente García no solo no se había movido de Las Tunas sino que mientras anunciaba que en su territorio lo único abundante eran los soldados españoles, le oponía tenaz resistencia al temible adversario al que se enfrentaba en no pocas ocasiones tres y cuatro veces el mismo día.<sup>9</sup> Donato del Mármol, contra todo pronóstico, aguantaba en el Sur y atacaba sus posiciones, y cuando Valmaseda esperaba destruir finalmente a Modesto Díaz, quien había marchado hacia Las Tunas, este regresó al territorio de Bayamo y le disputó el terreno con tropas cuyos oficiales andaban ya a pie. Incluso, la cooperación de fuerzas era eficaz y había optimismo. A fines de febrero, Luis Figueredo le escribió al general Francisco Tamayo León:

[Valmaseda] Marchó p<sup>a</sup>. Holg<sup>n</sup>. de donde ha salido para Las Tunas p<sup>o</sup>.q<sup>e</sup>. el Co. Gral. Peralta les ha hecho y les está haciendo mucho fuego pidiéndome este auxilio el q<sup>e</sup>. con esta fha. le envié setenta hombres bien apertrechados, y creo q<sup>e</sup>. cojiendolos entre las fuerzas de Peralta y de V<sup>te</sup>. García sufrirá una grave derrota.<sup>10</sup>

Por su parte, ese mismo día, el general Julio Grave de Peralta le exponía al diputado Jesús Rodríguez:

---

9 De Vicente García a Donato del Mármol, 28 de abril de 1870. AHN/U, leg. 5844, expte. 43.

10 AHN/U, leg. 5837, expte. 58.

Desde el día tres me hallo continuamente luchando con crecido no. de enemigos: solo con las fzas q. tú sabes q. tengo en estas líneas; sin embargo muchas son las bajas q. se les han hecho y muchas mas las q. esp°. hacerle hoy tengo reconcentrado aquí 200 hombres, los cuales como siempre están dispuestos á hacerle todo el daño lleno de valor y entusiasmo.<sup>11</sup>

La tenacidad oriental había sido puesta a prueba y los insurrectos no solo resistían sino que se batían con fuerza.

Mientras, en el Camagüey, la guerra se iba filtrando a lugares tan recónditos que nunca se había oído en estos el eco de los disparos. Las montuosidades vieron entonces correr la sangre como arroyos y las sabanas guardaron celosas las tumbas de los combatientes o los soles blanqueaban sus restos. No obstante, en varias ocasiones las tropas enemigas tuvieron que morder el polvo de la derrota. Una de las más amargas se la propinaron Agramonte y Jordan, en la Mina de Juan Rodríguez, al brigadier Puello, un mulato dominicano que estaba en busca de la celebridad. Si sus tropas no fueron aniquiladas, fue por la falta de municiones de los insurrectos.

Jordan, a quien la emigración había contratado para luchar en Cuba posiblemente con el propósito de recibir para la causa la simpatía norteamericana, había sido designado jefe de Estado Mayor de las fuerzas mambisas y, desde el momento de la destitución de Manuel de Quesada, ocupó el más alto cargo del ejército pues el de general en jefe no sería cubierto durante casi toda la guerra. Pero Jordan no estaría mucho tiempo en el mando. Entre este y Agramonte se estaban produciendo fricciones agudas por la concepción organizativa de las tropas camagüeyanas. El primero, militar profesional, que deseaba vertebrar los embriones de fuerza del Camagüey y terminar con su forma peculiar de destacamentos que vivían en los feudos y peleaban cada uno en el suyo, no pudo imponerse. Quizás otras razones más sutiles se interponían entre los dos:

---

11 AHN/U, leg. 5838, expte. 6.

Agramonte era decididamente antirracista; Jordan, sureño estadounidense. Estaba en contra de que el cuerpo mambí se llenara de negros. Estos debían de estar en las tareas de apoyo, como la agricultura y los talleres. No era el punto de vista de Ignacio Agramonte. Por estas y otras razones, renunció a su cargo y partió a los Estados Unidos en busca de ayuda. Ya no regresaría más, aunque nunca se supo que atacara a la revolución sino, por el contrario, siguió en posiciones favorables a la causa mambisa y hasta fue detenido por la autoridades norteamericanas en relación con una expedición destinada a Cuba.<sup>12</sup>

Agramonte no consideraba conveniente los propósitos del norteamericano; entre otras razones, porque la forma adoptada les permitía proteger a las familias de los combatientes. No pasaría demasiado tiempo antes de que comprendiera su error, y por el contrario sus tropas se convirtieron en la máquina militar más organizada y disciplinada del ejército insurrecto.

Ya a principios de enero de 1870, la situación parecía tan precaria en todo el teatro de operaciones insurgente que Caballero de Rodas se atrevió, presuntuosamente, a anunciar la pronta pacificación de la Isla. Parecía posible. Entre ese mes y febrero se habían intensificado las operaciones y poco después, en el Camagüey, comenzó la huida de las familias desde las mansiones rurales a los ranchos más intrincados de la manigua, las deserciones de insurrectos y las presentaciones. Los antiguos reformistas, llevados en los primeros momentos por un arrebato oportunista y aventurero que los hizo pensar en un triunfo inmediato y fácil de la causa insurgente o la concesión inmediata de reformas, con lo cual terminaría la lucha, volvieron ahora al redil. Había bastado la presencia de las tropas españolas en las inmediaciones de sus haciendas y que comenzaran a sentir las escaseces para que se preguntaran qué hacían allí, si aquella no era su causa. A finales de febrero

---

12 Comunicación del cónsul español en Nueva York, 6 de diciembre de 1870. AHN/U, leg. 4729, expte. 80.

Napoleón Arango se entregó con toda su familia,<sup>13</sup> y para que la perfidia se volviese total, poco después fue designado al frente de la Junta de Embargos del territorio. Ya sabían los laborantes e insurrectos lo que les podía esperar. Él conocía bien quién era quién en el Camagüey. El pago de la traición era jugoso. De todos era sabido que esta institución constituía la sentina que permitía enriquecer a los cobijados a su sombra.

Tan felices y lisonjeras parecían las noticias que Caballero de Rodas transmitía a Madrid, que el 25 de junio el ministro de la Guerra le cursó un telegrama: “Espero con impaciencia noticias. Digame probabilidades de concluir la guerra”,<sup>14</sup> sin embargo, el capitán general de la Isla no llegaría a comprender a mediados de año, cuando dio por concluida su campaña en el Camagüey y, por fin, proclamó *urbi et orbi* ese territorio pacificado, que en realidad en este y en las demás regiones de la Isla donde había brotado la insurrección lo estaba mucho menos de lo que suponía. Según escribiría por aquella misma fecha Ignacio Agramonte a Enrique Piñeyro,<sup>15</sup> el entusiasmo reinaba en las filas libertadoras, las fuerzas colonialistas sufrían continuas bajas por las enfermedades y las balas, y en realidad eran los pacíficos y las familias quienes estaban sufriendo horriblemente la campaña de exterminio. Incluso, no podía entender cómo ya los españoles no habían gastado el último centavo de su tesoro en una lucha que vaticinaba que las tropas mambisas, aun a cuenta de mil privaciones y la carencia de recursos, prolongarían de manera indefinida, si bien con el dolor de ver que el país se estaba arruinando. Exaltado, escribía también que era sublime el espectáculo que ofrecía el pueblo cubano en lucha por su honor y sus derechos.

Mucho menos pacificado estaba Oriente, que siempre parecía resucitar, y tampoco Las Villas donde la testarudez de sus

---

13 De Caballero de Rodas al Ministro de Ultramar, 2 de marzo de 1870. AHN/U, leg. 4933, t. V.

14 Del Ministro de Ultramar a Caballero de Rodas, 25 de junio de 1870. AHN/U, leg. 4933, t. V.

15 Juan Jiménez Pastrana, ob. cit., p. 106.

acosados y virtualmente desarmados combatientes, que habían sido capaces de acometer en pequeña escala la invasión del territorio matancero y pegado fuego a ingenios del lugar, de la misma forma que hacía poco lo habían hecho con otros de Cienfuegos, mantenía la llama de la lucha. Tanta osadía no había tomado en cuenta que una expedición dirigida a Las Villas había sido interceptada, los expedicionarios fusilados y los pertrechos descansaban en los polvorines españoles.

Tampoco la represión en Matanzas lograba ponerle fin a la lucha; a pesar de que había sido brutal y no se había frenado hasta acabar con el más ínfimo signo de resistencia patriótica, como la ejemplar de los hombres de la Junta Revolucionaria de Colón. Allí había una latencia que solo esperaba el momento oportuno para reanudar el combate. Antes de sucumbir, la Junta matancera había proclamado la emancipación de los esclavos, con lo cual mostraba que la opinión libre cubana era en su inmensa mayoría abolicionista. En realidad, la pendencia, con altas y bajas, no tenía traza alguna de concluir.

Este esfuerzo porfiado se estaba produciendo mientras en la manigua, en el campo político, ocurrían infortunados roces entre los revolucionarios y los resentimientos depositaban botones ardientes sobre la piel. Tales conflictos podían llegar a ser quizá más graves para el desarrollo de la insurrección, que la acción más aplastante de las armas enemigas. Todo el año se cubriría de estos. Entre Céspedes y Agramonte nunca había reinado la armonía. Ahora se había originado un choque, y este había llevado a que el mayor general renunciara por segunda vez al mando de la división del Camagüey y, en abril, en medio de la ofensiva española, quedara fuera de su jefatura. Ya el camagüeyano había dimitido en mayo del año anterior a causa de discrepancias con la distribución que el gobierno había efectuado de los pertrechos de una expedición que el militar consideraba destinados a su territorio. Al cabo de algunos meses, había vuelto al mando; mas, otra vez, se producían desavenencias, y el resultado fue su salida de la dirección de las tropas. Su ausencia se convertía en un

hecho muy sensible en aquellos instantes porque, pese a sus erróneos juicios militares, el joven abogado era el alma de la insurrección en el territorio.

Los motivos del desencuentro con Céspedes habían sido nimios, pero la gravedad de que se les revistió demostraban otras reservas profundas. Céspedes, accidentalmente de visita en uno de los talleres del mando camagüeyano, había dispuesto calzar a su escolta con los borceguíes rústicos que allí se producían. Agramonte se quejó de que no se le había comunicado con anticipación esta decisión. El conflicto se tornaría todavía más escabroso cuando, poco después de la dimisión de Agramonte, Céspedes ordenó que de los haberes que un día se le abonarían a cuenta de su cargo se pagara la ayuda que la familia del mayor general recibía en Nueva York. Esta se le había proporcionado hasta ahí porque Agramonte estaba al mando de tropas, pero con su cese la asignación a cargo de un futuro sueldo había quedado en suspenso. No había segundas intenciones en la determinación de Céspedes. El bayamés era incapaz de tal ruindad, pero el fogoso camagüeyano lo tomó como una afrenta y retó a duelo al Presidente. Con altura e inteligencia, Céspedes respondió que el lance solo pudiera tener lugar cuando concluyera en su cargo.

Federico Cavada, nombrado sustituto de Agramonte, no podía calzar de lejos las espuelas del héroe de Puerto Príncipe. Tampoco, tiempo después, lo podría hacer Manuel Boza. La situación bélica camagüeyana se hizo aún más crítica. El mayor general, mientras duró la nueva separación de su puesto, no dejaría de participar con fuerzas del Camagüey en los combates, pero las tropas necesitaban saber que era su caudillo quien las guiaba.

Otra cuestión de menor intensidad había quedado grabada desde finales del año anterior en las desavenencias del campo insurrecto: la salida del gabinete del secretario de Guerra, Francisco Vicente Aguilera, Pedro Figueredo, subsecretario, lo había hecho también poco antes. Aparentemente ninguna de las dos dimisiones estaban relacionadas con discrepancias con Céspedes, que unos tres meses más tarde designó a Aguilera

jefe militar de Oriente, pero todos sabían que Aguilera no compartía muchos de los criterios del Presidente.

Tanto la salida de Aguilera como la de Agramonte se sumaban a roces anteriores entre la Cámara y Céspedes, y vinieron a formar parte de un antagonismo a ratos abierto o a veces encubierto que prácticamente ya no cesaría más y se multiplicó en los meses sucesivos. Céspedes tenía enemigos en el cuerpo legislativo al que después del período de Guáimaro se habían incorporado nuevos integrantes, algunos de los cuales resultaban tan adversarios suyos como muchos de los legisladores primigenios, y la dimisión de Agramonte del mando del Camagüey le resultó muy irritante a la Cámara. Aunque Agramonte había renunciado a su escaño para dedicarse a las tareas militares, seguía siendo una figura que disfrutaba de todo el favor de los legisladores. Su renuncia, de la que Céspedes era a sus ojos responsable, contribuyó a enturbiar una situación ya tirante.

Entre el Ejecutivo y la Cámara, se había encajado desde tiempo atrás una diferencia directa a causa del encargo que Céspedes le había hecho a Quesada de trasladarse al exterior, con el fin de allegar recursos bélicos para la insurrección. Ciertamente, la decisión fue impolítica y poco afortunada. La Cámara había destituido a Quesada días antes de su designación para la nueva tarea, y esta comisión la interpretaron los representantes como un agravio que Céspedes les infería gratuitamente. Además, los legisladores sospecharon que el Presidente le encargaba a Quesada la misión para que este, luego de un regreso triunfal, bien armado y pertrechado, volviera a las andadas dictatoriales que le suponían y a las que Céspedes no sería ajeno.

A poco de la salida de Agramonte del mando camagüeyano, otras querellas añadieron ácido al conflicto con la Cámara. Agramonte les escribió a sus camaradas más cercanos del cuerpo legislador y censuró acremente a Céspedes porque consideraba estaba desviando armamentos que le correspondían al Departamento del Camagüey en beneficio de los insurrectos de Las Villas y Oriente. No solo esto. Poco después, aún

lastrado por una visión conservadora en relación con la forma en que Cavada, con una tea en la mano, hacía la guerra en el Camagüey se quejó de tal política a los representantes de ese territorio, y señaló que Céspedes la ordenaba para perjudicar allí el esfuerzo bélico y luego acusar a los camagüeyanos de que nada hacían para contener a los españoles.<sup>16</sup> Evidentemente, estaba obcecado por la querella, y los excitaba a no esperar a que Céspedes arruinara el país.

Al hombre al que acusaba de actuar de mala fe, era el mismo que días más tarde, al conocer de una propuesta impúdica de Caballero de Rodas de cambiar la vida de Oscar, su hijo, por su salida del campo insurrecto, fue capaz de darle una respuesta que por sí misma lo haría quedar inscrito de una vez para todos los tiempos en el libro de la historia de Cuba: *Oscar no es mi único hijo, lo son todos los cubanos que mueran por nuestras libertades patrias*, afirmó.<sup>17</sup> Él tenía sobre sí la responsabilidad de haberlos lanzado a la guerra, y no podía abandonarlos.

Un hombre de esa conducta no podía ser agente de mezquindades. Porque, ¿quién no puede concebir la crueldad que la opción le planteó a su corazón de padre y el desgarrar irremediable que su respuesta le tuvo que producir? Mas él, un ser de dignidad entera y conciencia sin quebraduras, sabía como alejar de un tajo la ignominia aunque se condenara a que un dolor infinito lo invadiera sin término. Oscar de Céspedes y de Céspedes fue fusilado poco después en Puerto Príncipe.

No faltaron nuevas querellas entre Céspedes y la Cámara. Esta dispuso la creación del cargo de vicepresidente de la República, y designó para el puesto a Aguilera. Céspedes consideró inconstitucional el establecimiento del cargo. En efecto, los celadores de la ley, atropellaban con su decisión la carta suprema de la República. Solo pudieran haber tomado el acuerdo si previamente y por unanimidad la hubieran modificado. No podía escapársele a Céspedes que esa medida presagiaba la oscura decisión del cuerpo legislativo de

---

16 *Ibíd.*, p. 98.

17 Fernando Portuondo y Hortensia Pichardo, *ob. cit.*, t. II, p. 74.



preparar en la sombra su posible sustitución. Y, en efecto, los representantes ya lo habían valorado. Si todavía se mostraban irresolutos, se originaba porque aún no se consideraban con fuerzas suficientes para emprender la maniobra. Debían contar con el concurso de los jefes militares y le temían a la repercusión exterior de su acción. No podían olvidar que el prestigio del caudillo del ingenio *Demajagua* iba más allá de las costas de la Isla.

No era desconocido para nadie que en la Cámara, prácticamente desde su constitución, había diputados que se inclinaban, en cuanto hubiese una oportunidad, a pronunciarse por destituir a Céspedes. Antonio Zambrana resultaba el campeón de la campaña y aprovechaba para llevarla adelante los graves reveses sufridos en la manigua a partir de la pérdida de Bayamo, de la cual el bayamés sería culpable. También era cierto el hecho de que Céspedes no era brillante como militar y esto le restaba posibilidades a la hora de detener la conspiración sorda que en su contra se tejía. Algunos errores políticos suyos añadían bazas en favor de su destitución. Solo lo seguía manteniendo al frente del Ejecutivo el respeto que a pesar de todo había sabido ganarse por su acierto al haber iniciado la lucha, la limpieza de su actuación y su altura moral. Mas el país en guerra pedía caudillos político-militares indiscutibles a quienes seguir ciegamente. En realidad, solo Céspedes podía contrarrestar la situación mediante el establecimiento de alguna alianza con los más sobresalientes soldados, y en esta dirección estaba dando pasos.

Cuando finalizaba el año, Céspedes le escribió a su esposa y le anunció que se corría el rumor de que la Cámara trataba de reunirse para deponerlo. En relación con la determinación, le aseguró: “Si se comete semejante violencia, por mí nunca habrá perturbaciones y cualquiera que sea la ilegalidad del acto, me someteré...”<sup>18</sup> La Cámara, que temía la reacción de la emigración cubana en los Estados Unidos y para preparar la opinión de aquella en relación con la destitución del iniciador de la

---

18 *Ibíd.*, t. III, p. 57.

gesta, había enviado tiempo atrás a ese país al diputado Luis de Ayestarán para hacer campaña en su contra. Cuando los rumores se extendieron, la Sociedad de Artesanos Cubanos, de Nueva York, en septiembre y octubre de ese año, firmaron protestas contra la acción proyectada.<sup>19</sup>

Entretanto, en La Habana, un consejo de guerra juzgó la causa de 55 dirigentes de la insurrección y los condenó en rebeldía a garrote vil y la incautación de sus bienes. Entre los sentenciados estaban Carlos Manuel de Céspedes, Francisco Vicente Aguilera, Salvador Cisneros Betancourt, Ignacio Agramonte, Miguel Jerónimo Gutiérrez, Antonio Lorda, Eduardo Machado, Miguel Aldama y Fernando Fornaris y Céspedes.<sup>20</sup>

## El nada discreto encanto de los hacendados

En el exterior, tampoco los trabajos de la emigración marchaban bien. Los hacendados de Occidente, emigrados forzosamente o por miedo a la guerra, conducidos por el dueto Morales Lemus-Aldama, quienes seguían haciendo profesión de fe separatista, se habían apoderado con habilidad de todos los mecanismos de dirección de las colonias cubanas en el exterior, cuyos integrantes se calculaba ya en alrededor de 100 mil personas, la mayoría de las cuales radicaba en los Estados Unidos.

Morales Lemus había logrado que José Valiente, el primitivo representante de la revolución, se le subordinara y Céspedes, prácticamente ante una situación *de facto*, le había entregado al abogado habanero la representación diplomática de la República. Con sus artes y su prestigio de iluminado representante de la inteligencia y la riqueza, Morales Lemus había logrado la jefatura de la Junta Central Republicana de Cuba y Puerto Rico, para lo cual desplazó a un órgano revolucionario que venía actuando, el Comité Revolucionario de Nueva York. De

---

19 *Ibíd.*, t. II, p. 219.

20 De Caballero de Rodas al Ministro de Ultramar, 28 de noviembre de 1870. AHN/U, leg. 4941, expte. 9.

esa forma y en sucesivas reorganizaciones, había echado de la dirección de la emigración a antiguos y legítimos revolucionarios cubanos y arrinconado a otras organizaciones.

Las razones de sus manejos resultaban claras. Apropiados del poder diplomático de la revolución y en control de la emigración, se aseguraban una llave nada despreciable para torcer el rumbo de la insurrección y ponerla al servicio de sus intereses. Estos eran, ante todo, buscar una fórmula por la cual mediatizar la emancipación de los esclavos. Sin esclavitud o su forma metamorfoseada, el patronato, preveían que la riqueza de Occidente desaparecería. Sus objetivos podían lograrse mediante una independencia a la cual le pudieran imponer sus condiciones o una Cuba española reformada. Por el momento, la anexión no les convenía. Ellos, igual que los hacendados peninsulares de la Isla, también eran de los que al decir Patria miraban para la caja de caudales. La prensa de la emigración, bajo su dominio, se encargaría de tratar de tergiversar el artículo de la Constitución de Guáimaro que declaraba libres a todos los cubanos. Según una interpretación aviesa, la liberación no alcanzaba a occidente.

Poco tiempo antes de morir, en el verano de 1870, Morales Lemus puso a Miguel Aldama al frente de la Junta Revolucionaria. La aureola de la riqueza del hacendado, su personalidad enchapada por el oro de sus caudales, el hecho de que los acontecimientos lo hubiesen empujado a colocarse al lado de la causa insurrecta, le concedían una preeminencia y un respeto difícilmente discutibles. Al llegar Manuel de Quesada comenzaron los conflictos entre este y Aldama, quien a su vez ejercía una fuerte tutela sobre el sustituto de Morales Lemus en la representación diplomática de Cuba, el anexionista confeso José Manuel Mestre. El general, en los primeros momentos, había logrado entrevistarse con el presidente Grant. Su encuentro fue torpe, imprudente, y sus afirmaciones luego servirían para que Grant se sirviese de estos para denigrar la insurrección. Quesada, en la entrevista, había aducido fatuamente que en una ocasión en que carecía de suministros para alimentar a unos 600 prisioneros españoles, había ordenado fusilarlos.

Esto mismo lo había reproducido luego en un manifiesto. Al sentir que la llegada del enviado especial podía arrancar de sus manos la conducción de la emigración, Aldama buscó camorra con este y sus seguidores. Con sus desaciertos a cuestas, Quesada, alentado por emigrados resentidos con Aldama y su grupo por el desplazamiento de que habían sido víctimas, aceptó el reto.

La emigración, para ayudar a la revolución, contaba con los recursos que sus integrantes obtenían de su trabajo o habían logrado poner a salvo a su salida de Cuba, pero el embargo los limitaba y de los que disponían se consumirían más tarde o más temprano. Solo Aldama y un reducido grupo de hacendados, sobre quienes este ejercía influencia, contaban con una cuenta poderosa para auxiliar a la revolución. El gran barón del azúcar y sus congéneres eran parte del grupo de hacendados y comerciantes que desde años atrás habían trasvasado capitales hacia el exterior. Un cálculo de la época señala el monto de los fondos de los opulentos cubanos en los Estados Unidos en 22 millones de pesos.<sup>21</sup> Es cierto que sus convicciones eran anexionistas, pero en esos momentos jugaban al separatismo y, aunque les costaba mucho trabajo abrir los cordones de la bolsa, y solo lo hacían en la medida que convenía a sus intereses, aportaban recursos a la causa. Mas el conflicto no estribaba en que Quesada ni parte de los que se le unieron repudiaran a los aldamistas por su cicatería o sus ideas, pues entre sus enemigos los había tan anexionistas como ellos, y quizás en esos momentos la plataforma dominante de la emigración se pudiera resumir en un párrafo de *La Revolución*, de Nueva York, órgano de prensa de los aldamistas: “Los cubanos sabemos que la anexión o la independencia es cuestión que pertenece al porvenir, y que antes de llegar a ella hay que resolver otra cuestión que nos interesa más. No somos anexionistas; no somos independientes; no somos más que cubanos, es decir, enemigos jurados de España”.<sup>22</sup> De esta

---

21 Raúl Cepero Bonilla, ob. cit, p. 121.

22 *Ibíd.*, p. 153.

forma el enfrentamiento de ambos grupos estaba signado, de parte de los aldamistas por el mantenimiento de la hegemonía sobre la emigración, con vistas a ponerla al servicio de sus intereses esclavistas y lograr enrutar la revolución de acuerdo con estos; el de Quesada y los suyos, por sustituir a los hacendados en el control económico de la emigración. La Cámara tomó partido en la disputa. En medio de la querrela, designó a Aldama *Benemérito de la Patria*. Evidentemente, quería marcar su animadversión por Quesada y Céspedes, y no se puede descontar la identificación ideológica de algunos de sus integrantes con el hacendado.

Por supuesto, junto al general hubo legítimos independentistas quienes se le unieron sin intereses bastardos, y su animosidad se motivaba porque la conducta de los aldamistas los acercaba a quien les parecía un representante auténtico de la manigua. Suponían a Quesada un hombre que había estado bajo el fuego y no en medio de acomodadas oficinas y suntuosos palacetes, y otra vez hay que recordar que en política se elige al adversario y no al aliado. Ya se vería a la hora de los despilfarres y la vida muelle en el exterior, para qué deseaba Quesada atar los fondos que se recaudaran en la emigración.

Lejos de lograr aprestar los recursos que la revolución necesitaba desesperadamente, la pendencia llevó a los hombres que estaban con las armas en la mano a sentir la disminución del envío de pertrechos y vituallas, que de todas formas nunca habían fluido con abundancia.

La manigua no solo tenía que soportar la desdichada situación de una emigración dividida, sino también el hostigamiento incesante del gobierno de Washington. Los debates en el Congreso, que hasta mediados de año le habían sido favorables —desde luego a partir de puntos de vista respaldados por intereses que pretendían echarse sobre la Isla o sencillamente gracias al soborno con bonos hechos por los representantes cubanos en los Estados Unidos—, se habían ido debilitando. No poco influyó que los legisladores vendidos a España, gracias al oro que sus representantes diplomáticos les habían repartido, o subordinados a Hamilton Fish acusaran de corrupción a

los que defendían interesadamente el reconocimiento de la beligerancia cubana. La treta era antiquísima: habían gritado primero ¡Al ladrón! ¡Al ladrón!

El mensaje de Ulysses Grant, el 13 de junio de 1870, sonó a toque a degüello. Al presidente de los Estados Unidos, para atacar en sus páginas a los insurgentes, no le importó siquiera la muerte alevosa de súbditos norteamericanos en la Isla, como el caso de un ciudadano de esa nacionalidad llegado a Cuba para montar un negocio de perfumería, a quien un voluntario le descerrajó un tiro en la cabeza por el simple hecho de llevar una corbata azul, color de los insurrectos, a la vez que hería a otros dos que lo acompañaban. Menos le iba a importar la muerte de cubanos aunque estas se produjeran a la vista de todos, porque aquel año estaba repleto de fusilamientos de blancos, negros y mulatos libres y esclavos. A veces, como en Puerto Príncipe, la sangre de blancos se había mezclado frente al piquete de fusilamiento con la de esclavos y las largas penas de cárcel y las deportaciones se establecían para todos en cascada.<sup>23</sup> Antiguos culíes pagaban también por querer ser libres en la tierra cubana y 10 de ellos, del central *Alava*, propiedad de Julián de Zulueta, fueron condenados a muerte.<sup>24</sup> En el mensaje, Grant aseveró paladinamente que los insurgentes cubanos no eran más que partidas reducidas de incendiarios, los cuales no eran acreedoras del reconocimiento de la beligerancia; desacreditaba además a la emigración, que según afirmaba solo intentaba lanzar a los Estados Unidos a la guerra y mencionaba también el fusilamiento de los 600 prisioneros españoles relatado por Quesada, a quien ponía en pie de igualdad con los peores represores colonialistas. A Hamilton Fish, el auténtico redactor del texto, no se le había olvidado incluir este pasaje, fuera cierto o falso. Tenía que impedir de todas maneras el reconocimiento de la beligerancia y utilizaba el argumento de que este podría traer la guerra con

---

23 Sobre esto puede verse en AHN/U, leg. 4403, exptes. 1 al 50 y leg. 5921, exptes. 22 al 36.

24 AHN/U, leg. 5919, expte. 36.

España. Resultaba mejor que el curso de los acontecimientos convenciera a los cubanos y a España, que la solución era la anexión pacífica de Cuba a los Estados Unidos. La hora llegaría cuando ambos contendientes estuvieran agotados, y entonces las potencias europeas se encontrarían ante una situación irreversible.

Más tarde, el 28 de octubre, en una proclama presidencial, Grant volvería a la carga. En esta condenó en términos duros a todos cuantos recaudaran fondos para armar expediciones contra potencias con las cuales los Estados Unidos estaban en paz. Como consecuencia, amenazaba a los colaboradores con severos castigos y ordenaba su persecución.

A España, que por momentos había temido una guerra con los Estados Unidos, los cambios de la política de la potencia del Norte en torno a Cuba le insuflaron cierta tranquilidad. Pero esto no condujo a Serrano y Prim a tratar de acercarse radicalmente a los hacendados y terratenientes de la Isla, como sus pivotes para una política de reformas. El servilismo les rentaba poco a estos. Si bien la ley Figuerola de presupuestos, de 1869, postulaba en su base quinta que los tipos arancelarios serían reducidos anualmente hasta que desaparecieran por completo en seis años, esto no era más que postergar las demandas que los reformistas habían presentado en la Junta de Información con carácter inmediato. Además, poco después, se vería gracias a otro proyecto, como los beneficios no se aplicarían para el azúcar y el tabaco. Por tanto, era cortarle a Cuba un traje a la medida de sus producciones para terminar no concediendo nada. Los argumentos los expuso de manera transparente en un memorándum la Junta Directiva del Fomento de la Producción Nacional, la asociación de los manufactureros catalanes, recalcitrantemente proteccionista:

A pesar de que según nuestros principios la isla de Cuba es una provincia española, y que como tal no debe haber derechos de provincia a provincia, habiendo aprobado el proyecto del Sr. Becerra en lo que hace referencia a declarar de cabotage el comercio entre la península y las

colonias, debemos manifestar con respecto a la excepción que en la misma se estipula a favor del tabaco y del azúcar. Primero: Que el estado de penuria de nuestro Tesoro puede muy bien conservar los derechos sobre estos artículos por su importancia y porque en nada perjudican a la isla de Cuba. Segundo: Con respecto al azúcar hay también otra consideración, y es la de haberse empleado grandes capitales en el cultivo de la caña en las provincias andaluzas (...) Tercero: Que siendo permitida la esclavitud en Cuba, y no siéndolo en España, los productores peninsulares tienen una grande desventaja con respecto a aquéllos.<sup>25</sup>

Quizá, por un momento, los alardes de Caballero de Rodas y Valmaseda de que prácticamente habían ahogado la revolución permitían pensar que la metrópoli podía seguirle dando a Cuba más de lo mismo: exacciones de todo tipo a cambio de muy poco. Las cajas de *La Gloriosa* estaban exhaustas y la Isla debía contribuir a llenarlas, entre otras razones para hacerle la guerra a los cubanos. Por supuesto, si no hubiese sido por las jugosas entradas que la zona occidental de Cuba —que seguía produciendo azúcar prácticamente como si no ocurriera nada—, difícilmente pudiera España haber pagado el gasto de la contienda. Tómese en cuenta que la producción total de azúcar de la Isla, en 1868, había sido de alrededor de 707 mil toneladas y en 1870, después de dos años de guerra, solo había descendido a unas 690 mil.<sup>26</sup> Para este resultado se tenía que mientras las zafras del Camagüey y Oriente se volvían cifras insignificantes, nulas en realidad, en virtud del incendio de cañas e instalaciones, las de La Habana, Matanzas y Las Villas crecían y las compensaban.

En este fenómeno del crecimiento azucarero de Occidente comenzaba a influir un factor. Ciertamente, los insurgentes le

---

25 Citado por Miquel Izard, en ob. cit., p. 119.

26 Manuel Moreno Fragnals: *El ingenio*, La Habana, 1977, t. III, p. 37. Las toneladas están convertidas a largas españolas de 2 240 libras.



habían pegado fuego a algunos ingenios de la zona, pero, a la vez, comenzaban a erigirse en esta incipientes ingenios-centrales, como el *Algorta*,<sup>27</sup> más poderosos y dotados tecnológicamente con los últimos adelantos. Estas fábricas prácticamente solo trabajaban con mano de obra asalariada. De esa manera, la producción experimentaba una mejoría neta. Por igual, la producción de tabaco había crecido de forma tan importante que sus cifras llegaban a montos sin precedentes. Claro está, los fondos fiscales y arancelarios no formaban caudal suficiente para enjugar por completo la cuenta del conflicto. Estaban también los préstamos que los grandes productores hacían al gobierno de la Isla, como el de cinco millones de pesos sin intereses que Caballero de Rodas informaba en abril de 1870 una junta de los representantes de estos elementos había acordado hacer.<sup>28</sup> Por igual, el Banco Español de La Habana, además de seguir emitiendo billetes fiduciarios inconvertibles para pagar deudas, echaba mano a otro arbitrio: tomar préstamos con garantías de la Isla. Es decir, por dos vías Cuba pagaba la guerra que se le hacía: la venta de sus productos y el crédito. En este último caso, la Península solo seguía comprometiéndose, como deudora subsidiaria.

## **El punto final mambí a la institución maldita**

Hacia noviembre de 1870 Caballero de Rodas renunció porque sabía que sus seguridades de que la Isla estaba pacificada o punto menos, encerraban una verdad ilusoria y, sobre todo, porque conocía que Valmaseda conspiraba contra él. Tan evidente se hacía la conjura que, en marzo, el propio ministro de Ultramar le había informado que en Madrid se corría que con él se repetiría lo sucedido con Dulce y Valmaseda no sería ajeno al movimiento, y le exigía hiciese cumplir la ley para impedir una nueva algarada.

---

27 Ramiro Guerra y otros: *Historia de la nación cubana*, ed. cit., t. VII, p. 192

28 Telegrama de Caballero de Rodas al Ministro de Ultramar, 9 de abril de 1870. AHN/U, leg. 4933, t. V.

Al conde de Valmaseda lo apoyaba aquella jauría vociferante y patética de los casinos españoles y los batallones de voluntarios, los cuales no concebían nada más que derramar cuanta sangre fuese posible por creer que así se aseguraba la integridad de la nación. Caballero de Rodas, a pesar de sus esfuerzos por ganarse a la gavilla de traficantes de esclavos que dirigían a los voluntarios, poco o nada había logrado, y el *Diario de la Marina* lo insultaba y acusaba de blandura. Para ellos Blas de Villate era su héroe y apropiada su manera brutal de hacer la guerra. Esto lo avalaba su actividad en Oriente en los últimos meses del año, donde parecía haber puesto totalmente a la defensiva a los patriotas, en momentos en que en Las Villas estos daban la impresión de haber llegado al límite de su resistencia y los del Camagüey habían recibido tal embate que los militares hispanos consideraban que ya no se recuperarían más.

Era una apreciación falsa. Ciertamente que la querrela era total y seguía un curso innoble; los guerrilleros continuaban su faena inmisericorde con las familias que caían en sus manos en la espesura de los campos mientras los mambises apresados sabían que no podían esperar perdón. Muestra de este final fueron figuras, como Federico Cavada, que cayó ante un piquete de fusilamiento y Domingo Goicurúa, unido a la revolución en los campos cubanos, agarrado en mayo después de ser hecho prisionero cuando salía al exterior en una misión de Céspedes; sin embargo, cuando Caballero de Rodas ya se había marchado y Valmaseda quedó como capitán general interino, ocurrieron varios sucesos que demostrarían que Oriente estaba en pie de guerra, y los españoles solo tenían en su poder las ciudades y poblaciones. En el Sur del territorio, Máximo Gómez, a la vista de Santiago de Cuba, incendió La Socapa y liberó las dotaciones de esclavos, y en el Norte Vicente García, quien había sorteado con suma habilidad y astucia todos los intentos de expulsarlo de Las Tunas, atacó Holguín. Estas acciones demostraron que la revolución estaba bien viva.

Por su parte, en el Camagüey, otro hecho iba a tener una repercusión extraordinaria. Por mediación de algunos patriotas

se le preguntó a Céspedes si estaría en disposición de volver a designar a Ignacio Agramonte como jefe de operaciones del territorio. La grandeza de Céspedes no se hizo esperar. Sí, fue la respuesta. Mas la grandeza de Agramonte tampoco fue menor. Desprovisto de rencores, aceptó. Su Patria y su causa estaban por encima de todo. Esto constituiría otro dolor de cabeza para Valmaseda.

Estas no iban a ser más que nuevas inquietudes a añadir a las que ya tenía. Por entonces, el capitán general de la Isla informó al ministro de Ultramar que los enemigos trabajaban en las zonas azucareras para levantar las dotaciones y había tenido que tomar medidas para evitar las aglomeraciones de *la gente de color* durante la celebración de las festividades de fin de año. Esto se correspondía con una comunicación del cónsul español en Nueva York, de 6 de diciembre de 1870, en la que informaba que Miguel Aldama había comentado que convendría perder los 10 mil pesos de fianza entregados para liberar a Jordan de su proceso en los Estados Unidos, a causa de su implicación en un proceso judicial seguido por una expedición, con tal de que saliera en el vapor *Hornet* hacia Cuba. Esta expedición estaría en conexión con el levantamiento de los esclavos el 24 de diciembre o el 6 de enero, que alarmaba a Valmaseda. De todos modos, nada sucedió por entonces.<sup>29</sup>

En enero de 1871, Agramonte reasumió el mando de el Camagüey, pero en términos de conceptos bélicos era otro hombre. Había aprovechado para estudiar táctica militar en las obras del marqués del Duero y su tragedia personal, la captura de su Amalia en mayo del año anterior, en un paraje cuyo nombre parecía evocar la pasión intensa que encandilaba a esos dos seres, *El Idilio*, la soledad que lo circundó y el quebranto en que vio caer a aquellos a quienes había contribuido a sublevar, parecían haberlo hecho madurar en meses. Desolado, en una carta a su esposa le decía: “No puedo escribirte más ahora, Amalia mía. Esto es terrible. Simoni te escribirá

---

29 De Valmaseda al Ministro de Ultramar, 23 de diciembre de 1870; comunicación del cónsul español en Nueva York. AHN/U, leg. 4729, expte. 80.

lo demás. Él sale a ocuparse de la familia, y él también te dirá que quedo con salud y cumpliendo con mis deberes con más ardor y con multiplicado empeño. ¡Ah! yo te juro... vale más no jurarte nada”.<sup>30</sup> Las últimas palabras, esa frase trunca, esa elipsis, expresaban las miles de ideas que se le agolpaban en la cabeza y los sentimientos de su corazón. Desde el momento de su nueva ascensión al mando del territorio se dispuso a crear una de las fuerzas cuya vertebración y disciplina serían orgullo del campo mambí. Se necesitaba un ariete para vencer a España, y ahí se dispuso a forjarlo: la caballería de el Camagüey.

Para lograrlo, sabía manejar dos principios básicos: la exigencia más rigurosa en el cumplimiento de las órdenes y vivir y compartir vicisitudes junto a sus hombres. Tenían a orgullo verlo compartir la ración con ellos y sufrir las mismas carencias, llamar hermano a un mulato y saber que castigaría el abuso de un superior. Experimentaba vergüenza si en una de sus revistas frecuentes en el día comprobaba el mal estado de algún armamento, una brida o una sudadera. Siempre verificaban que *El Mayor* era el primero en la carga al machete y el último en desmontar.

La transformación efectuada en el guerrero la resumiría en su “Proclama a los camagüeyanos”:

El enemigo más que de buscar el combate se ocupa de atormentar nuestras familias. Vamos a defenderlas con empeño, no permaneciendo a su lado, para tener que abandonarlas en la hora del peligro, sino peleando valerosamente. Organizar y disciplinar el ejército es prepararlo para la victoria. Convencido de esto, estoy dispuesto a conseguir las ventajas de la organización y disciplina y vosotros me ayudaréis sin duda en esa importante obra.<sup>31</sup>

En realidad, la separación de los combatientes de sus familias devino un cambio doloroso, brutal, pero beneficioso a las armas mambisas. Ya los combatientes no estarían obsesivos

---

30 Juan Jiménez Pastrana, ob. cit., p. 100.

31 Ibíd., p. 78.

por su protección. El más típico de los rasgos de la indisciplina mambisa, la deserción del combatiente, que en el fondo no era tal porque al cabo de algunos días o semanas, luego de ayudar a su familia en los menesteres de su subsistencia regresaba a filas, perdía una de sus causas más poderosas. Por otra parte, la limpieza de elementos flojos, acobardados, inseguros, que la ofensiva española había causado en la hueste insurrecta constituyó otro beneficio neto para la lucha.

A fines de diciembre de 1870 también se había producido un hecho extraordinario. De una vez por todas, para terminar hasta con el menor vestigio de la esclavitud en territorio mambí, Céspedes dictó una circular en la cual abolía totalmente hasta los más mínimos residuos que habían sobrevivido de la servidumbre. En julio de 1869, a pesar de que la Constitución declaraba a todos los cubanos iguales y, por tanto, enteramente libres, la Cámara había dictado un reglamento de libertos para los ex esclavos que no estuviesen en el servicio de las armas. Céspedes tuvo rozamientos con los legisladores porque propuso se dilatara su implantación, y, los deliberantes, percatados de que el hecho era inconstitucional, para hacer compatible la legislación con la carta magna, reformaron esta *a posteriori*. La razón con la cual uno de los diputados, Antonio Zambrana, fundamentó el establecimiento del reglamento fue, desde luego, no querer alarmar a los hacendados y que ante el temor a la abolición fuesen a parar a las filas adversarias de la revolución. Por supuesto, en las circunstancias de entonces pesaba el criterio que aún lastraba la conciencia de los blancos sobre la inferioridad del esclavo, su ineptitud para adaptarse a la libertad y el daño que podía causar al ausentarse del trabajo. Otro tanto pesaba el racismo. Resultaba inevitable luego de haberse machacado durante más de tres siglos la letanía sobre la inferioridad del negro y la barbarie del esclavo para poder sostener sin sonrojo el trabajo forzado. Por muy liberal que se fuese, siempre un rescoldo de los viejos fantasmas podía quedar anidado en los blancos.

Esta actitud no había tomado en cuenta que lastimaba a algunos jefes mambises que veían como otros jefes y prefectos,

lejos de considerar a los libertos verdaderos hombres libres, los mantenían atados a las haciendas donde habían sido esclavos o los llevaban a trabajar en los terrenos de cultivos, prácticamente como si todavía fueran esclavos, pues les negaban el derecho a su libre determinación.

Ya en noviembre de 1870, Céspedes, que desde el año anterior había venido dando pruebas de que para él los campos habían quedado bien deslindados, dirigió una proclama a los cubanos que poseyeran bienes, residentes en Cuba o en el exterior, que no hubiesen prestado su ayuda a la revolución y, en todo caso lo hacían en favor del régimen colonial, y les comunicaba cómo, en virtud de su postura, debían esperar que sus propiedades fueran destruidas o, si estuvieran al alcance de las fuerzas mambisas, incautadas.<sup>32</sup> En particular, les expresaba:

Hasta ahora el Ejecutivo no ha querido poner en vigor esta resolución, en esperanza de que ustedes vendrían a hacer causa común con nosotros, cesando su ayuda al Gobierno Español; porque el poder de la verdad y de los principios nos hacía confiar en que ustedes así lo harían, tan pronto los hechos les quitasen de los ojos la venda que actualmente los ciega.

Y, a partir de ese fundamento, les concedía un plazo de dos meses para que hicieran demostración positiva de su adhesión a la causa y, si no, serían declarados traidores y se obraría en consecuencia. Era el anuncio de la ruptura con los hacendados; bastaba ya el haber esperado para tomar las medidas más radicales. Por tanto, quedaba expedito el camino de la abolición total y efectiva.

Con esta y la circular que decretaba la total emancipación, Céspedes demostraba que, no solo las esperanzas en relación con los hombres del azúcar de Occidente se habían marchado sino que las fuerzas abolicionistas acumuladas, sobre todo en el ejército, ya no permitían ambigüedades, porque, además,

---

32 Fernando Portuondo y Hortensia Pichardo, ob. cit., t. 1. p. 226.

cómo mantener el contrasentido de que un núcleo enorme de las tropas había salido de las filas de la esclavitud.

La redención social en la manigua se completaba a plenitud con la circular sobre la esclavitud, porque ya el 10 de marzo de 1870 el gobierno había acordado la nulidad de los contratos establecidos con los chinos. Sustentó Céspedes la medida en que la institución que esos instrumentos creaban “no era más que una esclavitud disfrazada”.<sup>33</sup>

Es cierto también que el Presidente no podía haber desconocido, a la hora de poner fin a todo vestigio de esclavitud que, en el verano de 1870, Serrano, en Madrid, había refrendado la llamada “Ley Moret de Vientres Libres”, que retroactivamente daba la libertad a todos los esclavos nacidos después del 17 de septiembre de 1868, a los pertenecientes al Estado, a quienes estuvieran sirviendo bajo la bandera española y a los mayores de 60 años.<sup>34</sup> Además, establecía que a la conclusión de la guerra se presentaría una propuesta para una emancipación bajo indemnización. También proscibía los castigos corporales y creaba juntas protectoras para vigilar el cumplimiento de la disposición. Esta resultó la broma mayor de la ley. Las juntas estarían formadas en buena medida por los esclavistas y, nada más y nada menos que a Julián de Zulueta lo designarían vicepresidente de la Junta Central.<sup>35</sup>

Si las autoridades de España, detrás de la ley dictada, habían albergado la idea de ir más allá de los cortos resultados que en definitiva se propusieron, con el objeto de sofocar la revolución bajo una marea de emancipados que marcharan contra esta, en realidad todo se vino abajo cuando los traficantes de esclavos y grandes hacendados del partido peninsular presionaron para evitar que la esclavitud se desmontara.

---

33 *Ibíd.*, t. p. 261.

34 Hortensia Pichardo, *ob. cit.*, t. 1, pp. 183 y ss.

35 Rebecca J. Scott: *La emancipación de los esclavos en Cuba*, México, 1989, p. 97.

Tan pronto se había conocido que el tema se trataría en las Cortes, uno de los grandes traficantes de esclavos y propietario de ingenios en Cienfuegos y Bahía Honda, José Suárez Argudín, esgrimió la tesis de que la emancipación traería la ruina del país y que el asunto era de “vida o muerte”. Por su parte, Zulueta abogó en favor de fomentar primero la inmigración blanca y la reconversión de la organización laboral y, mientras, seguir igual.<sup>36</sup> De esa forma, consiguieron que Moret, quien había pertenecido a la Sociedad Abolicionista española, se pusiera a sus órdenes y limitara en su propuesta los alcances de la disposición que propuso y esto daría lugar a que la corporación lo eliminara de sus filas.

A la hora del debate en las Cortes, como había diputados abolicionistas, a coro varios representantes de los esclavistas argumentaron que se debía esperar a la conclusión de la lucha para promulgar la disposición,<sup>37</sup> y Romero Robledo, el yerno de Zulueta, utilizó el ardid de condenar para la galería la esclavitud para, de inmediato, gemebundo, rasgarse las vestiduras y defender su continuación por la africanización de Cuba que la medida causaría y, como siempre, por la guerra de razas que sobrevendría.<sup>38</sup> Para entonces los esclavistas estaban tan seguros de que la emancipación sería bien limitada que Manuel Calvo, otro de los grandes traficantes que actuaba en Madrid como representante oficioso de la taifa esclavista, le telegrafió desde la capital española a Zulueta: “Proyecto vientre. Nada más. Estar tranquilos”.<sup>39</sup>

Una vez aprobada la ley, Francisco Feliciano Ibáñez Palenciano, otro integrante de la pandilla de los traficantes y por igual ya enriquecido hacendado, declaró apoyarla; pero, eso sí, que se evitara que los agentes de la autoridad intervinieran en su ejecución porque pudiera traer abusos y provocar el

---

36 *Ibíd.*, p. 96.

37 De Caballero de Rodas al Ministro de Estado, 17 de junio de 1870. AHN/U, leg. 4933, t. V.

38 Rebecca J. Scott, *ob. cit.*, p. 94.

39 *Ibíd.*, p. 97.



desprestigio de los amos en sus fincas.<sup>40</sup> Tanta sería la burla, que al dictarse más de dos años después el reglamento de la ley estaba tan manipulado que le limaba a esta todas las aristas que les podían ser molestas a los esclavistas. De hecho, los niños nacidos bajo su amparo cuando fuesen a ser puestos en libertad a los 18 años, tendrían que pagar fuertes deudas por la manutención recibida y, eso, a pesar de haber trabajado en la hacienda desde edades tempranas sin recibir nada a cambio. No fue lo único. Cuando no pudieron eliminar aspectos enojosos, en los hechos se encargaron de hacer sus preceptos letra muerta: falsificaron los padrones de esclavos para escapar a la edad límite fijada para la emancipación y, a veces, ni se tomaron ese trabajo y en relación con los esclavos no registrados, quienes también debían quedar libres, postergaron cuanto pudieron la medida, tanto que de 10 mil esclavos declarados libres en 1873 por no constar en los registros, una década después solo se habría emancipado a unos cientos.<sup>41</sup> El soborno al capitán pedáneo resultó suficiente para que no viera, no oyera y callara; y, para el caso de que alguno se mostrara demasiado celoso de sus obligaciones, el gobierno de La Habana, en 1872, después de censurar a los funcionarios que entraban en los ingenios para averiguar datos, cuando debían “reclamarlos a los dueños”, ordenaría a los pedáneos que respetaran la inviolabilidad de las haciendas.<sup>42</sup>

Para completar la befa, a los manumitidos se les forzaría a permanecer mediante contratos en las haciendas y si algún doméstico de zona urbana, en mejor posición para presentar una demanda en la Junta, reclamaba sus derechos, se le enviaría para el ingenio, y punto. Por aquellos tiempos se exigió la publicación de los padrones de cada ingenio para comprobar los esclavos introducidos ilegalmente en la Isla y, cuando después de muchas dilaciones y litigios se hizo en

---

40 *Ibíd.*, p. 103.

41 *Sociedad Abolicionista*. “Exposición al Ministro de Ultramar”. AHN/U, leg. 4970, expte. 640.

42 Rebecca J. Scott, *ob. cit.*, p. 103.

1883, ya habrían transcurrido más de 13 años de haberse promulgado la ley y tres de la disposición que aboliría de manera formal la esclavitud.<sup>43</sup> En el caso raro de que después de años de querellas a algún otro siervo le fuese reconocido haber servido forzosamente de manera indebida, se le indicaría que el proceso de reclamación de sus emolumentos debía seguir el curso de los tribunales civiles. Desde luego, las interpretaciones de la ley irían siempre contra el esclavo.

De todos modos, la esclavitud estaba ya tan decaída y golpeada por multitud de razones que puede considerarse que para 1872 o 1873 entraría en Cuba el último barco conduciendo esclavos. Había decursado nada más y nada menos que medio siglo desde la prohibición de la trata. No obstante, el grupo esclavista peninsular estaba tan aferrado a la institución que de hecho Zulueta y sus cofrades estaban dispuestos a financiar un alzamiento militar en favor de la restauración borbónica si por fin, como en Cortes exigió Pi y Margall, se tomaba alguna medida verdaderamente abolicionista.

## La conexión reformista

Después de mediados de 1870, en momentos en los cuales la revolución pareció estar más quebrantada, España, junto con el esfuerzo bélico pretendió hacer diversas gestiones extramilitares encaminadas a ponerle fin al conflicto. A instancias de Segismundo Moret, ministro de Ultramar, uno de los hombres que se convertiría en una constante de la política española durante los años siguientes, Francisco Serrano dictó un decreto que establecía alguna descentralización administrativa para Cuba; pero, quizás asustados de su propia audacia, la norma no sería puesta en ejecución hasta 1873 y, por último, al año siguiente, quedaría derogada.<sup>44</sup> No obstante, hubo algo más y de mayor trascendencia: al parecer una maniobra doble, bien

---

43 *Ibíd.*, p. 111.

44 Rafael María Merchán: *Cuba: justificación de sus guerras de independencia*, La Habana, 1961, p. 156.

una vez más a cambio de la autonomía o incluso mediante la independencia, ensayada por el general Juan Prim dentro del mayor secreto a causa de la oposición que en todas partes encontraba para propiciar una solución al conflicto cubano. Para la primera alternativa podía contar con el apoyo de Moret, quien por muchos años tendría en la cartera como panacea de todos los males de Cuba la autonomía, hasta que al fin pudo airearla cuando ya no era más que el canto del cisne de la dominación ibérica en la Isla.

Todo indica que después de la negociación fallida entre los gobiernos de Washington y Madrid sobre la compra de Cuba, Prim se replanteó el asunto de terminar la contienda de la manera más aceptable para los cubanos. A pesar de que el conde Reus era un firme defensor de los intereses de la burguesía industrial catalana, que para nada quería oír hablar de la independencia cubana, es posible que el temor a una intromisión de los Estados Unidos en el conflicto, que degenerara en una guerra, influyera en su ánimo. No hay que olvidar que cuando Prim, luego de la aventura mexicana, salió de La Habana hacia España lo hizo vía los Estados Unidos, en esos instantes sumidos en el lance de la guerra civil. Estupefacto por el poderío militar que observó, afirmarí­a más tarde:

Durante muchos años se ha creído en España y en Europa que los Estados Unidos eran una nación de comerciantes, cuidándose poco de las cosas de la guerra, sin espíritu militar, sin elementos militares, y, por lo tanto, sin posibilidad de hacer la guerra aún en su propio país. Pero ya Europa puede estar convencida de que no es así, y los hombres de Estado deben estarlo también, de que la nación más poderosa de Europa será inferior a los Estados Unidos para luchar allá, en aquella región, pues a los Estados Unidos les será hasta fácil el transportar 100 000 hombres con un inmenso material, a cualquier punto del continente, mientras que a la nación más poderosa de Europa le será muy difícil transportar siquiera 50 000, si

no quiere comprometer su hacienda, y exponerse a un descrédito mortal.<sup>45</sup>

Un hecho en favor de la tesis de que Prim se planteó el dilema cubano en toda su extensión y alternativas, lo hizo ver su propuesta a Caballero de Rodas de concentrar fuerzas regulares en la capital de la Isla para llevar adelante el desarme de los voluntarios, medida que tenía todos los rasgos de una preparación para lograr objetivos ulteriores. Mas, todo indica que si se propuso la negociación esta no le resultaría nada fácil de llevar adelante, como lo demostró el mismo rechazo del capitán general a poner en práctica la propuesta porque, según él, los voluntarios se habían convertido “en el elemento más seguro del orden y la seguridad”.<sup>46</sup>

Con este fin y la autonomía en la cartera la primera maniobra se inició a fines del verano, cuando un misionero del primer ministro, Miguel Jorro, periodista valenciano, hizo contacto en París con elementos ligados a los insurgentes cubanos a quienes se les ofreció en un inicio la descentralización del poder. La propuesta fue enviada a Nueva York y de ahí a la manigua, pero ya desde aquella ciudad se le señaló a Jorro que no se aceptaría la autonomía. Por eso, en octubre, el delegado de Prim recibió autorización de Madrid para trasladarse a Nueva York y convenir las bases de un arreglo definitivo de la contienda, según decía textualmente, “tomando por principio la independencia de Cuba”.<sup>47</sup>

Por aquellos mismos días Prim recibió la noticia de que en el informe confidencial pedido al Consejo Supremo del Ejército y la Armada sobre la situación cubana se rechazaba toda negociación con los mambises. Prim escuchó impertérrito el dictamen y después hizo un comentario: “¡Qué error el de esos viejos consejeros! Si yo realizo mis planes, que serán una

---

45 Rafael Olivar-Bertrand: *Prim*, Madrid, 1975, p. 351.

46 De Caballero de Rodas al Ministro de Ultramar, 29 de septiembre de 1869. AHN/U, leg. 4933, t. IV.

47 Emeterio S. Santovenia, ob. cit., p. 242.

realidad con tal de que Dios me conserve la vida, persuadiré a mis más encarnizados adversarios de que he prestado un extraordinario servicio a España, y si la muerte me sorprendiera antes, solamente digo, que ya lo llorarán, que ya lo llorarán”.<sup>48</sup> La firme actuación de Prim en México lleva a no dudar de que, a pesar de la oposición que se levantaría, si llegaba a acordar con la manigua la independencia, hubiera cumplido su resolución.

La segunda gestión la comenzó el ministro Moret, también a fines del verano, por conducto diferente. Su propuesta se basaba también sobre la autonomía de Cuba. Con ese fin le encomendó a Nicolás Azcárate, un abogado residente en España, antiguo miembro de la delegación cubana a la Junta de Información, que se pusiera en contacto con sus amigos del grupo de Aldama e intentara hacer llegar su propuesta a la manigua. Entretanto, tanteó a Caballero de Rodas acerca de la posibilidad de un arreglo pacífico de la contienda, que igualmente el pretoriano respondió con un resuelto rechazo porque entendía que la guerra de Cuba debía terminar con la aplastante derrota de los insurgentes, según él, ya reducidos a un simple bandolerismo.

Azcárate consiguió que Juan Clemente Zenea, gran poeta ligado al grupo aldamista, viniese a Cuba con la propuesta de Moret. Son ciertas las imputaciones que recibirían después los aldamistas de que conocían el objetivo de la gestión, porque, el 20 de diciembre, Mestre y Echeverría, los diunviros de la nunca reconocida representación cubana ante Washington se lo comunicaron a Hamilton Fish en una nota,<sup>49</sup> y también que obraron mendazmente porque bien sabían lo que la propuesta significaba. En su defensa, cuando la maniobra se puso en claro, los aldamistas lanzaron una resolución en la cual mostraron su rechazo a la maniobra de Moret, y en su favor aducirían que estaban obligados a facilitar la transmisión de

---

48 Natalio Rivas: “Profecía de Prim”, en *Diario de Barcelona*, 5 de octubre de 1951.

49 Herminio Portell Vilá, ob. cit., t. II, p. 337.

cualquier oferta que recibieran. Puro sofisma. En el hecho no había disciplina ni ingenuidad. Ellos fueron pieza clave en la maniobra, y parciales a esta. Posiblemente estaban influidos por las ilusiones creadas por la Ley Figuerola, de aranceles, que, sin dejar de ser proteccionista, parecía querer hacer marchar casi hacia un libre comercio, una de las banderas enarboladas por ellos en la Junta de Información. En definitiva, Moret era uno de los campeones en España de la libertad de comercio. En ese momento los anexo reformistas tenían muchos puntos de contacto con las autoridades de Madrid.

Zenea llegó a la manigua a finales del año 1870, y se encaminó a la sede del gobierno. Como prueba de que disfrutaba de la protección del gabinete de Madrid, traía oculto un salvoconducto que le había extendido el ministro español en Washington. Mientras desenvolvía su gestión, Moret, en conexión con esta maniobra, había escrito a Valmaseda para explorar su criterio en torno a llevar a cabo elecciones de diputados en la Isla, uno de los puntos de su plan. Blas de Villate, en correspondencia con ese criterio tan corriente en los militares colonialistas que solo entienden de sometimiento y exterminio de los colonizados rebeldes, respondió a la capital española de la misma forma que lo había hecho su antecesor Caballero de Rodas: políticamente nada se debía mover en Cuba hasta que los insurrectos no hubiesen sido vencidos. Por su parte Zenea, en el campo mambí, comprobó la convicción insurrecta de solo detener las acciones cuando España estuviese dispuesta a aceptar la independencia cubana. Tanta decisión encontró que redujo al silencio la encomienda que lo había llevado a la manigua.

Es posible, sin embargo, que algo se trasluciese de toda la gestión porque Céspedes, a pesar de que al rumorarse en febrero el verdadero fondo de la misión de Zenea le escribió a Aldama y a Mestre pidiéndoles que no hicieran caso “de las habladurías” que los envolvían en esta; el día anterior a su misiva había publicado un decreto en que declaraba traidores a todos los que participaran en gestiones de paz sin indepen-

dencia.<sup>50</sup> Días después, Céspedes volvió a escribirle a Aldama para explicarle que ante la ofensiva española en el Camagüey y la desmoralización creada por los presentados, se estaba extendiendo en sus círculos la idea de una transacción sobre la base de la autonomía, y por eso había dictado la disposición con el fin de cortar de raíz el mal.<sup>51</sup> Pero algo puede que también hubiese intuido el hombre del ingenio *Demajagua*, en relación con la conducta de los aldamistas. De todos modos, sin dudas, las palabras de Céspedes les sirvieron de un alerta definitivo acerca de la postura insurrecta.

En enero de 1871, el Presidente aprovechó la salida de Zenea al exterior, para enviar a Nueva York encomendada a Miguel Aldama, a Ana, su joven esposa, hermana del general Quesada, a la cual había conocido en los días de la Asamblea de Guáimaro y con la cual había contraído nupcias. Ella iba embarazada. Durante la salida, el general Chinchilla los hizo prisioneros. Según testimonio del militar, Zenea, al transportar una valija con correspondencia de Céspedes abusaba de la protección que podía prestarle el salvoconducto que portaba, aunque precisamente a causa de este no lo sometió a juicio sumario sino que decidió enviarlo a La Cabaña para que lo sometiesen a un proceso regular.<sup>52</sup> Como resultado, el poeta fue condenado a la pena por fusilamiento. Valmaseda, ya designado capitán general en propiedad, titubeó en hacerlo a causa del documento que portaba el reo y pidió autorización a España para ejecutarlo. El general, a pesar de que era hombre del agrado de los voluntarios, temía que estos no le perdonaran que no procediera con mano de hierro en el caso, pero si lo hacía, pudiera pasar por encima de la voluntad de su gobierno. El 25 de agosto, meses después de la captura de Zenea, y cuando el gobierno metropolitano en un gesto obsceno dejó

---

50 Fernando Portuondo y Hortensia Pichardo, ob. cit., t. I, pp. 104 y ss. y pp. 108 y ss.

51 Raúl Cepero Bonilla, ob. cit., p. 148.

52 Fernando Portuondo y Hortensia Pichardo, ob. cit., t. II, p. 166.

la suerte del poeta en manos de las autoridades de la Isla, se cumpliría la sentencia.

La prueba de que había habido una misión vendría más tarde. En 1889, reclamando justicia en razón de que Zenea había ido a Cuba con una “misión de paz y concordia”, su viuda e hija presentarían a la reina de España una solicitud de indemnización. Al año siguiente el gobierno de Madrid, “por altas consideraciones políticas”, aprobó entregarles 20 mil pesos.<sup>53</sup>

En cuanto a la misión que entretanto Miguel Jorro llevaba adelante, esta quedó abruptamente cortada porque cuando el parlamentario de Prim llegó a Nueva York, en enero de 1871, ya el primer ministro español había caído arcabuceado en la calle del Turco, en Madrid, en una fría tarde de diciembre. Esto llevó a que el gobierno del almirante Juan Bautista Topete, que lo sustituyó, en los momentos en que ya se habían firmado unas bases de compromiso, ordenara la suspensión de la negociación. Un mar de sangre les iba a costar esa decisión a los pueblos cubano y español.

La suspensión de la negociación confirmaba que la actitud de Prim era particular y que el conjunto del gobierno español en ningún momento tuvo una actitud seria ante una solución que significara la independencia cubana. Quienes pudieron haber tomado más a pecho las intenciones del marqués de los Castillejos, serían otros. Una petición del Congreso de los Estados Unidos de conocer los detalles de la negociación celebrada en Madrid, en el verano de 1869, provocada por legisladores interesados en vender su voto a cambio del reconocimiento de la independencia de Cuba, había llevado a hacerla pública y esto causó un gran revuelo en Madrid y La Habana, porque se dijo que Prim pretendía vender la Isla. Por eso, cuando se produjo el asesinato, en la manigua cubana se corrió la voz de que la bolsa que había pagado a los sicarios

---

53 Anotado de propia mano por el ministro Antonio María Fabié en documento de 20 de mayo de 1889. AHN/U, leg. 4942, expte. 105.



salió de manos de los negreros de La Habana. En relación con la muerte del gran estadista resulta simbólico que un día su retrato, adquirido por los catalanes de la capital cubana y colocado nada menos que en el Casino Español, apareciese acuchillado.

## Un año terrible y promisorio

A lo largo de 1871, año fatídico para la revolución, de persecuciones continuas, de alimentarse solo de raíces y jútías, del cólera que raleó tropas y familias, de convertir el territorio insurgente en un páramo donde parecía no morar un alma, iba a ser, sin embargo, en lo íntimo de las fuerzas mambisas un período que prepararía transformaciones profundas que se revelarían en lo sucesivo e impulsarían el esfuerzo. Durante los primeros meses, las fuerzas españolas, que según Céspedes ya disponían de unos 60 mil soldados de línea adicionales a los que tenían acantonados inicialmente en Cuba<sup>54</sup> (no andaba lejos de la verdad porque los cálculos españoles cifraban sus fuerzas en 64 mil hombres),<sup>55</sup> y a cuyo total estimaba habían causado 39 mil bajas, siguieron en su operación ofensiva. Mas, Agramonte iba forjando sus huestes, y los mambises habían aprendido a “vivir del enemigo”, es decir, buscar en sus atarazanas y despensas las armas, municiones, vestuario y alimentos que complementarían los medios rústicos aprendidos a manufacturar en la manigua. La victoria del caudillo camagüeyano, a poco, en Pinto demostró que la pujanza del Camagüey comenzaba a restaurarse. Mala señal para Valmaseda. En ese combate, por cierto, había caído herido quien teóricamente era un civil, el presidente de la Cámara, Salvador Cisneros Betancourt, cuya valentía lo llevaba a no hurtarle nunca el cuerpo a las balas.

---

54 Documento de 20 de mayo de 1889. AHN/U, leg. 4942, expte. 105.

55 Fernando Portuondo y Hortesia Pichardo, ob. cit., t. 1, p. 247.

Con arrugas en la frente, los militares ibéricos más sagaces comenzaron a llegar a la desdichada conclusión de que enfrentaban una guerra para largo tiempo. La evidencia de que en realidad los españoles solo dominaban el terreno que pisaban, se puso de manifiesto cuando circularon instrucciones de promover siembras dentro de las zonas militarmente guarnecidas. Esto también mostraba que los reconcentrados de las zonas rurales, no eran pocos. Cada vez España encontraba menos argumentos para convencer a cualquiera de que la insurrección no tenía importancia, mientras transcurría el tiempo y no la podía dominar. Dispuesta a luchar en todos los frentes no vaciló tampoco en gastar grandes sumas, como lo demuestran los estados de cuenta de la legación de España en Washington,<sup>56</sup> para pagar agentes, espías y policías, sobre todo en los Estados Unidos, en todas las localidades donde se agrupaba la emigración cubana, de manera de estar al tanto de sus interioridades y conocer los planes de expediciones o subvencionar periódicos que lanzaban propaganda contraria a la revolución.

En el verano, Máximo Gómez, Calixto García y Maceo Osorio y poco después *Guillermón* Moncada, en diferentes acciones en Oriente, hicieron morder el polvo de la derrota a los batallones peninsulares. La guerra defensiva, la lucha de resistencia, comenzaba a ser sobrepasada. Uno de los que recibió una dura derrota fue el recién ascendido a brigadier y Gran Cruz de Isabel la Católica, Arsenio Martínez Campos. Para entonces las huestes hispanas comenzaron a revelar desgaste y pérdida de vigor en tanto las fuerzas mambisas, al Este de La Trocha, pasaban, aunque limitadas por su falta de armas y municiones, a la contraofensiva. La necesidad de acabar la guerra cuanto antes, por motivos financieros, se hacía obvia para los españoles; la contienda iba costando ya 40 millones de pesos y el gobierno de Madrid trataba de forzar a Valmaseda a conseguir la victoria, como si esta dependiese únicamente de su voluntad. La deuda cubana crecía cada vez

---

56 Memoria de la Junta de Generales. AHN/U, leg. 4935, t. XIV.

más y, en febrero, montaba ya 28 millones de pesos,<sup>57</sup> mientras en el verano los embargos a “infidentes” sumaban valores por 120 millones<sup>58</sup> sin que la venalidad hubiese permitido un aprovechamiento efectivo de esa fuente. En cuanto a la emisión de billetes fiduciarios hecha por el Banco Español de La Habana, con un capital emitido de solo 5 millones de pesos, montaba ya de 35 a 40 millones,<sup>59</sup> y su papel era rechazado cada vez más como medio de pago. Según Céspedes, la guerra le costaba diariamente al régimen colonial 250 mil pesos.<sup>60</sup> A su vez, hasta 1870 había sido transferido del país el 41,7 % del total de capitales hispanos y cubanos que saldría de la Isla hasta 1890.<sup>61</sup> Esto también vendrá a explicar la pérdida de ingenios por parte de propietarios en la Isla, quienes los enajenaban a toda prisa para marcharse de Cuba. Si de una parte el monto del trasvase dice a las claras la seguridad con la cual se consideraba que la Isla estaba perdida para España, de la otra significaba una sangría para su dinámica económica y, por tanto, una reducción de ingresos al fisco y la financiación de la contienda.

Al mismo tiempo, la desesperación de las autoridades de la Intendencia era tal ante el cohecho, los desfalcos, el peculado y todo tipo de fraudes, continuos y masivos que arrasaban con el erario que, poco después, mientras Agramonte en una de las acciones más intrépidas de la guerra al frente de solo 35 jinetes rescataba de manos de una poderosa fuerza de caballería española al general Julio Sanguily, quien por una imprudencia se había dejado apresarse, dictaron el “Reglamento para el régimen interior y ejecución de los trabajos de la Contaduría Central de la Hacienda de la Isla de Cuba”, que intentaba poner orden en la caótica situación.

---

57 AHN/U, leg. 4955, expte. 9.

58 Ramiro Guerra: *Guerra de los Diez Años*, ed. cit., t. 1. p. 111.

59 *Ibíd.*, p. 95.

60 *Ibíd.*, p. 120, Fernando Portuondo y Hortensia Pichardo, ob. cit., t. II, p. 246.

61 Fernando Portuondo y Hortensia Pichardo, ob. cit., t. 1, p. 247.

Por otra parte, el tesoro de la Península estaba tan maltrecho, que banqueros de Nueva York imaginaron el plan de ofrecer un empréstito a España de 150 millones de pesos a cambio de una hipoteca de su soberanía sobre Cuba y Puerto Rico y los bienes y rentas de ambas islas. Según el proyecto, estas no le pagarían tributos a España hasta la liquidación del compromiso y, para lograr la pacificación, lo que facilitaría cobrar la deuda, se les concedería a las dos posesiones un régimen autonómico. También, los aranceles preferenciales en favor de la Península debían desaparecer. Si España no cancelaba sus obligaciones, Cuba y Puerto Rico pasarían a manos de los Estados Unidos;<sup>62</sup> sin embargo, este proyecto avieso, a espaldas de los insurgentes, no prosperó.

En realidad, y pese a los anhelos españoles, nunca había quedado más lejana la pacificación de Cuba. En agosto, cuando Céspedes aún aguardaba la gran expedición que traería Quesada, escribió que, sin esperar a esta, la insurrección en Occidente debía estallar: “El levantamiento de Occidente inmediato, sería el remedio de Camagiiey, que ahogado hoy bajo el peso de tantas fuerzas enemigas, respiraría entonces por la necesidad que tendrían los españoles de retirar algunas tropas de este Estado para atender al nuevo enemigo de Occidente”.<sup>63</sup> Meses más tarde, cuando se comprobó que el levantamiento proyectado en Occidente había quedado en las intenciones, Céspedes y el gobierno, en una reunión en El Pílon, acordaron la invasión hacia esa región y designaron a Máximo Gómez como jefe del ejército que irrumpiría en la zona. Se comenzaba a perfilar el gran designio estratégico de los insurrectos.

Si la situación en el terreno militar iba mejorando paulatinamente, a pesar de una falta tan total de municiones que convertía en fiesta el momento en el cual un batallón cargara en sus morrales quinientos o mil cartuchos y las ininterrumpidas

---

62 Ángel Bahamonde y José Cayuela: *Hacer las Américas*, Madrid, 1992, p. 173.

63 Copia en el archivo del autor.

victorias que la propaganda española proclamaba no eran más que fanfarronadas en el papel, no sucedía lo mismo en el campo político. La Ley de Organización Judicial, votada a principios de 1871 por la Cámara, incluía determinadas disposiciones que irritaron a Céspedes, quien las consideró inconvenientes e imprecisas, al extremo de que poco después publicaría una circular en la que aclaraba algunos de sus términos. Por suerte, poco después de su promulgación, el acoso que se cernía en el campo insurrecto, que hacía de la Cámara un congreso nómade, llevó a que recesara sus labores, las que no reanudaría hasta marzo del año siguiente. Esto creó un paréntesis en los rozamientos y la guerra sorda con el Ejecutivo, sin que de todas formas sirviera para que las rencillas se desvanecieran. Se trataba solo de la posposición de un enfrentamiento que por sus pasos se oiría llegar. Céspedes y su Consejo de Secretarios, entretanto, recibieron de la Cámara facultades extraordinarias, hasta tanto la legislatura pudiera recomenzar su tarea. A pesar de todo, era tan intensa la fricción entre ambos poderes que Céspedes, en junio, intentó renunciar a su cargo.

La situación en la emigración tampoco constituía una balsa de aceite. A propuesta de Miguel Aldama, ante la actitud hostil del gobierno de los Estados Unidos, se habían introducido cambios en la organización de la representación de la República en el exterior, radicada en ese país. Al comenzar el año el hacendado había quedado como agente general de la República y José Manuel Mestre ocupaba el cargo de comisionado. Al mismo tiempo, la pugna entre aldamistas y quesadistas se había acentuado, y en la manigua Céspedes comenzaba a recelar de los propósitos aldamistas y pensaba que en estos había mucho más de lo que revelaban. Por eso, en febrero, había dictado otra disposición en la cual si bien en sus palabras quedaban ocultas las razones más profundas que las motivaban, señalaba la gravedad que entrañaría un retroceso en el tema de la esclavitud.<sup>64</sup> No obstante, necesitaba el concurso económico de aquellos hacendados y, a mediados de año, le había escrito a Aldama, quien se le quejaba de que Ana de Quesada había

---

64 Herminio Portell Vilá, ob. cit, t. II, pp. 346 y 347.

tomado partido por los quesadistas, instándolo a luchar por la unidad. En la misiva le decía: “Yo siento, repito, que entre nosotros se levanten partidos, se fomenten divisiones, cuando éstas no marchan de consuno al exclusivo fin de salvar la Revolución, de allegar recursos a los patriotas que sacrifican sus vidas por la libertad de Cuba...”<sup>65</sup>

A pesar de la medida de Céspedes, era notable la reticencia de los ricos emigrados a aportar fondos. Como contraste, los tabaqueros que se habían marchado a los Estados Unidos para huir de la persecución política o en busca de trabajo en las fábricas cubanas trasladadas a ese país con vistas a evitar sus aranceles al tabaco torcido, entregaban hasta la camisa. Desde luego, Céspedes también hacía esfuerzos cerca de los quesadistas por tratar de lograr la eliminación de las discordias. Casi por la misma fecha en que le había escrito a Aldama lo hizo a Carlos del Castillo, muy ligado a Manuel de Quesada, y le instruyó: “procure interponer su eficaz valimiento en restablecer y conservar la más perfecta armonía entre nuestros conciudadanos, verdaderos defensores de la libertad y felicidad de Cuba, porque sin unión no se puede triunfar de nuestros enemigos...”<sup>66</sup> pero sus esfuerzos se estrellaban al parecer en personalidades, y en realidad en intereses que no eran los que él invocaba.

Por un momento, las esperanzas que el Presidente depositó en Quesada parecieron confirmarse con la llegada en junio de la llamada Expedición Venezolana de Vanguardia, y luego otra más. Estas demostraron que hasta el más mínimo auxilio externo inyectaba una carga de vigor inusitado a las operaciones del ejército insurgente. Las acciones de aquel verano, en Oriente, estuvieron respaldadas por los pertrechos que las expediciones hicieron llegar a las riberas cubanas. Mas, Céspedes comprendió que por el camino que llevaban las desavenencias en el exterior se podía cegar finalmente una fuente decisiva de recursos para la revolución. De ahí su decisión de enviar

---

65 Fernando Portuondo y Hortensia Pichardo, ob. cit., t. II, p. 271.

66 Raúl Cepero Bonilla, ob. cit, p. 149.

al vicepresidente Francisco Vicente Aguilera a Nueva York, para poner orden en la disputa. Esta misión, con carácter temporal, era lo más legítimo que podía hacer. Enviaba a un revolucionario de la manigua al centro de las discordias. Si desde el inicio se hubiese procedido de esa forma, las espaldas de la insurrección hubieran estado mejor guardadas. Ahora sería tarde, porque si bien al principio los contendientes recibieron cordialmente al representante del gobierno, que desde el 15 de agosto asumió la dirección de la Agencia General, pronto Quesada comprendió que no obtendría el respaldo de Aguilera y Aldama, por su parte, percibió que el fino olfato revolucionario del vicepresidente lo conducía a no confiar en él. A partir de que ambos factores de la disputa comprendieron que Aguilera no se inclinaría a unos ni a otros, le hicieron por igual un vacío a su alrededor. Hasta ahí había llegado un total de 11 expediciones, que habían puesto en manos de los mambises un total de ocho mil armas.<sup>67</sup> A partir de entonces y durante largo tiempo sería tal la retirada de los grupos de la emigración que a pesar de que inmediatamente Aguilera puso manos a la obra para lograr echar a andar la expedición proyectada de Jordan en el *Hornet*,<sup>68</sup> esta y prácticamente ninguna otra llegaron después a las playas de la Isla.

Si hubo algo notable en la gestión de Aguilera, por entonces, es que pudo comprobar que políticos, funcionarios y banqueros norteamericanos, estaban prometiendo el reconocimiento de la beligerancia insurrecta a cambio de los bonos de la República. En aquellos momentos no se ató el tráfico venal, pero muchos años después se comprobaría que la historia podía repetirse, y en esos instantes una operación similar en torno de la independencia tendría mejores resultados en el Congreso de los Estados Unidos.

Mientras, en el interior de la Isla, la decisión de enviar a Aguilera a Nueva York había tenido frutos amargos. Los diputados cubanos, recelosos, creyeron que Céspedes lo había

---

67 Fernando Portuondo y Hortensia Pichardo, ob. cit., t. II, p. 209.

68 *Ibíd.*, p. 220.

enviado al exterior para que no le hiciera sombra e impedir cualquier medida en contra suya. La desconfianza seguía minando el camino de la revolución.

## Ocho tumbas

Corrían en La Habana los días cálidos de noviembre, cuando se produjo el más monstruoso de los crímenes de los voluntarios. En el apogeo de su hegemonía, con la cooperación del miedo por parte de las autoridades coloniales, fusilaron a ocho estudiantes de Medicina a causa de la acusación de haber rayado en el cementerio de Espada la tumba de Gonzalo Castañón, el protervo director de *La Voz de Cuba*, muerto en La Florida en una refriega con un cubano, haber tomado del camposanto una flor y haber jugado con el carretón en que se trasladaba los cadáveres para sus prácticas de anatomía. Crímenes horribles para la vesania de los colonialistas fanáticos.

Los estudiantes eran inocentes de la imputación de haber tocado la lápida del nicho de Castañón. Desde luego, eran culpables de otros cargos: ser jóvenes cubanos y, como tantos otros, simpatizar con Céspedes, la insurrección y la independencia. Para los integristas, la Universidad, como si estuvieran en los momentos de mayor histeria oscurantista de la Inquisición, era un “nido de víboras”. Alguno de los estudiantes tenía solo 16 años, otro ni siquiera había estado en La Habana el día de los hechos. Paradójicamente, los primeros gritos de los voluntarios que exigían la muerte de los estudiantes fueron lanzados por los pertenecientes al 5º batallón, cuyo capitán y quien lo financiaba era el acaudalado Álvarez de la Campa, *El Tocho*, tío de Alfonsito, uno de los procesados. “A Alfonso no lo salvará ni todo el dinero del *Tocho*”, aullaron.<sup>69</sup>

Se fijó una cifra de quienes debían pagar con la vida los delitos imputados. Debían ser ocho. Nadie sabe por qué, si el celador del cementerio, en el primer proceso que se siguió, había implicado en los hechos solo a cinco; sin embargo, por

---

69 Ramiro Guerra, ob. cit, nota 58, p. 141.



sorteo se añadieron tres más. ¿Por qué ocho y no 10 o 20? ¿Por qué no toda la clase de Medicina implicada en el proceso? ¿Qué significado cabalístico tuvo aquel número? Contra toda legalidad, porque se desechó por benigna la sentencia del primer consejo de guerra ya que no incluía sentencias fatales, se celebró de inmediato el segundo. Entonces llegaron las terribles ocho sentencias de muerte. De aquellos instantes solo puede precisarse con certidumbre y asco, que se necesitaba sangre para calmar las iras de los torvos cabecillas de los voluntarios y que en el fondo del alma de los miembros del somatén quizás había también un sentimiento de venganza contra aquellos estudiantes hijos del privilegio.

Solo desde el punto de vista de los instintos ciegos e irracionales, se le puede dar una respuesta a la monstruosidad cometida. Además, casi todo el resto de la clase, 35, recibió condenas de confinamiento, la inmensa mayoría en los presidios de África. La tragedia se montó tan sumariamente, tanto quiso semejar las del teatro griego, que todo aconteció prácticamente en un lapso de horas. Informado Valmaseda, quien no estaba en la ciudad, de lo que estaba ocurriendo ordenó se le esperase. Para impedir que no se les permitiera llevar a cabo el holocausto, los voluntarios llegaron a arrestar a dos generales españoles que intentaron oponerse al crimen, y se apresuraron a fusilar a sus víctimas. Valmaseda, a pesar de su negra fama de verdugo, parecía que no se hubiera abismado a consentir tanto horror. Para suerte de España, dos profesores y dos militares salvaron la honra de su nación: Juan Manuel Sánchez de Bustamante y Domingo Fernández Cuba, catedráticos de Medicina, y los capitanes Federico Capdevila, quien jugándose la vida defendió en el consejo de guerra a los estudiantes, y Nicolás Estévanez, que en la Acera del Louvre, al escuchar las descargas con que se cumplieron las sentencias, proclamó airadamente su protesta. Estévanez, ministro de la Guerra en la primera república española, no ceñiría nunca más la espada del ejército. En sus memorias escribió: “Pasarán los años y los siglos, y cuando nadie se acuerde, ni aún la historia, de la existencia de los voluntarios, subsistirá el borrón, la

mancha indeleble, que echaron torpemente sobre España los cobardes asesinos”.<sup>70</sup>

La barbarie suele a veces crear la memoria de las epopeyas. La fecha del 27 de noviembre de 1871, desde entonces se inscribió ya para siempre en las anales de la Isla. A su cuenta mucho le debe Cuba, porque a partir de ese momento se sembró una tradición en la Universidad de La Habana que perduraría hasta nuestra época, y que llenaría las paredes de uno de sus recintos con las imágenes de todos los estudiantes muertos por defender las mejores causas de su Patria.

La repercusión del hecho en el exterior, como lo revela un informe de la legación española en la capital de los Estados Unidos, obligó al gobierno peninsular a gastar sumas extraordinarias para pagar a algunos de los más importantes órganos de prensa, sobre todo de Nueva York, Washington, Filadelfia y Baltimore, y a varios individuos de influencia política para tratar de calmar, antes de que se abriera la sesión del Congreso y el presidente de los Estados Unidos enviara su consabido mensaje, la excitación que causó el suceso.<sup>71</sup> La legación estaba angustiada de que pudiera provocar la ruptura de relaciones; sin embargo, debieron estar seguros de que pasara lo que pasara Hamilton Fish seguiría en sus posiciones inconvencibles.

A partir de aquel acto bárbaro, en España se empezó a mirar a los voluntarios con desconfianza y muchas voces de protesta en la prensa y las Cortes, a veces azuzadas por Martí, desterrado en la metrópoli, se alzaron contra el cuerpo. Poco favor le ganaban a su país, y, por el contrario, eran una fuente permanente de hechos bochornosos. En lo adelante, España hizo esfuerzos por tratar de reducir su potencia y participación en el orden de la Isla.

En la manigua oriental se iba produciendo un cierto reacomodo en los mandos en la medida que las necesidades de la lucha lo imponía. Unos jefes se destacaban sobre otros e iba

---

70 De Aguilera a Aldama, 16 de septiembre de 1871. AHN/U, leg. 4432, libro 625.

71 Luis Felipe Le Roy y Gálvez: *El fusilamiento de los estudiantes*, La Habana, 1971, p. 319.

llegando el momento que, en vez de la estrecha jurisdicción militar al mando de un caudillo local con vínculos directos con el gobierno, se produjera una estructuración y fueran más amplios los territorios y fuerzas a dirigir por un jefe. No obstante, algunos obstáculos serios se interponían al logro de una organización adecuada. En ciertas jurisdicciones el desempeño de los caudillos era difícil de compatibilizar con una subordinación a otro dirigente militar. Las quisquillas no eran pocas, y además se tomaba muy en cuenta en las designaciones no solo el éxito en las operaciones bélicas sino asuntos tales como la antigüedad en el escalafón de rangos. En el Camagüey nunca se había producido esta fragmentación, y la consolidación del mando había quedado establecida naturalmente con la reasunción de Ignacio Agramonte, jefe nato del Departamento. Muerto Donato del Mármol de unas fiebres, en Oriente los nombres de Vicente García, Calixto García, Máximo Gómez y Modesto Díaz se hicieron los más sobresalientes. Un nuevo jefe, el coronel Antonio Maceo, comenzaba a brillar en ese firmamento, pero a los ojos de algunos tenía un defecto capital: era mulato.

## **Un enemigo más poderoso que el ejército español: la división**

A mediados de 1872, mientras Calixto García sostenía duros combates con las tropas españolas, se produjo un lamentable incidente entre Carlos Manuel de Céspedes y Máximo Gómez, el general victorioso de la campaña de Guantánamo, que condujo al Presidente a destituir al dominicano del mando de la división de Cuba (el territorio meridional del Departamento Oriental). Según Enrique Collazo, esta no sería la primera vez que chocaban porque en abril, cuando la ofensiva española se hacía más tenaz, Céspedes, mal asesorado por quienes parecieron más amedrentados, había aceptado que Francisco Maceo Osorio visitara a Gómez para exponerle la idea de la radicación del gobierno en Jamaica. Gómez, explosivo como siempre, iracundo, rechazó la idea de forma violenta,

y respondió: “Aquí muere Sansón con todos los filisteos”. Hay también un testimonio de Calixto García en el cual afirma que el abogado bayamés le había ido a ver haciendo ese mismo planteamiento.<sup>72</sup> Sea un error de Collazo, a quien en realidad fue a ver Maceo Osorio y se trató en verdad de García, o sea que se dirigió a uno y otro, gracias a los apuntes de Fernando Fornaris, quien no puede considerarse para nada como partidario de Céspedes, puede llegarse a otra versión del hecho. Según Fornaris, Maceo Osorio, desde los primeros momentos de la lucha, había estado animado del mayor de los derrotismos y atemorizado por los peligros de la guerra. A esas alturas ya había manifestado su deseo de abandonar el campo de la lucha. Precisamente en abril, aunque era secretario de la Guerra, su falta de fe y firmeza lo habían llevado a aceptar una comisión en el extranjero, asociado a Ignacio Mora. Fornaris no menciona la disputa con Gómez, pero habla del aplazamiento del proyecto de salida de la comisión de Maceo Osorio, quien había sido “tan censurado”, y esto debe encerrar algún hecho particular. En las filas mambisas había un rechazo a que quienes ocupaban mando en el ejército o cargo en la administración abandonasen el país. La actitud de Gómez debe haber sido el motivo para que el gobierno detuviese una misión que solo estaría relacionada con Maceo Osorio y Mora. Precisamente, Gómez relata que encontró en Canapú al gobierno “muerto de hambre y de miedo”,<sup>73</sup> pero esta generalización no debe alcanzar al hombre que nunca tuvo miedo y lo demostró demasiadas veces: Céspedes. No obstante, unir el testimonio de Gómez con lo relatado por Fornaris permite suponer que debe haber sido la petición de Maceo Osorio al general, para que lo ayudara a salir de la manigua, a lo que Collazo refiere erróneamente como la idea de la radicación del gobierno en el exterior. Si así hubiera sido, posiblemente Gómez lo hubiera anotado sin cortapisas

---

72 Citado por Manuel Márquez Sterling, en ob. cit., p. 102.

73 Del Ministro de Estado al Ministro de Ultramar, 21 de mayo de 1872. AHN/U, leg. 4955, expte. 9.

en su diario. Por igual, la petición a Calixto García debió haber sido una iniciativa de Maceo Osorio. Resultaría absurdo pensar de otro modo. Si había tanta aversión en la manigua a que cualquier autoridad abandonase el territorio mambí, sería irracional que Céspedes hubiera pensado en trasladar al exterior el gobierno.

La discordia acontecida a mediados de 1872 fue originada porque Gómez le había negado convoyeros al gobierno y a causa de la forma ruda, rabiscosa, de la respuesta que el general utilizó, característica en él, se le tomó por una falta de respeto al gobierno.

Aunque se había temido la reacción de Gómez ante su destitución, este la acató de forma ejemplar. Era un guerrero en toda la extensión de la palabra y sabía que la regla de la subordinación se anteponía a cualquier resquemor. Gómez entregó sin una queja su mando al coronel Antonio Maceo. El maestro le daba una nueva lección de conducta a su alumno predilecto, que este sabría aprovechar en todo lo que valía. No obstante, herido, Gómez anotó el 8 de junio en su diario de campaña: “Este paso [su destitución] me ha traído el desengaño, y pienso que los hombres que componen el actual Gobierno de Cuba, no están a la altura de la revolución, y con ellos no podrá nunca triunfar esta, pues matan las aspiraciones del Ejército y carecen absolutamente de tacto para desenvolverse hasta en las cuestiones de poca entidad”.<sup>74</sup> El duro juicio de Gómez, demostraba un resentimiento que se había abierto entre los militares y el Ejecutivo. Era señal de que ante el desarrollo que iba tomando la guerra, las fórmulas creadas en Guáimaro para dirigirla se estaban volviendo caducas, obsoletas. Céspedes, gracias a las facultades ampliadas que le había concedido la Cámara, obligada por su receso, había trabajado para lograr nuevas facultades para los militares, pero todavía se marchaba con retraso a lo que demandaba la situación. La

---

74 Enrique Collazo: *Desde Yara hasta El Zanjón*, ed. cit., p. 28. De Calixto García a Estrada Palma, 22 de marzo de 1898. *Boletín del Archivo Nacional de Cuba*, no. XXXV, p. 103, 1936.

inconformidad se había evidenciado ya, en especial en Gómez, fanático de la invasión a Occidente cuando, contrariado porque Céspedes había desechado su proyecto en relación con la operación, había logrado incluir en una misión enviada por el presidente a los Estados Unidos, a Pío Rosado y a su secretario Villasana, quienes llevaban instrucciones reservadas suyas de lograr con Aguilera recursos para la invasión. Con estos en la mano, pondría a Céspedes ante hechos consumados.<sup>75</sup> Era una muestra de lo ceñido que los militares sentían el mando civil sobre ellos.

La destitución de Gómez cargaba con una nueva contingencia la situación del Ejecutivo. Resultaba lastimoso, pues las relaciones entre Céspedes y Agramonte iban mejorando precisamente por el trabajo del primero para desahogar las facultades de los militares; uno de sus puntos culminantes llegaría cuando en julio Agramonte, en carta escrita a un amigo que residía en el exterior, puso de manifiesto una progresiva reconciliación entre los dos caudillos: “Diga usted a los cubanos que desde allá siguen nuestro movimiento revolucionario, que aquí nunca ha habido discordias, ni ha dejado un momento de ser reconocido y respetado nuestro gobierno republicano...”.<sup>76</sup> Evidentemente, sus afirmaciones estaban influidas por gestos conscientemente corteses de Céspedes hacia él, con el propósito de eliminar las viejas rozaduras. El Presidente había puesto a disposición de Agramonte armamento de precisión del que pertenecía a la escolta del gobierno. Como confirmación, un par de días después de esta carta, Agramonte envió dos misivas a Céspedes. En la primera le agradecía la entrega de los pertrechos. En la segunda le devolvía saludos y terminaba diciendo: “Grato me es asegurar que las fuerzas del Camagüey se hallan en el mejor espíritu, siempre dispuestas a cooperar en la obra de nuestra redención, sosteniendo el prestigio del Gobierno de la República”.<sup>77</sup>

---

75 Máximo Gómez: *Diario de campaña*, ed. cit., p. 30.

76 *Ibíd.*, p. 31.

77 Máximo Gómez: *Convenio del Zanjón*, ed. cit., p. 6.

Estas relaciones más laxas entre Céspedes y Agramonte y que parecían comenzar a componer un acercamiento de quienes en aquellos momentos constituían, sin dudas, las personalidades más relevantes del campo revolucionario, resultaba lo más promisorio que podía ocurrir en la manigua mambisa. Una alianza suya no solo sería invaluable sino que hubiera convertido al Presidente en difícilmente atacable.

No obstante, las relaciones del Presidente y la Cámara, que había vuelto a sesionar a partir de marzo, se hacían cada vez más ásperas, más tirantes. Una nueva paradoja se abría. Los triunfos permitían una situación más holgada y esto hacía que esta volviera a funcionar regularmente. Por tanto, la situación venía a preparar la posibilidad de la continuación de las discordias. De inmediato que los diputados renovaron sus sesiones acusaron a Céspedes de haberse extralimitado en sus atribuciones, a pesar de que ellos mismos, antes de recesar, le habían concedido facultades extraordinarias.

En abril, la Cámara había vuelto sobre la ley de organización militar que había votado en julio de 1869, y preparó un nuevo proyecto. Céspedes le hizo multitud de observaciones,<sup>78</sup> porque consideraba se limitaba sus facultades como generalísimo del ejército, al no señalarse las atribuciones que debía tener el cargo y, además, porque para asumir esa función el Presidente debía obtener el consentimiento del Legislativo. Por otra parte, reclamaba que el Ejecutivo debía tener la facultad de proponer el general en jefe y los jefes superiores. Añadía que la creación del cargo de jefe de departamento le restaba otros derechos al Ejecutivo en relación con las cuestiones militares. Céspedes consideraba, igualmente, que el espíritu de “localidad” seguía subsistiendo, y con la aparición de este mando territorial pudieran aparecer celos entre los jefes de distrito. De esa forma, le impuso su veto al proyecto. La Cámara desestimó la oposición presidencial y le dio sanción forzosa. También, ese mismo mes, Céspedes opuso objeciones a la

---

78 Juan Jiménez Pastrana, ob. cit., p. 112.

modificación de la ley de organización judicial,<sup>79</sup> que sacaba la jurisdicción extraordinaria de guerra del ámbito del Ejecutivo y la dejaba en manos de los jefes militares, pero no la vetó. Ambas inconformidades crearon nuevos motivos de fricciones.

Otro de los acuerdos adoptados por la Cámara permite considerar que la decisión de destituir al Presidente estaba tomada y solo se esperaba el momento propicio para llevarla adelante. Reiteradamente el Parlamento, ya muy transformado por las muertes y las nuevas inclusiones respecto a aquel de Guáimaro, le había solicitado al Ejecutivo el regreso de Aguilera, y así lo había demandado Céspedes, pero el vicepresidente le respondía que, dada la situación polémica en la emigración y los esfuerzos que estaba haciendo encaminados a traer pertrechos —lo que a la larga tendría resultados estériles—, no le era posible regresar de inmediato a la manigua. Al noble bayamés le resultaba insoportable la idea de volver solo acompañado por el fracaso. La Cámara, entonces, tomó un acuerdo simple —no votó una ley— en el cual disponía que, en caso de que faltara el presidente de la República, el presidente del cuerpo deliberante pasaría provisionalmente al cargo de jefe del Ejecutivo. Días más tarde, Céspedes se manifestó en contra y calificó de “extraño” que incluso se olvidase las diferencias que había promovido la creación del cargo de vicepresidente.<sup>80</sup> Céspedes sabía lo que se estaba bosquejando. Por eso, en mayo, anotó en su diario que Cisneros, el presidente de la Cámara, trabajaba para reemplazarlo. El cuerpo deliberante, forzado por las circunstancias de la guerra y su vida errante, había entrado por entonces en receso. De manera que Céspedes, en junio, en uso de los poderes extraordinarios concedidos, dictó un decreto que disponía esa sucesión. Al retornar la Cámara a sus funciones derogó el decreto de Céspedes por inconstitucional y dejó en pie su propio acuerdo. En respuesta, en un mensaje al cuerpo legislador, Céspedes calificó a su vez de

---

79 *Ibíd.*, p. 115.

80 El veto puede verse en la obra citada de Fernando Portuondo y Hortensia Pichardo, t. 1, pp. 296 y ss.



inconstitucional el acuerdo primigenio, defendió la legalidad de su propia medida y señaló la falta de ética de que entre los que tomaron el acuerdo estaba el mismo que eventualmente estaría llamado a ocupar la vacante. Añadía la situación funesta de caos y anarquía que se crearía si la Cámara, después de sus recesos, echara abajo los decretos que en situación perentoria se había visto obligada a dictar.<sup>81</sup> La pugna parecía un simple escarceo jurídico. No había tal. Se estaba dirimiendo un problema de poder mediante argumentos aparentemente legales y este punto sería una de las grandes tesis que en su momento se utilizaría en su contra. No fue aquel el único desencuentro. También, por entonces, Céspedes vetó otras disposiciones, entre estas, el acuerdo de la Cámara de aceptar un quórum para sus sesiones de siete y hasta de cinco miembros.<sup>82</sup> Cinco eran los integrantes del Ejecutivo. ¿Dónde quedaba entonces la representatividad que debía distinguir a un poder del otro? Era la dictadura de los demócratas. Céspedes, en su veto, llamó a ese parlamento directorio y lo comparó con el de Barrás.

Según el hombre del 10 de Octubre le confió en agosto de 1872 a su diario, no se trataba de que despreciara al cuerpo legislativo como institución, pero tenía mala opinión de muchos de los que se le habían integrado a lo largo de los últimos tiempos. “¿Cómo fiar a ellos, sin zozobra, los destinos de Cuba?” escribió.<sup>83</sup>

En el exterior las pugnas en la emigración continuaban. En marzo se habían cumplido ya ocho meses sin que ningún auxilio hubiese llegado a la manigua. En junio, Ignacio Mora, el ex secretario del Interior del gobierno, había escrito en su diario:

Hemos llegado a la mitad del año de 1872, y las cosas continúan lo mismo. Nada ha variado. Los españoles dueños de los pueblos, ciudades y fuertes, y de la parte más rica y productora de Occidente, y los independientes metidos en los montes sin armas ni pertrechos; sin tener

---

81 *Ibíd.*, pp. 301 y ss.

82 *Ibíd.*, pp. 295 y 296.

83 *Ibíd.*, pp. 312 y ss.

que comer, pero llenos de abnegación y energía para continuar la obra. Mientras tanto ¿qué hacen los cubanos ricos de New York? Gozan libremente de sus capitales y patriotas.<sup>84</sup>

Y unos días más tarde, había añadido:

Los ricos de New York, la emigración pasa su tiempo en gozar con queridas, coches y en hacer proyectos, que no se realizan. Aldama completamente separado y Quesada no queriendo venir sino con un ejército, ó lo que es lo mismo, que no vendrá, á menos que por una complicación política de Venezuela con España no[s] dé aquella los recursos de hombres y dinero para una buena expedición.<sup>85</sup>

Céspedes le había insistido a Quesada que regresara con expedición o sin esta, porque le concedía un alto valor a su presencia, sobre todo en el Camagüey. A Aguilera también le había insistido que retornara a la Isla y este, mientras desesperaba porque todas sus gestiones para lograr hacer algún envío fracasaban ante la renuencia de los acaudalados cubanos a prestar apoyo, le había respondido que lo haría pronto. Había seguido trabajando pero no tenía éxito. Una acción encaminada a conseguir un empréstito en Perú no había tenido resultado. A mediados de año el patricio puso su renuncia a disposición del gobierno, que no la aceptaría. La amargura de Aguilera se volvía infinita. Más esta tenía también otras causas. La posición de los Estados Unidos entorpecía todos sus esfuerzos. El 12 de enero de 1872 Céspedes le había enviado una misiva al presidente Grant, en la que desmontaba la mentira española de que la guerra de Cuba no existía, y se trataba solo de inquietudes causadas por gavillas de bandoleros. Céspedes le señalaba como las cifras de las consignaciones coloniales para la guerra desmentían por sí mismas tal aserto. Los gastos hasta octubre del año anterior llegaban ya a más de 314 millones

---

84 *Ibíd.*, p. 289.

85 *Ibíd.*, p. 347.

de pesetas. Igualmente se refería a la represión desatada en la Isla, y llamaba la atención del mandatario norteamericano sobre el fusilamiento de los estudiantes de Medicina. Luego de recordarle que España se arrogaba el derecho de abordar barcos de bandera norteamericana para registrarlos, como si no se hubiera declarado la neutralidad, también le reclamaba con altura que se reconociera el derecho de beligerantes a los insurrectos y la independencia cubana;<sup>86</sup> sin embargo, Grant una vez más no solo no le había dado respuesta sino que se mantenía en oposición total a tal medida. De todos modos, como pocos días después de enviada la misiva el mismo Céspedes anotaría en su diario, no tenía la menor confianza de que su solicitud recibiera la menor respuesta positiva. Prueba de la postura de Grant, en contra de la concesión del derecho de beligerantes para los cubanos, fue que aquel mismo mes de enero la Cámara de Representantes de los Estados Unidos rechazó una moción en la cual se pedía tal reconocimiento.

Ya en septiembre, en carta al general Julio Sanguily, Céspedes revelaba que a pesar de haber intentado mantener relaciones con Miguel Aldama, este no le respondía sus misivas. Por fin, a finales de noviembre, dado el desprecio con que en Washington se había tratado a la revolución, para quitarle todo carácter diplomático a la representación en los Estados Unidos aprovechó para eliminar la Agencia General y la comisión diplomática, y ante la situación de virtual traición del hacendado y su grupo, tomó la decisión infausta de designar a Quesada uno de los tres agentes confidenciales en el exterior. En agosto se había cumplido un año sin que de la emigración se recibiera un fusil o un cartucho. El Presidente creía que, al no haber tenido éxito Aguilera, no le quedaba más remedio que volverse a su cuñado para que este trajera la expedición poderosa prometida que le serviría para inyectar fuerzas a la lucha y llevar adelante la invasión a Occidente, lo que a la vez demostraría la validez de la designación hecha. En los cálculos que ya en julio había establecido, comprendía que si Quesada

---

86 Nydia Sarabia, ob. cit, p. 144.

le fallaba habría avivado contra él la furia de la Cámara. Por entonces había anotado en su diario que sus amigos debían venir con expediciones y, también, que necesitaba un ejército mandado por él o un jefe adicto a su política, que, desde luego, no era otra que la delineada por la revolución.<sup>87</sup> Igualmente, al respecto, escribió: “Molesta también a esos señores [sus críticos] que yo trate de consolidar un gobierno fuerte y enérgico que haga obedecer las leyes y sea respetado por todos”.<sup>88</sup> Todavía esperanzado, optimista, a finales de año le confió a Quesada:

Cumple ahora a usted y sus compañeros quedar y dejarme airoso. Yo me prometo que en breve hemos de recibir recursos, prueba la más palpable que pudieran ustedes dar de que el Gobierno anduvo cuerdo en tomar esas medidas [la designación de agente confidencial a Quesada]; y el mejor modo de acallar las lenguas de los no bien querientes. Mucho ha variado políticamente la situación de mi Gobierno; todos los jefes militares hacen alarde de obediencia, y las fuerzas están llenas de respeto, estado de cosas bien distinto, bajo este punto de vista, al que usted nos dejó.<sup>89</sup>

A pesar de estas palabras que aparentaban confianza, bien comprendía el iniciador de la gesta cubana que ahora, de todos modos, entraba en una lucha contra el tiempo. Aunque sus relaciones con Agramonte hubiesen mejorado, a lo que en buena medida se refería al señalar la obediencia de los jefes militares, su cargo pendía de un hilo. Desdichadamente había jugado a la carta de Quesada, y esta hasta entonces se le había mostrado adversa, mas no solo para él sino para la revolución en su conjunto. ¿En que estribaba la nueva confianza

---

87 *Ibíd.*, p. 146.

88 United States of America. National Archives & Record Service. T-800, rollo I.

89 Ramiro Guerra, *ob. cit.*, nota 58, p. 160.

depositada en el general, sino en la desesperación? ¿En qué otras razones, sino en las de un hombre que estaba acosado y se volvía a quienes por los motivos que fuesen creía le tenían que ser leales? Tal como Céspedes lo percibió, a partir de la designación de Quesada como agente confidencial, sus enemigos en la Cámara, junto con algunos jefes militares quienes también le hacían reproches, decidieron pasar a la acción para lograr su destitución.

No obstante todas estas desventuras, desde mediados de año, la manigua se había repletado de acciones militares que demostraban el fortalecimiento de la insurrección, y cada vez con mayor intensidad algunos jefes militares miraban hacia el territorio de Occidente, como objetivo de sus planes. Las autoridades coloniales sabían que estaban ante una situación muy peligrosa y continuamente demandaban la llegada de nuevos refuerzos de la Península. Las emboscadas de un enemigo muchas veces fantasmal enloquecía a los cuadros militares salidos de Zaragoza, al extremo de llegar a protestar de este adversario que solo combatía “cuando le agradaba”. Aunque a veces lastrada la querrela por la falta de concordia entre los jefes militares mambises, la continuación vigorosa y astuta por parte de los rebeldes y la incapacidad de los mandos españoles para ponerle fin a una guerra que repetían una y otra vez no tenía importancia,<sup>90</sup> durante la cual habían devastado todas las zonas por donde sus tropas marchaban y contramarchaban, y llegaban al extremo de no dejar bohío o sembrado en pie o familia hallada a la que luego de fusilar a sus hombres encerraba en las poblaciones, llevó esto a Valmaseda a dimitir. Utilizó como pretexto la anulación de la proclama que anunciaba la pena de ejecución sumaria para todo insurrecto que fuese capturado.<sup>91</sup> En Madrid, el desconcierto y la crispación invadían a un gobierno que veía cómo sus mejores generales se estrellaban contra la terquedad patriótica de los mambises.

---

90 Fernando Portuondo, y Hortensia Pichardo, ob. cit., t. II, p. 136.

91 *Ibíd.*, p. 472.

Aquella sonrisa que ahora parecía abrirse para la revolución llegó más plena cuando el 31 de diciembre de ese año de 1872, Céspedes anotó en su diario: “Manifiesta Z.[ambrana] que Agramonte se expresa en excelente sentido con respecto a mi comportamiento y que por delicadeza se excusa de desempeñar el mando de Las Villas; pero que aceptará, si el Gobierno insiste...”.<sup>92</sup>En efecto, como resultado de la insistencia, el Presidente pudo designar al bayardo camagüeyano jefe del Departamento de Las Villas, prácticamente evacuado tiempo atrás por sus patriotas ante el peligro de quedar aislados. El acercamiento entre ambos caudillos se consolidaba, y esto constituía ganancia neta para las armas rebeldes.

Lo que quizá, por entonces, no llegó Céspedes a conocer es que, en octubre, el gabinete de Washington de cara a las elecciones presidenciales, ya que Ulysses Grant se postulaba para un nuevo mandato, y con el fin de contener cualquier perturbación inglesa que se manifestara sobre la Isla, había llegado a presionar duramente a España para que implantara en Cuba la autonomía con lo cual consideraba que los insurgentes depondrían las armas. Ese mes, Hamilton Fish había enviado a España un documento amenazador sobre la situación cubana, en el cual establecía el interés especial de los Estados Unidos en relación con Cuba, la necesidad de humanizar la conducción de la guerra, el respeto a vidas y haciendas de los ciudadanos norteamericanos, hacer reformas políticas y terminar el conflicto. El documento encerraba también la demanda que, igualmente venía haciendo Inglaterra, para que se aboliera la esclavitud. Entonces, el ministro de Estado español, una vez más para ganar tiempo y burlar a los norteamericanos mientras conjuraba el peligro, ofreció el cumplimiento de reformas en Cuba y Puerto Rico hasta llegar a la autonomía, siempre y cuando, en el caso de la Gran Antilla, los insurrectos depusieran las armas, y hasta dejó entrever la posibilidad de solicitar que el gobierno de los Estados Unidos mediara para lograr ese fin. Este sabía que la petición a los mambises de

---

<sup>92</sup> James O’Kelly, ob. cit, p. 123.

entregar sus armas sería rechazada de manera terminante, pero Fish admitió que si España garantizaba la implantación de la autonomía posiblemente se pudiera arribar a una solución.

Desde luego, el ministro español no hablaba en serio de la implantación de la autonomía en Cuba, y menos de la abolición de la esclavitud. Su respuesta fue que las medidas no podían aplicarse de inmediato. Y, cómo, si Julián de Zulueta y José Baró, quienes a poco recibirían, respectivamente, los resonantes títulos de marqués de Álava y de Santa Rita, cuando debieron con derecho haber reclamado el de príncipes de la trata, y Antonio López que recibió el de marqués de Comillas y la Gran Cruz de Carlos III por su colaboración en la conducción de tropas a Cuba, hubiesen de inmediato sublevado a los voluntarios. Por el momento, Fish, que para nada tenía la intención de acidular el conflicto, se dio por conforme, se limitó a solicitar de España que acabara de pacificar la Isla, declinó la mediación y las relaciones mejoraron. Para enviar un gesto de buena fe, enseguida España implantó reformas en la administración de Puerto Rico, poco más tarde dejadas en suspenso, y en cuanto a la abolición de la esclavitud en Cuba se adujo que esta sería considerada en su momento por las Cortes, que por supuesto la tomarían en cuenta cuando llegasen las calendas griegas.<sup>93</sup> Como el problema de la emancipación de los esclavos en Puerto Rico —donde solo había poco más de 40 mil—, no presentaba iguales inconvenientes que en Cuba, en marzo del año siguiente se votaría la medida. Por supuesto, en Cuba no sucedió nada. Por parte de Madrid era una política de engaños conscientes y aceptada conscientemente por Washington.

## **El despunte hacia la victoria**

Entonces comenzó uno de los años más prometedores para la revolución y, a la vez, el que encerró peores augurios para su

---

93 De Valmaseda al Ministro de Ultramar. AHN/U, leg. 4834, exptes. 1 al 6.

causa: 1873. La energía de la acción mambisa en el escenario bélico ponía en grandes aprietos a los mandos españoles. Agramonte, en el Camagüey, estaba inmerso en una ofensiva impetuosa. El caudillo estaba tan convencido de la necesidad de la invasión a Occidente, que hasta apuraba a Céspedes para iniciarla, y comenzó los preparativos para llevarla a cabo. En Oriente las fuerzas colonialistas no tenían sosiego, y no pocas veces aunque conocían la posición exacta del enemigo evitaban el encuentro. Los ingenios que trataban de moler, sin importar la nacionalidad de su propietario, cubano, español, inglés, norteamericano o francés, eran implacablemente destruidos por el fuego, y como si se tratara de un juego algunos fueron quemados, erigidos y vueltos a quemar, hasta que las llamas los consumieron en tres ocasiones.

Entretanto, por aquellos tiempos, muchos hechos habían tachonado la historia de España y algunos habían alcanzado a Cuba. En 1871 la Corona española había sido colocada sobre las sienes de un príncipe italiano, Amadeo de Saboya. Un escándalo en relación con Cuba lo había salpicado. Su primer ministro, Práxedes Mateo Sagasta, un ingeniero del ferrocarril participante desde las filas de los progresistas en *La Gloriosa*, tuvo que responder ante las Cortes de la desaparición de dos millones de pesetas. “Los Dos Apóstoles” fue como la chacota española bautizó el *affaire*, de un crédito de Cuba. Parlamentario gárrulo y mañoso, esta vez se defendió mal. El gobierno adujo que se habían tomado para utilizarlos contra las confabulaciones y amenazas de los carlistas y los revolucionarios cubanos. Luego, en sobre sellado se diría a las Cortes que fueron utilizados para pagar un silencio en relación con devaneos amorosos del monarca. Por último, la oposición aseguraría, habían sido usados para cometer fraudes en las elecciones.<sup>94</sup> Pero no fue nada de esto lo más importante en torno a Cuba. Durante el breve reinado de Amadeo, hasta su asustada abdicación en febrero de 1873, la posición sostenida por el gobierno español en relación con la insurrección en la Isla fue de hostilidad total.

---

94 Fernando Portuondo y Hortensia Pichardo, ob. cit., t. 1, p. 387.



Esto, a pesar de que la cuestión cubana había hipotecado las dos grandes promesas de la revolución de septiembre de 1868, la supresión de las quintas y la rebaja de los impuestos. Incluso la misma caída de la dinastía constitucional constituiría, en no poca medida, el resultado de la guerra cubana; sin embargo, España no quería asumir la solución del problema por la única vía posible, la independencia, sino por la dominación.

El mismo día de la abdicación de Amadeo se había proclamado la República española y asumió la presidencia Estanislao Figueras. Céspedes y, en general, los demás jefes de la insurrección no creyeron que la República española fuera a traer cambios en la situación. A O'Kelly, el corresponsal del *Herald*, el Presidente declaró en esos días que los cubanos en armas no aceptarían reconciliación o paz con España, si no era sobre la base de la independencia. “Estamos separados de ella por un océano de agua –afirmó–, además de tener intereses opuestos a los suyos. Pero también nos separa un océano de sangre y el recuerdo de las crueldades innecesariamente empleadas por el gobierno español al querer subyugarnos”. También añadió: “Al presente consideramos a todos los españoles como amigos y los tratamos como tales; pero si se concediera la independencia de Cuba, celebrándose un tratado de paz con España, los españoles que quisieran permanecer en la Isla recibirían la misma protección que los otros ciudadanos”.<sup>95</sup> En la entrevista Céspedes aceptó que, si bien una propuesta de compra de la independencia no había sido hecha por entidad caracterizada, si España la aceptara Cuba estaría dispuesta a pagar por esta una suma razonable y, de esa forma, poner fin a la guerra. Según Céspedes apreciaba, España ya no tenía en el país suficientes fuerzas para defenderse y estaba retirándose hacia las costas. Tan pronto se obtuviese la artillería que trataba de conseguir, y evidentemente al afirmarlo tenía su pensamiento puesto en las gestiones de Quesada, se atacaría las ciudades.

---

95 Sobre este pasaje puede verse la obra de Herminio Portell Vilá, ob. cit., pp. 382 y ss.

Otras expectativas también hacían concebir esperanzas. En el exterior varios gobiernos latinoamericanos se habían movido para lograr un apoyo decisivo a la revolución. Colombia, en el otoño del año anterior, había gestado la convocatoria a un concierto de Centro y Suramérica con ese objetivo; sin embargo, cuando a fines de la primavera de 1873 parecía que el esfuerzo cuajaría, el torpedeo de los Estados Unidos lo frustró. Se había cometido el error de incluir en el proyecto al gobierno de Washington. La Doctrina Monroe funcionaba con vistas a determinar el derecho de los Estados Unidos para impedir que otra potencia europea se inmiscuyese en los asuntos de América, y en específico en Cuba, cuyos destinos habían constituido la gran razón para su establecimiento. Pero resultaba que tampoco los americanos del Sur del río Bravo tenían derecho a intervenir en los asuntos de sus naciones hermanas. Esto se reservaba solo a los Estados Unidos. Mucho más, si se trataba de Cuba, sobre la cual la política norteamericana estaba bien trazada desde hacía muchas décadas.

Al llegar mayo, se produjo un hecho terrible para la revolución: cayó El Bayardo, en el campo de batalla de Jimaguayú. Aunque lejos de amilanar el ánimo combativo de los camagüeyanos, esa muerte lo inflamó de fervor patriótico, pero militarmente la pérdida era irreparable. Por suerte, Carlos Manuel de Céspedes tenía a mano a Máximo Gómez. A este acudió para reparar la brecha. “Aquí tiene usted otra vez a su viejo soldado”, le dijo Gómez al Presidente cuando estuvo junto a él. La destitución del año anterior quedaba atrás. Máximo Gómez marchó de inmediato al Camagüey a calzar las espuelas de Ignacio Agramonte; sería definitivamente el encargado de la invasión. Al encontrarse con las tropas de su antecesor dejó expuesto, en su diario, su punto de vista: “Y es que aquí en el Camagüey, sólo él [Agramonte], sin ser molestado por los poderes Civiles, supremos, de Gobierno y Cámara, pudo hacer efectiva la disciplina. El haberse disgustado el Gral. Agramonte y Céspedes, fué un bien para la revolución

en Camagüey y por lo tanto para Agramonte mismo, pues él alejó el Gobierno de él y eso fué lo mejor”.<sup>96</sup>

Para entonces los derroteros de los departamentos militares establecidos eran tres. En esos momentos, Calixto García era el jefe de Oriente (Holguín, Santiago, Guantánamo y Baracoa); Vicente García, del Departamento Central del Cauto (Manzanillo, Bayamo, Jiguaní y Las Tunas) y Máximo Gómez del Departamento Occidental (desde el Jobabo hacia el poniente). La formación demostraba que el desarrollo organizativo de la insurrección en el orden militar avanzaba, pero también que había fragilidad en la autoridad gubernamental, porque a esto se debía la concesión evidente de la constitución del Departamento Militar del Cauto. Se había configurado para no afectar las aspiraciones y los derechos creados de caudillos locales, como Vicente García.

## **Bijagual: una decisión catastrófica**

En medio de continuas acciones a lo largo del período, en el campamento de Bijagual, ocupado por 1 300 hombres de las fuerzas del general Calixto García, llegó el día desdichado del 27 de octubre. El vivac mambí estaba situado en lo que había sido un caserío destruido por la guerra a unas tres leguas de Baire. Ocupaba una planicie a la que circundaban de un lado el río Contra maestre y, del otro, el río Mayabe hasta confluír en un punto. El paraje parecía poco defendible, rodeado por caminos y serventías y dominado por algunos cerros. El día era claro y luminoso y no presagiaba ser el señalado para uno de los episodios más fatales de la guerra. En la tarde, Calixto García, mientras todavía sus ayudantes recorrían las filas de combatientes dando órdenes, comenzó a pasar revista a la tropa. Sobre las alturas que rodeaban el lugar se observaban cientos de personas que no pertenecían al ejército y presenciaban la ceremonia. Terminó la inspección y se le dio lectura

---

96 José Cepeda Adán: *Sagasta: el político de las horas difíciles*, Madrid, 1995, pp. 53 y ss.

a un documento. Al terminar, los soldados prorrumpieron en vivas a la soberanía nacional, a la Cámara de Representantes y al nuevo presidente. ¿Qué había sucedido para tales muestras de regocijo? La Cámara, con el apoyo del general, al parecer disgustado por la posibilidad de una reorganización militar y la posición que se le otorgaría, varios ascensos a familiares del Presidente los cuales creyó inmerecidos y según se dice por una amonestación recibida de este a causa del desorden reinante entre sus tropas, había tomado la decisión de destituir a Céspedes.

Apreciaciones, en parte muy discutibles, pero que delatan el estado en cual se hallaban los ánimos en la manigua, a mediados de año, las anotaría en su diario Ignacio Mora:

Los nombramientos hechos han dado lugar á numerosas murmuraciones á Carlos Manuel. Los grados de Mayor General dados á Calvar, Luis Figueredo y su hem<sup>o</sup>. Javier, son un escándalo de la Administración y poco juicio del presidente, pues la nulidad notoria de los agraciados los hará la burla del Ejército. También nombró brigadier al mulato Maceo ¿Porqué? Porque García lo propuso, y cuanto propone este gefe se le concede. Sin embargo, Maceo es valiente y no rehuye nunca al enemigo. Gómez sustituye á Ygnacio en el mando del Camagüey. Mucha diferencia se ha de notar con este cambio. El carácter, la intelig<sup>a</sup>., los principios políticos y la educación de Agramonte hacian que división del Camagüey fuese la mejor organizada. Jamás con él era ajada la dignidad del soldado; su persona era considerada y sus faltas se castigaban según ordenaza. Gómez no tiene ni una de esas cualidades; su carácter fogoso le hace cometer abusos, no considera al oficial ni al gefe, se verá en aprieto; y, si no modifica su carácter, es probable que sobrevengan cosas desagradables.<sup>97</sup>

---

97 James O'Kelly, ob. cit., p. 232.

En cuanto a las designaciones, Mora parecía no percibir que Céspedes estaba buscando ya, en esos momentos, una fuerte alianza con los militares para poder desarrollar sus planes de unificación del mando y contra las intenciones de la Cámara. Sobre todo, resulta llamativo su juicio en relación con la actitud que mostraba, precisamente, hacia Calixto García. Desde luego, los juicios vertidos sobre Gómez, con independencia de lo cierto de su carácter intempestivo, estaban signados por la profunda amistad que había ligado a Mora con Ignacio Agramonte y eran erróneos. Los hechos demostrarían, que no podía haberse hallado mejor sustituto para El Bayardo.

Desde la primavera de ese año 1873 el proceso de la destitución había estado en plena efervescencia. Los enemigos de Céspedes buscaron en el exterior el asentimiento de Aguilera, quien había visto abismado la designación de Quesada, como agente confidencial y había creído que Céspedes se había vuelto loco. Cisneros, presidente de la Cámara, en carta al vicepresidente, le decía: “Es preciso que venga usted a la Isla (...) para si es necesario ocupe la Presidencia, y cuando no sirva de freno, al que olvidándose de sus sagrados deberes, comete abusos tales como nombrar al ciudadano, Manuel de Quesada, Agente de Cuba en los Estados Unidos”.<sup>98</sup>

No eran los esfuerzos del cuerpo legislativo por destituir al Presidente, los únicos. Hombres como Francisco Maceo Osorio, que no era diputado, hacían campaña contra él. En el caso de este, en momentos en que estaba enfermo y temeroso de los peligros que su mente multiplicaba, había pedido de nuevo la salida del país y el gobierno se la había negado. Como resultado, la irritación y el resentimiento lo habían llevado a negarse a ocupar cargo alguno mientras Céspedes fuera presidente y a intrigar contra él.<sup>99</sup> No hay que olvidar tampoco que uno de los grandes censores de Céspedes había sido Antonio Zambrana, como señalaba en sus “Rasgos...” el

---

98 Máximo Gómez: *Diario de campaña*, ed. cit., p. 38.

99 Nydia Sarabia, ob. cit, p. 178.

propio Fornaris; pero mientras Céspedes estaba entero en su puesto de batalla, Zambrana había tomado el camino fácil de marcharse al extranjero donde tantas veces se opondría a las líneas más certeras de la revolución para terminar, más tarde, en brazos del autonomismo.

Paralelamente, de los tres jefes de departamento otro más también laboraba por la deposición: Vicente García. En mayo, ya dejaba entrever en una carta a Manuel Sanguily su labor junto a Cisneros en favor de la medida;<sup>100</sup> y días antes del drama de Bijagual le había propuesto a Máximo Gómez, como parte de una conjura militar, la acción, ya que la Cámara no acababa de adoptar la decisión. Gómez había rechazado la propuesta porque a pesar de las diferencias con el bayamés, lo estimaba.<sup>101</sup> La oposición raigal de Vicente García al gobierno de Céspedes, al que acusaba de que nunca le había prestado apoyo, quedaría también confesa poco más tarde cuando en una carta escribió: “Todos sabían cuanto era yo opuesto a la Administración de Céspedes...”<sup>102</sup>

El Presidente comprendía que una trama en su contra se estaba tejiendo, acelerada y definitivamente. La expedición salvadora de Quesada no llegaba. Trató de manera desesperada de ganar tiempo, mediante la posposición de la reunión de la Cámara con el fin de esperar la llegada de esa expedición o cualquiera otra que Quesada enviara. En los primeros días de julio, escribió:

Con el nombramiento que ha recaído en Manuel [como agente confidencial], no podrá ahora venir a Cuba sino en el caso de que ya no se necesiten allí sus servicios, o que aquí sean más importantes; pero es indispensable que cuanto antes venga Rafael [de Quesada] con algunos

---

100 Francico Ibarra, ob. cit., p. 103.

101 Fernando Fornaris y Céspedes: “Rasgos de la guerra de Cuba” (en esta obra).

102 Víctor Manuel Marrero: *Vicente García; leyenda y realidad* (recopilación), La Habana, 1992, p. 314.

recursos, porque se le está esperando, y si demora, se trastornarán las combinaciones y habrá muchos perjuicios. Esa venida es tanto más necesaria cuanto que pondrá término a muchas majaderías y silencio a los enemigos que el nombramiento de Manuel se valen para hacerme la guerra y suscitar trastornos. Una expedición salvada por cuenta suya y pronto sería un argumento contundente que los desacreditaría y obligaría a esconderse en el infierno de sus propias conciencias.<sup>103</sup>

No obstante, era precisamente la llegada de Manuel de Quesada la que más atemorizaba a los representantes que promovían la acción. Testigo de los hechos, Ignacio Mora le fio a mediados de julio a su diario: “La muerte de Ygnacio Agramonte, único que según ellos, podía hacer frente á una intentona del temido Quesada los tiene azorados y convulsos. Tomás Estrada Palma que es hoy el más dispuesto, y quizá el mejor educado está siendo la cabeza de ellos hoy”.<sup>104</sup>

Todo el verano, la amargura, la tristeza y el pesimismo invadieron a Céspedes. Parecía atrapado por fuerzas que ya no podía dominar. Si bien sabía que la victoria era segura, aún distaba en el tiempo. El tipo de guerra que llevaban a cabo la hacía necesariamente prolongada, y más prolongada aún por la división. “Nosotros triunfaremos de los españoles —escribió también en julio—; es indudable, pero será a costa de mayores sacrificios y más tarde que si no se observara una conducta tan criminal...”.<sup>105</sup> Ya parecía haber llegado a convencerse de que no vería la culminación de sus esfuerzos, porque moriría en la lucha; y un mes más tarde le escribió a su esposa Ana: “Yo estoy bien persuadido que no he de volver a verte; porque moriré en la guerra, o alguno me matará antes”,<sup>106</sup> y añadió que sabía no llegaría a acunar en sus brazos a sus hijitos gemelos. Igualmente, más adelante, le confiaría a Ana que antes de la

---

103 Máximo Gómez: *Convenio del Zanjón*, ed. cit., p. 8.

104 Víctor Manuel Marrero, ob. cit., p. 317.

105 Fernando Portuondo y Hortensia Pichardo, ob. cit., t II, p. 128.

106 Nydia Sarabia, ob. cit., p. 185.

victoria podía ser destituido. Sin embargo, el destello de su fe era tan extraordinario, que por momentos pareció vencer todos los escollos que se planteaban en su mente, y después de un examen de conciencia, afirmó con la pasión de siempre: “Trabajo sin descansar por Cuba. No puedo asegurar que lo haga con acierto, pero es con buena fe. No robo, no mato, no violó, no hago intencionalmente agravios a nadie. Procuró proceder imparcialmente en mis resoluciones, y que haya orden y justicia. Jamás transigiré con los españoles sino sobre la base de la independencia. Más no puedo hacer: no soy santo”.<sup>107</sup>

Tanto sentía el sordo cerco que se iba imbricando a su alrededor, para provocar su caída, que el 11 de septiembre anotó en su diario: “Llegó correo (...) no deja duda de que el marqués [Cisneros Betancourt] tiene formada una conspiración con Villegas p<sup>a</sup>. deponerme y entrar el en mi puesto, motivo pr. q. apresura la reunión de la Cámara, bajo pretexto de bien público”.<sup>108</sup> El 24 de septiembre, en Arroyen, reunido con sus secretarios de despacho, el general Barreto y el médico Bravo Sentíes, les comunicó que le habían llegado rumores de que la Cámara se proponía destituirlo, y luego de comentarles que en distintas ocasiones había estado dispuesto a renunciar, ya que no quería imponerse a la voluntad “del pueblo”, les pidió su opinión al respecto. Sus secretarios le expresaron no creer que la Cámara tomase esa medida, porque debía estar más interesada que nadie en el triunfo de la revolución, pero le recomendaron que tuviese lista la dimisión para el caso de cualquier vejamen que quisieran inferirle. Mas, Céspedes era demasiado peleador para claudicar y salir por la puerta fácil de la renuncia. Después de todo, él era el iniciador de la revolución y no podía abandonar la lucha ni desmayar sus esfuerzos ante los inconvenientes. El 24 de octubre, con la conciencia de que la suerte estaba echada, porque ya se había anunciado que de un momento a otro la Cámara se reuniría con el propósito de deponerlo, sin querer precipitar los acon-

---

107 Fernando Portuondo y Hortensia Pichardo, ob. cit. t. II, p. 128.

108 *Ibid.*, ob. cit., t. III, p. 192.



tecimientos pero con la necesidad de dar a conocer sus puntos de vista, lanzó un manifiesto dirigido al ejército y la nación en el cual exponía las diferencias suscitadas entre el Ejecutivo y el Parlamento, y adjuntaba documentos que ilustraban sobre la querrela. Tenía la suficiente fuerza moral y la tranquilidad de espíritu como para rechazar presentarse como un rendido. Había cumplido con su deber y la historia, y podía, por tanto, acudir con la frente en alto ante todos sus conciudadanos. Sabía que era solo un gesto, pero un gesto que dimanaba de su enorme estatura de gladiador.

Por fin, ese día 27, en Bijagual, la Cámara, con un quórum de solo ocho integrantes, bajo la presidencia accidental de Tomás Estrada Palma (Cisneros por ser el llamado a ocupar la Presidencia se abstuvo de participar), destituyó a Céspedes. No habría hecho falta debate: la decisión estaba tomada de antemano. La acusación que lanzó contra él el diputado Pérez Trujillo, fue la de haber implantado una tiranía. Según quiso decir, Céspedes resumía todas las faltas y los errores de la revolución. Estrada Palma, a continuación, y uno detrás de otro los demás diputados desgranaron imputaciones insustanciales a los efectos de la medida propuesta o poco sustentables con seriedad: Céspedes había repartido grados y cargos a familiares, se había extralimitado en sus funciones, había cohibido el derecho al sufragio, había abandonado a las fuerzas de Las Villas, había violado el derecho de petición, se había inmiscuido en las cuestiones judiciales. ¿Hubo pruebas? Ninguna. Solo palabras y más palabras. Era como si recíprocamente trataran de convencerse de por qué debían cometer tamaña torpeza.

En los párrafos que sobre aquellos momentos escribió Fernando Fornaris queda expuesto cómo, en realidad, las diferencias no habían quedado zanjadas en Guáimaro y también que ninguna de las imputaciones que se le hacían al Presidente tenía entidad real para hacer válida la medida de destitución. Estaban en guerra y Céspedes obraba según las necesidades que lo compulsaban. Por demás, era trágico que la Cámara le otorgara poderes extraordinarios porque dadas las condiciones de la lucha no podía siquiera reunirse

y después desautorizara las medidas tomadas. En realidad, los argumentos estaban expuestos a la luz de viejas querellas y pretensas defensas de principios exageradamente apreciados de democracia y libertades de los cuales, como si fueran las vestales del templo, aquellos ocho hombres se consideraban guardianes absolutos. Baste leer los documentos enviados por Céspedes a la Cámara, sobre los cargos que le imputaban, para comprender que no tenían legitimidad alguna y, en todo caso, solo podrían reclamar alguna validez si se hiciera abstracción del estado de guerra en que estaban, condición excepcional por excelencia. Los diputados olvidaban los factores que concurrían a determinar su realidad mientras Céspedes la tenía muy presente. Recuérdese que en su discurso de febrero de 1870 había criticado abiertamente la utopía cuando afirmó que:

a lo que sí no puedo prestar mi aprobación, es al abuso de la libertad, al entronizamiento de la licencia, a que se falseen las bases sólidas que sirven a aquella de pedestal, a que se quiera ir más allá de lo que permiten las circunstancias excepcionales porque atravesamos, a que se juzgue con toda ligereza y versatilidad que se echa en cara a nuestra raza, a que el pueblo se olvide de la guerra por la palabra. Porque la guerra es el primer deber de todo ciudadano mientras la tiranía huelle una pulgada de la tierra de Cuba. Todo, menos la infamia, lo encuentro justo si concurre al triunfo de nuestras armas: nada, si mata nuestra santa revolución.<sup>109</sup>

En tal diferencia de concepciones estribaba la disputa.

Fornaris afirmaría que la Cámara no se hubiese detenido en la destitución aún si el ejército hubiese estado en favor del Presidente. Esto es muy poco creíble. Aunque a algunos de los legisladores no les faltó nunca temple, lo cierto es que confesamente el cuerpo deliberante había estado dispuesto a adoptarla desde mucho antes y solo se decidió a llevarla adelante cuando vino en su respaldo uno de los jefes militares más

---

109 *Ibid.*, p. 193.

prestigiosos y que contaba con una fuerza armada poderosa. Eso es lo real.

¿Los hombres que votaron la destitución de Céspedes obraron de buena fe? Se les ha imputado que los movía la ambición, el descontento y los rencores personales, pero también se ha dicho que podían haber actuado de esa forma en previsión de males mayores. Se ha dejado entrever la ojeriza de los jefes militares contra Céspedes,<sup>110</sup> quienes llegaban a hacer ostentación de su desobediencia hacia él.<sup>111</sup> Los jefes militares de extracción más popular que Céspedes, ¿le guardaban reservas al antiguo hacendado por su conducta moderada en los inicios de la guerra? ¿Sentían demasiada interferencia del mando civil en el terreno militar? ¿Por eso la Cámara actuó? Independientemente de que fuera cierto que el mando militar estuviera sintiendo la falta de facultades y que hubiesen reservas guardadas de los primeros tiempos por cuenta de la política que Céspedes siguió, es del todo dudoso que el cuerpo deliberante cimentara en viejas cuitas de los soldados los motivos su decisión. La Cámara respecto al hombre del *Grito de Demajagua* estaba a su derecha en cuestiones de política; por tanto, esa no podía ser su causa y, en cuanto a prerrogativas en el terreno militar, era la más celosa defensora de los derechos del poder civil.

En todo caso, Céspedes había dejado atrás, tempranamente, sus prevenciones calculadas sobre el respeto a la propiedad. De hecho, había roto completamente con su clase y evolucionado hacia posiciones radicales. Era tan demócrata como el que más. En cuanto a la esclavitud, su circular de diciembre de 1870 eliminaba las últimas trabas puestas precisamente por la Cámara a una emancipación plena. En cualquier caso, ¿de qué presunción aristocratizante se le pudiese acusar? ¿De ser un hombre pulcro, que aún en las más crueles condiciones intentaba conservar algún resto misérrimo de sus hábitos señoriales? Esto era cierto, pero no sería razón para acusarlo de

---

110 Eusebio Leal: *El diario perdido*, La Habana, 1992, p. 95.

111 Fernando Portuondo y Hortensia Pichardo, ob. cit, t. 1. p. 207.

elitista y de no ser “de extracción popular y democrática”, y que por eso se motivaron las discrepancias con los jefes militares. ¿Quién no sabía que el rico hacendado de otrora había renunciado a todo lo más querido, que por servir a la revolución había entregado su riqueza y había hecho sus iguales a sus esclavos, había ordenado purificar con el fuego la propiedad que servía al adversario y cuando llegó el momento había dejado fusilar a su hijo por no traicionar su conciencia? Ese hombre, todo dignidad y entereza, nada tenía ya por entregar, más que la vida. Como le había escrito a Ana de Quesada: “Yo estoy satisfecho con lo que tengo. Vivo en una choza o a la intemperie. Como lo que me dan, aunque sea los reptiles más inmundos. Ando vestido de una manera grotesca, pero honesta. No tengo necesidades”.<sup>112</sup>

No obstante, la Cámara si podía haber tenido una razón. Céspedes estaba buscando la posibilidad de poder contar con el ejército, unificado bajo su mando o un general en jefe de su confianza. Eso, lo había expresado en su diario, en julio de 1872, y otros hechos lo probaban. No se trataba de una actitud bonapartista, porque como sentenció Martí: “Ni Cuba ni la historia olvidarán jamás que el que llegó a ser primero en la guerra, comenzó siendo el primero en el respeto a la ley...”.<sup>113</sup> Pero los tantos derechos de la Cámara eran una rémora para la revolución y para salvarla había que darle independencia militar al Ejecutivo. En el cuerpo legislativo había una actitud beata en sus interpretaciones de la constitución y, como señaló Martí: “En los modos y el ejercicio de la carta se enredó, y cayó tal vez, el caballo libertador...”.<sup>114</sup> Ignacio Mora, a finales de junio, había anotado en su diario la conducta que estaba siguiendo Céspedes para reorganizar el poder militar: “Hoy que por su posición [Céspedes] es omnipotente ha legislado modificando las leyes militares y dando nueva organización al

---

112 Enrique Collazo: *Desde Yara hasta El Zanjón*, ed. cit, p. 36.

113 Manuel Márquez Sterling, ob. cit., p. 69.

114 Fernando Portuondo y Hortensia Pichardo, ob. cit., t. III, p. 92.

Ejército: ha hecho nombramientos de todo los cuerpos...”,<sup>115</sup> sin embargo, Mora, erraba en un punto. La tragedia de Céspedes consistía en que no era tan omnipotente como le suponía. Si lo hubiese sido, quizá pudiera haber acabado de forjar el ejército necesario para vencer de una vez por todas.

De cualquier manera, a pesar de todas las autolimitaciones que Céspedes se impuso aquel día de Bijagual como si el depuesto hubiera sido un transgresor de la legalidad y un enemigo de los poderes a los cuales él les había dado posibilidad de erigirse, la tropa formada y otros espectadores que desde las próximas eminencias del terreno presenciaban la revista lanzaron exclamaciones favorables a la medida de destitución del Presidente y la mayoría de los jefes militares congregados aplaudió. Solo muy contados expresaron casi en un susurro su desaprobación.

En virtud del acuerdo de sustitución provisional, y en ausencia de Aguilera, se designó para reemplazar a Céspedes a Salvador Cisneros Betancourt, presidente en propiedad del cuerpo legislativo. Poco después, el caudillo del ingenio *Demajagua* recibió la notificación de su deposición y dio las gracias por haberlo librado de un peso que, sin dudas, lo estaba lacerando. Esto se evidenciaba en el desgaste que físicamente presentaba. Comía muy pobremente. Había envejecido, y estaba lejos ya de ser el hombre vigoroso de pocos años antes. En julio de 1873, había escrito: “la vejez me ha entrado de repente...”,<sup>116</sup> y el 3 de octubre anotó desconsoladoramente en su diario: “traté de subir á pie á la Yagüita; po no pude llegar más que á la mitad. El año pasado subía las lomas á pie, una tras otras en días consecutivos, y este año no puedo! Cuanto he perdido?”<sup>117</sup> El día 31, en un manifiesto, reafirmó su grandeza al mostrar su acatamiento a la disposición que lo separaba del cargo. Por él no se derramaría sangre cubana, había anotado el día 26 en su diario. Esto lo estaba demos-

---

115 José Martí, ob. cit., t. IV, p. 383.

116 Ibid.

117 Nydia Sarabia, ob. cit., p. 180.

trando con hechos, porque el mismo día 27 había rechazado la propuesta del coronel José de Jesús Pérez, de apoyarlo con las armas de la brigada de Cambute. Sabía que esto hubiera significado la guerra dentro de la guerra, y sus resultados hubieran sido inenarrables.

En amplias zonas de la manigua y la emigración la deposición de Céspedes levantó un enorme resentimiento. Muchos no podían olvidar que era el hombre que había dado el grito de independencia. Durante largo tiempo había sido la imagen misma de la revolución. El bayamés había acumulado en su contra grandes enemistades, pero también un mérito histórico irrefutable y muchos lo seguían. Lo peor, y lo que no pudieron entonces comprender sus detractores y adversarios, fue que el poder que dimanaba tanto del Ejecutivo como del Legislativo, como resultado de la fórmula de Guáimaro y mientras esta subsistiese, eran de carácter moral y solidario, y que el debilitamiento de uno necesariamente traería el del otro. Tampoco entendieron que se fracturaban las bases de la unidad del campo revolucionario, porque si ahora las tendencias del cuerpo legislativo y la Presidencia se homogeneizaban, se excluía a un sector básico de la insurrección: el cespedista.

Como afirmaría Enrique Collazo, la situación solo pudiera haber variado si, como Céspedes se proponía, hubiera podido unificar el mando militar, y entonces se hubiera marchado a cambiar el sistema creado en abril de 1869.<sup>118</sup> El drama de Bijagual vería sus resultados en un plazo no lejano, porque debilitado el frente común se pudieran presentar otras pugnas mucho peores, las cuales se abrirían paso a través de la brecha. La demostración más palpable sería la sedición de Lagunas de Varona, dos años después, que Vicente García pudo llevar adelante gracias al apoyo militar que encontró en el agraviado sector cespedista.

El gobierno le exigió al hombre del 10 de octubre que lo siguiera para que entregara los archivos del gobierno. Céspedes pidió autorización para salir del país. No tenía sentido

---

118 Fernando Portuondo y Hortensia Pichardo, ob. cit., t. II, p. 128.

que quedase en la Isla. Era el presidente depuesto, y siempre sería embarazosa su posición y la del gobierno ante cualquier eventualidad. Creía que podía tener un desempeño útil en el exterior. Mas, viejas rencillas se impusieron. Al parecer, Francisco Maceo Osorio, designado secretario de Relaciones Exteriores del gabinete de Cisneros, lleno de rencor por la disposición de Céspedes que le había negado la autorización a salir de la manigua, resultó ahora un adversario impenitente a la autorización de la partida del hombre del ingenio *Demajagua*. En igual postura parece que se colocó el general Félix Figueredo. Era una ruindad. Para que se le dejara separarse del gobierno, Céspedes tuvo que reclamar sus derechos de hombre libre. Entonces, llegarían a dejarlo solo, privado de escolta, en San Lorenzo, en las anfractuosidades de la Sierra Maestra. A su lado, como una concesión, le permitieron que continuara únicamente su hijo Carlos y el comandante Quesada.

Mientras la iniquidad de dilatar la autorización a Céspedes para marchar al exterior continuaba, Cisneros, con conciencia de la enormidad que se estaba cometiendo, pidió en noviembre a la Cámara que se le asignara protección. Antes, evidentemente con la mejor fe, les había prometido a algunos de los amigos del bayamés que se les permitiría acompañarlo y le daría escolta.<sup>119</sup> Luego, había dado instrucciones a Calixto García para que cuidara de la seguridad del presidente depuesto, y el general le había dado orden en ese sentido a José Lacret Morlot,<sup>120</sup> el prefecto de la zona donde estaba Céspedes, de velar por este. Pero era insuficiente la ayuda que Lacret podía proporcionarle. Apenas tenía elementos para cumplir esa misión. Se sabía que los españoles estaban detrás de quien seguía siendo la imagen de la revolución. Tenían más certidumbre que la Cámara y el gobierno, cegados por la obstinación, de lo que representaba Céspedes. La Cámara nunca llegó a responder a la petición de Cisneros, y este no tuvo la energía para imponer una solución. Sorprendido prác-

---

119 Eusebio Leal, ob. cit, p. 113.

120 Enrique Collazo, ob. cit., nota 112, p. 38.

ticamente solo, el 27 de febrero de 1874, en su refugio, el héroe primigenio de la independencia de Cuba, el padre de todos los cubanos, el hombre a quien lo caracterizó su fe en estos, la que no tuvieron nunca anexionistas ni reformistas, sucumbiría combatiendo con el arma en la mano entre los peñascos de la Sierra Maestra. Estaba próximo a cumplir 55 años. Tendría que esperar mucho tiempo, para que en los mismos parajes fructificara la semilla que sembró; pero era buena y el tronco sería poderoso, noble, robusto.

Con la muerte de Agramonte y la deposición y caída de Céspedes, desaparecieron los dos capitanes capaces de haber conducido la lucha hasta el fin victorioso. Se ha polemizado mucho sobre el desempeño que las grandes personalidades tienen en el decursar de la Historia. Nadie puede controvertir el hecho de que en los momentos críticos de la vida de los pueblos, determinados conductores pueden dirigir con su voluntad y decisión el gran derrotero a seguir. Las personalidades son hijas de determinadas condiciones. Pueden entonces surgir o no. Pueden desaparecer. Y en uno u otro caso, la Historia no será vuelta a escribir de igual manera. Ellas la marcaron. Es cierto que no pueden cambiar enteramente a su voluntad las circunstancias en que surgen, son determinadas por ellas, pero reaccionan sobre esas condiciones y las pueden transformar en uno u otro sentido. Si no fuera de esa forma, Marx no hubiera podido escribir en su célebre tesis XI, sobre Feuerbach, que de lo que se trataba no era de interpretar el mundo sino de transformarlo.

Un hombre solo, por muy potente y carismático que sea, nunca podrá hacerlo; pero cuando preña con su visión del mundo a las masas, ella puede tornarse una fuerza material arrasadora. La leyenda bíblica de Moisés apartando las aguas del Mar Muerto para que el pueblo judío escapara de la persecución del faraón, es el ejemplo acabado de ese desempeño. Sin Moisés, las aguas hubieran permanecido infranqueables. Fue el pueblo de Israel el que las cruzó, mas fue la voluntad de Moisés, la que creó la fe de ese pueblo de que podía hacerlo.



En aquellos años, cuando el pueblo cubano sentía la necesidad de erigir su nación, fue Céspedes quien lo condujo a retar todos los obstáculos y vencer, y se convirtió en un símbolo de la Patria. Ese símbolo perduraría incluso mucho más allá de su muerte y llegaría hasta hoy convertido en uno de los hombres cuya memoria su pueblo ama.

ALGUNAS CONSIDERACIONES  
SOBRE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA DE CUBA  
ESCRITAS EN EL CAMPO DE LA CONTIENDA

## **RASGOS DE LA GUERRA DE CUBA<sup>1</sup>**

POR F. F. Y C.

REPÚBLICA DE CUBA OCTUBRE DE 1873

---

1 Se ha respetado la ortografía, puntuación y abreviaturas del original. Algunos párrafos tachados por el autor, que pueden ser de interés y resultan legibles, han sido colocados en cursivas. También, algunas palabras sin terminar cuyo sentido se infiere claramente fueron completadas entre corchetes (*N. del A.*).

La familia insurrecta  
Fuego y sangre  
Rasgos singulares  
La espedision  
El Conde de Valmaseda  
La correspondencia estrangera

A mi esposa

Elvira mia: quiero dedicarte esta pequeña obra, fruto de mis meditaciones, escrita en medio del estruendo de esta lucha q<sup>e</sup>. te ha lanzado á ti á sufrir las amarguras del destierro y á mi me tiene atado al carro de la guerra y separado de tu amor y del de mis hijos.

Es el único presente q<sup>e</sup>. puedo ofrecerte por ahora, y la expresión del profundo e inestinguible amor q<sup>e</sup>. te profesa tu esposo

F. F.

### Los patriotas 5 años después del levantamiento

Cinco años han cursado desde qº. el grito eléctrico de Yara hizo temblar a Lersundi en la silla de Capº Gral. de la Habana. Cinco años de prueba pª. esta tierra infortunada, en qº. la sangre mas generosa de la Antilla ha corrido á torrentes mezclada con la de nuestros enemigos y con las lágrimas de millares de seres inocentes, qº. merced a la política inhumana del Gob. español, han sido escarnecidos y condenados á la miseria, á la espatriacion y á la muerte. Cubiertos estan los campos de la patria con los restos de nuestros hermanos. El sol hermoso qº. nos alumbra, hace blanquear tambien los huesos de los soldados del déspota, sobre la yerba de nuestros llanos, y sobre las rocas de nuestras lomas: cruces solitarias, levantadas en los caminos y en las profundidades de los bosques, han convertido el territorio de la Revolucion en un vasto cementerio: la atmósfera está saturada con el aliento de la muerte: el himno de animacion y de vida qº. al romper el alba entonaba en otros dias este pueblo trabajador é industrioso, ha sucedido el estruendo de las armas y el ruido tenebroso de los combates. Las haciendas productoras, encanto de este suelo sin rival, han pasado á ser desiertos, y los predios humildes se han convertido en matorrales. La tea revolucionaria ha hecho cenizas á pueblos y ciudades, como si quisiera purificar con su corriente de fuego, los miasmas corruptos qº. exhala la tirania y la atmosfera de abyeccion qº. respiran los cubanos traidores. Por todas partes se notan los estragos qº. ha producido la guerra, y, sin embargo, todavia España sueña con dominarnos, y todavia sacrifica sus hijos y gasta lo qº. Cuba no puede producirle, pª. contribuir á qº. una sociedad de malvados se nutra con la sangre del hombre negro y sostenga la esclavitud como una mancha indeleble sobre su frente.

¿De qº. ha servido el aparato de fuerzas qº. la Metròpoli ha desplegado pª. dominarnos de nuevo? ¿De qº. ha servido la

política cruel de q<sup>e</sup>. ha hecho alarde ante el mundo civilizado, y, sobre todo, ante la América independiente? Toda la táctica y el talento de sus Grales.; toda la disciplina y buena organización de su gran Egército; todos los ardidés y falsedades de la prensa de los voluntarios; todo el oro arrancado á los patriotas por medio de confiscaciones y á los traidores por el terror y la amenaza; todo, todo, se ha estrellado contra la inquebrantable tenacidad de este pueblo heroico, q<sup>e</sup>. á todo trance ha jurado ser independiente.

¡Bendita sea la libertad q<sup>e</sup>. así enciende y fortifica el espíritu de los hombres con la llama del patriotismo! ¡Bendita sea la República q<sup>e</sup>. así pone en mano de los pueblos la espada vengadora de la justicia celeste!

Vosotros, los q<sup>e</sup>. estáis lejos de esta contienda; vosotros, los q<sup>e</sup>. aun sentís el calor del hogar en vuestras venas; vosotros, los q<sup>e</sup>. gozáis de las caricias de vuestras madres, de vuestras esposas y de vuestros hijos; vosotros, los q<sup>e</sup>. entre el estruendo de la civilización actual lleváis la vida del hombre culto; vosotros, los q<sup>e</sup>. al abrir los ojos todos los días pensáis en la paz y en el trabajo; ah! vosotros no sabéis lo q<sup>e</sup>. es esta vida de mártires, ni habéis probado siquiera el acíbar de los dolores de la tierra.

Venid aquí á contemplar bajo este cielo sin nubes, q<sup>e</sup>. parece increíble q<sup>e</sup>. cubra tantas calamidades; sobre estos campos espléndidos, donde la vista se dilata pr. encima de bosques de esmeralda, y donde la mano de Dios ha desleído todas las bellezas de la creación; venid aquí, repito, á contemplar las amarguras de un pueblo inocente, q<sup>e</sup>. se enardece con los obstáculos y todo lo sacrifica en aras de una idea generosa y fecunda.

Cuando observo al soldado patriota casi desnudo y completamente descalzo, con el fusil al hombro y el lio á la espalda, marchando estenuado y conforme por entre riscos y piedras, ó haciendo de centinela sobre la cima de alguna alta roca, espuesto al sol y á los vientos del día y sometido pr. las noches á las inclemencias del tiempo, me dan deseos de quitarme el sombrero al pasar por delante de él, como si pasase por delante

de un principio encarnado, ó como si fuese el representante de todas las virtudes y de todas las grandes cualidades q<sup>e</sup>. ennoblecen la frente de la humanidad. Si, es preciso no conocer al patriota cubano p<sup>a</sup>. no admirarlo. Su aspecto infunde á primera vista lástima; su fisonomía revela las penalidades á q<sup>e</sup>. esta sujeto; su mirada es tranquila y humilde; su andar es desairado á fuerza de marchar entre los bosques; pero cuando el clarín lo llama á la pelea, se embellece con el resplandor de la inmortalidad y avanza sobre el enemigo al grito de ¡viva Cuba! con la resolución con q<sup>e</sup>. marchaban los soldados de Napoleón al grito de ¡viva Francia!

¡Cuántas veces en las horas más amargas de esta vida sin esperanzas, allá cuando el sol se esconde detrás de una montaña y la luna enseña su disco melancólico, y la naturaleza envuelta entre los últimos resplandores del día y las primeras sombras de la noche, hace evocar tristes recuerdos de tiempos q<sup>e</sup>. pasaron; cuántas veces, repito, sumido en profunda meditación, he contemplado entre los horrores del hambre y de las enfermedades, al patriota, entonando dulces trovas, al son de algún triplecillo y á la lumbre de inmensa hoguera, sin acordarse absolutamente de la guerra y de la dolorosa situación del Camp<sup>t</sup><sup>o</sup>. q<sup>e</sup>. ocupábamos!

Pero, ¿cómo estrañar esa abnegación en unos hombres q<sup>e</sup>. vienen hace cinco años apurando trago á trago la copa de los dolores? En unos hombres que han templado su alma en la fragua de los sacrificios; que han visto caer una tras una las flores de sus afectos, y pasar sobre sus frentes los desengaños más crueles, y teñirse sus cabellos con la nieve de una vejez prematura, al calor del pensamiento q<sup>e</sup>. los domina y los arrastra al martirio, como arrastraba á los adeptos de Jesucristo la idea salvadora del Cristianismo?

Distintas ocasiones me he preguntado, al contemplar el cuadro q<sup>e</sup>. ofrecen nuestros Camp<sup>t</sup><sup>os</sup>., cuadro q<sup>e</sup>. muchas veces no tiene la pluma rasgos con q<sup>e</sup>. describir, distintas ocasiones me he preguntado, cuál es el espíritu q<sup>e</sup>. infunde á nuestros campesinos patriotas, esa tenacidad y esa perseverancia q<sup>e</sup>. han desplegado, p<sup>a</sup>. arrostrar en esta guerra, toda clase de

peligros y de privaciones. Desconocedores de casi todos los derechos q<sup>e</sup>. el hombre tiene p<sup>a</sup>. ser libre; educados bajo la servidumbre de la dominacion española q<sup>e</sup>. combaten, sin saber darse perfecta cuenta de lo q<sup>e</sup>. se llama amor patrio, no se concibe tanta resolucion y tanto heroismo, p<sup>a</sup>. sostener una causa, cuyas consecuencias no conocen en su mayor parte.

La patria es una palabra q<sup>e</sup>. trae a la mente del hombre ilustrado muchos deberes y obligaciones q<sup>e</sup>. cumplir; pero la patria es solamente p<sup>a</sup>. el rústico ignorante, el hogar donde abrimos á la luz prim<sup>a</sup>. nuestros ojos; el árbol á cuya sombra jugamos en nuestra infancia; la corriente cristalina donde bañamos nuestra frente de niños; el campo verde que sirvió de palenque á nuestras travesuras; el conjunto, en fin, de hogares y de edificios y de campanarios y de calles y de plazas y jardines, á donde nuestra madre nos llevó de la mano solícita, p<sup>a</sup>. enseñarnos á dar los primeros pasos de la vida.

¡Cuantos recuerdos contrarios despiertan en el alma del patriota esos dias pasados á la dulce sombra del hogar paterno y á la sombra terrible de la bandera de España! Solo así se comprende ese amor profundo q<sup>e</sup>. siente p<sup>r</sup>. el lugar donde ha nacido el labriego de Cuba, y ese odio sin límites q<sup>e</sup>. le infunde la tirania. Ha sucedido, q<sup>e</sup>. asi entre los patriota ilustrados, como entre los ignorantes, ha tenido lugar el desaliento, siempre q<sup>e</sup>. la Revolucion ha atravesado uno de sus dificiles períodos; y de aqui ese cúmulo de traiciones q<sup>e</sup>. han ensangrentado la causa de nuestra independecia. No es de creerse q<sup>e</sup>. los q<sup>e</sup>. han perdido la fé en el triunfo y se han pasado al campo enemigo, lo hayan hecho por falta de patriotismo; no, esos cubanos sin firmeza de principios aman á Cuba y detestan los españoles; pero existen dos cosas q<sup>e</sup>. distinguen á los hombres mas q<sup>e</sup>. la capacidad y los conocimientos, cuando las sociedades se ajitan entre las convulsiones del pensamiento revolucionario, y son precisamente el valor y la tenacidad. Esas dos cualidades no son muy comunes á los pueblos, y por eso los poderes dominadores ahogan en sangre las insurrecciones, p<sup>a</sup>. establecer el terror y arrastrar á los espíritus debiles á la abyeccion y la servidumbre.

Dia llegará en que nuestras armas triunfantes atraerán alrededor de nuestra bandera á todos esos cubanos que siendo el cieno q<sup>e</sup>. guardaba en sus entrañas nuestra sociedad, la Revolucion en sus constantes ebulliciones los ha lanzado á su superficie p<sup>a</sup>. purificarse de su penetrante corrupcion. ¡Desgraciados! entonces no necesitará la patria sus servicios y marcharán detras de nuestro Ejército Libertador, entre los himnos de victoria del patriota como los criminales, q<sup>e</sup>. van á ser sometidos á la justicia del pueblo.

## Capitulo II

### El 27 de Octubre del 73

Estamos a 27 de Octubre de 1873. El Camp<sup>o</sup>. ó Cuartel Gral. del Mor. Calixto Garcia, donde escribo estas lineas, está situado en el q<sup>e</sup>. fué caserio del Bijagual, á tres leguas del pueblo de Baire, donde hay un fuerte: ocupamos una planicie que el “Contra maestre” y el “Mayabe” circundan y estrechan, con sus corrientes de plata q<sup>e</sup>. se atraen hasta confundirse en un cauce comun. El lugar es peligroso porque está rodeado de caminos y veredas y de cerros q<sup>e</sup>. lo encajonan y lo dominan. La tarde está espléndida: el sol se hunde detras de las montañas y se despide por hoy con una iluminacion: tal parece q<sup>e</sup>. la paz nos sonrie y q<sup>e</sup>. la estrella de Cuba brilla en el cielo de América en todo su esplendor. Los patriotas se manifiestan muy animados; el Gral. García pasa revista á mil trescientos hombres de sus tropas: los Ayudantes recorren la linea dando órdenes: algunas eminencias del lugar estan cubiertas de espectadores, q<sup>e</sup>. no pertenecen al Ejército. Concluida la inspeccion de armas se dá lectura á un escrito y los soldados prorrumpen en ivivas a la Soberanía Nacional, á la Cámara de Representantes y al nuevo Presidente. ¿Qué motivos despierta asi el entusiasmo de las fuerzas y de todos los patriotas q<sup>e</sup>. aqui se encuentran reunidos? Es q<sup>e</sup>. el pueblo, despues de acatar y obedecer un acuerdo del Poder Legislativo, manifiesta su satisfaccion porq<sup>e</sup>.



se ha cortado de raíz un mal q<sup>e</sup>. amenazaba la existencia de la Republica? Es q<sup>e</sup>. ha sido depuesto el Presidente C. M. Cespedes? ¿Y porq<sup>e</sup>. ha caído de la silla presidencial ese patriota q<sup>e</sup>. ha figurado desde los primeros dias de la guerra como el primer caudillo de la Revolucion? ¿Qué falta ha cometido en su admon.? ¿Cual es ese peligro q<sup>e</sup>. ha amenazado la existencia de la Republica?

Para responder á todas estas preguntas, es preciso reseñar, aunq<sup>e</sup>. sea someramente, la historia de nuestros asuntos públicos; y vamos a tratar de hacerlo, no obstante faltarnos los datos necesarios al efecto. No haremos la biografia del hombre de Yara; porq<sup>e</sup>. ya ese trabajo se ha escrito por plumas mejor cortadas q<sup>e</sup>. la nuestra y por q<sup>e</sup>. el historiador será el q<sup>e</sup>. la ofrecerá al mundo cuando los acontecimientos de esta guerra se publiquen. Basta al objeto q<sup>e</sup>. nos proponemos dar á conocer la marcha q<sup>e</sup>. la admon. de Cespedes ha seguido, p<sup>a</sup>. q<sup>e</sup>. pueda formarse juicio de las causas q<sup>e</sup>. han determinado su deposicion.

El dia 10 de Abril del 69 fue nombrado, en el pueblo de Guaimaro, Presidente de la Republica, el C. Carlos M. Cespedes, despues de haber estado seis meses al frente del Gob. Provisional de Bay<sup>o</sup>, q<sup>e</sup>. el mismo estableció el diez y ocho de Octubre del 68, bajo las bases de una dictadura, q<sup>e</sup>. sostuvo á todo trance contra la opinion de muchos Patriotas de Oriente y gran parte de los del Camaguey. Dio á ese Gob. la misma forma q<sup>e</sup>. tiene aun el de la dominacion en la Isla, intitulándose Capn. Gral. del Egército Libertador y Gefe absoluto y único de todos los poderes q<sup>e</sup>. habia creado. Con estos antecedentes y otros q<sup>e</sup>. la historia comentará y q<sup>e</sup>. no son de estos ligeros apuntes, lo colocó la actual Cámara de Rept<sup>s</sup>. en la silla de la primera magistratura de la Republica, un dia despues de haber sancionado la Constituyente, formada por Diputados de todos los pueblos insurreccionados, la ley fundamental del pais, q<sup>e</sup>. garantiza nuestros derechos bajo la forma del Gob. republicano-democrático.

Al darle la Cámara á Cespedes ese alto puesto, no lo hizo de buena voluntad; las circunstancias la obligaron á ello, asi

por el nombre q<sup>e</sup>. aquel caudillo habia ya adquirido, como por aunar las fuerzas de la Revolucion, q<sup>e</sup>. divididas por distintas opiniones, ofrecian ancho campo al enemigo p<sup>a</sup>. ahogar, sin grandes esfuerzos, el levantamiento general, q<sup>e</sup>. dio desde los primeros meses de la guerra un caracter vigoroso y permanente á la insurreccion.

De ese disgusto y de esa desconfianza nació el articulo 9o. de nuestra Constitucion, por el cual el Cuerpo Legislativo puede deponer libremente al Presidente de la Republica y al Gral. en Gefe cuando lo tenga por conveniente. Especie de espada de Damocles q<sup>e</sup>. cayó prim<sup>o</sup>. sobre la cabeza del Gral. Manuel Quezada y q<sup>e</sup>. despues ha venido á caer mas pesada, si con menos violencia sobre la frente del hombre del diez de Octubre, desgarrando en gran parte sus laureles de patriota republicano y sus timbres de libertador.

Pocos dias despues de estar establecidos los poderes de la nacion, empezó la lucha entre el Legtv<sup>o</sup>. y el Eget<sup>o</sup>.; lucha q<sup>e</sup>. no ha tenido tregua sino cuando la Cámara se ha visto obligada á tener recesos, no solamente porq<sup>e</sup>. á Cespedes le oprimia q<sup>e</sup>. estuviese el Cuerpo constituido, sino porq<sup>e</sup>. en el seno del mismo Congreso existia, por parte de algunos R. R., una esfervescente intransigencia contra todas las medidas q<sup>e</sup>. dictaba el Gob., en las cuales ó veian abusos, ó amenazas p<sup>a</sup>. nuestras nacientes libertades.

Lo cierto es q<sup>e</sup>. la Admon. de Cespedes se sostuvo a traves de esas dificultades, porq<sup>e</sup>. si bien es verdad q<sup>e</sup>. sus resoluciones casi siempre han sido desacertadas por ser inconvenientes, tambien puede asegurarse q<sup>e</sup>. ostensiblemente no hirió las leyes y la Constitucion en aquella época, ni se arrogó facultades q<sup>e</sup>. no estuvieran en el círculo de sus atribuciones. Su política personal y de favoritismo se ha manifestado siempre en la facilidad conq<sup>e</sup>. ha prodigado los empleos y los grados en el Egército, creando á veces puestos innecesarios con el fin de tener adeptos ó partidarios q<sup>e</sup>. lo sostuvieran, en el caso de verse amenazado por la deposicion. De ahí su falta de iniciativa y su meticulosidad p<sup>a</sup>. el manejo de los asuntos interiores de su Gob. y el afán q<sup>e</sup>. ha desplegado en comunicarse y darse

á conocer en todos los Gabinetes y todas las Cancillerias del mundo, á fin de ensanchar la esfera donde ha rodado su nombre de gran caudillo, y asegurarse en el puesto, poniendo de ese modo, sin obstaculo, á su parecer insuperable, á los q<sup>e</sup>. pretendieran su caida.

Pero la Cámara pudo tener en cuenta las dificultades de la deposicion y pudo prescindir de su desconfianza hacia el Ejecutivo, hasta delegar en él algunas de sus atribuciones, mientras sus tendencias á la absorcion de todos los poderes no pasaron de esos manejos ocultos p<sup>a</sup>. evitar la reunion del Cuerpo, y de esa inactividad y meticulosidad estudiadas q<sup>e</sup>. han caracterizado el Gob. de Cespedes. Desde el momento en que abandonase esa actitud el Presidente p<sup>a</sup>. romper abiertamente con la Constitucion, la Cámara estaba en el imprescindible deber de olvidar toda consideracion patriótica, p<sup>a</sup>. salvar la forma republicana q<sup>e</sup>. nos hemos dado, y con ella las libertades del pueblo.

Y á este caso precisamente nos ha traído el hombre de Yara, despues de una tolerancia sin limites hacia los actos de su Admon., q<sup>e</sup>. casi siempre ha estado en pugna con los verdaderos intereses de la guerra y con el espiritu público. Muerto el Mor. Gral. Ignacio Agramonte, y habiendo marchado al estrangero el Diputado Ant<sup>o</sup>. Zambrana, q<sup>e</sup>. siempre le hizo oposicion en el Congreso, creyó Cespedes seguramente q<sup>e</sup>. ya era tiempo de poner en práctica sus tendencias dictatoriales p<sup>r</sup>. largo tiempo comprimidas. Había ya dado principio a ello dictando en Junio del año pasado, un decreto, en el cual señalaba al Presidente del Cuerpo Legislativo, p<sup>a</sup>. q<sup>e</sup>. le sucediese en su puesto, si por cualquier circunstancia quedaba vacante. Esta medida la espidió en virtud de las facultades q<sup>e</sup>. la Cámara le habia conferido en el acuerdo de 21 de Abril del 72 y sus concordantes; y como este acuerdo no lo autoriza absolutamente p<sup>a</sup>. ello porq<sup>e</sup>. las facultades de nombrar al Presidente de la Republica y al Gral. en Gefe del Egercito no estan en la esfera de las legislativas, sino q<sup>e</sup>. son mandatos especiales de la Constitucion, de exclusiva incumbencia de la Cámara, claro está q<sup>e</sup>. el Decreto referido traspasaba los límites de las facultades q<sup>e</sup>. al Ejecutivo se le habian dado.

Despues de este abuso de poder, y despues de la muerte del ilustre caudillo y de la salida del Representante indicados, revocó la sentencia de un tribunal militar, contra la espresa prohibicion de tocar la judicatura, que la Cámara había consignado en el referido acuerdo del 21 de Abril del 72 y sus concordantes. Esta violacion lo impulso á cometer otras y obligó á los Diputados á reunirse brevemente, p<sup>a</sup>. poner remedio á los males q<sup>e</sup>. pudieran surgir de esos ataques á las libertades del pueblo. Y aqui empieza ahora una serie de manejos y de resoluciones del Gob. de Cespedes p<sup>a</sup>. q<sup>e</sup>. el Cuerpo no pudiera constituirse, y otra serie de mensajes; despues de estar constituido, q<sup>e</sup>. no puedo en ningun concepto comentar ni ofrecer á los ojos de mis lectores, asi porq<sup>e</sup>. á ello se opone la naturaleza de este trabajo, como porq<sup>e</sup>. siendo yo miembro del Congreso, mis juicios podrian parecer poco imparciales. La historia se ocupará del asunto con mas copia de datos y mas ancho criterio, y su sentencia irrecusable caerá sobre la frente de los contraventores. Baste saber q<sup>e</sup>. la Cámara q<sup>e</sup>. reunida hoy en sesión pública, ha depuesto al C. Carlos Manuel Cespedes de la silla presidencial y q<sup>e</sup>. el pueblo la ha victoriado, asi como al nuevo Presidente Salvador Cisneros, en quien hacia recaer un acuerdó del Lgtv<sup>o</sup>. la Presidencia, á falta del Vice-Presidente C. Mor. Gral. Francisco V. Aguilera.

Si la opinión del Egército hubiera sido favorable á las tendencias dictatoriales del hombre del diez de Octubre, la Cámara no se hubiera detenido por esa circunstancia p<sup>a</sup>. cumplir con su deber; apoyada únicamente en la Constitucion, como lo ha hecho, hubiera acordado la deposicion, hubiera dejado al pueblo á los pies del Dictador, y se hubiera sostenido en su puesto hasta rodar con la Constitucion y con las leyes como los antiguos curules romanos ante la terrible espada de Breno.

Pero por fortuna, el pueblo de Cuba, si en los primeros tiempos de la guerra estuvo engañado, merced á su crasa ignorancia en cuestiones políticas hoy, despues de nuestra constante propaganda; es decir, de la propaganda de todos los Diputados del Congreso y de otros patriotas inteligentes, tiene conciencia de sus derechos, y no oye mas voz q<sup>e</sup>. la del

patriotismo, ni inclina su frente ante otra Magestad q<sup>e</sup>. no sea la Constitucion, q<sup>e</sup>. es la ley fundamental del pais, ante la cual nos descubrimos todos y por la cual estamos dispuestos a derramar nuestra última gota de sangre, porq<sup>e</sup>. es el lazo q<sup>e</sup>. ata todas las aspiraciones, la garantia de nuestras libertades, el fruto de nuestros inmensos sacrificios y el mas rico presente q<sup>e</sup>. podremos ofrecer al mundo americano, el dia en q<sup>e</sup>. triunfemos de nuestros enemigos.

Con estas seguridades, bien podemos creer, q<sup>e</sup>. estan echadas las bases p<sup>a</sup>. el porvenir, y q<sup>e</sup>. en lo adelante no veremos espuesta nuestra tranquilidad interior por ambiciones descabelladas. El C. Salvador Cisneros es un hombre de pocos conocimientos y de no muy ventajosa capacidad; su admon. puede no ser eficaz por su gran benevolencia y su espiritu democrático exajerado; pero de todos modos, tenemos seguridad de q<sup>e</sup>. no atentara contra la Constitucion y las leyes, y de que su buena voluntad, honradez e inmenso patriotismo, supliran las condiciones q<sup>e</sup>. le faltan para desempeñar el puesto que ocupa interinamente, con el acierto y firmeza q<sup>e</sup>. todos deseamos.

¡Dichosos los hombres q<sup>e</sup>. agenos á toda clase de ambiciones personales, se colocan en situaciones de trabajar por el pueblo y p<sup>a</sup>. el pueblo, y alcanzar el aprecio general y el dictado de honrados y generosos! ¡Dichosas las sociedades q<sup>e</sup>. llenas de sensatez y de juicio, prescinden de pasiones y de odios y colocan á su cabeza al hombre q<sup>e</sup>. se distingue por sus virtudes y por su talento!

Pero es hora ya de ir á confundirnos entre el tumulto conqe. los patriotas hacen resonar el Camp<sup>o</sup>., al son de tiplecillos y de timbales unos, y otros con tangos y cantos africanos, q<sup>e</sup>. despiertan dolorosos recuerdos en la mente de los insurrectos pensadores. La noche estiende ya su manto negro sobre la tierra adormecida; las estrellas empiezan á brillar en el cielo; inmensas hogueras de ramas y yerbas secas iluminan las calles del Camp<sup>o</sup>. y dan al caserío improvisado un aspecto virginal, q<sup>e</sup>. sorprenderia á los habitantes de las ciudades; grupos de oficiales y de soldados se notan por todas partes, agitados por gran animacion; solamente falta el bello sexo p<sup>a</sup>.

q<sup>e</sup>. el cuadro sea mas alhagador; soltemos, pues, la pluma, p<sup>a</sup>. dar al espiritu un poco de expansion, q<sup>e</sup>. quizas no tendremos tiempo de empuñarla otra vez p<sup>a</sup>. agregar un capítulo mas á este insignificante trabajo, si á la muerte, que nos persigue, se le antoja sorprendernos mañana en el camino.

### Capítulo III

## El entierro de un patriota

Ayer a las cinco de la mañana murió el C. Francisco Maceo, en su rancho de familia, al lado de este Campamento q<sup>e</sup>. se encuentra situado en “La Toronja de Guiza”.<sup>2</sup> El C. Maceo desempeñaba el destino de Srt<sup>o</sup>. de Relaciones Exteriores en el Gabinete del actual Presidente Cisneros. Fué nombrado por la Cámara p<sup>a</sup>. ese puesto, á propuesta del Ejecutivo, en armonía con un artículo de la Constitucion, un dia despues de haberse establecido la nueva Administracion. Nació el C. Maceo en Bayamo, no recordamos precisamente en qe. fnca., pero segun tenemos entendido fué allá por el año de 1828. Su padre Pedro Maceo, farmacéutico, y su madre Francisca Osorio, lo enviaron á Madrid á cursar estudios, y algunos años despues de haber concluido sus estudios y de haberse recibido de abogado, regresó á su pueblo natal convertido en un madrileño, asi por su educacion como por sus costumbres. Esta circunstancia lo hizo aparecer antipático á los ojos de los bayameses, y tuvo q<sup>e</sup>. retraerse de la sociedad y hasta del contacto de sus amigos de infancia. Mas tarde abrió su estudio, y como qe. tenía talento y tacto p<sup>a</sup>. los negocios del foro, se granjeó muy pronto partidarios q<sup>e</sup>. lo recomendaban en el circulo de sus amistades. Los amigos qe. había dejado en la

---

2 La muerte de Francisco Maceo Osorio ocurrió en diciembre de 1873. Poco después, a Carlos Manuel de Céspedes le llegarían noticias de que había sido el principal instigador de su deposición. La exposición de Fornaris parece confirmar que, al menos, tuvo un desempeño muy importante en el hecho (*N. del A.*)

Península le abrieron campo p<sup>a</sup>. que se pusiese en contacto con los Alcaldes Mores. de Bay<sup>o</sup>. q<sup>e</sup>. eran españoles, y entre los cuales figuró un tal D. Jerónimo Suarez Ponte, de célebre y odiosa recordacion. Este hombre perverso, se aficionó tanto á Maceo, q<sup>e</sup>. lo hizo su favorito, hasta encomendarle la resolucion de muchos negocios. El bayames no se infatuo por eso, trató mas bien de sacar partido de su buena posicion, no con el dolo y la infamia, sino con un tacto y una honradez tales, q<sup>e</sup>. le granjearon mayor num<sup>o</sup>. de partidarios y grandes beneficios bajo el punto de vista de su clientela. Algunos de sus colegas se le declararon enemigos encarnizados y le hicieron una guerra a muerte; pero el supo hacerles frente sin escandalo, herirlos con firmeza cuando le cayeron á la mano y hablar de ellos en público, cuando llegaba el so, encomiando sus virtudes ó sus talentos: cualidad poco comun entre los hombres, pues regularmente el amor propio herido los arrastra á venganzas odiosas, q<sup>e</sup>. dividen las familias y se suceden de padres á hijos.

Figuró Maceo como Alcalde M<sup>or</sup>. interino, dos veces, en el mismo Bay<sup>o</sup>. Desempeñó ese puesto con acierto y con la misma honradez q<sup>e</sup>. como abogado habia ya puesto en evidencia. Esto le hizo ensanchar el circulo de sus simpatias y aumentar un tanto sus temores, respecto de un levantamiento entre los cubanos. Recuerdo q<sup>e</sup>. al leerle yo un dia una carta q<sup>e</sup>. dirigia á la Habana, en sentido reformista, me aconsejó q<sup>e</sup>. no la enviase; q<sup>e</sup>. esperase mejores tiempos p<sup>a</sup>. obrar; q<sup>e</sup>. el tenía esperiencia, adquirida en la misma España, de lo q<sup>e</sup>. eran las cuestiones políticas, y q<sup>e</sup>. no me espusiera á la ojeriza del Gob. español. Yo no tomé en consideracion el consejo y envié la carta.

Pero ya á mediados del año de 1867 estaban tan exaltados los ánimos, q<sup>e</sup>. no era posible contener en límites razonables el espiritu que dominaba á los bayameses. El C. Maceo era uno de los mas exaltados, ¿como se habia operado esa transformacion? No lo sabemos. El caso es q<sup>e</sup>. la juventud lo rodeaba en todas partes, y q<sup>e</sup>. era visitado por ella constantemente. Ya por esa época, se habia formado la conspiracion en Bayamo, y se habia establecido un Club en el cual figuraba Francisco

Aguilera como Presidente y Maceo y Pedro Figueredo como vocales. En el seno de ese Club abogaba Pancho (que era como llamabamos á Maceo) con gran ardor, á fin de precipitar todos los conspiradores á un levantamiento imprevisto. Figueredo y Donato Marmol le acompañaban en la discusion, y tambien en la propaganda activa q<sup>e</sup>. fuera del Club hacian entre los patriotas mas circunspectos y menos exaltados. Maceo no fué nunca feliz como orador: los razonamientos no tenían en su boca la fuerza q<sup>e</sup>. les daba su pluma; de modo que asi por este motivo, como porq<sup>e</sup>. la empresa era muy arriesgada no tuvo la mayoría q<sup>e</sup>. necesitaba p<sup>a</sup>. realizar sus planes. Valiose de un medio muy inconveniente, p<sup>a</sup>. ganarse mas popularidad y arrastrar así mayor n<sup>o</sup>. de jóvenes inespertos con algunos espíritus debiles. Creyendo q<sup>e</sup>. identificándose con “los muchachos”, como él decia, lo conseguía todo, abandonó á principios del 68 la austeridad de su vida de jurisconsulto, p<sup>a</sup>. entregarse, casi todas las noches, á diversiones inmoderadas, en q<sup>e</sup>. su existencia se gastaba y se aminoraba al mismo tiempo su reputacion entre los hombres sensatos. Como era decididor y chispeante, entretenía la juventud, refiriendo anécdotas, q<sup>e</sup>. inventaba con gran facilidad, adornandolas á su antojo, con la sal de su ingenio. Sostenia delante de algunos compañeros de conspiracion, que p<sup>a</sup>. arrastrar la juventud á la Revolucion era preciso encaminarla por el sendero de los placeres y hasta del vicio. Él, sin embargo, trabajaba todos los dias de las 12 a las cuatro de la tarde y no era vicioso, pero tenía por costumbre, ó por manía, defender lo q<sup>e</sup>. no era defendible y pintar muchas veces negro lo q<sup>e</sup>. era blanco, por lo q<sup>e</sup>. generalmente se tomaban como de broma muchas de sus opiniones cuando las emitia en el circulo de sus amigos y en conversaciones privadas.

Como miembro del Club revolucionario, fué elegido en Agosto del 68, por la mayoría de los conspiradores, p<sup>a</sup>. q<sup>e</sup>. concurriera á la célebre junta de San Miguel, en la jurisdiccion de las Tunas, donde los Representantes de los patriotas de Holguin, Tunas, Bayamo, Manzell<sup>o</sup>. y Camaguey, acordaron el dia e q<sup>e</sup>. debia llevarse á cabo el levantamiento. *Mas tarde tuvo lugar otra reunión en “Buenavista”, cerca de Bayamo, con el objeto de*



*precipitar los acontecimientos. Maceo estuvo un poco dudoso v Marmol (Donato) no.* Cerca de dos meses despues de esa reunión, el 11 de octubre del 68, nos sorprendió la noticia de q<sup>e</sup>. el C. Carlos Manuel Cespedes, habia faltado á lo pactado en San Miguel de las Tunas, y habia dado el grito de independecia en su Ingenio “Demajagua” el dia 10 del mismo mes; es decir, un dia, antes de haber llegado la noticia á Bayamo. Los bayameses no estabamos absolutamente preparados p<sup>a</sup>. la lucha, pero nos lanzamos al campo, despues de tener otra junta el mismo dia once, en “Buenavista”, á dos leguas de la Ciudad, donde Maceo y Figueredo (Pedro) opinaron, que como miembros del Club, no estaban dispuestos a secundar el levantamiento iniciado por Cespedes; pero q<sup>e</sup>. como patriotas seguirian la suerte de sus hermanos, siempre q<sup>e</sup>. estos resolvieran levantarse. Donato Marmol y Luis Figueredo, q<sup>e</sup>. habian sido los promovedores de la reunion, p<sup>a</sup>. obligar al indicado Club á apoyar inmediatamente á los manzanilleros, capitaneados pr. Carlos Manuel, insistieron en q<sup>e</sup>. era necesario q<sup>e</sup>. cada uno de los q<sup>e</sup>. podian ser cabecillas procedieran a formar su partida p<sup>a</sup>. abrir la campaña; y como q<sup>e</sup>. encontraron apoyo en muchos de los concurrentes á la junta, pusieron en obra su pensamiento, marchando pocos momentos despues, el prim<sup>o</sup>., á la jurisdiccion de Jiguaní donde residían los hombres q<sup>e</sup>. habian de formar su fuerza, y el otro, al “Mijial”, en jurisdiccion de Holguin, donde la tenía ya organizada de antemano. Los demás conspiradores se derramaron por toda la jurisdiccion de Bayamo, á fin de secundar á Marmol y á Figueredo, y Maceo se puso al frente de una partida de 60 hombres, q<sup>e</sup>. tenía reunida el C. Angel Bárzaga. Carlos Manuel avanzó sobre Bayamo y lo tomó el diez y ocho, apoyado por los bayameses q<sup>e</sup>. estaban en el campo y por todos los habitantes de la Ciudad, q<sup>e</sup>. lo recibieron con las puertas de sus casas abiertas y con gritos de triunfo. Maceo no concurrió á este asalto, no obstante haberselo dado aviso á tiempo; *el autor de estas lineas recibió en el caserio de “Barrancas” una comision de Carlos Manuel pa irlo á buscar sobre el Cautillo, donde se encontraba con Barzaga p<sup>a</sup>. q<sup>e</sup>. concurriese. Manifestó al q<sup>e</sup>. fué á avistarse con él sobre*

el Cautillo, donde acampaba, q<sup>e</sup>. el Coronel español Quiros avanzaba ya sobre Jiguaní con 800 soldados, y q<sup>e</sup>. era su deber ir á sucumbir al lado de Donato Marmol, q<sup>e</sup>. lo esperaba sobre el caserío de Baire: que, por otro lado, su tropa se encontraba sin armas de fuego y muy desmoralizada. Se manifestó, además, muy desalentado, asegurando, que todo estaba perdido sin remedio, á consecuencia de la imprudencia de Cespedes.

A las tres de la tarde del dia en q<sup>e</sup>. tomamos á Bayamo, entró Pancho con su partida y propendió á q<sup>e</sup>. se rindiese el Cuartel. Mas tarde fué nombrado Gral. por Carlos Manuel, y como otros de esa cosecha, dio muy malos resultados, sobre todo, en el sitio de Holguin donde fué enviado en comision. Allí hizo fiasco el abogado conspirador, y quedó anulado como militar, hasta el extremo de verse abandonado por sus Ayudantes. A la entrada del Conde Valmaseda en la ciudad incendiada, se reunió al Gob. revolucionario, y poco despues recibió de Carlos M. el nombramiento de Cmd<sup>te</sup>. Gral. de Holguin y Tunas. Nombramiento q<sup>e</sup>. no debió haber aceptado; porq<sup>e</sup>. además de ser ridículo é innecesario era un triste recuerdo de la dominacion española. Estuvo en ese puesto, sin prestigio ninguno, hasta q<sup>e</sup>. se instituyó el Gob. republicano en Guaimaro. Como entonces se organizo el Egército Libertador y a Maceo no se le reconoció el grado de Gral., quedó sin ocupacion, vagando por los montes y muy disgustado. A instancias de algunos amigos aceptó la Sect<sup>a</sup>. de la Guerra, q<sup>e</sup>. habia quedado vacante p<sup>r</sup>. muerte del Dr. Ant<sup>o</sup>. Lorda, en Julio del 70. En este importante destino se distinguió por su energía en el seno del Gabinete, *oponiendose á q<sup>e</sup>. Carlos Manuel dictase algunas medidas qe. le Parecian inconvenientes* y por otras dotes administrativas, q<sup>e</sup>. siempre lo recomendaron. Estuvo desempeñando con el beneplácito de todos los patriotas hasta Abril del 72, en q<sup>e</sup>. se llenó del mas profundo desaliento, ante las dificultades y los peligros q<sup>e</sup>. ofrecia la Revolucion en aquella época. Esa falta de fé y de firmeza p<sup>a</sup>. sostenerse en medio de la guerra, lo impulsaron á aceptar una comision al extranjero, asociado al C. Ignacio Mora, comision q<sup>e</sup>. enviaba el Gob. de Cespedes, no sabemos precisamente con q<sup>e</sup>. objeto. Como el

espíritu público siempre ha sido aquí contrario á q<sup>e</sup>. salgan los patriotas fuera de la Isla, y sobre todo, los q<sup>e</sup>. desempeñan puestos en el Egército ó la admon., el proyecto de salida de la comision, fué tan censurado, q<sup>e</sup>. el Gob. se vio en el caso de aplazarla p<sup>a</sup>. mejor ocasion. Esto acabó de desalentar á Maceo á tal extremo, q<sup>e</sup>. hacia una horrible pintura de la situacion q<sup>e</sup>. atravesabamos, creando fantasmas, q<sup>e</sup>. su imaginacion agigantaba. Por todas partes veia peligros y amenazas y su funesta propaganda hubiera producido malos resultados, si su voz no hubiera sido desautorizada por el deseo, q<sup>e</sup>. ya había manifestado, de abandonar el campo de la contienda.

Considerando q<sup>e</sup>. fuera de la Resid<sup>a</sup>, del Gob. estaria mas seguro, porque asi no se veria tan perseguido del enemigo como lo era en su puesto de Srto., hizo su renuncia, q<sup>e</sup>. fué aceptada, porq<sup>e</sup>. ya la opinion pública la exijía, optando por un destino de Auditor de Guerra en el Egército. Se le encomendó la Auditoria del Distrito de Cuba; pero en vez de desempeñarla en el Cuartel Gral. del Gefe de operaciones, se marchó á la jurisdiccion de Guantánamo y allí permaneció entre los bosques hasta q<sup>e</sup>. el Mor. Gral. C. Garcia Iñiguez lo hizo venir a su Cuartel Gral., p<sup>a</sup>. q<sup>e</sup>. funcionase con su caracter de Auditor. Estuvo muy poco tiempo con este Gefe, á quien acompañó al ataque de Holguin; pues el Gob. lo llamó p<sup>a</sup>. conferenciar sobre algunas dificultades q<sup>e</sup>. ofrecia la ley judicial. Este fué el pretexto para separarlo del Egército, entre cuyos Gefes Superiores se hallaba muy mal mirado. Obedeciendo al Gob. marchó á las Lomas del Cobre, donde residia el Presidente Cespedes, y allí estuvo algun tiempo algo delicado de salud; por este motivo, pidió permiso para salir al estrangero y le fue negado. Entonces resolvió no prestar ningun servicio público á la Republica mientras Cespedes estuviera en la silla presidencial. Al lado del Brigr. Jesus Perez, cuyo cariño se habia granjeado, permaneció desde Enero del año actual hasta q<sup>e</sup>. llamado por algunos miembros de la Cámara de R.R., salió de su escondite y marchó á un lugar nombrado Arroyon, donde conferenciácon ellos, sobre el estado fatal á q<sup>e</sup>. habia llegado la admor». de Carlos Manuel. Ofreció sus servicios p<sup>a</sup>. el caso

de establecerse un nuevo orden de cosas, y de allí marchó á Bijagual, donde se hallaba acampado el Mor. Gral. M. Calvar con sus fuerzas. Allí se encontraba en los momentos en q<sup>e</sup>. se llevó á cabo la deposicion de Cespedes. Contribuyó con su propaganda á ilustrar el espiritu público sobre el asunto y se colocó en el Gabinete de Cisneros con el caracter q<sup>e</sup>. asumia al morir, inmediatamente despues de haberse establecido esa Admon.

Una fiebre cerebral lo ha llevado al sepulcro en cinco dias. Rodeado de algunos amigos q<sup>e</sup>. lo querian, y de otros compañeros, exaló el ultimo aliento, entre las convulsiones de una muerte dolorosa. Es triste eso de ver finalizar asi la existencia de un hombre q<sup>e</sup>. ha luchado con las tempestades de la vida arrastrado por una idea generosa. Si Maceo no tuvo suficiente firmeza p<sup>a</sup>. resistir las dificultades de la guerra, q<sup>e</sup>. el propendió á iniciar, su odio á la tirania y sus constantes esfuerzos en pro de la causa de nuestra independencia, lo hacen acreedor al respeto y consideracion de todos los cubanos patriotas. Espiritu debil y meticuloso, flaqueó siempre en las horas mas supremas porq<sup>e</sup>. ha atravesado esta patria querida, y si no hubiera sido por su profundo patriotismo y exaltada dignidad, tal vez no hubiera muerto en el campo de la lucha. Su valor siempre fué muy inferior á las empresas q<sup>e</sup>. acometió: exaltado por las ideas q<sup>e</sup>. jermianaban en su cerebro, emprendió el camino; pero antes de rendir la jornada, se detuvo irresoluto muchas veces ante el obstaculo, y tal vez se arrepintió de haberlo emprendido. No obstante, siguió adelante, y cuando ya vislumbraba el término de sus fatigas, un miasma palúdico, una causa desconocida, p<sup>a</sup>. los q<sup>e</sup>. somos profanos a la ciencia médica, cortó su vida, q<sup>e</sup>. habia resistido cinco años de continuas penalidades é inminentes peligros.

Ayer tarde, cuando el compañerismo y la amistad me llevaron á su entierro, sentí q<sup>e</sup>. el corazon se ajitaba, al contemplarlo sobre una especie de camastro de cujes y bejucos, q<sup>e</sup>. le servia de atahud. Vestia el traje sencillísimo del patriota mas afortunado, y sus labios estaban ligeramente contraidos por una sonrisa irónica, q<sup>e</sup>. le era muy peculiar. No sé q<sup>e</sup>. mundo de

recuerdos pasó por mi frente en aquellos instantes y me sentí conmovido; yo, que tengo secas las fuentes del sentimiento á fuerza de sentir. Seguí la pequeña comitiva q<sup>e</sup>. lo acompañaba a su ultima morada; descendimos de una empinada loma á una especie de planicie formada sobre las riveras del Guama y allí en una triste fosa bajo unos arboles frondosos, depositamos su cadaver q<sup>e</sup>. cubrimos con tierra y despues con piedras enormes, p<sup>a</sup>. evitar q<sup>e</sup>. los jíbaros lo busquen.

Despues regresamos al Camp<sup>to</sup>. tristes y doloridos: la tarde era hermosa y llena de armonias: una de esas tardes melancólicas en q<sup>e</sup>. parece q<sup>e</sup>. los angeles bajan del cielo p<sup>a</sup>. iluminar la tierra con sus alas, tardes q<sup>e</sup>. nos arrastran al festín de la vida con todos sus encantos q<sup>e</sup>. traen á la memoria el recuerdo de la amante y de la esposa, el recuerdo de una madre y de un hogar querido. Al subir la pendiente de loma q<sup>e</sup>. habiamos bajado volví la vista hacia atrás, p<sup>a</sup>. fijarla en el lugar donde quedaba sepultado aquella nueva victima de la revolucion. Los arboles ocultaban la fosa y del fondo del bosque me pareció q<sup>e</sup>. se levantaba un gemido. Seguí otra vez mis compañeros murmurando entre dientes la siguiente décima q<sup>e</sup>. escribí con otras en el album de una insurrecta.

“Y despues, si independiente  
“Cuba se alza hermosa y pura  
“Y entre cantos de ventura  
“levanta su altiva frente;  
“Tal vez sobre la pendiente  
“de arroyo murmurador  
“donde solo el rui señor  
“alce dulce melodia  
“Se hallará la tumba mia  
“sin quien le ponga una flor”

## Capítulo III

### Soledad

Si Zimmerman se hubiese inspirado en las profundas soledades de estos bosques solitarios, el filósofo alemán no habría encomiado tanto las excelencias de la misantropía. Alejado de todo contacto con el mundo civilizado, oyendo por todas partes el estruendo de la guerra, contemplando bajo un cielo hermosísimo las amarguras de un pueblo mártir, su espíritu sombrío se hubiera entregado á dolorosas meditaciones, q<sup>e</sup>. hubieran desgarrado su alma. Ese rumor q<sup>e</sup>. se levanta del seno de nuestros montes, ese estruendo q<sup>e</sup>. forman las aguas al despeñarse por entre piedras y por entre troncos seculares; ese ruido q<sup>e</sup>. el viento produce al agitar los árboles en la montaña; todo ese concierto solemne á veces, y á veces aterrador, de la naturaleza entregada á sí misma, lejos de la mano trabajadora del hombre, todo ese concierto, repito, hierde las fibras del sentimiento del ser pensador y derrama sobre el espíritu profunda melancolía. Y si la noche envuelve el cuadro con su manto de tinieblas; y si las aves q<sup>e</sup>. ven entre las sombras hierden el aire con sus alas agudas; y si en vez de haber en los árboles pajarillos q<sup>e</sup>. tienen hay insectos q<sup>e</sup>. silvan y trepadores nocturnos q<sup>e</sup>. hacen ajitar las ramas con movimiento pausado; y si el silencio de las tumbas pesa como una atmósfera de muerte sobre el alma acongojada, entonces parece q<sup>e</sup>. la tiranía nos contempla con sus ojos ensangrentados, y q<sup>e</sup>. los árboles se han convertido en fantasmas inmóviles y q<sup>e</sup>. las luciernagas vagan por entre las hojas de los arbustos son las almas de los mártires patriotas, q<sup>e</sup>. buscan sus hermanas en la tierra; y oímos el gemido del moribundo q<sup>e</sup>. cae herido por la bala del déspota; y vemos los cuerpos de nuestros hermanos pasar ante nuestros ojos cubiertos con el ropaje de los ajusticiados; y la voz del siglo, la voz de la patria, la voz de la libertad, hablan á nuestros oídos y nos excitan á la venganza, y hay algo q<sup>e</sup>. remeda el caos, y algo q<sup>e</sup>. se parece al vértigo q<sup>e</sup>. produce el torbellino; el palo seco q<sup>e</sup>. cae al fondo del abismo impulsado por su propio peso,

difunde por el contorno su ruido tenebroso; es un esqueleto de los bosques q<sup>e</sup>. rinde su tributo á la tierra. Y si la luna sale tranquila y silenciosa, como el ojo del Eterno q<sup>e</sup>. se asoma por entre las cortinas del espacio; si se levanta por detras de la montaña y lanza su luz tenue y plateada sobre la naturaleza entristecida, entonces sentimos q<sup>e</sup>. la melancolía se pone a nuestro lado, y el concierto de los montes varia completamente, y las aguas q<sup>e</sup>. saltan y q<sup>e</sup>. corren sobre las peñas hablan el lenguaje de las hadas y de las sirenas. Se oye el suspiro de la amante q<sup>e</sup>. llora salir melancolico de entre las espumas del torrente; se percibe la queja de la joven abandonada entre los murmullos del arroyo; se ven pasar como ráfagas de tinieblas por la atmosfera transparente, las aves de la noche, los arboles parecen columnas de monumentos descoloridos por entre los cuales se ajitan los espiritus q<sup>e</sup>. vuelan; los rayos de luna q<sup>e</sup>. se cuelan por entre las espesas ramas parece como q<sup>e</sup>. se arrepienten de penetrar hasta las profundidades del bosque; se vé un clarioscuro q<sup>e</sup>. tiene algo del misterio de la muerte y algo de la tenue claridad q<sup>e</sup>. lanza la luz moribunda de un templo. La fruta q<sup>e</sup>. cae y el reptil q<sup>e</sup>. se arrastra por encima de las hojas muertas, producen indefinible zozobra; el grito de la siguapa remeda la voz del caminante extraviado q<sup>e</sup>. pide socorro, y trae á la mente la idea del desamparo y de la desesperacion; se lucha en esta soledad con el insomnio q<sup>e</sup>. nos abre los ojos y con las ideas q<sup>e</sup>. nos abrazan la frente; la noche se viste con el ropaje de la eternidad y el día parece q<sup>e</sup>. se cubre con el de los años; la esperanza se pierde y el porvenir es oscuro como una ceguera incurable; los ojos ven, pero lo que miran es indefinible; el alma está en el cuerpo; pero el cuerpo es la inercia; la conciencia se convierte en un silforama por donde pasan arremolinados los episodios de nuestra juventud; el presente nos ahoga entre el pasado y el porvenir; ¿á donde iremos á buscar consuelo p<sup>a</sup>. tantos dolores? ¿Adonde encontraremos la mirada de una madre, la mirada de una esposa y la sonrisa de unos hijos, q<sup>e</sup>. tranquilicen nuestro espiritu y derramen sobre nuestra frente paz y beleño? Do quiera q<sup>e</sup>. volvemos los ojos nos encontramos solos; solos con nuestras amarguras y con

nuestro heroísmo: somos como esos nautas osados, exploradores de mares desconocidos, q<sup>e</sup>. viendo combatida su nave por el viento y las tempestades del Oceano; encayada entre montañas de nieve, sin esperanzas de salvacion; sumidos en una atmósfera fria como la muerte y húmeda como el aliento de la tempestad; con la vista fija en un horizonte, cuyo brillo irrita los ojos, y con un cielo q<sup>e</sup>. se extiende sobre sus cabezas como un sudario; esperando anhelantes q<sup>e</sup>. alguna vela se descubra como signo de vida en aquel desierto sin armonias, que algun marino audaz, tambien indagador de derroteros por donde la civilizacion y el progreso puedan abrirse paso, venga en alas de su entusiasmo por la ciencia y por la humanidad á prestar su apoyo à los q<sup>e</sup>. se preparan á ser martires de su arrojo por una empresa generosa, contra la cual oponen su pujanza todos los elementos conuinados q<sup>e</sup>. el mar y el cielo encierran en sus misteriosas profundidades.

Y sucede á veces, q<sup>e</sup>. cansados esos hombres de esperar en vano, retiran su mirada del triste horizonte q<sup>e</sup>. los rodea, p<sup>a</sup>. convertirlos al estrecho límite del buque, donde se ajitan convulsivos, entre los horrores del hambre y las enfermedades y los sacudimientos conque el abismo les indica constantemente el inminente peligro q<sup>e</sup>. corren de perecer. Entonces la esperanza de socorro desaparece; el espiritu se reconcentra; los cuerpos se estrechan, las manos se tocan; los ojos brillan con el esplendor de la inmortalidad; y aquellos seres, cuya vida pende de un sacudimiento; aquellos náufragos, q<sup>e</sup>. solos con su desgracia, parecen debiles ante el imponente cuadro de una naturaleza siempre conspirada contra la civilizacion y la humanidad; aquellos soldados de la ciencia y del progreso, se preparan al combate con los elementos, y, como otros tantos Goliat, luchan con la ola y con el viento que los amenaza, y con la nieve q<sup>e</sup>. los envuelve, y con el dolor que los aniquila, y alli, donde parece q<sup>e</sup>. todo tiende á la destruccion y al rompimiento de cuanto lleva en si el sello del trabajo; alli, sobre el hielo flotante, resbaladizo, frágil, se levanta una barraca con los materiales que encierra la nave, se establece la vida y el movimiento, y el fuego, sostenido á despecho de grandes in-



convenientes, el fuego reparador; compañero del hogar; amigo íntimo del desnudo y del desamparado, porque. Lleva en sí la luz y el calor, q<sup>e</sup>. son tan necesarios á la existencia del hombre como la lluvia p<sup>a</sup>. las plantas; el fuego, la llama consoladora, brilla y chispea, luchando con la atmósfera q<sup>e</sup>. la envuelve y tiende á apagarla, pero derramando el consuelo en unos cuerpos empapados, sobre unos seres q<sup>e</sup>. se ríen del peligro y q<sup>e</sup>. entonan cánticos de entusiasmo p<sup>a</sup>. alentarse mutuamente y desafiar la muerte, con el heroísmo de los mártires.

Así esperan los náufragos el día, el momento feliz en q<sup>e</sup>. la nieve se liquida y aparezca algún socorro inesperado; y llega al fin ese día y ese momento, porq<sup>e</sup>. la tenacidad y la perseverancia siempre alcanzan el triunfo. La nave vuelve al puerto y los marinos audaces alzan sus frentes con orgullo, en la convicción profunda, de q<sup>e</sup>. los hombres no son tales hasta q<sup>e</sup>. no luchan y se persuaden de su fuerza y de su poder.

Así también nosotros hemos tenido y tenemos nuestros días y nuestros meses de naufragio, en el mar desierto y sin límites de la Revolución. Cuando encayada la nave de la República y amenazada p<sup>f</sup>. el fuego y el hierro de nuestros enemigos, nos hemos cansado de esperar en vano el auxilio de nuestros hermanos del exterior; cuando hemos tenido qe. apartar nuestros ojos del espléndido horizonte qe. nos rodea, p<sup>a</sup>. convertirlos al seno de esta patria idolatrada, aquí hemos encontrado una especie de lactancia, q<sup>e</sup>. nos ha alimentado, y q<sup>e</sup>. ella guardaba p<sup>a</sup>. sus hijos más nobles y más generosos, y un manto espeso de bosques hermosísimos, donde hemos curado nuestras heridas y mitigado nuestros dolores. El fuego sagrado del patriotismo ha ardido constantemente en nuestros corazones, y la llama del vivac ha calentado nuestros miembros entumecidos por la intemperie, y alumbrado el cuadro sombrío de nuestros camp<sup>os</sup>. El rayo de la guerra, nos ha venido á herir á estos centros de valor y abnegación, y ha subido á la altura de nuestras montañas más ocultas, p<sup>a</sup>. perseguir a los q<sup>e</sup>. la fatiga y el plomo han inutilizado; pero siempre se ha estrellado contra nuestra inquebrantable resolución. La ola se ha llevado á gran n<sup>o</sup>. de malos y cobardes patriotas, q<sup>e</sup>. se perderán incuestiona-

blemente en el golfo de su abyeccion; el abismo de la muerte se ha tragado á otros; pero hemos quedado muchos esperando el buen tiempo, y al fin, vientos favorables nos impulsarán al puerto de nuestra dicha. Esta soledad q<sup>e</sup>. hoy nos envuelve y nos asfixia; esta soledad se trocará mas o menos temprano, en el estruendo de las sociedades cultas y civilizadas: la paz y el trabajo levantarán sus himnos en la patria independiente, ó nosotros sucumbiremos con la Republica, p<sup>a</sup>. verguenza de los q<sup>e</sup>. con la mayor indiferencia nos han abandonado á nuestros propios esfuerzos.

## Capítulo V

### El *Virginus*

*Como se vé, el epígrafe con q<sup>e</sup>. encabezamos este Capitulo, es el nombre qe. llevaba el buque de vapor en el q<sup>e</sup>. Brig<sup>r</sup> Rafael Quezada nos ha introducido con gran éxito tres expediciones de parque, armas y otros materiales de guerra.*

El apresamiento del buque de vapor, en q<sup>e</sup>. el Brigr. R. Quezada nos venia introduciendo alguna q<sup>e</sup>. otra expedicion, es un acontecimiento q<sup>e</sup>. nos obliga á consagrarle un capítulo en esta pequeña obra.

El vapor *Virginus*, segun se nos ha asegurado, fué construido en Inglaterra, y por su ligereza y otras superiores condiciones marineras, se dedicó á romper el bloqueo de los puertos del Sud de los Estados Unidos, cuando la guerra civil ensangrentaba los campos de la gran Republica. La marina de guerra de esa nacion lo apresó, y despues de terminada la lucha, fué vendido con otros y consagrado por sus dueños al servicio de la marina mercante americana. No sabemos precisamente como vino á ser ultimamente propiedad del Gral. Manuel Quezada; pero si nos consta, q<sup>e</sup>. este Gefe cubano, lo puso al servicio de Venezuela y á favor del partido q<sup>e</sup>. sostiene á Guzmán Blanco en esa Republica. Despues, en Julio del 71, nos introdujo una pequeña expedicion de hombres y efectos de guerra; y dos años mas tarde, en Julio del actual, nos volvió

á introducir, con buen éxito, recursos de mas importancia. Volvia de nuevo á burlar el bloqueo ineficaz, conq<sup>e</sup>. España quiere ahogar á esta Isla y á los patriotas q<sup>e</sup>. han tenido la desgracia de nacer en ella, cuando á pocas millas de Jamaica le dio caza el vapor español “Tornado”, en la noche del 31 de Oct<sup>r</sup>. ppdo. despues de haber tenido q<sup>e</sup>. forzar su maquina de un modo tal, para alcanzarlo, q<sup>e</sup>. puso en peligro la existencia del buque y la de todos sus tripulantes.

El Virginus había arrojado al agua su cargamento antes de q<sup>e</sup>. lo apresaran. *Es sorprendente q<sup>e</sup>. dada su ligereza se hubiera dejado cazar tan facilmente por un barco.* Traia á bordo 110 hombres, entre tripulacion y espedicionarios, q<sup>e</sup>. fueron hechos prisioneros por el Comandt<sup>e</sup> del vapor enemigo, sin ninguna resistencia y trasladados con mas ó menos consideracion. Es sorprendente, que dada la ligereza acreditada de nuestro buque se hubiera dejado apresar por otro de menos andar. El “Tornado”, dueño ya de su presa lo condujo al P<sup>to</sup>. de Sgo. de Cuba. El leon de Castilla llevó esas nuevas victimas de su voracidad, p<sup>a</sup>. formar su festín con las fieras de la gran Antilla.

Era el sol del 1<sup>o</sup>. de Novb<sup>e</sup>. el q<sup>e</sup>. iluminaba los campos de la patria, cuando entraron en el Pto. aludido, el buque apresado y el apresador; es decir, el dia de difuntos; dia en q<sup>e</sup>. los pueblos catolicos como el español se entregan al recogimiento y á la meditacion; en q<sup>e</sup>. las campanas de todos sus templos tocan á orar p<sup>a</sup>. conmemorar los muertos; en q<sup>e</sup>. los cementerios se abren y se iluminan y los sepulcros se cubren de flores y de lágrimas; en q<sup>e</sup>. el espiritu de la cristiandad parece que descende á la tierra p<sup>a</sup>. consolar á los q<sup>e</sup>. lloran y recordarles lo q<sup>e</sup>. son en el mundo; en q<sup>e</sup>. el hogar esta triste al recuerdo de los seres queridos q<sup>e</sup>. lo alegraban y q<sup>e</sup>. dejaron de existir; en q<sup>e</sup>. vienen á la memoria, como llegan al oido las armonias de melancolico y lejano concierto, las remembranzas del pasado; en q<sup>e</sup>. solo se respira la atmosfera de las tumbas y el incienso de los altares; en q<sup>e</sup>. la voz del sacerdote es solemne y conmovedora, y la voz de la muerte parece que nos habla al oído, p<sup>a</sup>. prepararnos á hacer la entrada en su vasto y aterrador imperio.

Parecia qe. todo estaba dispuesto p<sup>a</sup>. recibir los martires; parecia qe. el genio de la eternidad habia vestido los edificios y las calles de aquella ciudad con los crespones del duelo, p<sup>a</sup>. q<sup>e</sup>. la entrada de las victimas se hiciera mas notable, y p<sup>a</sup>. q<sup>e</sup>. los corazones mas empedernidos pudieran conmovirse; y todo indicaba que los prisioneros debian ser tratados con clemencia y conmiseracion cuando menos; pero los chacales no entienden de esas cosas cuando presienten el olor de la sangre. Ni la solemnidad, ni la tristeza del dia; ni el luto q<sup>e</sup>. cubria los templos, ni el llanto q<sup>e</sup>. tal vez se derramaba de ojos acostumbrados á llorar, ni la oracion q<sup>e</sup>. se alzaba de labios puros y contraidos por los dolores, nada detuvo á los españoles p<sup>a</sup>. manifestar su regocijo, ante la idea de una carniceria pública y de un espectáculo a lo circo romano, q<sup>e</sup>. saciara su venganza y transmitiera á todos los ámbitos del universo la noticia de su triunfo. Las campanas q<sup>e</sup>. tocaban á muertos callaron, y el silencio de los sepulcros se trocó en vocerío y algazara. La religion se echó á un lado, pa' dar paso al báquico estruendo de los festines y de la música; la oracion se ahogó en los labios, dominada por las carcajadas insultantes, y por los gritos descompuestos de los voluntarios; algo q<sup>e</sup>. se parecia á la risa maligna de q<sup>e</sup>. habla Prudhon estaba en los semblantes. Si España hubiera hecho un descubrimiento mejor q<sup>e</sup>. el q<sup>e</sup>. hizo Colon, no hubiera dado lugar á tanto clamoreo y á tanto gozo; cualquiera hubiera creido que se celebraba la muerte de la Revolucion y q<sup>e</sup>. se acababa de cantar el Tedeum final. Pero se hubiera equivocado, desconociendo el caracter de nuestros enemigos; la cuestion se reducía á un poco mas de sangre derramada inútilmente; á un alarde de rabia y de soberbia, indigno de pueblos civilizados. Los prisioneros eran 110; entre ellos el Gral. Bernabé Varona, q<sup>e</sup>. mandaba la expedicion; fueron transportados del buque á la carcel entre el tumulto de la muchedumbre y el escarnio de los q<sup>e</sup>. iban a ser sus verdugos. Alli esperaron tranquilos y resignados la hora en q<sup>e</sup>. debia verificarse su suplicio. El Comdte. Gral. del Departamento Juan N. Burriel, deseoso de llevar él solo la gloria del asesinato, como un laurel mas á los q<sup>e</sup>. tendrá en su carrera de militar pseudo-republicano, no

comunicó el acontecimiento al Cap<sup>n</sup> Gral. Pieltain so pretesto de estar roto el cable y procedió por su sola cuenta. Se negó á oír al Cónsul americano del Puerto, q<sup>e</sup>. trato de amparar á los Ciudadanos de la Gran Republica q<sup>e</sup>. figuraban entre los espedicionarios, y sometió, por de pronto, á un Consejo de guerra verbal, á los q<sup>e</sup>. en su concepto eran cabecillas; es decir, al Gral. Varona, Coronel O’Ryan, Ciudadanos Pedro Cespedes, Osear Varona, Erminio Quezada y Jesus del Sol. La sentencia no se hizo esperar; fueron condenados á ser pasados por las armas. No puedo describir minuciosamente las peripecias de este cuadro sangriento, porq<sup>e</sup>. afortunadamente estoy muy lejos de hallarme en esos centros de desgracia qe. estan dominados aún por nuestros enemigos. Se me ha comunicado desde alli, qe. todos murieron con el valor con q<sup>e</sup>. han sabido morir siempre los cubanos en esta guerra. El Gral. Varona, dirigió algunas palabras á sus verdugos, amenazandolos con q<sup>e</sup>. dentro de algunos meses la sangre qe. ellos derramaban haria correr la de los españoles á torrentes.

Era el Gral. Varona un joven de 27 años, simpático y valiente. Figuró entre los conspiradores del Camaguey, donde habia nacido. Su caracter fogoso lo hizo cometer algunas calaveradas qe. lo desacreditaron entre sus compatriotas. Por orden del Gral. español Lersundi fué preso y llevado á la Capital de la Isla en Sepb<sup>e</sup>. del 68, acusandole de haber proyectado un levantamiento de negros; puesto en libertad, regresó de nuevo á su Ciudad natal, y alli se encontraba, cuando estallo la insurreccion entre los camagueyanos, dos meses despues de haber regresado. Al frente de algunos patriotas luchó contra las tropas españolas hasta q<sup>e</sup>. el Gral Manuel Quezada desembarcó en Guanaja (Camaguey) con una espedicion de armas y parque y 60 patriotas. A su lado empezó á servir Varona con el empleo de Ayudante de su E.M. Era uno de los favoritos del indicado Gral., asi por su viveza y resolucion, como por identidad de caracter. tenía entonces el grado de coronel; despues fué ascendido a Brigadier por el Gob. republicano con aprobacion de la Cámara de R.R., y colocado al frente de algunas fuerzas se distinguió por su arrojo e intrepidez.

Habiéndole encomendado el referido Gral. Quezada el mando de una columna de ataque contra el fuerte español, San José, en la línea de Nuevitás precipitó el asalto por su parte; se dejó engañar por el Gefe enemigo, so pretexto de rendirse con la tropa que defendía la trinchera del fuerte, y sufrió una derrota lamentable, por falta de pericia. En esa acción mató con su revolver un soldado patriota villareño, q<sup>e</sup>. según se dijo no quiso avanzar con la brevedad q<sup>e</sup>. él exigía. Por este hecho, q<sup>e</sup>. no debo calificar, fué sometido á un consejo de guerra y absuelto. Mas tarde recibió una herida ligera en el ataque de Las Tunas. Continuó despues combatiendo á las ordenes del Gral. Jordan, depuesto ya el Gral. Quezada de su destino de Gral en Gefe del E. L. Siguió luchando con mas ó menos actividad á las ordenes del Mor. Gral. I. Agramonte, desde el momento en q<sup>e</sup>. este Gefe fué nombrado de Operaciones del Distrito Militar de Camaguey. En [espacio en blanco] fué comisionado por el Gob. p<sup>a</sup>. organizar una expedición invasora de Occidente. En Junio del 70 se puso al frente de las fuerzas expedicionarias q<sup>e</sup>. había reunido y pasó la trocha camagueyana entre Ciego de Avila y Morón. Reunido en Sancti-Espiritu con parte de las fuerzas espirituanas, al mando del Brigr. Marcos García, proyectó atacar el fuerte de Lázaro Lopez, y contra las previsoras y juiciosas observaciones del Gefe espirituano indicado, lo atacó, no obstante los estragos q<sup>e</sup>. en él estaba haciendo el cólera. Puede decirse q<sup>e</sup>. sufrió una derrota, Despues de haber saqueado parte del caserío ocupado por familias, sin atreverse á incendiar las tiendas, q<sup>e</sup>. estaban próximas al fuerte. Empezó de allí marcha para el atrinchamiento de Yguará, también con el objeto de asaltarlo. Lo atacó en efecto, sin otro resultado q<sup>e</sup>. el de haber pasado á cuchillo algunos cubanos indefensos y saqueado algunas casas de familia. El cólera invadió horriblemente su columna y á marchas forzadas se vio obligado á regresar al Camaguey. En recompensa de estos servicios el Gob. lo nombró Gefe de Operaciones de Sti-Espiritu por renuncia del Brigr. Marcos García; pero las fuerzas espirituanas se sublevaron al saber el nombramiento y Varona tuvo á bien no ir á ocupar el puesto,

quedando en el Camaguey, bajo las ordenes del Gral. Manuel Boza. Mas tarde siguió combatiendo al mando del Gral. Agramonte, hasta que en medio de las grandes presentaciones de los camagueyanos al campo enemigo, recurrió al Gob. por un pasaporte, p<sup>a</sup>. pasar al extranjero á organizar una expedicion q<sup>e</sup>. ofrecia traer en breves meses. El Gob., por motivos qe. desconozco accedió á ello, y lo comisionó al efecto. Acompañado de dos ó tres individuos se embarcó en un bote y Despues de algunas dificultades y peligros tuvo la fortuna de que vientos favorables lo llevaron a Nasau. De allí partió á New York y entró á figurar entre los patriotas emigrados. De los servicios que en esa Ciudad prestó á la Revolucion y de su comportamiento como hombre honrado, que se habia consagrado á la causa de su patria, no puedo decir una palabra; porq<sup>e</sup>. á gran distancia de aquel centro de civilizacion y de progreso donde se ajitan nuestros hermanos movidos por un espiritu de partido inconveniente, lo q<sup>e</sup>. se nos comunica, no puede servirnos de base, p<sup>a</sup>. formar un juicio q<sup>e</sup>. tal vez verá la luz publica, sobre todo, cuando ese juicio se refiere á la conducta de un hombre á quien se le hacen algunas acusaciones mas ó menos graves. Solo diré, para concluir esta ligera biografía, que Despues de años de vivir en el extranjero, el Gral. Varona, se acordó de q<sup>e</sup>. era un Gefe militar cubano, que tenía compromisos con la Republica y con los patriotas q<sup>e</sup>. por ella combaten, y sin qe. sepamos porqué medios y de q<sup>e</sup>. manera, tomó el mando de la expedicion apresada, dejó la vida cómoda y placentera de las Ciudades de la Union americana, y se dispuso con un centenar de compañeros, á introducirnos algunos recursos de guerra, y á venir á compartir con nosotros, la vida agreste y llena de dificultades y peligros, que años anteriores habia soportado á nuestro lado.

El hado adverso no quiso q<sup>e</sup>. volviera á contemplar estos campos donde se meció su infancia y donde por primera vez empuñó su espada p<sup>a</sup>. herir á nuestros dominadores. Su sangre derramada valientemente en holocausto de la patria, es suficiente p<sup>a</sup>. limpiar cualquier mancha q<sup>e</sup>. tenga su vida borrascosa, en medio de la cual, siempre estuvo dispuesto á

sacudir el yugo de España, con ese espíritu caballeresco q<sup>e</sup>. le era peculiar, y con un valor denodado, q<sup>e</sup>. no desmintió ante la cuchilla del verdugo.

No satisfecho el Comandante Gral. Burriel y los voluntarios con el fusilamiento referido y con paseando las cabezas de los martires por las calles clavadas en unas picas, aumento la carniceria hasta 57 victimas; q<sup>e</sup>. murieron lanzando sus sombreros al aire al grito de ¡Viva Cuba! Los 60 restantes permanecen en la Carcel esperando qe. les llegue su turno. Entre los fusilados y presos aparecen algunos como subditos de la gran Bretaña y muchos americanos, q<sup>e</sup>. no han encontrado ninguna proteccion por parte de los cónsules. Solamente se nos ha comunicado q<sup>e</sup>. un Contra-Almirante ingles ha llegado á aquel Puerto y ha pedido clemencia p<sup>a</sup>. los prisioneros: el comandt<sup>e</sup>. de la “Niobe”.

Yo bien sé qe. el apresamiento del Virginus es un asunto de derecho internacional qe. proporcionará mucha materia á los periódicos americanos p<sup>a</sup>. q<sup>e</sup>. llenen sus columnas. Habrá mucho clamoreo, mucha indignacion y muchas manifestaciones de simpatia á favor de nuestra causa; pero el Gob. de Washington será sordo á tales muestras de respeto y consideracion á los fueros de la humanidad y la civilizacion y arreglará el asunto con el Gabinete de Madrid, del modo q<sup>e</sup>. mas convenga á sus intereses, y no á los intereses de la política Continental, q<sup>e</sup>. es la política de la Republica, la política de la democracia y la politica q<sup>e</sup>. debia respetar una nacion, q<sup>e</sup>. tiene á orgullo haber realizado el ideal de los pueblos libres del Universo.

El Virginus desaparecerá de la. escena revolucionaria, é irá á aumentar las naves del tirano p<sup>a</sup>. q<sup>e</sup>., trocando su papel, concurra á poner obstaculos á los q<sup>e</sup>. nos auxilian; pero eso no será mas q<sup>e</sup>. un azar de la guerra, q<sup>e</sup>. ni es el prim<sup>o</sup>. ni será el ultimo. La sangre de los martires fructificará, aunqe. cueste mas sangre; y si los patriotas emigrados, como es de esperarse, poseídos de noble indignacion, contribuyen á socorrernos eficazmente, no será preciso q<sup>e</sup>. ninguna potencia del mundo nos ayude con su interesada proteccion, p<sup>a</sup>. que España pague



muy cara su barbarie y salga avergonzada del ultimo baluarte de sus conquistas y su dominacion en América.

## Capt. VI

### Los niños en la guerra

Son los niños en todas las guerras objeto del mayor respeto y consideracion. Seres inocentes que no ofenden á nadie y q<sup>e</sup>. no son mas q<sup>e</sup>. los testigos curiosos y tímidos de los grandes acontecimientos q<sup>e</sup>. ajitan á las sociedades, siempre van á agruparse al lado de las mujeres y los ancianos p<sup>a</sup>. precaverse de los desastres de la lucha cuando las armas son las razones q<sup>e</sup>. emplean los hombres p<sup>a</sup>. dirimir sus cuestiones. Grupo á parte forman en todas las contiendas de los pueblos, esas criaturas q<sup>e</sup>. por sus pocos años, por su vejez, por su sexo, ó por sus achaques, estan exentos de entrar en la pelea; grupo q<sup>e</sup>. se aleja siempre del peligro por la mano misma de aquellos q<sup>e</sup>. lo promueven y q<sup>e</sup>. lo buscan, porque. por encima de todos los odios y de todas las pasiones, está la humanidad y la civilizacion y el respeto q<sup>e</sup>. inspira el sexo debil, la ancianidad y la infancia desgraciadas.

Pero en la guerra de Cuba sucede lo contrario de lo q<sup>e</sup>. ha sucedido en todas las guerras q<sup>e</sup>. registra la historia. La matanza ha sido general por parte de nuestros enemigos, cebándose especialmente en las partes mas debiles y mas inofensivas de nuestra sociedad.

Cuando la insurreccion tomó incremento, las familias de los patriotas dejaron las ciudades y los caserios, p<sup>a</sup>. refugiarse en el campo, y alli encontraron, al principio, tranquilidad. Despues el Conde de Valmaseda inició una política<sup>1</sup> horrible y una guerra de persecucion, q<sup>e</sup>. es bien conocida y q<sup>e</sup>. trajo por consecuencia el desconcierto y la desesperacion p<sup>a</sup>. las infelices cubanas, q<sup>e</sup>. fueron muchas veces victimas con sus hijos de la cuchilla de los soldados del déspota. El hambre y las enfermedades las persiguieron por todas partes, sin q<sup>e</sup>. nuestras tropas debiles, sin recursos y poco aguerridas todavia, pudieran

favorecerlas. Aun blanquean al sol en nuestros caminos y se ven en nuestros montes, los restos amontonados y dispersos de esos seres desgraciados, q<sup>e</sup>. la rabia y la barbaridad de los españoles hizo blanco y punto principal de sus operaciones militares. Cuando la historia de esta lucha se escriba, se pondrán á la espectacion del mundo civilizado los cuadros de sangre inocente derramada sin compasión alguna; á nombre de la nacion española y por mandato de ese tigre sin entrañas que se llama General Blas Villate. Entonces caerá sobre los criminales el anatema universal de los pueblos cultos y España recojerá el fruto de sus desaciertos y de su dominacion férrea y escandalosa, en el desprecio q<sup>e</sup>. infunda su nombre donde quiera q<sup>e</sup>. se pronuncie.

Por hoy debemos conformarnos con narrar algunos hechos y entrar en algunas consideraciones, q<sup>e</sup>. me son necesarias al fin q<sup>e</sup>. me propongo en este capítulo; sintiendo q<sup>e</sup>. la situacion en q<sup>e</sup>. me encuentro colocado no me permita tener á la mano los datos precisos p<sup>a</sup>. ser mas exacto en mis juicios; pero mis lectores disimularán esa estricta exactitud q<sup>e</sup>. no puedo ofrecerles, en la seguridad de q<sup>e</sup>. habiendo sido casi siempre testigo ocular de lo q<sup>e</sup>. narro, estoy muy próximo á acercarme á la verdad mas incontrovertible.

Limpios nuestros campos de la mayor parte de las familias q<sup>e</sup>. los ocupaban, por haber caído prisioneras ó por haberse visto en el doloroso caso de presentarse á nuestros enemigos, quedaron algunas en las profundidades de los bosques, llevando una vida azarosa y casi salvaje, y sometidas á una persecucion tal, q<sup>e</sup>. solo puede compararse á la q<sup>e</sup>. se ejerce sobre las fieras. Es de suponerse la situacion á q<sup>e</sup>. se vieron sometidas; sobre todo, los niños, q<sup>e</sup>. no tienen siquiera la fuerza moral suficiente p<sup>a</sup>. resistir las contrariedades de la vida material. Diezmados por las enfermedades y por el hambre, han ido desapareciendo de la escena revolucionaria, como esas flores q<sup>e</sup>. el huracan se lleva entre sus alas diáfanas; y los q<sup>e</sup>. han quedado entre los estragos de la tormenta, parecen plantas debiles q<sup>e</sup>. vegetan entre las ruinas de nuestros hogares destruidos, sin ser favorecidos por el calor y por la luz del sol.

Yo los he visto y los veo á cada paso en esta existencia nómada, qe. me hace recorrer constantemente el territorio de la Revolucion; yo los he visto y los veo, con el corazon destrozado por una pena profunda, q<sup>e</sup>. no han podido atenuar los cinco años de sufrimientos q<sup>e</sup>. llevo y la costumbre de contemplarlos casi diariamente.

Siempre han sido p<sup>a</sup>. mi los niños objeto de cariño y de agasajo. Sus blandos cabellos; sus manecitas confiadas, q<sup>e</sup>. todo lo tocan sin recelo y por curiosidad; sus ojos limpios, en q<sup>e</sup>. se retrata la inocencia; sus mórbidas megillas; su lenguaje infantil; su risa, su llanto, cuyas lágrimas se desprenden por entre unas pestañas espesas, sus juegos y sus travesuras; todo ese conjunto seductor de la niñez afortunada, me ha llamado la atencion en tiempos mas tranquilos y cautivado toda mi atencion y todos mis cuidados. La guerra me separó de esos cuadros de familia, y destrozó tambien el nido de mis amores, dejando en mi alma un vacio q<sup>e</sup>. no podré llenar. Por eso siento ante los niños desvalidos una sensacion q<sup>e</sup>. no me es posible dominar y qe. me obliga en esta guerra á atraerlos á mi lado p<sup>a</sup>. consolarlos y favorecerlos. Recuerdo q<sup>e</sup>. un dia antes del ataque de las Tunas en Agosto de 69, encontrándome en el Ojo de Agua de los Melones, donde estaba la tropa camagüeyana acampada, se presentó un niño ante el Gral. Manuel Quezada y pidió q<sup>e</sup>. le dieran una carabina p<sup>a</sup>. concurrir al asalto. Yo me sentí arrastrado hacia el. No contaba mas de diez años: era blanco y tenía un aspecto enfermizo; sus ojos estaban diáfanos, y sus labios pálidos, y movidos por una sonrisa dolorosa, q<sup>e</sup>. descubria unos dienteillos mal cuidados. Interrogado por el indicado Gefe sobre lo qe. pensaba hacer con el arma de fuego q<sup>e</sup>. pedia, respondió: q<sup>e</sup>. estaba resuelto á morir por Cuba matando españoles: q<sup>e</sup>. estos lo habian dejado huérfano, asesinando á sus padres en Holguin donde él había nacido, y q<sup>e</sup>. queria vengarlos.

El Gral. lo hizo obgeto de sus agasajos, y le aconsejó q<sup>e</sup>. no se espusiera á las balas enemigas: q<sup>e</sup>. esperara ser hombre p<sup>a</sup>. llevar su deseo. Desapareció á poco entre el tumulto del camp<sup>o</sup>. y no se supo mas de él. Al dia siguiente, se efectuó el

asalto; y cuando estraian de la poblacion los heridos en medio de una lluvia de proyectiles, q<sup>e</sup>. derramaban la muerte por todas partes, el niño, le quitó á un moribundo su rifle, avanzó resueltamente hacia una trinchera y una bala le atravesó el corazon.

Mucho tiempo despues, en Dicib<sup>e</sup>. del 70, estando yo en operaciones con el Gral. Modesto Diaz, en el Distrito de Bayamo, despues de un combate glorioso para nuestras armas, vi un niño q<sup>e</sup>. lloraba, en medio de la tropa, fatigada por la lucha. Tenía su carabina al lado, y atrajo mi atencion su llanto. Le pregunté porq<sup>e</sup>. estaba aflijido, y me enseñó una úlcera, q<sup>e</sup>. tenía en un pié y q<sup>e</sup>. estaba sangrando. Me refirió q<sup>e</sup>. no tenía doce años; que era soldado hacia algun tiempo; q<sup>e</sup>. los españoles lo habian dejado huérfano, asesinando á sus padres, y q<sup>e</sup>. no soltaria la carabina hasta q<sup>e</sup>. no lo mataran ó se concluyera la guerra. Estaba casi desnudo, y estenuado por las privaciones. Le propuse q<sup>e</sup>. se viniera á mi lado, q<sup>e</sup>. yo lo socorreria, y se resistio completamente. Continué viéndolo en su compañía, sometido á la ordenanza y á los servicios del Egército y pocos meses despues lo perdí de vista, pues tuve q<sup>e</sup>. separarme del Distrito de Bayamo.

El año ppd<sup>o</sup>., en Dicb<sup>e</sup>. concurrí al ataque de Holguin; y poco despues de haber abandonado la poblacion, q<sup>e</sup>. quedaba ardiendo, cuando ya el dia empezaba á iluminarnos, un soldado se me acercó y me regaló una cajilla de cigarros. Fijé mis ojos en él, y me pareció q<sup>e</sup>. lo conocía: él entonces se adelantó á decirme su nombre, ven estos momentos no recuerdo; y me vino á la memoria el niño de la úlcera. Era el mismo q<sup>e</sup>. tenía delante; estaba bien vestido y lucia un blanco sombrero sobre su cabeza, q<sup>e</sup>. había tomado en medio del asalto en un establecimiento de la poblacion atacada. No tenía todavía el aspecto de un hombre pero estaba mas desarrollado y robusto. Me refirió algunas peripecias del combate, y al toque de una corneta me abandonó p<sup>a</sup>. ocupar su puesto en su compañía.

En Mayo del 72, marchaba el autor de estas lineas al lado del Mor. Gral. Máximo Gómez, con sus compañeros del

Congreso y el Gob. de la Republica, por el Distrito de Cuba, con direccion á Guantánamo; y tras una marcha dificil por entre montañas escabrosas, descendimos al cauce profundo que forma el “Piloto” entre dos lomas empinadas. Allí nos sorprendió la noche y tuvimos qe. hacer alto en una pequeña vega, donde habia algunas labranzas, cultivadas por un ran- chero. Agoviados p<sup>r</sup>. el cansancio y p<sup>r</sup>. el hambre, tendimos nuestras hamacas bajo los ranchos de la familia del patriota labrador, y bajo los arboles de la ribera. Yo, tuve la suerte de colgar la mia en un pequeño bohio. q<sup>e</sup>. servia de cocina: á mi lado colocó tambien la suya el Ten<sup>te</sup>. Coronel Fernando Figueredo, Ayd<sup>e</sup>. del Presidente Cespedes. Un asistente nos trajo un pedazo de chorizo de sangre de caballo, sin sal, y unos boniatos asados, qe. era lo único q<sup>e</sup>. teniamos para q<sup>e</sup>. comer. Nuestro opulento banquete, llamó la atencion de un niño, q<sup>e</sup>. se encontraba cerca de nosotros y q<sup>e</sup>. no habiamos notado. Se acercó al Ten<sup>te</sup>. Coronel Figueredo, le estiró su mano y con voz tímida le pidió de lo q<sup>e</sup>. comia. Al principio esta franqueza mambí produjo en nosotros alguna hilaridad; pero el aspecto del pequeñuelo era tan doloroso y su mirada tan suplicante, q<sup>e</sup>. nos movió el corazon; y mi compañero, en un arranque de su caracter generoso, lo tomó en sus brazos y se lo sentó en sus piernas. Esta manifestacion de agasajo produjo una alegria indescriptible en el niño y empezó á hablar como una cotorra y á contarnos su pequeña historia. No habia alcanzado todavía seis años; era de color, estaba completamente desnudo y en su corta edad habia vivido tanto como un hombre; tales eran las desgracias que habia sufrido. Como una flor entreabierta por el vendabal q<sup>e</sup>. está próxima á morir por falta de rocío, se sintió reanimado al calor de nuestra compasión y al arrullo de nuestras frases cariñosas. Nos refirió que era huérfano y desgraciado; q<sup>e</sup>. su padre habia sido asesinado por los españoles, estando enfermo en un rancho de un bosque de Holguin; q<sup>e</sup>. su madre lo llevó á un punto nombrado Campechuela, cerca de Mayarí, y q<sup>e</sup>. alla vivia sola con otro niño de su familia, de mucho mas edad q<sup>e</sup>. él; q<sup>e</sup>. un dia salió su compañero á buscar recursos al monte y quedó solo con su madre; q<sup>e</sup>. esta á poco

se acostó sobre una cama de cujes y permaneció acostada todo el día, hasta q<sup>e</sup>. por la tarde, hostigado por el hambre, trató de llamarla y notó q<sup>e</sup>. estaba muerta; q<sup>e</sup>. entonces se colocó á su lado y permaneció despierto toda la noche. Nos describió el aspecto q<sup>e</sup>. presentaba la difunta con sus grandes ojos abiertos y su vientre levantado, con una espresion tal, q<sup>e</sup>. no era concebible en un niño de tan corta edad. Despues agregó; q<sup>e</sup>. al amanecer del dia siguiente, se presentó el otro muchacho, q<sup>e</sup>. habia salido por recursos, y notando lo q<sup>e</sup>. habia pasado, mientras se habia encontrado fuera, recojió un perol y otros utensilios de cocina, q<sup>e</sup>. formaban el único capital de su madre; le puso fuego al rancho, é iluminados por la luz siniestra de aquel incendio se pusieron en camino, hacia el bohio de un vecino cercano. De alli pasó al abrigo de una familia, q<sup>e</sup>. lo trató muy mal, y, por ultimo, lo habian conducido al lugar, donde se encontraba, bajo el amparo del dueño de la labranza, q<sup>e</sup>. nos habia dado alojamiento.

Continuó conversando con nosotros mucho rato, hasta que el Gefe del Campamt<sup>o</sup>. hizo tocar silencio, y fué preciso obligar á nuestro amiguito á q<sup>e</sup>. se fuese á dormir. Antes de q<sup>e</sup>. amaneciera emprendimos marcha, y no he vuelto á tener noticia del huérfano de la labranza del rancho del Piloto.

Tal vez habrá muerto ya envenenado por los miasmas q<sup>e</sup>. se desprenden de aquel rio, q<sup>e</sup>. como otros q<sup>e</sup>. se precipitan entre las lomas de la Maestra, ejercen una perniciosa influencia sobre la salud de los patriotas q<sup>e</sup>. habitan sus riberas montañosas. Tal vez su naturaleza se habrá acostumbrado al dolor y á la miseria, y con su macuto á las espaldas, subirá las rocas y penetrará en los montes, p<sup>a</sup>. estraer la miel de las colmenas, y coger la fruta de los arboles, acompañado de algun muchacho de mas años y mas vigoroso. De cualquiera modo q<sup>e</sup>. sea, la historia de ese niño, es la historia de otros muchos que la Revolucion ha convertido en martires, sin q<sup>e</sup>. ellos tengan conciencia de su inutil sacrificio.

No me ha sido posible conservar los nombres de esos seres inocentes, cuyos padecimientos dejo referidos. En el torbellino de la contienda, hemos perdido hasta las reliquias de familia,

y con ellas no parecerá extraño q<sup>e</sup>. se nos hayan estraviado tambien nuestros apuntes históricos. Solamente retengo en la memoria el nombre de un muchacho valientísimo, á quien tuve lugar de interrogar pocas horas despues del combate del Zarzal, en Junio del año actual de 73. Llamabase Justo Traba. Era de color; apenas contaba trece años; pero aparentaba menos; estaba bien vestido y tenía al hombro una carabina Remington. Se encontraba llorando en los momentos en q<sup>e</sup>. me acerqué á él. ¿Porque lloras mambisito? le pregunté. Lloro, me respondió, porque han muerto á mi padre en el combate, sin estar yo á su lado- ¿Y donde te encontrabas tú cuando sucumbió. -Me encontraba á corta distancia de él; pero no podia verlo por el humo del tiroteó ¿Como se llamaba tu padre? -El Cpn. Martín Traba, me dijo Este Capn era un hombre, negro, de extraordinario valor. Habia alcanzado su grado á fuerza de acciones notabilísimas; una imprudencia, hija de su denuedo, lo hizo caer muerto de un balazo en el pecho. Y bien, le dije al soldadito, ¿qué piensas tú hacer ahora? ¿Qué voy a pensar Ciudadan<sup>o</sup>., me dijo: seguir luchando en mi compñ<sup>a</sup>., con tanta mas razón cuanto q<sup>e</sup>. ahora tengo q<sup>e</sup>. vengar la sangre de mi padre. -¿Qué grado tienes? -Soy sargento 2o. (He aqui un Gefe de nuestro Ejército, si la guerra se dilata, me dije á mi mismo.) -¿Y cuantos tiros disparastes hoy en la pelea? -Cincuenta y tres -Vistes de cerca los españoles? Maté un Gefe con mi machete, sobre el convoy, q<sup>e</sup>. guardaba con los heridos, y tomé allí este pequeño botín q<sup>e</sup>. ve V. aqui (me lo enseñó). En medio de estas preguntas y respuestas, corrian las lágrimas por las mejillas del niño patriota, q<sup>e</sup>. era hijo único y habia acompañado su padre, desde el principio de la guerra á todos los combates há q<sup>e</sup>. habia concurrido. Su hoja de servicios es admirable y digna de figurar entre las notabilidades de esta lucha.

Tal vez mañana una bala venga á cortar esa existencia tan preciosa, sellando con la sangre de un inocente el sacrificio, q<sup>e</sup>. solo los hombres estamos obligados á hacer por la patria. Ejemplo q<sup>e</sup>. debería llamar la atención de todos aquellos cubanos, q<sup>e</sup>. apreciando su vida y sus intereses en mas de lo q<sup>e</sup>. valen, se olvidan de sus deberes de patriotas, p<sup>a</sup>. llevar

una existencia tranquila, lejos de todo peligro, cuando el estruendo de nuestras armas y la voz de la libertad, los llaman al campo de la contienda, p<sup>a</sup>. salvarlos de la esclavitud en que viven sumidos y declarar independiente el suelo donde nacieron.

Mañana, cuando la victoria final corone nuestros esfuerzos, el nombre del Sargento Justo Traba se pronunciará en todas partes, con mas respeto y consideracion, q<sup>e</sup>. el de cualquiera de esos potentados, dueños de Ingenios, q<sup>e</sup>. solo viven pensando en el azucar, q<sup>e</sup>. el sudor y la sangre de sus esclavos hacen brotar de la ardiente paila, *donde deberia irse á purificar su conciencia, cargada con el peso y la corrupcion de tantos crímenes.*

Yo podria presentar á los ojos de mis lectores mil rasgos de la existencia de los niños en esta guerra; pero ya este capitulo se ha alargado mas de lo regular, dada las dimensiones q<sup>e</sup>. debe tener esta pequeña obra y la poca importancia histórica q<sup>e</sup>. le coniedo. Concluiré, pues, manifestando qe. en nuestro Egército existe un gran n<sup>o</sup>. de soldados, q<sup>e</sup>. no pasan de 16 años y que han venido formandose en medio de la Revolucion, p<sup>a</sup>. ser hoy los heroes de mil combates y sucumbir mañana, como sucumben á cada paso, sin q<sup>e</sup>. sus nombres pasen siquiera á la posteridad con el lustre q<sup>e</sup>. les dan sus sacrificios.

Esos niños, q<sup>e</sup>. vagan por nuestros bosques, desnudos y estenuados por el hambre y las enfermedades, en busca de frutas y jutias con q<sup>e</sup>. alimentarse; q<sup>e</sup>. van á los campamentos enemigos, sin temor alguno, p<sup>a</sup>. estraer animales y viandas p<sup>a</sup>. sus familias; q<sup>e</sup>. cargan á la espalda un lio con el cual moriria de fatiga un hombre de las Ciudades, y q<sup>e</sup>. son la reserva de nuestro Egército; esos niños, repito, cuya infancia no tiene alegrías y cuya razón se ha desenvuelto, antes de tiempo, movida por la desgracia; bien merecen q<sup>e</sup>. les hayamos consagrado estas líneas, p<sup>a</sup>. q<sup>e</sup>. el corazon de algunos lectores lata á impulsos de un sentimiento generoso, y para q<sup>e</sup>. á su memoria dedique siquiera un gesto de admiracion y un aplauso.



## Capitulo VII

### El rancharo

Voy á presentar á los ojos de mis lectores un tipo originalísimo, especial de esta guerra, que solamente es conocido de los patriotas combatientes. El rancharo (o majá) no se parece al gaucho de Buenos Aires, ni á ningun otro tipo americano; se parece asi mismo; tiene su fisonomía, sus lineamientos, sus costumbres, q<sup>e</sup>. no ofrecen semejantes en ninguna parte. Es una mescla de salvaje y de hombre mas ó menos civilizado, una mescla de titan y de pigmeo, digna de q<sup>e</sup>. Victor Hugo la dibuje con su pluma, como una de esas creaciones de su portentosa imaginacion, q<sup>e</sup>. solamente en esta lucha sin ejemplo, hubiera podido surgir entre los escombros y la desolacion de un pueblo, q<sup>e</sup>. ha llegado á realizar lo q<sup>e</sup>. parecia imposible.

El rancharo ha nacido en los campos de Cuba. Los hay blancos, negros, mulatos, indios morenos, y hasta albinos; pero su modo de existir, sus trabajos y otras circunstancias especiales dan á su fisonomia un color indefinible. Sus ojos acostumbrados á ver entre las sombras, se plegan ante la luz del sol; sus brazos desnudos y desarroyados estan inclinados hacia atras, tirados por las cuerdas del saco q<sup>e</sup>. acostumbran llevar cargado á las espaldas; sus piernas son ágiles y musculosas, como las del gamo, sus pies y sus manos han tomado la forma de la garra, á fuerza de levantarse sobre los precipicios p<sup>a</sup>. castrar las colmenas, ó sobre los arboles p<sup>a</sup>. cojer las jutias; su vientre está á veces undido por el hambre y á veces levantado, como la manifestacion ostensible, de una enfermedad, producida por una alimentacion impropia de un ser racional y poco nutritiva; el cabello en unos es largo, y en otros, está cortado á filo de cuchillo, á raiz del cráneo. Viste un traje indescriptible, q<sup>e</sup>. es compuesto de cortezas de arboles, y de trapos viejos; calza zandalias de majagua q<sup>e</sup>. el mismo se fabrica caminando; lleva sombrero, gorra ó turbante; el machete q<sup>e</sup>. porta no tiene á veces mango y casi siempre parece una lengua de serpiente; en la canana de cueros de

jutia mal curtidos carga el mechon y la piedra de chispa para hacer candela. Su oído percibe la caída de una hoja y su nariz tiene el olfato del perro. Su conjunto, en fin, es un conjunto de animación y de viveza, q<sup>e</sup>. tiene algo del jibaro, de nuestros montes, algo del venado y algo de la zorra.

Este es el ranchero, bajo el punto de vista puramente físico; pero si lo contemplamos con los ojos de la filosofía, entonces se produce en el espíritu una violenta conversión, y el patriota aparece iluminado por la irradiación del martirio.

Los hombres del Ejército le llaman majá, no porque se esconda p<sup>a</sup>. huir del peligro, q<sup>e</sup>. á cada momento desafía; sino porq<sup>e</sup>. tiene su habitación entre las oscuridades del bosque. El la abandona p<sup>a</sup>. servir de práctico, él presta además el servicio de correos; él espía los movimientos del enemigo, en sus mismos atrincheramientos; él señala el lugar donde deben acampar nuestras fuerzas; lleva las tropas donde existen subsistencias; indica donde deben colocarse las avanzadas; ayuda á cargar el parque q<sup>e</sup>. importan á nuestras playas las expediciones del extranjero; lo guarda y custodia; cura y protege los enfermos y los heridos; reparte miel y velas entre los soldados; cultiva el campo en beneficio del Estado, y desafía la tempestad; desafía la lluvia; desafía las distancias, desafía todos los peligros q<sup>e</sup>. pueden presentarse, p<sup>a</sup>. llevar al Gob. Central de la nación ó á los cuarteles Grales. una noticia q<sup>e</sup>. le parece importante.

Por donde quiera qe. camineis en el territorio de la revolución, encontrareis uno de esos hombres, q<sup>e</sup>. os sale al paso; porq<sup>e</sup>. sabe distinguir perfectamente, quienes son los amigos y quienes los enemigos. No hay vereda que no conozcan, ni palo alguno en el monte de q<sup>e</sup>. no os dé cuenta; acorta las distancias haciendo caminos, solamente practicables p<sup>a</sup>. los patriotas y atraviesa á rumbo las montañas, cuando el enemigo intercepta el paso. Si vais á las ciénagas lo vereis allí convertido en un Golliat de los pantanos y de los juncales. Su casa compuesta con ramas, ó con cuerdas, sobre estacas, parece, á veces, q<sup>e</sup>. flota sobre las aguas; tiene su piragua p<sup>a</sup>. cruzar los esteros; tiene su caballo p<sup>a</sup>. enlazar el ganado y su perro que

no ladra p<sup>a</sup>. buscarlo; pezca con redes y con nazas y aprisiona las jicoteas con jamós; hace sal en la costa, del agua del mar, q<sup>e</sup>. pone á hervir en un caldero; caza con su carabina y saca el cangrejo de su cueva, cuando no encuentra otro alimento; tirotea al enemigo parapetado detras de un palo, cuando se acerca á sus dominios: es una especie de caiman q<sup>e</sup>. se esconde entre las yerbas acuáticas, cuando teme al peligro y q<sup>e</sup>. sale á la superficie del estero, cuando quiere hacer presas. Ni el jaguey; ni el mosquito, ni el jejen le hacen daño; su piel curtida por el sol, tiene la consistencia de la del hipópótamo; come de pie y mira á todos lados con desconfianza; el canto de un judío lo hace poner en guardia; su familia es el objeto de todos sus cuidados, la patria es su ídolo y la guerra su elemento; prim<sup>o</sup>. fué soldado y despues se ha convertido en gigante; cae á veces en las garras del enemigo, por alguna traicion, ó por un descuido, pero muere gritando ¡Viva Cuba!

Este es el ranchero mas feliz de todos los de su clase, y si os dirijis á las lomas de la Maestra, alli encontrareis el Golliat de la montaña: tiene las mismas costumbres q<sup>e</sup>. el de la ciénaga y los mismos hábitos, con la diferencia, de q<sup>e</sup>. el campo de sus operaciones es distinto; el de la Sierra no tiene caballos ni redes, ni piragua, porq<sup>e</sup>. no le hacen falta. Su ranchó lo sitúa al borde de un arroyo; en las concavidades de las lomas mas elevadas; no hace trilla p<sup>a</sup>. salir á los caminos porq<sup>e</sup>. salta como un venado para evitarla; sigue un rastro entre el monte como un indio de Norte America, aunq<sup>e</sup>. sea de un solo hombre; abandona al alba su guarida y se lanza en busca de recursos p<sup>a</sup>. su familia, ó á prestar servicios á la Republica; regresa por las noches cargado como una aveja llevando á la espalda un catauro enorme de llaguas, q<sup>e</sup>. puede contener medio buey; pero q<sup>e</sup>. no contendrá seguramente otra cosa q<sup>e</sup>. la subsistencia q<sup>e</sup>. le ha producido el monte; atraviesa con su carga 18 y 20 leguas por entre rocas y precipicios; va á la costa á cargar parque ó á hacer sal, y alli se alimenta con cocos y con miel, comiéndose á veces con la mayor tranquilidad, la cera que forma el panal; caza el andarás entre los palos huecos, con una facilidad admirable; con el aceite del coco, con algunas

yervas, con la yuca de ía guáyara, con zalpiñones del bosque, y con otros elementos q<sup>e</sup>. produce la tierra, ha formado su arte culinaria mambi q<sup>e</sup>. tiene sus atractivos gastronómicos; fabrica zapatos de majagua y frazadas de guacacoa. q<sup>e</sup>. podrian alcanzar premios en alguna esposicion manufacturera; es en fin un hombre extraordinario, q<sup>e</sup>. lleva en su sangre el espiritu de la libertad y en toda su fisonomía el desprecio á los peligros y á la muerte; que odia á los españoles por instinto, que mira al cielo y piensa en q<sup>e</sup>. Dios protege nuestra causa, y prepara p<sup>a</sup>. este suelo infortunado las recompensas del martirio de sus hijos, en los beneficios de una cercana independencía y de un triunfo decisivo sobre sus tiranos.

Los rancheros de los llanos montuosos, son menos importantes, bajo el punto de vista de su fortaleza, de sus trabajos y de sus costumbres; pero prestan los mismos servicios a la Revolucion y son mas astutos y mas precavidos, por estar mas sometidos á la persecucion de nuestros enemigos, alrededor de cuyos camp<sup>ts</sup>. merodean p<sup>a</sup>. captarse voluntarios españolizados, formar conspiraciones entre ellos, con el fin de que entreguen los fuertes, y estraer parque y efectos ultramarinos.

No concluiré este capítulo sin consignar aqui el nombre de uno de esos patriotas que habita cerca de los grandes y hermosisimos piñales de Mayari. Se llama Pedro Montolla; desde el principio de la guerra está en ella y no hay ejemplo de q<sup>e</sup>. nunca haya desfallecido su espiritu. Es mulato y tiene mas de 50 años. Mantiene una numerosa familia. Distintas ocasiones lo he encontrado en mi camino, p<sup>a</sup>. tener lugar de admirarlo. Tiene una fisonomía simpática y resuelta, y es benevolente con todo el mundo. Como caminador no tiene igual en la Revolucion; atraviesa los pinales á lo largo (9 legs.) de ida y vuelta, en menos de un dia. Recuerdo q<sup>e</sup>. una vez se encontraba el Gob. muy aislado de nuestras tropas, en un punto, cerca de Mayari; dos ó tres columnas enemigas lo envolvian. No teniendo noticias del Gral. Calixto Garcia, pidió un práctico p<sup>a</sup>. q<sup>e</sup>. lo buscase entre la zona de cultivo de Holguin, donde luchaba con el enemigo; no habiendo quien conociera aquel territorio, se presentaron dificultades p<sup>a</sup>. alcanzar el espre-

sado obgeto; pero Montolla pidió la comunicacion q<sup>e</sup>. iba á enviarse al indicado Gefe, manifestó q<sup>e</sup>. sin ser conocedor de los caminos q<sup>e</sup>. pudieran llevarlo donde estaba el Gral., iria sin embargo, y partió resueltamente en el acto. A los tres dias estaba de vuelta, dando cuenta de haber estado en el Cuartel del referido Gefe militar qe. se encontraba en la “Vegita de Bañes” cerca de la “Ensenada del Ramon”: habia caminado mas de 50 leguas.

Otros hechos pudiera citar p<sup>a</sup>. acreditar la preferencia qe. he dado á ese ranchero, consignando especialmente su nombre y parte de su historia; pero me parece suficiente el hecho referido, p<sup>a</sup>. dar una idea á mis lectores de la importancia de Montolla. La Revolucion tendrá término mas tarde ó mas temprano, y cuando concluya, el tipo q<sup>e</sup>. presento en este capitulo, desaparecerá por completo, no teniendo ya razón de existir, é irá á figurar entre los labradores oscuros y pacificos q<sup>e</sup>. poblaran de nuevo nuestros campos, sino sucumbe de languidez por falta de ejercicio, entre las comodidades relativas de una vida tranquila y mas civilizada.

De cualquier modo que sea, yo me complazco en consignar aqui sus grandes virtudes y sus titánicos esfuerzos en pro de la causa de la independenciam de la patria.

## Capítulo VIII

### El convoyero

El convoyero, es un soldado como cualquier otro de nuestro Egército, con la diferencia de q<sup>e</sup>. no presta el servicio de las armas; presta el servicio de asistente, al lado de los Gefes y subalternos militares, y al lado de los demás funcionarios de la Republica. En esta ocupacion se distingue de un modo extraordinario, hasta el estremo de constituir un tipo, tambien especial de nuestra guerra.

Está obligado á buscar recursos, p<sup>a</sup>. partirlos por mitad con su Gefe; carga el equipaje de este en las marchas; cocina; lava; cuida los caballos; fabrica el ranchos: cose, á veces, si

es inteligente, y ejecuta cualesquiera otra clase de servicios domésticos, con una abnegacion incalculable.

En estos trabajos estriba la importancia que tiene á mis ojos; porque es preciso observarlos, p<sup>a</sup>. poderlos apreciar. Regularmente los convoyeros son negros, q<sup>e</sup>. han estado bajo el látigo de la esclavitud antes de la lucha. Por esa época eran unos seres abyectos y serviles, hoy han variado de condicion, merced al espíritu eminentemente democrático de nuestra Constitucion. Sus hábitos son distintos, y conocen, mas ó menos, los otros de que hacen uso. Acostumbrados á la servidumbre, no han podido desprenderse todavia de todos los resabios del esclavo y luego adolecen algunos de los defectos de este; pero generalmente son sufridos hasta la exajeracion y soportan con mas calma q<sup>e</sup>. los demas patriotas, las contrariedades y las privaciones de la campaña.

No se puede decir qe. estan vestidos ó desnudos, eso varia en consonancia con la situacion q<sup>e</sup>. se atraviesa. Tan pronto se ven con un calambé ó taparabo. como tan pronto lucen un traje decente: todo está en que se asalte un poblado, donde concurren á hacer su botin, completamente desarmados, ó portando solamente el aterrador machete. Su alegria en este caso es notable, cuando regresan del ataque. Cada cual se adereza con lo q<sup>e</sup>. ha quitado al enemigo. Ya se vé uno luciendo un traje de bailarín; ya otro se ofrece militarmente ataviado; ya ostenta el de mas allá una gorra de mujer, un calzoncillo blanco y planchado y un frac, q<sup>e</sup>. no cubre otra camisa q<sup>e</sup>. una igual á la q<sup>e</sup>. llevaba Adán el primer dia de la creacion; ya aquel se pasea pavoneandose, con su sorbetera en la cabeza, su pantalón de casimir flamante y por levita una chamarreta de rusia, q<sup>e</sup>. forma risible contraste con las otras piezas del vestido; ya este anda con pantalones y sin camisa, ó con camisa y sin pantalones; y todos presentan el cuadro mas original, mas estraño, q<sup>e</sup>. puede ofrecerse á los ojos de un hombre civilizado. Pero esto varia brevemente y los convoyeros presentan entonces un aspecto dolo[roso] y conmovedor. Los q<sup>e</sup>. no habeis visto nunca al hombre luchando con el infortunio; los qe. encontráis todos los dias algun alimento q<sup>e</sup>. llevar á la boca; los q<sup>e</sup>. viajais

á caballo, en coche ó en cualquier otra clace de vehiculo; los q<sup>e</sup>. teneis delante un hogar tibio qe. os espera ó una posada donde van á descansar; los q<sup>e</sup>. no temeis encontrar la muerte en el camino; los q<sup>e</sup>. sabeis el lugar donde vais á deteneros; venid á esta guerra desastrosa, á contemplar el convoyero, cuando vá de marcha, y sabreis lo q<sup>e</sup>. el hombre sufre y lo q<sup>e</sup>. el hombre puede, cuando le acompañan una voluntad de hierro y una resignacion incontrastable.

A pie y descalzos; con un lio enorme á la espalda, y á veces otro, mas enorme todavía en la cabeza; jadeantes de fatiga y de dolor; por entre riscos y piedras y troncos y espinas, q<sup>e</sup>. desgarran sus carnes; subiendo y bajando lomas dilatadas, q<sup>e</sup>. son un Golgota continuo; esos hombres negros, de aspecto lastimoso, parecen las sombras de los oprimidos de la tierra, protestando, sin encono, contra la injusticia humana. Y despues, tras una jornada de muchas leguas, sin descanso alguno, cuando la tropa se detiene p<sup>a</sup>. formar camp<sup>o</sup>. y reposar (lo q<sup>e</sup>. casi siempre sucede ya entrada la noche) esos soldados de la Revolucion, dejan su carga y suben inmediatamente á recorrer el monte [ilegible] en busca de pencas ó de yaguas con q<sup>e</sup>. levantar el rancho p<sup>a</sup>. su Gefe. No importa q<sup>e</sup>. llueva; no importa que el suelo esté resvaladizo; no importa q<sup>e</sup>. el rayo hienda el espacio y q<sup>e</sup>. la oscuridad lo envuelva todo con manto de tinieblas; el convoyero, obedece la ordenanza, y cumple con su deber, sin lanzar una queja, ni emitir un solo pensamiento, q<sup>e</sup>. ponga en evidencia algun disgusto. Y cuando ya ha concluido su faena, cuando en muelle hamaca descansa el obgeto de sus atenciones y cuidados de las fatigas de la marcha, él, vuelve á salir, si es necesario, á cortar forraje p<sup>a</sup>. los caballos, ó á buscar víveres p<sup>a</sup>. partirlos con su Gefe, y regresa, al fin, al campamento, entonando alguna alegre trova, p<sup>a</sup>. acostarse, sin haber tomado alimento muchas veces, sobre cuatro maderos húmedos, teniendo por almohada un tronco ó una piedra, y por sábanas una hoguera, q<sup>e</sup>. le tuesta un lado del cuerpo, mientras el otro está helado como la nieve.

Asi van esos patriotas rodando por el territorio de la Republica, alegres y satisfechos en medio de sus trabajos dolorosos,

que son espontaneos, como que los prestan á la causa de la libertad, cuyos beneficios nunca gozaron allá entre los rigores y las cadenas de una esclavitud denigrante y vergonzosa.

Jamas se premiaron suficientemente los sacrificios q<sup>e</sup>. el convoyero hace en esta tierra desgraciada, p<sup>a</sup>. contribuir al destronamiento de la tirania, q<sup>e</sup>. ha pesado sobre su frente con la pesadumbre inmensa del despotismo mas cruel y mas inhumano.

Cuando se hace necesario buscar viveres en los atrinchamientos enemigos, él va de noche, sin temor alguno, con fuerza armada ó sin ella, y los toma tranquilamente, soportando á veces el fuego de las avanzadas ó el de alguna emboscada q<sup>e</sup>. de vez en cuando le preparan los voluntarios. En este caso, lo mas q<sup>e</sup>. sufre es la pérdida de la carga y algun pequeño extravio; pero siempre regresa al lugar de donde salió, p<sup>a</sup>. volver de nuevo á arrostrar iguales peligros, hasta conseguir subsistencias.

Y no crean mis lectores q<sup>e</sup>. el convoyero se acobarda y desalienta cuando el enemigo lo sorprende ó lo persigue; no, él tiene la suficiente serenidad p<sup>a</sup>. dejarlo burlado y hacerlo gastar su parque inutilmente. Se cuenta q<sup>e</sup>. uno cayó en la emboscada q<sup>e</sup>. le formaron los españoles; escapó de ella prodijosamente, y corria como un galgo, creyendose ya en salvo, cuando notó q<sup>e</sup>. un soldado de linea lo perseguia muy de cerca; viéndose perdido, porq<sup>e</sup>. ya le faltaba el aliento, se detuvo; entregó al hijo del Cid su machete, y mientras este lo tomaba con la confianza propia del q<sup>e</sup>. no encuentra resistencia, le dio una puñada en el estomago, q<sup>e</sup>. lo hizo rodar por el suelo, p<sup>a</sup>. quedar despues muerto de un machetazo y despojado de la ropa, del rifle y demas equipos q<sup>e</sup>. llevaba en el cuerpo. Con estos trofeos se presentó al Campamento y fué victoreado.

Pero cuando el convoyero ostenta todo su valor, es en los momentos en q<sup>e</sup>. el Cuartel donde se haya es atacado por sorpresa. Entonces, mientras todos corren á parapetarse, ó buscan el monte p<sup>a</sup>. presentar resistencia, ó huyen si no pueden ofrecerla, él recoje la hamaca y equipaje de su Gefe y se convierte en un camello cargador, echandose á la espalda



cuanto encuentra en el rancho, y sacando hasta en los dientes lo q<sup>e</sup>. no le cabe en las manos. Algunas veces es victima de su arrojo ó tiene p<sup>a</sup>. salvarse q<sup>e</sup>. lanzar todo lo q<sup>e</sup>. lleva; pero de todos modos se pone á la altura de un héroe.

El convoyero deja de serlo, p<sup>a</sup>. empuñar un rifle, tomar puesto en una compañía y batirse como un leon en todos los combates. La mayor parte de los qe. desempeñan ese servicio, desean ingresar en las filas del Egército; pero la ley los sujeta al lado de un Gefe; porq<sup>e</sup>. sin asistentes, no podrian los funcionarios de la Republica, del orden civil ó militar, entregarse respectivamente á sus faenas intelectuales ó a combatir al enemigo. Sin embargo, actualmente el Gral. Garcia ha iniciado el pensamiento de armar los convoyeros de su Cuerpo de Ejercito, p<sup>a</sup>. que sin prestar el servicio del soldado, puedan luchar en defensa de la impedimenta que custodian, ó cuando concurren á los asaltos, ó á estraer viveres en campo enemigo.

En todas esas ocupaciones el convoyero está espuesto á perder su existencia; y la sacrifica gustoso, p<sup>a</sup>. ser olvidado á los pocos minutos, por sus mismos compañeros, q<sup>e</sup>. en esta guerra, como en todas las que han ensangrentado el mundo, las glorias y los laureles de la victoria, ciñen solamente las sienes de los q<sup>e</sup>. menos sufren y menos se esponen al peligro, porq<sup>e</sup>. sus actitudes y sus talentos los colocan en posiciones elevadas, donde prestan mejores servicios. Yo, sin embargo, deploro esas desigualdades excesivas, q<sup>e</sup>. separan los hombres, bajo un mismo cielo, bajo una misma bandera y bajo el peso de identicos dolores; y las deploro tanto mas, cuanto q<sup>e</sup>. me llenan de admiracion esos sacrificios hechos en el altar de la patria, sin tener la esperanza de q<sup>e</sup>. sean siquiera recompensados directamente, con una página pequeña en la historia de la lucha. Pero no es posible nivelar los individuos de una sociedad, y es preciso conformarse con las cosas humanas como son y como deben ser, á despecho de esos sentimientos de justicia q<sup>e</sup>. despiertan en los corazones generosos, esas virtudes y sacrificios oscurecidos, con q<sup>e</sup>. pagan su tributo á la civilizacion y al progreso las claces menos afortunadas.

## Las familias insurrectas

Dije en uno de los capitulos anteriores, q<sup>e</sup>. las familias de los patriotas habian salido al campo desde los primeros dias de la guerra, y gozado en esa época mucha tranquilidad; sobre todo, en el Camaguey, donde el enemigo no llevó el fuego y el terror de sus armas, hasta Enero del 70. Despues, el Conde de Valmaseda, las hizo obgeto principal de sus operaciones militares, y entonces, se abrió p<sup>a</sup>. ellas un infierno de dolores y de zozobras continuas, de sacrificios, de abnegacion y de muerte, q<sup>e</sup>. ha dejado un rastro sangriento y desastroso en el campo de la contienda.

El cuadro q<sup>e</sup>. ofrecian nuestras madres, nuestras hermanas, nuestras esposas y nuestras hijas en la epoca indicada, q<sup>e</sup>. ligeramente describo en el capitulo “Los niños en la guerra” era capaz de conmover el corazon mas feroz y mas empedernido; pues el de los secuaces del Gral. Blas Villate se formó á la sombra de la bandera de los “tres rios”, que es el símbolo de la abominacion mas escandalosa q<sup>e</sup>. registran los anales de la historia y la enseña q<sup>e</sup>. ha guiado á los partidarios ó siervos de la mas odiosa de las tiranias hacia las conquistas de los pueblos debiles é inocentes, q<sup>e</sup>. es lo mismo q<sup>e</sup>. decir hacia el robo y el asesinato.

La persecucion alcanzó tal incremento á mediados del 71, q<sup>e</sup>. las desgraciadas cubanas no se atrevian siquiera á respirar entre los bosques, por temor de verse aprisionadas por sus verdugos desalmados. A la aproximacion de una columna enemiga, abandonaban sus ranchos y se internaban en lo mas espeso del monte donde no se escapaban, por cierto, de ser sorprendidas y ultrajadas. De alli eran llevadas á los fuertes mas cercanos, á pie y entre la mofa de una soldadesca insolente q<sup>e</sup>. se jactaba de su triunfo, sin tener absolutamente en cuenta el sexo la edad y la inocencia de las victimas.

No todos los Gefes del Ejercito español cumplían exactamente las instrucciones q<sup>e</sup>. se les habian dado, con respecto á

las familias: algunos se han mostrado decentes y caballeros, cubriendo con el manto de una proteccion digna la desgracia de las prisioneras; pero la mayor parte de esos autómatas del despotismo, se han distinguido ante sus superiores, p<sup>a</sup>. alcanzar un ascenso, haciendo alarde de una crueldad sin ejemplo, q<sup>e</sup>. no debe quedar envuelta entre las sombras del olvido, p<sup>a</sup>. q<sup>e</sup>. en todos tiempos sea una mancha asquerosa qe. ostente en su bandera el Ejercito enemigo, y p<sup>a</sup>. q<sup>e</sup>. se arrepientan algun dia los perpetradores de tan heroicas hazañas de su cobarde proceder. Entre todos esos pequeños Minotauros se distinguian, el Coronel Manuel del Palacio, en la jurisdiccion de Jiguaní; el Tnt<sup>e</sup>. Coronel Weiler en las Tunas; el Comdt<sup>e</sup>. Carlos Gonzales Boet en todo el Dept<sup>o</sup>. Oriental y guerrilleros Lolo Benitez en Bayamo y Federico Echavarria (a) Federicon, en Baire. El prim<sup>o</sup>. fué el célebre perpetrador de la horrible matanza de Jiguaní, en la cual fueron victimas por sospechas, y sin formacion de proceso, los distinguidos Doctores de Santiago de Cuba Jose Perez y Rafael Espin y los Ciudadanos, no menos distinguidos, Acencio y Acencio y Bravo Collazo. Ademas, otros patriotas, hasta completar veinte y uno; pero este cuadro no es de los q<sup>e</sup>. me propongo describir y [ilegible] p<sup>a</sup>. completar la gloria del Coronel Palacio, q<sup>e</sup>. las mujeres q<sup>e</sup>. ultrajó y entregó á la soldadecza p<sup>a</sup>. rematar el ultraje, le tejen en el cielo una corona de laurel, p<sup>a</sup>. colocarla en su frente cuando el Eterno lo llame alli en premio de sus grandes virtudes, de su honradez y de su espiritu humanitario y generoso.

El Coronel Weiler, q<sup>e</sup>. ya es Brigadier por sus eminentes servicios, se divertia viendo bailar desnudas á algunas infelices, q<sup>e</sup>. la desgracia hacia caer en sus manos y en medio de su tropa, en la cual figuraba el renombrado batallón de Matanzas. En el Camp<sup>o</sup>. de Jagueyes, sobre el desembarcadero “La Zanja” tuvo mucho tiempo ese Gefe el circo de sus barbaridades. Alli eran conducidas las insurrectas mas lindas y mas interesantes en su dolor, p<sup>a</sup>. ser tratadas sin consideracion alguna y lanzadas á la prostitucion mas desesperada y por ultimo á la muerte. Alli se asesinaron los niños y los ancianos; alli parecia q<sup>e</sup>. se habian reconcentrado todas las iniquidades de la politica de

Valmaseda y todos los horrores de la tiranía española, p<sup>a</sup>. herir el corazón de los padres, de los hijos y de los esposos y con ellos á la humanidad, al progreso y á la civilización.

Los demás Jefes citados procedían como Palacio y Weiler; pero Boet tiene en su conciencia una matanza que es preciso dar á conocer. El Tente. Coronel cubano [espacio] Sintra, de color, y casi anciano, se hallaba enfermo, en los montes de una finca nombra[da] “Guaminas” en el D<sup>to</sup>. de Cuba al lado de su numerosa familia. Estaba casi imposibilitado de las piernas y no podía andar. El referido Comdt<sup>e</sup>. Boet lo supo, por denuncia de un trabajador, cuyo nombre no recuerdo y con su guerrilla partió al momento á sorprenderlo, guiado por el espía. Llegó al punto donde estaba situado el rancho, lo envolvió entre su tropa, y considerando ya la presa segura, lo invadió resueltamente. El Tent<sup>e</sup>. Coronel Sintra, q<sup>e</sup>. tiene un valor á toda prueba, al verse rodeado por el enemigo en pleno día y sin haberlo observado de antemano, se consideró perdido; tomó su rifle é hizo fuego al prim<sup>o</sup>. q<sup>e</sup>. se le puso delante: huyó en seguida disparando tiros á todos lados y pudo romper el círculo q<sup>e</sup>. lo envolvía amenazador. Fué entonces perseguido tenazmente hasta unos riscos, donde pudo parapetarse, y desde allí sostuvo un fuego mortífero con sus perseguidores. Estos se retiraron y llenos de rabia por no haber podido lograr el objeto principal q<sup>e</sup>. allí los había conducido, á la voz del Comdt<sup>e</sup>. Boet se lanzaron sobre la acongojada familia, y no dejaron ni un niño, ni una anciana q<sup>e</sup>. no asesinaran á machetazos. Los hijos, la mujer, la madre, las hermanas del Tente, Coronel Sintra, con otras personas que les acompañaban, perecieron al rigor de aquella chusma salvaje. El desdichado Jefe cubano, esperó q<sup>e</sup>. la guerrilla abandonara el monte y regresó al lugar donde había sido asaltado, presintiendo, tal vez lo q<sup>e</sup>. había sucedido. El cuadro que se presentó ante sus ojos era capaz de destrozar el corazón de una fiera. La carnicería había sido horrible: la sangre teñía el suelo: el rancho estaba incendiado: los miembros de las víctimas rodaban inanimados sobre la yerva y una atmósfera de muerte y desolación oprimió el pecho de aquel desdichado patriota, q<sup>e</sup>. sin lanzar un ay!, ni

derramar una lagrima, juró sobre los restos de aquel hogar destruido y de aquellos seres idolatrados, vengar tanta maldad y tanta cobardía ó perecer en la lucha. Asi lo ha efectuado, y en la actualidad es Coronel, despues de haber dado breve fin con su machete y su rifle á muchos españoles.

Pero separemos un momento la vista de ese espectaculo siniestro, y vamos á contemplar las amarguras de otras familias en el seno de los bosques. Yo, tengo tambien mi historia de lagrimas y de sangre, como cualquier otro patriota, y me permitiran mis lectores q<sup>e</sup>. me desgarré de nuevo el pecho, ofreciendoles un cuadro de dolor en q<sup>e</sup>. figuran mi esposa y mis hijos.

La persecucion, sin ejemplo, q<sup>e</sup>. sufrieron las familias en Bayamo, despues de haberse apoderado el Conde de Valmaseda de aquella Ciudad, obligó á las bayamesas á atravesar el Cauto, con penosas dificultades, para refugiarse en el territorio de las Tunas, no sin que en el tránsito cayeran muchas en poder del enemigo. Mi esposa y mis hijos, acompañados de una tía de la prim<sup>a</sup>. y de uno de mis cuñados, abandonaron la Ciénaga de Buey, donde se encontraban, p<sup>a</sup>. formar parte de la emigracion q<sup>e</sup>. invadia las Tunas, como una corriente consumidora, q<sup>e</sup>. habria de producir la escasez prim<sup>o</sup>. y despues la miseria. Yo residia en esa época en Guaimaro, al lado del Gob. Central: estaba alli atado por el deber; pero habiendo recibido carta del cuñado qe. hacia mis veces al frente de mi familia, parti al momento, hacia el lugar donde esta se encontraba, y llegué oportunamente, p<sup>a</sup>. evitar q<sup>e</sup>. cayese en manos de las tropas españolas. Pocos dias despues de mi llegada, dejé los seres q<sup>e</sup>. formaban el encanto de vida, al cuidado de un excelente patriota, y regrese al seno de la Cámara de R. R., de cuyo Cuerpo siempre he formado parte. Pasaron algunos meses sin novedad alguna. A principios de Octubre del mismo año de 69 recibí carta de un amigo, en q<sup>e</sup>. me comunicaba, con algun tacto, la muerte de mi esposa, acaecida de resultas del cólera, q<sup>e</sup>. en esa época assolaba el territorio de la Revolucion. Me encontraba en aquel momento gozando de las delicias de una especie de soire q<sup>e</sup>. daba la familia del Gral. Manuel Quezada,

en una finca nombrada “San Diego de Najaza”, donde residia. Es de suponer el efecto q<sup>e</sup>. produciria tan funesta noticia, en un marido q<sup>e</sup>. idolatra su esposa. Abandoné aquel centro de cantos y placeres y parti con mi suegro C. Ramon Cespedes y otros miembros de mi familia con direccion á las Tunas. Al dia siguiente estábamos en el límite q<sup>e</sup>. separa esa jurisdiccion con la del Camaguey. Allí nos detuvimos á hacer noche en una finca donde se encontraba un abogado bayamés con su familia, q<sup>e</sup>. tiene un cercano parentezco con el autor de estas lineas. Nada se me pudo asegurar, respecto á la muerte de mi esposa: habia rumores vagos, y nada mas. Continuamos marcha al dia siguiente y cuando ya habiamos andado dos leguas, fuimos detenidos por un correo q<sup>e</sup>. encontramos en el camino. Traia una carta: una carta en tales circunstancias y con tales antecedentes, es siempre una especie de tribunal q<sup>e</sup>. va á decidir nuestra suerte. La epistola venia dirigida á mi suegro y fué abierta por este: estaba fechada en la “Soledad de las Tunas” donde residia el objeto de mis zozobras. Mientras mi padre político la leia, tenía fijos mis ojos en su rostro venerable: lo vi palidecer y se me ajitó el corazon de tal modo, q<sup>e</sup>. me vi espuesto á caer del caballo q<sup>e</sup>. montaba; luego salió una lágrima de sus ojos y me alargó la carta diciendo: “ha muerto mi hija Clementina”. El amor es egoista y lo subordina todo: senti una alegria momentánea, no obstante ser Clementina una de las hermanas de mi mujer por quien sentía profundo cariño. Pero el ligero gozo se trocó inmediatamente en nueva zozobra; la carta anunciaba q<sup>e</sup>. mi esposa se hallaba tambien atacada del cólera, aunq<sup>e</sup>. de un modo benigno, y mis hijos sufrían fiebres. No quise continuar marcha, presintiendo una desgracia inevitable. Siempre me he separado de los seres q<sup>e</sup>. mas he querido cuando una enfermedad cualquiera los ha puesto á los bordes de la tumba. Ese cuadro, q<sup>e</sup>. no he podido contemplar nunca, no se parece seguramente á los q<sup>e</sup>. presenta la muerte despues de un combate: el cuerpo q<sup>e</sup>. cae robusto atravesado por una bala ó por un machete, no presenta el triste aspecto del cuerpo q<sup>e</sup>. oculto entre sabanas y vendajes se ofrece demacrado por una enfermedad lenta y

penosa. Hay algo de sublime y de grandioso en eso de reclinar la frente moribunda sobre la yerva enrojecida por la sangre: y hay mucho de doloroso, mucho de [espacio] en la lenta agonía de un enfermo q<sup>e</sup>. se ve morir entre lágrimas y llanto; porq<sup>e</sup>. una epidemia ó los medicos lo matan.

Supliqué á uno de mis primos, q<sup>e</sup>. me acompañaba, q<sup>e</sup>. fuera donde se hallaba mi familia, p<sup>a</sup>. q<sup>e</sup>. de cualquier modo la sacase de aquel lugar peligroso, donde era probable q<sup>e</sup>. la asaltara el enemigo en la difícil situación en q<sup>e</sup>. se encontraba; mientras q<sup>e</sup>. mi suegro y yo marchabamos por otro lado, a un punto conveniente, q<sup>e</sup>. indicamos, donde esperaríamos los enfermos y prepararíamos los medios de q<sup>e</sup>. no estuviesen á la intemperie. Así lo hicimos, y á poco nos encontrabamos marchando por distinto rumbo.

Tres dias despues, llegó al punto convenido mi desgraciada esposa, su tia y mis cinco niños. El cuadro q<sup>e</sup>. ofrecian era conmovedor: todos estaban enfermos, inclusive el cuñado q<sup>e</sup>. a su lado, hacia mis veces. La finca donde iba á alojarse tanta desdicha, se llamaba la “Vijeta”, y estaba cerca del pueblo de Guaimaro. Pertenecía á uno de esos cubanos q<sup>e</sup>. no estaba conforme con la guerra y q<sup>e</sup>. se han pasado al enemigo: en aquella época aun estaba indeciso y se encontraba en la hacienda. La casa q<sup>e</sup>. habitaba no tenía mas q<sup>e</sup>. dos cuartos, uno ocupaba él con su Sra. e hijos y el otro un matrimonio de mulatos: lo demas estaba diáfano. No se prestó de buen grado á darme cabida en su madriguera y solo me permitió forrar con pencas de palmas el extremo de un corredor sucio y desmantelado. Allí coloqué los enfermos, y los q<sup>e</sup>. nos encontrabamos buenos del cuerpo, q<sup>e</sup>. no del alma nos acomodamos á la intemperie. Era ya de noche cuando pude sentarme á descansar un momento. Una de mis niñas de siete años de edad, nombrada Fernandina, hermosa como un angel (q<sup>e</sup>. siempre parecen hermosos los hijos á sus padres) se hallaba estenuada por las fiebres que habia sufrido. La dueña de la casa la obsequió, sin q<sup>e</sup>. yo lo notara, con una fuente de carne y viandas. Cuando reparé tal obsequio, ya la convaleciente habia comido lo bastante p<sup>a</sup>. causarme zozobra. No pude poner remedio al mal y esperé

impaciente el resultado. No se hizo esperar mucho tiempo: al día siguiente, muy temprano, la niña estaba atacada del cólera. Su madre no podía atenderla porq<sup>e</sup>. el viaje la habia puesto en fatal estado; y yo me consagré á cuidarla. Al principio la coloqué entre mis piernas y la estreché entre mis brazos, p<sup>a</sup>. darle calor á sus miembros helados; despues fué indispensable acostarla desfallecida en una cama. Logré á fuerza de eficacia y sin recurso ninguno detener la enfermedad y vislumbré un rayo de esperanza. Mientras tanto mi esposa, mis otros hijos y mi cuñado, corrian peligro de morir por falta de alimentos convenientes. La casualidad, mas q<sup>e</sup>. el esfuerzo hizo, al fin, q<sup>e</sup>. encontrase algunos recursos y la nube se despejó un poco; pero á las seis de la tarde, la niña empezó á presentar los sintomas del tifus. Me llamaba á cada momento; me hablaba sonriendose y luego se ponía á cantar y á mirarme con sus grandes y rasgados ojos de color oscuro, por entre cuyas pestañas largas y espesas asomaban las lagrimas. Los q<sup>e</sup>. sois padres podeis apreciar mi dolor: los q<sup>e</sup>. conoceis las amarguras de esta guerra, podeis considerar mi situacion. Para aumentar mis congojas, el cielo se cubrió, como á las diez de la noche, de nubes amenazadoras y el temporal estalló con violencia, el agua se introdujo por todas partes; las luces se apagaron; y hubo un momento en q<sup>e</sup>. me pareció q<sup>e</sup>. contra mi se habian conspirado todos los elementos, y q<sup>e</sup>. debia decidirme á vencerlos p<sup>a</sup>. salvar los pedazos de mi corazon. El dueño de la casa se habia encerrado en su cuarto, huyendo de mis enfermos, y el matrimonio de mulatos dormia al son de la tempestad, sin sentir q<sup>e</sup>. el dolor estaba á su lado haciendo estragos. Lleno de ira y desesperacion toqué varias veces á la puerta de ambas habitaciones, y nadie me respondió; entonces me decidí á echarlas abajo, viendo tanta inhumanidad y tanta indiferencia. Tomé un tronco grueso y di un golpe terrible en una de ellas: el Sor. de la hacienda no espero otro: se levantó y abrió lo q<sup>e</sup>. yo amenazaba romper á pedazos. En aquel momento hubiera sido capaz de sostener una lucha entre las sombras q<sup>e</sup>. me envolvían; pero mi adversario se manifestó prudente, protestando hallarse dormido cuando empezó el temporal. Su



Sra, q<sup>e</sup>. parecia mas hospitalaria, se ofreció tambien á mis ojos llena de espanto. El miedo tiene sus resoluciones heroicas; establece sus comparaciones con prudencia y escoge muchas veces lo q<sup>e</sup>. mas le conviene. La voz de la humanidad, q<sup>e</sup>. siempre se hace oír en medio del egoísmo y la maldad no tuvo tanta elocuencia como la del grueso tronco conq<sup>e</sup>. golpié la puerta de aquellos seres descorazonados y cobardes el matrimonio de mulatos fué el q<sup>e</sup>. continuó en su sueño profundo, ageno á todo lo q<sup>e</sup>. pasaba á su alrededor. Era preciso no perder tiempo en esplicaciones y asi lo indiqué á mis huespedes. La Sra acudió á socorrer á mi esposa q<sup>e</sup>. reclamaba mis cuidados y yo con su marido me puse frente a frente con el vendabal, p<sup>a</sup>. proteger á mi hija moribunda. El agua empezaba á correr por su lecho de cujes y sus miembros estaban completamente helados: habia perdido ya el conocimiento y estaba sumida en una postracion profunda; todas las ropas q<sup>e</sup>. encontré á la mano las introduje en los huecos del techo ruinoso y con todos los cueros de novillo secos que pude encontrar entre aquel laberinto de lios, de serones y hasta de perros, q<sup>e</sup>. el dueño de la casa tenía en abundancia, formé sobre la cama de la niña una especie de cielo raso visiblemente grotesco. Asi pude detener la lluvia, q<sup>e</sup>. filtraba por todas partes; pero el viento lo ajitaba todo con sus alas frias, y p<sup>a</sup>. el viento no hubo remedio; fué necesario soportarlo, cubriendo con nuestros cuerpos el lecho en q<sup>e</sup>. se moria mi desgraciada hija. A poco, calmó algo el temporal y pude visitar los otros enfermos; la dueña de la casa los habia colocado en el lugar de aquel caramanchel, q<sup>e</sup>. estaba menos espuesto á los rigores de la tempestad, al lado de la puerta del cuarto del dichoso matrimonio, q<sup>e</sup>. continuaba durmiendo, y cerca de un burén de hacer casabe. q<sup>e</sup>. aun estaba ardiente, por haberse trabajado en él todo el dia. Mi esposa se moria de debilidad y de dolor mas q<sup>e</sup>. de otra cosa: su enfermedad habia declinado ya completamente. Mi cuñado, de convaleciente sufría con una calma q<sup>e</sup>. le era peculiar la empapazón á q<sup>e</sup>. estaba sujeto: mis niños lloraban é inspiraban compasion entre los brazos y sobre las piernas de la tia de mi mujer, q<sup>e</sup>. lloraba tambien entre tanta desolacion y tanta desdicha. Yo

los consolé á todos bravamente y volví al lado de la niña en cuya cabecera estaba fijo como un centinela en su puesto, un negro, casi anciano, q<sup>e</sup>. habia sido mi esclavo pero á quien queria entrañablemente por la eficacia y el buen deseo con q<sup>e</sup>. siempre habia servido.

A las cinco de la mañana exhaló su último aliento mi pobre hija: abandoné su lecho de muerte, dejando allí el negro anciano q<sup>e</sup>. derramaba abundantes lagrimas, á fin de proporcionar medios de hacer un atahud. El viento habia calmado, pero llovía aun con alguna fuerza; de vez en cuando, las nubes q<sup>e</sup>. pasaban violentamente por el espacio, se entreabrian, y dejaban ver alguna claridad en el seno negro de la tormenta; pero esa claridad qe. iluminaba ligeramente mi cuadro de dolor, no era suficiente á derramar en mi espiritu alguna tranquilidad. Mis ojos estaban secos, pero mi alma vertía lagrimas de sangre, en el fondo de mi corazon.

Llamé el dueño de la finca, qe. se ocupaba de sus miserias acompañado de su digna compañera, y le supliqué me proporcionase algunas tablas ó me dijera donde las podia conseguir, p<sup>a</sup>. construir yo mismo el atahud en q<sup>e</sup>. queria colocar el cadáver de mi niña. Me respondió q<sup>e</sup>. no era posible encontrar lo q<sup>e</sup>. le pedia; q<sup>e</sup>. sepultara la difunta envuelta en una estera. Esta proposicion me indigno, no obstante lo despreocupado q<sup>e</sup>. soy respecto á los entierros. Me parecia una cosa horrible echar sobre la fosa llena de agua el cadaver de aquel angel, q<sup>e</sup>. nada tenía q<sup>e</sup>. se pareciese á la tierra. Hice un esfuerzo: voltéé toda la casa y di al fin con una arca vieja, q<sup>e</sup>. estaba en un rincón de la cocina, llena de botellas y frascos rotos. Se la pedí á mi hombre; y me la negó. Insisti, y al fin, por interseccion de la mujer pude<sup>3\*</sup> profundos dolores, viendose en el caso, mi esposa de dar á luz un niño en plena primavera, bajo unos cueros secos y en medio de un bosque de muchas leguas de estension, mientras q<sup>e</sup>. el fuego de la persecucion del enemigo se vio por todos los alrededores.

---

3 En este lugar del texto se produce un salto correspondiente, al parecer, a una hoja perdida (*N. del A.*).

En Agosto del 71, la miseria, las enfermedades y ademas el pillaje y desenfreno de los españoles, pusieron á las cubanas insurrectas en una situacion inconcebible. Casi todas las q<sup>e</sup>. caian prisioneras en poder de las tropas enemigas eran ultrajadas por los mismos Gefes, p<sup>a</sup>. ser despues entregadas a la insolencia de la soldadesca. Las q<sup>e</sup>. se presentaban a los Camp<sup>o</sup>. ó á las columnas en operaciones, merecian mas consideracion y respeto y se le guardaban según el caracter ó educacion de la autoridad á q<sup>e</sup>. se acojian.

Nuestras fuerzas, por otro lado, no tenian á veces mas par[que] q<sup>e</sup>. el tiro q<sup>e</sup>. llevaban en el fusil y no podian absolutamente atender á la defensa del vecindario. Habia un desconcierto general en la Republica; sobre todo, en el Camaguey, donde las presentaciones de hombres, mujeres y niños eran constantes y numerosas.

Yo me habia unido desde la residencia del Gob., al Mor. Gral. Modesto Diaz, con el obgeto de acompañarlo en una excursion por todo el Estado de Oriente, de donde habia sido nombrado Gefe Superior ese Gral. Antes de marchar fuimos juntos á visitar mi familia y una circunstancia especial dio lugar á q<sup>e</sup>. nos detuvieramos algunas semanas á su lado; por lo q<sup>e</sup>. el Gral. Diaz hizo llevar allí su sobrina, la viuda del Mor. Gral Luis Marcano. No pasaron mucho tiempo sin que fuésemos atacados por los españoles, aunq<sup>e</sup>. esta vez casualmente. El dia anterior habia pasado por nuestro Camp<sup>o</sup> situado en las "Catas" de las Tunas una gran fuerza cubana procedente de las Villas q<sup>e</sup>. se dirijia al Distrito de Cuba en busca de armas. Parece q<sup>e</sup>. una poderosa columna enemiga le seguia el rastro, y con 30 horas de diferencia llegó al lugar donde nosotros nos encontrabamos. Eran las seis de la mañana cuando se oyó el fuego de nuestra avanzada. Solamente habia algunos oficiales del E.M. del Gral. y algunos soldados de su escolta: un total de 20 hombres. El enemigo persuadido de nuestra debilidad, avanzó sin recelo y envió guerrillas hacia el Cuartel, q<sup>e</sup>. estaba situado en el flanco izquierdo. El Gral. con su rifle y unos hombres los esperó sereno y les rompió el fuego á quema ropa, haciendolos retroceder. En seguida avanzó detras

de ellas y les hizo incorporar á la columna, q<sup>e</sup>. avanzaba por el camino seguido el día anterior por la fuerza de las Villas. Envió algunos números q<sup>e</sup>. tiroteasen la vanguardia; porq<sup>e</sup>. la ruta era impracticable, y continuó el fuego sobre el centro de la columna. Esta seguía su marcha tranquilamente; pero de pronto se detuvo y envió nuevas guerrillas p<sup>a</sup>. desalojarnos. No es mi objeto describir este combate, en el q<sup>e</sup>. no pude tomar parte activa por estar enfermo de los ojos. Solo diré, que el fuego duró hasta las tres de la tarde; qe. el enemigo no pudo tomar nuestro Cuartel y q<sup>e</sup>. antes q<sup>e</sup>. fuese de noche se retiró, volviendo atras, y desistiendo de la persecucion q<sup>e</sup>. habia emprendido. El Gral. Diaz debe estar orgulloso de este triunfo.

Pero volvamos á la narracion. Las familias con este suceso, huyeron al bosque, y pasaron un dia amargo, porque. alli escaseaba el agua. Mi esposa se extravió con dos de sus niños, y á las ocho de la noche fué encontrada en lo mas espeso del monte entre los rigores de sed. La situacion se agravó de un modo extraordinario, porq<sup>e</sup>. no parecian subsistencias; se comia carne solamente, y para eso, era preciso q<sup>e</sup>. cada familia tuviese caballos y hombres á propósito, q<sup>e</sup>. escaseaban en extremo. La traicion auxiliaba las tropas, y los ranchos estaban amenazados á todas horas del dia y de la noche. No habia seguridad alguna p<sup>a</sup>. las pobres cubanas. Ante esa situacion, el Gral. Diaz me aconsejó qe. enviase mi familia al extranjero, aunque fuese necesario hacerla pasar por los Camp<sup>os</sup>. enemigos. El consejo era racional y ya yo habia meditado sobre el asunto; ¿pero como decirselo a mi mujer? Ella no habia pensado nunca en semejante sacrificio; me habia visto siempre hablar en contra de las presentaciones de algunas familias q<sup>e</sup>. lo proyectaban, y jamás se habia visto lejos de mi, sin esperanzas de verme. No teniamos metálico p<sup>a</sup>. hacer un viaje costoso y sostenerse en tierra estraña. Los amigos, casi han desaparecido en medio de la Revolucion; los Socorros de nuestros hermanos de la emigracion, se dan á ciertas familias privilegiadas; porque el bombo de la fama de algunos patriotas, las ha elevado á la consideracion universal. Además, ella siempre me habia dicho q<sup>e</sup>. tenía como yo derecho á sacrificarse por su patria; ¿como

insinuarle una resolución tan repentina. Yo estaba enfermo del cuerpo y empecé á enfermarme también del espíritu. Al fin, tras algunas dudas, abordé la cuestión: aproveché una dolorosa situación qe. se atravesaba y presenté mi proyecto ante mi mujer. Su asombro me dio á conocer qe. tenía qe. luchar mucho p<sup>a</sup>. persuadirla. La salvación de mis hijos me animaba: insistí, y pude vencer algunas repugnancias. La negativa era general; ni mis hijos, ni mi mujer, ni la tía de esta, querían dejar el campo insurrecto. Pero yo encontré un argumento poderoso p<sup>a</sup>. vencerlas y lo hice resonar en los oídos de todas mis contrincantes. Pues bien, dije á mi esposa, si tú no te decides á salir del campo de la lucha, serás responsable de la muerte segura de nuestros hijos —¿Por qe.? —me respondió. —Porq<sup>e</sup>. en tus manos está salvarlos y no en las mías. Tú no tienes obligación de tomar puesto en las filas de los combatientes: tú puedes pasar sin deshonorarte por debajo de la bandera de nuestros enemigos: tú no necesitas derramar tu sangre por Cuba, porque sería inútil tu sacrificio, y tu sabes qe. si te quedas aquí entre tantos peligros y dificultades tienes qe. perecer, dejando huérfanos á los pedazos de tu alma qe. no encontrarán apoyo, porq<sup>e</sup>. yo no podría prestárselo, puesto qe. estoy consagrado á la revolución. ¿Con qe. derecho quieres pues someter á esos seres inocentes á una horfandad y una muerte seguras qe. con mi sacrificio doloroso puedes evitar?

No encontré réplica p<sup>a</sup>. combatir ese razonamiento y al fin se decidió á pasar por las horcas caudinas.

El Gral. Díaz me ofreció preparar los prácticos p<sup>a</sup>. el viaje, y se escogió el camp<sup>o</sup> de la “Zanja” p<sup>a</sup>. efectuar la presentación. Ah! dichosos los qe. no habéis pasado por ese terrible sacrificio; el mayor qe. puede hacerse por la patria! Cuando tres días después de haberse prestado mi familia á abandonarnos, llegó el momento de la partida, sentí, primero, qe. toda mi fortaleza se rendía ante una separación qe. tal vez sería eterna, y después, una desesperación qe. no podía contener, y una ira qe. se traslucía en mis menores movimientos. Pues que! Era posible, qe. sintiendo yo arder la sangre en mis sienas, entregara el tesoro de toda mi vida; el nicho de mis amores, á unos

hombres que ni conocia p<sup>a</sup>. q<sup>e</sup>. lo llevasen ía donde Dios mio! tal vez á la degradacion ó á la muerte? ¿Era posible, q<sup>e</sup>. no me fuera dable amparar á mi esposa y á mis hijos? ¿Era posible q<sup>e</sup>. los dejara llevar por la corriente de la desgracia impávido y sereno? Todo eso era posible, y todo eso lo exigia mi amor de padre y mi patriotismo.

Llegó el momento fatal: estaban listos los practicos y dos caballos, q<sup>e</sup>. me habian quedado, porq<sup>e</sup>. la mayor parte de los q<sup>e</sup>. el Gral. Diaz tenia, se los habia llevado el enemigo por un descuido del q<sup>e</sup>. los cuidaba: el suelo estaba mojado, por q<sup>e</sup>. habia llovido mucho el dia anterior: acompañaban á mi esposa dos tias en tan afflictiva situacion; la q<sup>e</sup>. le servia de madre y otra mas anciana q<sup>e</sup>. se le agregó, p<sup>a</sup>. acompañarla, por una casualidad favorable. Uno de mis niños de ocho años (el mayor) sufría una ulcerita en un pie q<sup>e</sup>. no lo dejaba caminar: fué preciso darle uno de los caballos: en el otro se colocó la tia de mi esposa, mas anciana y un lio de ropas, unico capital q<sup>e</sup>. les habia quedado. Todos lloraban amargamente, y no se atrevian siquiera á mirarme. *En aquel momento me hubiera alegrado q<sup>e</sup>. la muerte me hubiera sorprendido.* Una de mis niñas, de cinco años, rubia de ojos negros, con megillas y labios de rosas, se resistió á partir, y empezó á gritar dolorosamente. La tomé en mis brazos, y no me atrevi á besarla, por no abrasarle la frente con mis labios, encendidos por mil sentimientos diversos: la eché en los de su madre y volví la espalda y cerré los ojos precipitadamente p<sup>a</sup>. no ver mas aquel cuadro. Pero entre la oscuridad de mis ojos cerrados lo veia, allá en el fondo de un abismo sin nómbre lo veia alejarse, como se aleja la nabe en un mar tempestuoso, como las hojas q<sup>e</sup>. el huracan se lleva entre sus alas de gigante. Quise llorar y no pude; porq<sup>e</sup>. las lagrimas llegan cuando empieza la resignacion, y yo no estaba resignado con tanta desgracia. La pequeña caravana emprendió su marcha por caminos llenos de lodo y yo caí rendido y casi ciego en mi hamaca. Hasta los 6 dias no tuve noticia de la familia. Habian pasado muchos trabajos en la marcha y en el Camp<sup>o</sup>. español, le habian dado por alojamiento unos arboles

corpulentos. Pero la fortuna hizo q<sup>e</sup>. al dia siguiente de haber llegado á aquel centro, la envasen a Manzll<sup>o</sup>, y de alli salió desterrada p<sup>a</sup>. Jamaica, donde hoy se encuentra entregada á las miserias de la emigracion. Algunos meses despues supe q<sup>e</sup>. de paso por el Pto de Sgo de Cuba, perdió mi esposa tres niños en dos noches, entre los cuales figura mi rubia de ojos negros, á quien no tuve el gusto de darle el beso de despedida, y el niño de la ulcerita. ¡Quien me hubiera dicho q<sup>e</sup>. en vez de encontrar mis hijos la salvacion, iban á encontrar la muerte, lejos del campo de esta guerra, donde arrojaron tantos peligros impunemente!

Pero ya es preciso poner fin á la relacion de los dolores que han aflijido y aflijen aún á unos seres q<sup>e</sup>. me son tan queridos y voy á abrir ante los ojos de mis lectores otro cuadro, tal vez mas interesante y conmovedor.

En Junio del 71 se encontraba viviendo en un rancho, situado en un bosq<sup>e</sup>. de la jurisdiccion de las Tunas, la Sra. viuda, Candelaria Palma de Estrada, madre del Diputado Tomas Estrada, que era su hijo único. La acompañaban algunas morenas q<sup>e</sup>. habian sido sus esclavas y á quien queria y trataba como hijas, y ademas la familia del C. Miguel Estrada, patriota distinguido, q<sup>e</sup>. sucumbió en los prim<sup>os</sup>. años de la guerra, luchando contra los españoles. La Sra. Palma era una de esas mujeres q<sup>e</sup>. tienen mas del cielo q<sup>e</sup>. de la tierra. *Casada a los 25 años se consagró á amar á su hijo q<sup>e</sup>. al fin se vio huérfano de padre.* Anciana venerable, de ojos azules y tez blanca, parecia una de esas santas del catolicismo, á quien se le rinde adoracion. La benevolencia y dulzura de su caracter, y la timidez de su espiritu, la hacian aparecer melancólica, en medio de las alegrías de las personas que la rodeaban. Era una paloma sin hiel, á quien todo el mundo queria, y veneraba. Como madre no tenía rival. Amaba á su hijo con amor profundo: el porvenir de ese ser querido era su porvenir, sus esperanzas las suyas. Él le correspondía con igual cariño, y eran dos almas fundidas en una sola. Cuando la Revolucion estalló, los q<sup>e</sup>. conocíamos á la Sra. Palma creimos, q<sup>e</sup>. había llegado p<sup>a</sup>. ella la hora de morir de dolor. Su hijo estaba comprometido en la conspiracion, y sus

ideas siempre avanzadas y su caracter generoso y su espiritu eminentemente republicano y democrático, lo constituían en uno de los hombres que estaba llamado á prestar importantes servicios á su patria. Sin parecerle oportuno, ni meditado el levantamiento de C. M. Cespedes, lo apoyó, y se lanzó á la lucha, pero la Sra. Palma no murió por eso, al contrario, estimuló su hijo, y lo siguió al campo de los sucesos. Ha sido una de las insurrectas q<sup>e</sup>. con mas resignacion y paciencia ha soportado las privaciones de la guerra. Debil y achacosa por los años, soportó largas marchas á pié, por entre bosques espesos, huyendo de la persecucion de los españoles. Jamás se quejó de la ausencia de su hijo, mientras este estaba cumpliendo con su deber en el seno de la Cámara de R. R., ó en los Cuarteles Grles. del Egército. Pero había de llegarle á ella su día de martirio, y le llegó.

Hallabase, como queda dicho, en un bosque de las Tunas en Junio del 71 y su hijo, qe. habia ido á visitarla, se encontraba á su lado, algo enfermo. El enemigo invadió el monte, y asaltó por sorpresa el rancho q<sup>e</sup>. les servia de habitacion. Todos los q<sup>e</sup>. lo ocupaban se escaparon, no obstante ser el practico que guiaba la tropa un asistente del Brig<sup>r</sup>. Fran<sup>co</sup>. Vega, q<sup>e</sup>. se habia desertado hacia pocos días y q<sup>e</sup>. conocia perfectamente el lugar. La Sra. Palma fué la única q<sup>e</sup>. no pudo huir. Como el enemigo sabia q<sup>e</sup>. era la madre del Diputado Estrada, á quien habia ido á sorprender, no le tuvo consideracion de ninguna clase: sin respetar sus años; sin respetar su rostro santo y venerable; sin respetar su actitud digna y resignada, ni toda la belleza moral q<sup>e</sup>. se retrataba en aquellos ojos benevolos y tristes, la hizo marchar entre bayonetas, despues de incendiar su humilde hogar. La infeliz anciana se puso en marcha tranquila porq<sup>e</sup>. habia visto salvarse á su hijo; pero esa tranquilidad tuvo q<sup>e</sup>. desaparecer p<sup>a</sup>. dar lugar á la mayor angustia q<sup>e</sup>. pueda concebirse. Al llegar la tropa á un arroyo lleno de fango espeso, la prisionera no pudo pasarlo sola, y en vez de ayudarla fué arrastrada por el pelo hasta la orilla opuesta. Llena de lodo y de fatiga, y de dolor, siguió andando, y á poco, cayó rendida al llegar á otro riachuelo de dificil vado. Entonces aquellos



bárbaros la llenaron de injurias y la dejaron abandonada. La desgraciada Sra. se internó luego en el monte y estuvo perdida 14 días, en cuyo tiempo solamente tomó como alimento una jijira fruta de pájaros q<sup>e</sup>. es bastante desabrida. Al fin, fué encontrada en un estado bastante delicado q<sup>e</sup>. le causó la muerte 22 días después.

Este hecho escandaloso e indigno de hombres civilizados, me ha sido referido por varias personas, y por el mismo Diputado Estrada, con quien me ligan los lazos de una amistad q<sup>e</sup>. empezó en nuestra infancia y q<sup>e</sup>. aun subsiste, cada día más, sólida y estrecha. No finalizaré este capítulo, sin echar una mirada sobre las insurrectas q<sup>e</sup>. aun nos acompañan, en medio de tantas dificultades y privaciones. Son ellas las veteranas de esta guerra y no es posible q<sup>e</sup>. me olvide sus virtudes de su abnegación y de sus grandes sacrificios en pro de la libertad de su patria.

Si recorreis el territorio de la República, las encontrareis llevando una vida original é inconcebible. La mayor parte de las q<sup>e</sup>. existen viviendo de ese modo, son de las q<sup>e</sup>. en tiempos más tranquilos habitaron estos campos; pero entre ellas hay algunas q<sup>e</sup>. jamás los habían visto y q<sup>e</sup>. á despecho de la persecución, de los rigores de la intemperie y de la miseria, se encuentran entre nosotros, como un ejemplo de patriotismo y abnegación inimitables, q<sup>e</sup>. no debe quedar desapercibido, y q<sup>e</sup>. en todos tiempos hará asomar el rubor de la vergüenza a la cara de los hombres q<sup>e</sup>. en esta guerra, no han sabido cumplir con sus deberes de patriotas.

La escasez de vestidos les hace presentar á la mayor parte de esas modernas espartanas, un aspecto no muy en armonía con la civilización y el progreso de la época presente. Sus hogares están fabricados con yaguas y pencas de guano. No se oye en ellas, el gallo q<sup>e</sup>. cantaba y alegra el vecindario; no los envuelven con su manto de colores y con su atmósfera de perfumes, las flores de la pradera; no hay la alegría de esos sitios de campo, q<sup>e</sup>. en este mismo suelo embellecen el paisaje, allá entre la servidumbre y el oprobio de una dominación vejaminosa, no salta la cabra juguetona entre la yerva del

batey, ni la vaca ostenta su mansedumbre y su hermosura, ni se oye el tiplecillo con qe. el guajiro acompañaba su trova p<sup>a</sup>. celebrar el triunfo de algun gallo lidiador, ni se ven, en fin, todo aquel movimiento, ni todas aquellas costumbres, q<sup>e</sup>. le daban un aspecto especial á las estancias de los labradores cubanos. En esos centros de dolor y resignacion, parece q<sup>e</sup>. hay un rotulo q<sup>e</sup>. dice “aquí yace la abundancia”. La cocina está casi siempre sin fuego; porq<sup>e</sup>. la despensa no existe. No hay tinajero ni tinaja, porq<sup>e</sup>. el agua se toma en el arroyo; no hay caballos ni vehiculos, porq<sup>e</sup>. no existen caminos y porq<sup>e</sup>. los primeros sirven de pasto á la escasez de subsistencias; no hay nadie q<sup>e</sup>. cante porq<sup>e</sup>. á cada momento se llora. El viento no refresca la cabaña, ni el sol la alumbraba con sus rayos de oro, porq<sup>e</sup>. los arboles lo impiden; no hay ruido ni movimiento, porq<sup>e</sup>. todos guardan silencio y estan quietos; si hay un gallo y no canta es porq<sup>e</sup>. se le ha cortado la lengua p<sup>a</sup>. q<sup>e</sup>. no descubra la guarida; si el perro no ladra, no hay q<sup>e</sup>. estrañararlo, porq<sup>e</sup>. á ese lo han acostumbrado contra su instinto; el miedo tiene alli su asiento y la zozobra lo acompaña. Se vive muriendo y se muere con la mayor tranquilidad del mundo; solamente hay risas y expansion cuando se sabe q<sup>e</sup>. nuestras tropas han alcanzado algun triunfo ó cuando llega alguna expedicion del extranjero. Las bolas llegan alli rodando; pero el desengaño les sigue la pista; el mundo existe, pero alli no se sabe lo q<sup>e</sup>. pasa en el mundo; el tiempo pasa, pero alli no se conocen las horas ni los minutos; el pan es una cosa q<sup>e</sup>. ya no se sabe q<sup>e</sup>. gusto tiene; el azucar, es un articulo q<sup>e</sup>. corresponde á la historia; la sal, es negra como el caldero en q<sup>e</sup>. se fabrica. Alli no hay mas q<sup>e</sup>. patriotismo y abnegacion, y fé inquebrantable en el triunfo de nuestra independencia: alli tienen su asiento las grandes virtudes y grandes sacrificios y penetra como una luz en el fondo de un calabozo el espiritu de la libertad, que es el espiritu de la patria en el cual se han templado aquellos corazones q<sup>e</sup>. solo latan por ella. Alli se cuida al enfermo q<sup>e</sup>. llega, y se cura al herido, y se favorece con toda clase de atenciones al q<sup>e</sup>. pide hospitalidad.

Y no creais q<sup>e</sup>. el ingenio no se ha aguzado impulsado p<sup>r</sup>. la necesidad, p<sup>a</sup>. burlarse de la miseria y de sus horrores. Esas insurrectas, han resuelto el problema difícil de vivir con muy poca cosa, y han inventado un arte culinario, de que ya he hecho mencion en un capitulo anterior, q<sup>e</sup>. tiene sus puntos y comas, como el Manual de cocina de Legran. Algunas no tienen residencia fija y van detras de nuestras fuerzas, prestando distintos servicios, propios de su sexo, ó viven como quien dice con el lio al hombro, dispuestas siempre á trasladarse al punto menos amenazado por el enemigo. No faltan muchas q<sup>e</sup>. tienen mayor tranquilidad, porq<sup>e</sup>. ocupan las lomas y pueden dedicarse con mas provecho á las faenas de la agricultura. Estas gozan de mas luz y de mas aire; pero en cambio, estan mas retiradas de todo contacto con los patriotas combatientes y sus pequeñas industrias languidecen por falta de consumidores. De vez en cuando se lanzan fuera de sus ranchos y se las vé en los Camp<sup>os</sup>. nuestros, ofreciendo un tipo, que tiene algo de los dos sexos, y q<sup>e</sup>. á cualquiera q<sup>e</sup>. sea extraño á las originalidades de esta guerra, le produciría la misma sorpresa q<sup>e</sup>. si se encontrase con una nueva especie de la familia humana.

Yo no puedo menos q<sup>e</sup>. rendir un tributo de respeto y admiracion á esas mujeres sufridas y resignadas, q<sup>e</sup>. asi han sabido sostener el timbre de su patriotismo, mientras q<sup>e</sup>. sus padres, sus hermanos, sus esposos y sus hijos derraman su sangre en el campo de los combates. Si los nombres de todas tienen q<sup>e</sup>. perderse p<sup>a</sup>. la historia, porq<sup>e</sup>. no es posible recogerlos ni agruparlos en una página de oro, no debo perder la oportunidad de dar á conocer el de una de estas heroínas, cuya historia seria sobrado interesante p<sup>a</sup>. mis lectores, si á la mano tuviera los datos necesarios p<sup>a</sup>. poderse la ofrecer. Llamase esa insurrecta [espacio] Mora, y llega á tal extremo su amor por la causa de la patria, que cuando aborda una expedicion á nuestras playas, alli va ella inmediatamente con sus hijas, á cargar el parque y las armas q<sup>e</sup>. pocos hombres se atrevieran á echarse sobre los hombros. Despues vuelve á cultivar su campo y á prestar á la Republica otra clace de servicios q<sup>e</sup>. en todos tiempos la

haran acreedora á un puesto, especial y distinguido entre los libertadores de Cuba.

## Capitulo X

### **El tigre de Zarragoitia**

Habia en la Ciudad de Bayamo al estallar la Revolucion una torre cuadrangular de 60 pies de elevacion, q<sup>e</sup>. se levantaba al extremo Este de la poblacion, como un centinela gigantesco, q<sup>e</sup>. inmovil velaba á la entrada de aquel antro de la dominacion española. Era una de esas construcciones originales q<sup>e</sup>. el capricho de un hombre habia alzado, sin q<sup>e</sup>. se supiera q<sup>e</sup>. obgeto lo habia movido á gastar tanto dinero en una fabrica, q<sup>e</sup>. recordaba los tiempos del feudalismo. Rodeada de murallas sin fosos, esa torre q<sup>e</sup>. nunca llevo á concluirse, ofrecia á la vista del transeunte, un aspecto ruinoso y triste, q<sup>e</sup>. estaba como revelando q<sup>e</sup>. alli habian tenido su asiento el crimen y la maldad. En el patio q<sup>e</sup>. formaba el cuadro amurallado, habia distintos nichos de maniposteria, q<sup>e</sup>. parecian estaban esperando los cadaveres de algunos desdichados. Seis ú ocho galerias abovedadas á la altura de un hombre y unidas entre si, de cuatro varas de ancho por diez ó doce de largo, presentaban otras tantas entradas oscuras y tenebrosas q<sup>e</sup>. infundian pavor á los espíritus pusilánimes. Esas galerias estaban construidas en la parte de la muralla q<sup>e</sup>. daba al Norte y tenía encima una especie de terrado sólido, donde podian pasearse muchas personas con toda seguridad. Dos entradas sin rejas daban paso á ese patio original, donde tal vez se proyectó establecer un centro de industria y de trabajo y donde los niños entraban con algun temor, creyendo q<sup>e</sup>. no volverian á salir jamás. La torre tenia aun siete pisos allá por el año de 1847, despues, en la época á q<sup>e</sup>. me he referido, al empezar este capitulo, solamente le quedaban dos. En el prim<sup>o</sup>. habia un foso profundo, los otros no tenian mas q<sup>e</sup>. las vigas, q<sup>e</sup>. habian sostenido el pavimento y no daban señales de que alli hubiesen existido

escaleras de ninguna clase. Las viejas contaban q<sup>e</sup>. todo aquello se habia edificado, p<sup>a</sup>. establecer la inquisicion: q<sup>e</sup>. su dueño era un Admor. de R. Reales, español, q<sup>e</sup>. habia llegado pobre á aquella Ciudad y se habia enriquecido con las arcas del tesoro del Estado. Se llamaba Leopoldo Zarragoitia: era un hombre de mala conducta, déspota y cruel, como lo han sido generalmente en Cuba los empleados españoles. tenía por costumbre sacrificar á su lubricidad las jóvenes de la clase pobre del pueblo, jugaba, y formaba parte de una sociedad secreta, q<sup>e</sup>. no he podido averiguar q<sup>e</sup>. tendencias tenia. La construccion de su Castillo lo arruinó, y fué encausado por la Hacienda pública, por los abusos q<sup>e</sup>. habia cometido en su destino. Despues, murió pobre, dejando algunos hijos, no legítimos, que conocí llevando una vida miserable y desgraciada, y su nombre á la torre misteriosa.

Recuerdo qe. cuando yo era niño, iba por las tardes con mis amigos de infancia á levantarme sobre aquellas murallas y sobre aquellas galerias, y siempre sentia miedo al acercarme á la torre, de donde salian las aves nocturnas, espantadas y dando graznidos. Mas tarde, cuando ya me hice hombre, al divisar aquel centinela silencioso, desde alguna distancia me parecia q<sup>e</sup>. en aquella atalaya tenía su guarida el genio de la tiranía y q<sup>e</sup>. corriendo el tiempo habia de rodar por tierra, p<sup>a</sup>. dar lugar á las construcciones del progreso y de la civilizacion moderna.

Los Tent<sup>es</sup>. Gobernadores de Bay<sup>o</sup>. se aprovecharon de sus materiales, p<sup>a</sup>. enriquecerse; y poco á poco, fueron desapareciendo las murallas, los nichos y las galerias, quedando únicamente la torre, pr. ser peligroso derribarla una vez q<sup>e</sup>. cerca de sí tenía algunas casas q<sup>e</sup>. podian ser deterioradas en su caída.

El Conde de Valmaseda, al encontrarse con la Ciudad incendiada por la misma mano de sus hijos, q<sup>e</sup>. prefirieron destruir sus hogares antes q<sup>e</sup>. fuesen hollados de nuevo por sus verdugos, se detuvo con su legión de canibales, al pie de las murallas de la torre, y en vez de decirle á su tropa, parodiando al gran Napoleon, “soldados: desde esas alturas la humanidad y la civilizacion os contemplan”, les dijo seguramente: “Soldados:

cenizas hemos encontrado, y todo en sangre y cenizas debemos convertirlo”. Despues, acampó en el patio de la torre; la hizo derribar, y construyó una fortaleza inespugnable, q<sup>e</sup>. artilló fuertemente p<sup>a</sup>. establecer allí el centro de sus maldades y asegurarse de todo peligro.

Es el Gral. Villate, Conde de Valmaseda, un hombre obeso, no mal parecido, y de algunos 50 años de edad. No conozco la historia de su vida; pero sé que figuró en Vicalvaro al lado de O'Donell, con el grado de Tent<sup>e</sup>. Coronel; despues vino á Cuba con el ascenso de Brig<sup>t</sup>., y estuvo de Gob<sup>t</sup>. en las Villas y de Pto. Ppe. En ambas partes se ejercitó mucho en las lides de gallos, como si los espectaculos sangrientos fueran sus diversiones favoritas. Figuraba como 2<sup>o</sup>. Cabo de la Capit<sup>a</sup>. Gral. de la Habana, cuando Lersundi lo envió á Manzll<sup>o</sup>. á sofocar la insurreccion. Llegó allí con la hipocrecia del q<sup>e</sup>. teme un fracaso y trató de alhagar algunos cabecillas dirijiendoles cartas p<sup>a</sup>. arrastrarlos de nuevo á la servidumbre; pero sufrió una repulsa, y entonces se dirigió al Camaguey p<sup>a</sup>. engañar los camagueyanos. El célebre Napoleon Arango le ayudó en sus esfuerzos; pero no sacó otro partido, sino haber sido derrotado en Bonilla, por un puñado de patriotas, mal armados, entre los cuales figuraba el q<sup>e</sup>. despues fue Mor. Gral. Ignacio Agramonte y Augusto un hermano de Napoleon.

En Enero de 69 salió de San Miguel de Nuevitas con una columna de dos mil hombres y cuatro cañones; circunstancias largas de referir, q<sup>e</sup>. corresponden á la historia, le hicieron avanzar hasta el Cauto, huyendo siempre de nuestras partidas, q<sup>e</sup>. lo perseguian; y allí derrotó la columna desorganizada del Gral. Donato Marmol, no sin sufrir muchas bajas. Despues entró en Bay<sup>o</sup>. sin resistencia por parte de los patriotas; y lo q<sup>e</sup>. hizo allí en los primeros dias de su llegada ya queda referido.

¡Quien me hubiera dicho q<sup>e</sup>. aquella torre q<sup>e</sup>. me infundía pavor cuando era niño, porq<sup>e</sup>. representaba la idea q<sup>e</sup>. ennegreció los tiempos de la edad media, habia de ser, al fin, la caverna del tigre q<sup>e</sup>. ha ensangrentado los campos y las Ciudades de la patria! Aquellos soldados q<sup>e</sup>. aterrorizados, y cobardes llegaron a una Ciudad hecha cenizas, al no encontrar fuertes enemigos q<sup>e</sup>. combatir, se derramaron, á la vez de Su General, con la tea

en una mano y el rifle en la otra por aquellos bosques y aquellos caserios y acuchillaron sin compasion alguna á niños, mujeres y ancianos indefensos. El terror se difundió por el contorno de la caverna artillada y la fiera empezó á cebarse con el asesinato y á enriquecerse con las confiscaciones y con el robo.

Y cuando ya harto y cansado de tanta sangre derramada, hidrópico con tanto crimen y tanta espoliacion, no tenía conciencia donde resistir sus remordimientos ni arcas donde guardar las riquezas que habia amazado con lágrimas, entonces, hipocritamente le decia á sus secuaces: “no me traigais ningun prisionero vivo porq<sup>e</sup>. lo perdono”: q<sup>e</sup>. era lo mismo q<sup>e</sup>. decirles: “matadlos á todos como mejor os parezca”.

Si fuera á narrar la historia de tanto hecho escandaloso y salvaje, tendria que escribir un libro sobre de esa gran masa líquida, q<sup>e</sup>. son casi todos los rios q<sup>e</sup>. se precipitan de la Maestra, arrastran entre sus diafanos cristales.

Despues, por los eminentes servicios qe. á la causa española estaba prestando, el Gob. de Madrid, lo llenó de cruces y condecoraciones, y lo elevó á la categoria de Cap<sup>n</sup>. Gral. de la Antilla, p<sup>a</sup>. q<sup>e</sup>. trocase su caverna de “Zarragoitia” y su cueva del Cauto, por la gran madriguera dorada, qe. se llama palacio de la Capitania Gral., en cuyos contornos se ajitan otras fieras renombradas, q<sup>e</sup>. se titulan voluntarios españoles; y q<sup>e</sup>. no pudieron alcanzar mayor dicha, q<sup>e</sup>. la de q<sup>e</sup>. se les pusiera como Gefe Superior al hombre q<sup>e</sup>. habia adoptado por programa político el engaño, la destruccion y la matanza.

Si pudieran darse á la luz pública los documentos qe. deben existir en los archivos de ese Centro de Gob., el mundo habria de persuadirse del modo con q<sup>e</sup>. España ha gobernado y gobierna aún la perla de las Antillas, y habria de espantarse ante las instrucciones horribles q<sup>e</sup>. el “Tigre de Zarragoitia” daba á sus subalternos en esta guerra. Pero los asesinatos de los niños, estudiantes, q<sup>e</sup>. por ser una pública carniceria no pudieron ocultarse ante los ojos de los pueblos cultos, son un doloroso rasgo de las atrocidades q<sup>e</sup>. el Gral. Villate perpetró asociado á los vendedores de carne humana y á los vendedores de manteca.

Cincuenta mil soldados y 70 millones de pesos, consumidos en la lucha, sin q<sup>e</sup>. la Metr6poli sacase otro provecho q<sup>e</sup>. la deshonra para si y p<sup>a</sup>. su Ejercito, agregados, segun se asegura, á las reclamaciones de los E.U. y de Inglaterra, obligaron al Gabinete de Madrid, á llamar á su seno al Conde de Valmaseda, á despecho de los voluntarios de la Isla, que aullaron de rabia y desesperacion, ante una medida, q<sup>e</sup>. les arrebatava el idolo de sus adoraciones y el mas firme sosten y sumiso observador de los mandatos de su Gob. pretoriano. Pero el “tigre de Zarragoitia” estaba enriquecido, y habia perdido ya la esperanza de coronarse con el laurel de gran pacificador, y sin gran disgusto, antes mas bien acosado por su conciencia; tom6 una nave, de esas q<sup>e</sup>. le habian servido p<sup>a</sup>. pasearse por nuestras costas, arrullado por las brisas americanas; hizo rumbo á las playas españolas y vientos bonancibles lo llevaron á la tierra donde naci6, p<sup>a</sup>. ser, andando el tiempo, un monstruo de la humanidad. Allí estar4 haciendo ostentacion de unas riquezas arrancadas á la horfandad y á la inocencia: allí entre damascos y brocados, reclinado en dorada cama, con el vientre alzado y la cara hidr6pica y enrojecida por el vino, sufrirá las pesadillas de los grandes criminales, y donde quiera q<sup>e</sup>. vuelva los ojos, verá los cadaveres de sus victimas ajitarse convulsas entre las agonias del dolor.

¡Ojala que su existencia se alargue, para q<sup>e</sup>. se alarguen tambien sus crueles remordimientos! Que ese gigante del crimen; ese gran Minotauro; ese Sowarow; ese Mouravieff; esa figura siniestra de la Revolucion cubana, quedará suficientemente castigado, con q<sup>e</sup>. las generaciones venideras lo contemplen en las páginas de la historia, sobre la escena de esta lucha sin ejemplo, cubierto de cintas y condecoraciones, y con la frente ennegrecida por el oprobio y los pies bañados por un mar de sangre.



## **ANEXOS**

## Dos cartas de Fernando Fornaris y Céspedes a Donato del Mármol<sup>1</sup>\*

Olleta Octubre 1º/69.

Mi querido Donato: acabo de recibir tus cartas y los periódicos q<sup>e</sup>. le adjuntas en momentos muy aflictivos; no obstante, te contesto inmediatamente y remito a C. Manuel lo q<sup>e</sup>. me encargas le enseñe.

Yo no sé quien habrá dejado de sufrir en la revolución, siendo de Oriente; pero yo chico soy un verdadero mártir. Después de perder á mi padre y herman<sup>os</sup>. queridos y á Marcito, en estos dias se me avisó q<sup>e</sup>. una de las mujeres q<sup>e</sup>. estaba con Elvira habia muerto del cólera en la Soledad: partí p<sup>a</sup>. alla inmediatamente y resulto ser Clementina y su hijo mayor, encontrando ademas atacados á Ignacio Telles, Nando Milanes Fornaris y la misma Elvira y á mis chiquitos éticos de resultas del sarampión; por fortuna escaparon todos y con mil tropiezos y dificultades traje á este punto á Elvira, Nando y mis hijos q<sup>e</sup>. tal parecían miembros de la familia Morel de que habla el Judío Errante. Pero aun era poco lo sucedido y al dia siguiente de haber llegado aqui cayó con el colera maldito mi hija Fernandina y murió del tifus á los tres dias, bajo un cobertizo, sin paredes y en medio de un temporal horroroso q<sup>e</sup>. helaba con su aliento á mi pobre hija. No puedes tu tener una idea del cuadro q<sup>e</sup>. presentaba mi desgraciada familia; por fortuna ya se ha reformado Elvira Nando y los niños y pasado mañana salgo para Cascorro donde les tengo una casa preparada.

Pupa y toda tu gente están buenos y se encuentran en Santa Lucia de Guaimaro.

---

1 Ambas cartas aparecen en el legajo 5844, expedientes 43 y 44 del Archivo Histórico Nacional de Madrid (*N. del A.*).

Ahora q<sup>e</sup>. has leído mis lástimas voy á referirme á tus amarguras.

La Cámara esta dispuesta á facultarte p<sup>a</sup>. q<sup>e</sup>. establezcas el empréstito forzoso, no obstante tener tu mucha razón en lo q<sup>e</sup>. me dices, respecto á tener facultades de Carlos Manuel p<sup>a</sup>. el mismo objeto; esas no pueden ser derogadas mientras no rijan por allá nuestras leyes y se organice el Gob<sup>o</sup>. Civil. Siento q. los obstáculos q<sup>e</sup>. te puso Aguilera hagan hoy nulo el tal empréstito; pero bueno será probar de nuevo y no desanimarse q<sup>e</sup>. con paciencia se gana el cielo.

Me alegro q<sup>e</sup>. vengas á la Cámara, no p<sup>a</sup>. que te vindiques; porq<sup>e</sup>. estás errado en creer q<sup>e</sup>. tu nombre se ha denigrado, sino p<sup>a</sup>. que hablemos largamente y me digas lo q<sup>e</sup>. mas conviene á ese territorio.

Por acá tus desafectos te hacen inculpaciones y nada mas; pero si tienes algunos enemigos q<sup>e</sup>. todos despreciamos y q<sup>e</sup>. nunca le faltan á nadie, en cambio tienes muchos q<sup>e</sup>. te quieren y saben poner en evidencia tus méritos. Trabaja y confía y no hagas caso de envidiosos y cobardes q<sup>e</sup>. no teniendo puestos quieren conseguirlos rastreramente.

Tu negociación con Cisneros ha sido aplaudida por la Cámara y te honra mucho.

No sé.<sup>2\*</sup>

Palmar de Guaimaro Feb<sup>o</sup>. 14/70

Mi querido Donato: he recibido tus dos ultimas cartas: ellas y quien las trajo me han sacado de una terrible incertidumbre. Por acá se corría que tu y Gómez habian perdido el territorio q<sup>e</sup>. se les ha confiado, por falta de pertrechos: últimamente se dijo, q<sup>e</sup>. Loño les habia traído pólvora de Jamaica y q<sup>e</sup>. ya estabas tu en mejor situación, aunque replegado sobre Guantnamo.

---

2 El original está incompleto (*N. del A.*).

De todos modos, estoy ya contento con tener razón cierta del buen resultado de tus operaciones.

Ciertamente q<sup>e</sup>. aquí ha habido algunos cambios, y no lo sientas, porq<sup>e</sup>. son favorables á la buena marcha de los negocios públicos; sobre todos, la deposición de Quezada, q<sup>e</sup>. ha dado por resultado su marcha al extranjero. Sobre esto quisiera comunicarte muchas cosas q<sup>e</sup>. han pasado; pero ahora no tengo humor p<sup>a</sup>. escribir muy largo. Ultimamente ha renunciado Aguilera la S<sup>ria</sup>. de Guerra, siendo nombrado por la Cámara Vice-Presidente de la República. Jordan también renuncio su puesto de Gefe de E.M. Gral.; pero no se le ha aceptado la renuncia.

Ignacio Agramonte ha renunciado también y pedido pasaporte p<sup>a</sup>. los E.U. con su familia: funda la renuncia en q<sup>e</sup>. su padre ha muerto en New York por cuyo motivo, su madre ha quedado desamparada; pero eso no es mas q<sup>e</sup>. un pretexto; otros son, en mi concepto los móviles q<sup>e</sup>. lo hacen dejar su puesto, cuando la patria reclama con sus exigencias sus servicios.

El nuevo puesto q<sup>e</sup>. ocupa Pancho Aguilera, te hará comprender q<sup>e</sup>. ya no volverá á Oriente; de modo q<sup>e</sup>. muy bien pudiera yo gestionar ante el Gob<sup>o</sup>. p<sup>a</sup>. q<sup>e</sup>. fueras nombrado Lugar-Tent<sup>e</sup>. de ese Estado, si no fuera porq<sup>e</sup>. la Cámara ha decidido suprimir ese puesto, p<sup>a</sup>. q<sup>e</sup>. los Gefes de operaciones se entiendan directamente con el Ejecutivo de la nación, con lo q<sup>e</sup>. quedaron mas independientes, prestándose mucho apoyo.

En el Gabinete ha habido también reformas; han salido de él Eduardo Agramonte y Elijio Isaguirre, entrando en lugar del prim<sup>o</sup>. Moralito y del 2<sup>o</sup>. un tal Carlos Mola (camagueyano): el puesto de Aguilera lo ha ocupado Lorda. Este cambio se hacia necesario, p<sup>a</sup>. convinar opiniones desavenidas. Para el efecto, tuvimos dos secciones amigables con el Presidente, á fin de arreglar las dicidencias; si no hubiera pasado esto, q<sup>e</sup>. creo pondrá remedio á muchos males, te hubiera escrito en un sentido sorprendente; es decir, ageno á la conducta q<sup>e</sup>. hasta aqui habia venido siguiendo en la revolución. Estaba fastidiado chico de tanta intriga y malevolencia, ajenas á mi carácter leal.

He tragado mucha sangre al ver como se complacen muchos de acá y algunos de allá, q<sup>e</sup>. tu conoces, oyendo cuanto chisme corre en boca de los q<sup>e</sup>. nada hacen contra los Gefes de ese Estado. Rodríguez tu Ayudante te contara algunas cosas, á las cuales darás el valor que tienen las diatribas de esa clace. Conviene, no obstante, q<sup>e</sup>. estimules á tus fuerzas á q<sup>e</sup>. hagan una representación al Srio. de la Guerra, desmintiendo la especie q<sup>e</sup>. han propalado por aqui algunos de tus queredores de q<sup>e</sup>. tus soldados estaban disgustados contigo, por q<sup>e</sup>. no hacías mas que correr: no te espantes de tal injusticia, muy común por cierto entre la gente de esta tierra, cuando se trata de los Gefes de otro Estado.

Rodríguez te dirá lo q<sup>e</sup>. han hecho por acá últimamente los soldados de Puello, Gollenech y Acosta Albear q<sup>e</sup>. han cruzado el Camaguey en todas direcciones, costandole al prim<sup>o</sup>. cara la jarana.

Recibí, estando de visitas en casa de tu mujer, es decir, en las Pelonas de Guaimaro, lo q<sup>e</sup>. me enviastes p<sup>a</sup>. Elvira; sintiendo q<sup>e</sup>. no me hubieses mandado á mi siquiera la fresada q<sup>e</sup>. me ofrecistes, ya q<sup>e</sup>. no se podia la silla q<sup>e</sup>. me hace tanta falta. También te dirá Rodríguez lo q<sup>e</sup>. trajo la ultima expedicion, con parte de cuyas armas pasara D. Modesto á Bay<sup>o</sup>. yendo las otras á las Villas.

Consérvate bueno y manda á tu amigo afmo.

F. Fornáris

## Datos del autor

ROLANDO RODRÍGUEZ GARCÍA (Santa Clara, Cuba, 1940). Doctor en Derecho por la Universidad de La Habana. Fue director del Departamento de Filosofía de este centro docente. Además, se le designó director de Ediciones Revolucionarias, proyecto especial del primer ministro Fidel Castro para la edición de libros de textos universitarios. En 1967 fundó y presidió el Instituto Cubano del Libro y en 1976 pasó a ser viceministro de Cultura y presidente del Consejo Editorial de ese Ministerio. En 2007 se le otorgó la categoría de Profesor Titular de Historia de Cuba en la Universidad de La Habana y se le concedió el Premio Nacional de Ciencias Sociales. En 2008 recibió el Premio Nacional de Historia. En 2010 pasó a ocupar el Sillón H de la Academia de la Historia de Cuba. Trabaja en el Consejo de Estado de la República de Cuba. Publicó en 1989 la novela *República Angelical*, editada en España en 1995, como resultado de sus investigaciones en archivos y bibliotecas de Cuba, España, Estados Unidos, Venezuela y México, así como las obras *Bajo la piel de la manigua*, sobre la guerra de independencia de los Diez Años; *Cuba: la forja de una nación*, dos tomos, Premio de la Crítica 1999, igualmente lo fue en España por Ediciones B, de Barcelona, en 1999. La segunda edición cubana de *Cuba: la forja de una nación*, en tres tomos, fue publicada en 2007. En 1998 vio la luz *La revolución inconclusa: los Mangos de Baraguá contra el Pacto del Zanjón*; en 2000; *Dos Ríos: a caballo y con el sol en la frente* (dos ediciones) y *Los Documentos de Dos Ríos*. En 2002 publicó *Una edición memorable: el Diario del Che en Bolivia* y la obra *Las*

*Tunas: derrota definitiva de las armas españolas.* En 2007 publicó *Cuba, las máscaras y las sombras: la primera ocupación*, en dos tomos; en 2009 una colección de sus ensayos en *Raíces en el tiempo*; en 2010 publicó la obra en dos tomos *República de corcho; República estrictamente vigilada*, y está en proceso de impresión *Rebelión en la República*, en tres tomos. Premio de la Crítica 2011; participó en 2003 como coautor en *Dos siglos del pensamiento de liberación cubano; Mella: 100 años*; en 2006 *Máximo Gómez: 100 años* y en 2007 *Máximo Gómez en perspectiva*. En 2008 participó en la obra *Raúl Roa: Imaginarios*. Tiene en preparación en colaboración la obra *Estrada Palma, 100 años*. Publicó en 2012 *La conspiración de los iguales*. Ha representado a Cuba en numerosos eventos internacionales; ha publicado cientos de trabajos en la prensa cubana y extranjera y revistas especializadas, y ha dictado conferencias en universidades y centros académicos y culturales de diversos países. Es miembro de la Cátedra de Investigaciones Cubanas de la Universidad de Nottingham, Gran Bretaña, de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba, la Unión Nacional de Historiadores de Cuba, la Asociación de Historiadores de América Latina y el Caribe, la Unión de Juristas de Cuba y la Sociedad Cultural José Martí. Vicepresidente de la Fundación Cultural y Científica Iberoamericana José Martí, de España. Posee el título de Hijo Ilustre de Santa Clara, el Escudo de Trinidad, el título de Investigador Ilustre, del Museo Histórico de Trinidad, la medalla Aniversario 315 de Santa Clara, la Llave de la ciudad de Sancti Spíritus y el Diploma del Pueblo de Bayamo por sus aportes a la Historiografía Cubana, el de Presidente Fundador del Instituto Cubano del Libro y el de Educador Distinguido del Siglo xx, de la Asociación de Pedagogos. Por igual, el Premio Zarapico, de Villaclara y la réplica del Machete de Máximo Gómez, entregado por el ministro de las Fuerzas Armadas de Cuba, y el de Serafín Sánchez, otorgado por la Asamblea Provincial de Sancti Spíritus. Es miembro del Consejo del Programa Nacional de Historia. Ha sido Presidente de Honor de todas las Ferias del Libro de La Habana, y recibido condecoraciones de Cuba, de Viet Nam, de la Unión Soviética, Polonia, Bulgaria, España y Venezuela.